

1
C
589

ANT
XIX
186

GUZMAN EL BUENO

2ª EPOCA



MURCIA Y MART
EDITORES

R. 8037





GUZMAN EL BUENO.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

D. Ramon Ortega y Frias.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

ILUSTRADA CON LÁMINAS SUELTAS.



MADRID.
GALERÍA LITERARIA DE LOS SS. MURCIA Y MARTI,
calle de Jacometrezo, núm. 44.

1859.

F. 8059

GUZMAN EL BUENO.

ORIGINAL

DE

D. Ramon Ortega y Frias.

ILUSTRADA CON LÁMINAS SUELTAS.

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID.
GALERÍA LITERARIA DE LOS SS. MORENA Y MARTÍ,
calle de Jacometrezo, núm. 41.

1852.



CAPITULO PRIMERO.

De cómo á don Alonso Perez de Guzman el Bueno, le tocaba siempre habérselas con el infante don Juan.

—¿Don Juan?

—No ha venido.

—¡Vive el cielo!

—¿Os tengo el estribo, señor?

—¿Hemos de partir acaso sin mi hijo?

—Nadie sabe de él.

—Buscadle.

—No está en vuestra casa, ni en palacio, ni nadie lo ha visto.

—¡El último!... ¡Buscadlo, vive Dios, y traedlo atado!

Así hablaba don Alonso Perez de Guzman el Bueno, á las puertas del palacio real de Valladolid.

Rodeábanlo multitud de caballeros, armados de todas armas, montados en sus corceles de guerra los unos, los otros disponiéndose á montar, todos servidos por muchos y muy lucidos escuderos que iban y venian, chocando entre sí sus cotas y armaduras, blandiendo sus lanzones, jurando y riendo, para cumplir las multiplicadas órdenes de sus señores. Quién se mostraba impaciente, quién meditabundo, alegre aquel ó este triste.

La mañana era serena.

El sol se elevaba en un horizonte puro.

Era el último dia de octubre de 1308.

Gran número de los moradores de Valladolid satisfacia su curiosidad, contemplando la lucida cabalgata; y mientras los unos, poseidos de patriótico entusiasmo, deploraban el estado de los reinos por las civiles guerras que los empobrecian y daban nuevas ventajas á los moros, los otros disputaban sobre cuál de aquellos caballeros era el de mas acreditado valor y lealtad.

Muy cerca de quince años habian trascurrido desde el notable hecho de Tarifa, y la negra cabellera del señor de San Lúcar habíase tornado blanca, su rostro estaba mas demacrado, y en su espaciosa frente se habian formado muchas arrugas; pero sus ojos conservaban el mismo brillo, la misma enérgica mirada, aunque mas sombría, y notábase en sus miembros la misma agilidad, en sus movimientos el mismo desembarazo, sin que pareciese haber perdido nada de sus fuerzas.

En el momento en que lo presentamos nuevamente á nuestros lectores, esparcia en todas direcciones una mirada inquieta y de marcado enojo, y daba repetidas órdenes para que fuesen en busca de su hijo; pero este no parecia, y el noble caballero consideraba como notable mengua que un Guzman no acudiese presuroso cuando se trataba de correr á la pelea para castigar la rebeldía de un vasallo desleal.

Algunos caballeros, envidiosos de la gloria del señor de San Lúcar, sentian vivísima satisfaccion al considerar el tormento de este, y sobre todo al pensar que el monarca se asomaria muy pronto á un balcon y no echaria de menos sino á un Guzman.

Aquella lucida y marcial cabalgata, con el refuerzo de buen número de soldados, debia encaminarse á tierra de Leon, donde el infante don Juan, el asesino del hijo de don Alonso, el siempre ambicioso descontento, recorria la tierra llamándose rey, mientras que don Alonso de la Cerda hacia lo mismo por la parte de Murcia.

Reinaba ya en Castilla don Fernando IV el *Emplazado*, y tenia veinte años de edad, sin que en ellos hubiese conocido la paz interior de sus estados; pues desde la muerte de su padre, y durante su minoría, estuvo la tierra tan alterada por los nobles, que ni se habia conquistado á los moros un solo castillo, ni habia podido ocuparse la reina viuda doña María, regente entonces, de otra cosa que de apaciguar los ánimos satisfaciendo bastardas ambiciones. La rebelion á que ahora nos referimos del infante don Juan, era quizás la duodécima en

el espacio de aquellos veinte años, y no debia ser la última.

Ahorramos por ahora entrar en mas pormenores sobre el estado de Castilla en aquella época, porque ya irá conociéndolo el lector en el curso de esta historia. A nuestro propósito basta lo dicho.

Y ya que los criados de don Alonso Perez de Guzman, tan torpes andaban que no pudieron encontrar al hijo del noble caballero, probaremos nosotros á buscarlo.

Figúrese el lector, si es que quiere, un aposento espacioso, de elevado techo, con dos anchas ventanas en una misma pared, y en dos distintas y opuestas, dos puertas desiguales, grande la una y resguardada por una cortina de seda, pequeña la otra y cerrada, pero sin cortina, y colocados con buen órden muchos y muy ricos muebles.

En este aposento, y sentada en un dorado sillon, habia una jóven bellísima, cuya edad no pasaria de los diezíseis años. Su estatura era elevada, sus formas modelo de perfeccion: blanca su tez como las ligeras espumas de un limpio y cristalino arroyo; dorados y brillantes sus largos cabellos como la luz de una estrella; azules sus ojos como el cielo de Andalucía, y de mirada tan lánguida, tan espresiva, tan dulce, tan inocente y encantadora, que á nada podemos compararla; tan frescos, tan rojos sus lábios, que no se hubiera encontrado flor con que comparar su frescura, ni coral que compitiera con su delicado color. Era, en fin, tan bella, que su belleza es la de

un ensueño, y no la de la realidad. La nobleza estaba retratada en su ancha frente, sin que su magestuoso porte robase nada al encanto de la dulce espresion de candidez de su semblante.

Aquella hermosa niña se llamaba Sol, y era hija del rebelde infante don Juan. Bajo su pecho de blanco nácar latia un corazon tan noble, como ruin era el de su ambicioso padre.

Vestia un riquísimo traje de seda azul, que hacia resaltar mas la blancura de su cútis, y descansaba sus preciosos piés en almohadones encarnados con borlas de oro.

Sobre estos almohadones habia sentado un mancebo, muy jóven tambien, como de quince á dieziseis años, pero de estatura elevada y de belleza notable.

Sus grandes ojos eran negros, brillantes, y se movian con estraordinaria viveza, pintándose en su mirada, ya un ardimiento y arrojo precoces, ya la dulzura mas lánguida.

Rodeaban su ancha frente espesos cabellos negros, peinados con descuido, y que caian sobre su acerada gola, pues iba cubierto con pesada armadura. Una larga espada pendia de su cinturon de cuero con hebilla de oro, y en el suelo, junto á sus piés, estaba el pesado casco de duro acero con penacho de blancas plumas.

Era este mancebo don Juan Alfonso de Guzman, hijo de don Alonso, y nacido á los pocos meses del sitio de Tarifa.

Que el heredero del señor de San Lúcar y la hija

del infante don Juan se amaban, escusaremos decirlo á nuestros lectores, porque así lo habrán comprendido; pero sí advertiremos que este amor era un secreto de toda Castilla ignorado.

La doncella miraba á su amante con ternura.

El mancebo contemplaba extasiado los azules ojos de Sol.

—Es la primera vez que te vas lejos de mi, decia la jóven con voz dulcísima.

—Pero tu recuerdo no se borrará de mi memoria, y sentiré abrasado el corazon por la luz de tus ojos, lo mismo cuando nos encontremos en opuestos confines de la tierra, que ahora que estoy á tu lado. Yo te lo juro por mi amor.

—¡Tu amor! repitió tristemente la doncella.

—¿Dudas de él? preguntó arrebatadamente el jóven.

—Nó, no dudo.

—¿Entónces?

—¿No te causa tristeza tu amor?

—¡Tristeza!... Es mi única alegría, mi felicidad....

—Nuestra mas horrible desgracia, porque es un imposible.

—Nó, Sol mia, el tiempo allanará todos los obstáculos.

—Antes de nacer, ya debimos ser enemigos, porque nuestros padres.....

—No evoques tan tristes recuerdos, interrumpió el jóven, que á su pesar se estremeció. Si el ciego arrebato de bastardas ambiciones levantó un puñal sobre la cabeza de mi inocente hermano....

—¡Oh, nó! dijo á su vez la doncella haciendo un ademan de espanto. ¡No prosigas!

—Sí, dejemos esos recuerdos: tan inestinguible es nuestro amor, como inestinguible el odio de nuestros padres; y así como no hay poder humano que pueda trocar en amistad su mútuo aborrecimiento, nó lo hay tampoco para convertir en fria indiferencia nuestra ardiente pasion.

—Pero tu padre te mandará odiar á toda mi raza.

—El tuyo te mandará perseguir á la mia.

—Y tú...

—Te amaré, porque otra cosa no puedo, y tú...

—Te adoraré, porque mi pasion es mas fuerte que mi voluntad.

—Sol, dijo el mancebo con acento apasionado, no me olvides, y deja que el tiempo decida de nuestra suerte.

—¡Jamás te olvidaré! esclamó la doncella, cuyas megillas se enrojecieron. Guardemos el secreto de nuestro amor, dejemos que el tiempo decida, y seamos entretanto felices.

—¡Cuánto te adoro! dijo el doncel, oprimiendo entre las suyas las delicadas manos de la niña.

—¡Oh! murmuró esta, cuyos ojos se empañaron.

Siguióse un corto rato de silencio, durante el cual ambos amantes parecian dos estátuas, segun de inmóviles permanecian.

El doncel, como si despertase de un profundo sueño, pasóse las manos por la frente, y luego dijo:

—Ya debo partir.

—¡Don Juan!...

—La mañana avanza, y mi padre estrañará que no acuda el primero.

—¡Si supiera que este tiempo lo pierdes á mi lado, entretenido en amorosas pláticas con la hija de su mas mortal enemigo!...

—Me estremece esa idea, Sol.

—Y en verdad que tu padre debe estar impaciente, porque es la primera ocasion que se le presenta de tomar venganza, y cada momento le parecerá un siglo.

—Mi padre, cuando defiende la causa de la justicia, cuando pelea con los enemigos del rey, no piensa mas que en cumplir con su deber, sin acordarse de las ofensas que ha recibido, sin preguntar el nombre de aquellos á quienes debe castigar.

—Ya sé, don Juan, que es noble, muy noble, pero....

—Sol mia, aprovechemos estos instantes para ocuparnos de nosotros solamente.

—¿Ya te alejas?

—Sí, contestó don Juan tomando su casco y poniéndose de pié.

De los azules ojos de Sol brotaron dos lágrimas, que fueron á perderse en su casto seno.

—Don Juan, dijo, si la suerte te es propicia en esta empresa, acuérdate de que el infante es mi padre, y sé generoso.

—Yo te juro, Sol, que si alcanzamos la victoria y peligra la vida de tu padre, se la salvaré á costa de la mia.

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

—¡Plegue al cielo que te sea posible cumplir tan noble promesa!

El mancebo irguió la cabeza con orgullo, sus ojos se iluminaron con vivísimo fuego, y esclamó:

—¡Yo sabria decirle á mi padre, si preciso fuese, que la venganza no cumple á los grandes corazones! ¡Sol, el que te ha dado el ser podrá ser vencido, pero muerto, nó, á menos que en el ardor de la pelea le cupiese tal suerte por casualidad! ¡Un Guzman no es asesino!

Estas palabras, dichas por el jóven sin intencion de ofender á la doncella, produjeron el efecto que era consiguiente. La pobre niña, herida en lo mas vivo de su alma al recordar que su padre habia asesinado al hijo de don Alonso, palideció mortalmente, sintió que las fuerzas le faltaban y que la luz huia de sus ojos, y sin poder sostenerse, inclinó la cabeza y quedó sin conocimiento.

Don Juan comprendió instantáneamente que habia abierto una profunda herida en aquel sensible corazon; y con los ojos chispeantes, apretando los puños con fuerza estraordinaria, esclamó:

—¡Soy un miserable!

Luego colocó sobre su pecho la cabeza de la doncella, y acariciando sus blondos cabellos, prosiguió con la ternura de un niño:

—¡Perdona, Sol mia, perdona!... ¡Te he ofendido!... ¡Perdóname!...

Y una lágrima humedeció sus negros y rasgados ojos.

La jóven permanecia sin sentido, y el enamorado mancebo, unas veces con caricias las mas tiernas, otras despechado y maldiciendo sus torpes palabras, intentó hacerle recobrar el uso de los sentidos; pero en vano.

Trascurrieron algunos minutos.

—¡Dios mio! esclamó el doncel con desesperado acento. ¡El tiempo pasa, me espera mi padre, el rey me echará de menos!... ¡Oh!... ¡Sol, Sol mia!...

Pero Sol no daba señales de vida.

—¿Y he de abandonarla en este estado?... ¡Oh!... ¡Nó, imposible!... Pero mi padre.... el rey.... todos los nobles.... creerán que tengo miedo porque es la vez primera que debo marchar al peligro.... ¡Esto es horrible!...

Y los ojos del mancebo estaban chispeantes, y su rostro encendido como la púrpura. Su situacion era en verdad para desesperarse. Luchaban su amorosa pasion y su honra de caballero. Faltar al llamamiento del rey, llegar siquiera tarde, era una mengua para su honor; pero abandonar á la doncella, no podia permitirlo su cariño intenso ni su galantería, con mas razon, cuando él era la causa de que estuviese ella en aquel estado.

—No te abandonaré, nó, decia el mancebo. ¿Qué pensarias de mí si al recobrar la vida te encontrases sola?... Nó, todo lo arrostraré por tí, Sol mia, todo, hasta la muerte....

Quedó repentinamente callado, y luego prosiguió:

—Pero la deshonra.... ¿Qué dirá el rey cuando vea que parte sin mí su mesnada?... Dirá que al fin no soy

mas que un niño, débil, cobarde.... ¡Oh, nó, vive el cielo, no partirán sin mí, porque el honor es primero que todo!

Animóse su mirada, y añadió:

—¿No hizo acaso mi padre mayor sacrificio en Tarifa?... ¡Las afecciones deben sacrificarse ante los deberes!

Y separándose de la doncella, la contempló por algunos instantes.

El corazon del mancebo latia con violencia, y sus miembros estaban agitados.

—Te abandono, Sol, dijo con lánguido acento. ¿Comprenderás el sacrificio que hago?... ¡Dios mio, me falta el valor para dejarla!... ¡Qué hermosa está!...

Sol estaba, en efecto, interesante. Parecia dormir con un sueño dulce. Su rostro angelical, cubierto de mate palidez, entre las desordenadas trenzas de oro de su cabellera, aparecia tranquilo, y mas que nunca, tenia todo el encanto de su inocencia. Movíase pausadamente su seno purísimo como si el corazon durmiese tambien en brazos de la felicidad. Empero aquella aparente calma, aquel silencio, conmovian hondamente el espíritu del doncel y le hacian olvidar que el tiempo trascurria, que lo esperaba su corcel de guerra.

Pasó largo rato.

La jóven, al fin, hizo un movimiento, abrió pausadamente los ojos, exhaló un penoso suspiro, y un raudal de lágrimas corrió por sus megillas. Luego se pasó las manos por la frente, miró á todos lados, y fijando sus ojos en don Juan, dijo:

—¿Aun estais aquí?

El mancebo la estrechó entre sus brazos; pero cuando iba á pronunciar una palabra de amor, la doncella, levantándose repentinamente y separándose, le dijo:

—Don Juan.... vuestro padre os espera....

Abrió Guzman los ojos estremadamente, miró á la doncella como quien no comprende lo que oye, y luego repuso:

—¿Quieres que me aleje? ¿Has dicho eso?

—No sé lo que quiero.... No me acabeis de matar.... No podemos amarnos, porque nos separa un abismo.... yo.... soy la hija de.... un....

No tuvo valor para concluir. De su boca salió un grito desgarrador, elevó al cielo una mirada de conmovedora súplica, y huyó tan velozmente, que don Juan no pudo contenerla.

Quedó el mancebo parado por algunos instantes, mirando á la puerta por donde Sol habia desaparecido, como si contase afanosamente las oscilaciones de la cortina, que aun ondulaba suavemente; y luego, oprimiendo el pecho con ambas manos, sacudió la cabeza y esclamó:

—¿Por qué no se hunde la tierra bajo mis piés?... ¡Oh!...

Y despechado, loco, abrió la puertecilla y salió.

Casi sin aliento llegó á su casa, saltó sobre su caballo alazan cubierto de acero, clavóle el acicate, y en pocos segundos llegó á las puertas del palacio real.

En aquel momento disponíase don Alonso á partir sin su hijo.

—¿Dónde habeis estado? le preguntó con tono severo.

—No creí, padre y señor, que fuese tan tarde, contestó con turbado acento el doncel.

—Bien, repuso el inflexible don Alonso, yo sabré castigaros. En el primer encuentro os colocareis detrás de todos como el soldado de menos valor, y solo tomareis parte en la pelea cuando no haya que hacer sino perseguir á los fugitivos derrotados.

Las megillas del mancebo se encendieron, su mirada se animó, y dijo:

—¡Antes matadme, señor!

—Yo os lo mando, porque justo es que el que llega el último, sea tambien el postrero en romper su lanza.

—Señor....

—Seguidme, interrumpió el de San Lúcar con un tono que no daba lugar á réplica.

El jóven clavó con rábia los acicates en el vientre de su alazan que, tascando el duro freno, levantóse sobre sus patas traseras, y luego partió impaciente tras la lucida y marcial cabalgata.

Algunos momentos despues se derramaba el pueblo curioso por las calles de la poblacion, y todo volvia á quedar tranquilo.

El heredero de San Lúcar llevaba envenenado el corazon: la hija del infante don Juan sentia en el suyo una herida horriblemente dolorosa. Aquel debia desahogar su coraje dando tajos y lanzadas; esta debia consolar su dolor llorando noche y dia.

¡Pobres amantes!

—¿Dónde habeis estado? le preguntó con duro acento.

—No creí, padre, y señor, que fuese tan tarde, contestó con turbado acento el doncel.

—Bien, repuso el indócil don Alonso, ya sabré castigaros. En el primer encuentro os colocaréis delante de todos como el soldado de menos valor, y solo tomaréis parte en la pelea cuando no haya que hacer sino perseguir á los fugitivos derrotados.

Las mejillas del mancebo se encendieron, su mirada se apagó, y dijo:

—¡Antes muerto, señor!

—Yo os lo mando, porque justo es que el que llega el último, sea también el postrero en romper su lanza.

—Señor...

—Seguidme, interrumpió el de San Lúcar, con un tono que no daba lugar á réplica.

El jóven clavó con rabia los acicates en el vientre de su alazan que, lanzando el duro freno, levantóse sobre sus patas traseras, y luego partió impaciente tras la lucida y marcial cabalgata.

Algunos momentos despues se derramaba el pueblo curioso por las calles de la poblacion, y todo volvia á quedar tranquilo.

El heredero de San Lúcar llevaba envenenado el corazon: la hija del infante don Juan sentia en el suyo una herida horriblemente dolorosa. Aquel debia desahogar su coraje dando tajos y lanzadas; esta debia consolar su dolor llorando noche y dia.

¡Pobres amantes!

CAPITULO II.

El Brujo.

La noche habia llegado, y ya hacia mas de una hora que el toque de *ánimas* se habia repetido por todas las campanas de las iglesias y conventos de Valladolid.

Nunca la luna habia resplandecido con mas claridad.

Los altos torreones, las gruesas murallas y puntiagudos campanarios parecian coronados por una aureola blanca y luciente, y proyectaban sobre la tierra anchas y prolongadas sombras.

Poquísimas personas transitaban por las calles de la ciudad, pero menos aun, ó mejor dicho, ninguna caminaba por los alrededores, porque los campesinos habian dejado sus faenas al oscurecer, y los viajeros, ó no se atrevian á continuar su marcha á aquellas horas, ó aguardaban el dia para llegar á la poblacion, puesto que las puertas estaban cerradas y guardadas toda la noche.

Sin embargo, por lo mas escabroso de la campiña cercana, ya atravesando sembrados, ya trepando cerros ó salvando malezas, un hombre de estraña figura, montado en un asno, caminaba con una ligereza nada comun á los pesados movimientos de esta especie de cuadrúpedos.

El clarísimo resplandor de la luna daba de lleno sobre el uno y el otro, y casi como si fuese en medio del dia, podian examinarse sin ningun trabajo.

Era casi imposible adivinar, ni aun aproximadamente, la edad de aquel hombre, á quien no podia mirársele sin sentirse sobrecogido de espanto. Podia tener treinta años, cuarenta, mas ó menos, y cualquiera de estas edades le hubiera convenido. Su rostro, enteramente imberbe, bastante moreno en su mayor parte, amoratado en sus megillas y amarillo en su saliente barba y aplastada frente, tenia una piel áspera y en la que se veian las señales de algunas cicatrices que el tiempo habia encallecido.

Sus pequeños ojos, redondos y brillantes como los de la lechuza, giraban como recelosamente, aunque con estremada viveza, y estaban casi cubiertos por unas cejas espesísimas, de tan prolongado y áspero pelo, que se asemejaban á dos pequeñas viseras de alambres tejidos, que se movian subiendo y bajando, segun se dilataban sus verdosas pupilas ó se cerraban sus feroces ojos.

Sus espesos y negros cabellos, ásperos como cerdas, estaban tan desordenados, que á pesar de tener des-

cubierta la cabeza, parecia que llevaba un ancho capuchon.

Nada mas estraño y repugnante que el aspecto de aquel hombre, flaco cual si fuese un esquéleto, de estatura muy elevada, de ancha nariz y mas ancha boca, bajo cuyos lábios, gruesos y salientes como los de un mono, se dejaban ver dos hileras de larguísimos dientes, claros, desiguales, rematando en punta, y tan blancos, que hubieran hecho, por su blancura, llorar de envidia á una mujer presumida.

Vestia un ancho saco de piel de zorra, sujeto á la cintura por una correa, de la que pendia un largo cuchillo con mango de encina, y en cuya negra hoja se veian algunas manchas que parecian ser de sangre. Calzaba anchas abarcas de piel de toro, y hasta cerca de la rodilla presentaba desnudas sus largas, flacas y musculares piernas.

El asno era negro como el caos, flaco tambien, y tan pequeño, que poco faltaba á los piés del ginete para tocar en tierra. Caminaba el cuadrúpedo con menudo paso, pero tan ligero, que avanzaba con maravillosa rapidez; y si bien un caballo le hubiera llevado ventaja en el primer arranque de su carrera, en un largo camino no hubiera podido seguirle uno y otro dia sin descanso, sino á trueque de reventarse. Ni una sencilla cuerda sujetaba su boca, ni aparejo alguno pesaba sobre sus lomos: obedecia con toda exactitud la voz de su dueño. Siempre llevaba en alto sus largas orejas, y su delicado oido, su instinto ó su olfato, le hacian conocer

la proximidad de otros seres, mucho antes de llegar á ellos, y avisaba con un movimiento de cabeza.

Largo rato anduvieron, el hombre con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, y como entregado á profundas meditaciones; y el asno siempre atento al menor ruido que se percibia, siempre corriendo con igual velocidad, y dilatando sus anchas narices al compás de sus pasos.

Cuando estuvieron cerca de la ciudad y habian llegado á un sitio lleno de malezas, el hombre, con ronca voz y breve acento, dijo:

—Quieto.

El asno quedó inmóvil.

—Yerba tienes aquí; cena y aguárdame, repuso el hombre á la vez que se apeaba.

Pareció entender el cuadrúpedo á su dueño, y se puso á pastar tranquilamente.

Sin cuidarse de buscar el sendero mas practicable, aquel hombre se dirigió por la línea recta hácia la ciudad, siempre silencioso, siempre pensativo; pero cuando llegó al pié de las murallas exhaló un suspiro, que resonó en el interior de su pecho como las corrientes de aire en las concavidades de una montaña.

—Ya estoy muy cerca, murmuró.

Y separando de su frente algunos mechones de cabellos, colocó un pié en una de las muchas grietas del muro, introdujo en otra las manos, y con prodigiosa seguridad y mas prodigiosa ligereza trepólo, y encontróse en breve en su parte superior.

Una vez allí, poco trabajo le costó encontrar fácil descenso; así es que á los pocos instantes estaba ya en el interior de la ciudad, donde reinaba el silencio mas profundo.

Con la seguridad del que ha pasado muchas veces un mismo camino, así atravesó aquel hombre calles y calles, volviendo á derecha é izquierda, con paso igual y firme, y ya iluminado por los resplandores de la luna, ya envuelto en la oscuridad. Por intervalos brillaban sus ojos como dos luces, que parecian apagarse luego, y á veces dejaba escapar un suspiro, rechinaba sus largos dientes como el leon aprisionado, ó los castañeteaba como el tigre que olfatea la sangre.

¿Quién era aquel hombre?

Sin duda nadie y todos lo conocian, horrorizaba su nombre, y mas aun su presencia, y era uno de aquellos seres que en los pasados tiempos de ignorante y sencilla preocupacion aterraban con su misteriosa vida, y eran objeto de espantosos comentarios y maravillosas aventuras.

Tal debia suceder con el dueño del asno, porque al pasar frente á un postigo, en el momento en que salia una mujer, fué por esta examinado con rápida mirada, y al ver brillar sus ojos de demonio, la infeliz supersticiosa retrocedió llena de espanto, murmuró con trémulo acento un *Jesus, María y José*, santiguóse con ligereza, y entrándose de nuevo en la casa, cerró la puerta y dijo:

—¡El *Brujo!*... ¡Dios nos ampare!... ¡Alguna desgracia sucederá esta noche!

El hombre soltó una carcajada nerviosa, y cuyo sonido parecia el que producen las ramas secas de un árbol cuando se desgajan, y murmuró:

—¡Necios! huyen de mí, en vez de perseguirme. ¡Brujo!... No tengo nombre, ya me lo han dado.

Y siguió dejando atrás aun algunas calles, hasta que al llegar á una esquina, paróse repentinamente y quedó inmóvil.

Llegaron á sus oidos los bien acordes y melodiosos sones de una cítara hábilmente pulsada.

Los ojos del Brujo relucieron como dos fosfóricas luces, y de la misma manera que si una feroz alegría hiciese palpitar su corazon, y luego escondiéronse bajo sus espesas cejas, y percibióse un ronquido, que allá en lo interior de su pecho resonó como si hirviese la mas reconcentrada rábia. Sus largos y huesosos dedos apretaron convulsivamente el tosco mango de encina de su cuchillo, y luego volvió á quedar inmóvil y atento á la dulce música.

Avancemos algunos pasos para examinar al enamorado trovador, que sin duda se disponia á entonar tierno romance, si no es que ya, despues de haberlo cantado, sacaba á las cuerdas de su cítara los últimos acordes para que fuesen en pos de los ecos de su cantiga.

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

CAPITULO III.

Tras un suspiro un romance, y tras el romance el corazon.

Frente á una casa de suntuosa apariencia, y decimos suntuosa, porque tal se consideraba entonces cualquier edificio de grandes proporciones, un hombre jóven aun, terciado al hombro izquierdo el embozo de su capa, pasando por encima del embozo el diestro brazo, y descansando la muñeca en la caja de una cítara, sostenida en su parte superior por la siniestra mano, heria las cuerdas hábilmente y dirigia miradas afanosas á una ventana, cerrada con celosías y vidrios de colores por dentro, y á través de los que, y de los agujeros de aquella, se escapaban algunos rayos de pálida luz.

Cubria la cabeza del mancebo negro bonete: pendia larga tizona de su siniestro costado, y al resplandor de la luna podia verse su rostro moreno, sus negros ojos y mas negra barba, fina y reluciente.

Pasaron algunos instantes.

El caballero no apartaba sus miradas de la celosía, y tan absorto estaba en su contemplacion, que difícilmente hubiera podido apercibirse de ninguna cosa que hubiese pasado cerca de él.

Maquinalmente heria las cuerdas del sonoro instrumento.

Repetíanse los acordes en el silencioso espacio, y se perdian tan insensiblemente como se pierden los recuerdos tras las horas.

Mil suspiros de amor se mezclaban con las dulces armonías.

En el misterioso silencio de la noche, la música dilata el corazon, eleva el alma y lleva el pensamiento á desconocidas regiones.

A los gratos sonidos de la cítara y á los tiernos suspiros del mancebo, solia mezclarse el eco de un ronquido cavernoso, estraño; pero el trovador de nada se apercibió.

El caballero exhaló un suspiro, hirió con mas fuerza las cuerdas de la cítara, y entonó el mas tierno y amoroso romance que jamás cantara nocturno rondador.

Mas que el sol, sol cobdiciado,
Los tus desdenes depon,
Ca non es bien que sus luces
Niegue á los homes el sol.

De esta manera concluyó el mancebo su cantiga,

cuando súbitamente y sin haberse apercibido de un bulto que tenia cerca de sí, sintió como si una argolla de hierro oprimiese gradualmente su garganta.

La cítara se escapó de sus manos, volvió trabajosamente la cabeza, y no pudo reprimir un grito de espanto al ver relucir como dos áscuas los feroces ojos del Brujo, y al ver sus afilados dientes, que se movian al abrir y cerrar la boca, como si se preparasen para devorarlo.

—¿Tienes miedo? dijo el Brujo con horrible sarcasmo. Entonces ¿por qué vienes aquí?

—¡Miserable!... ¡Asesino!... articuló el mancebo, que apenas podia respirar.

—Yo te soltaré para que puedas hacer uso de tu espada, repuso el Brujo; pero como voy á matarte y á arrancarte el corazon porque late por la hija de don Juan, quiero que sepas antes que yo la amo, porque así tendrás celos y sufrirás tanto como yo.

El caballero habia sacado su espada, pero en vano, porque los dedos de hierro del Brujo le oprimian de tal manera, que no le dejaban moverse, y casi le quitaban la respiracion.

—Hace un mes, prosiguió el Brujo, otro miserable como tú se atrevió á cantar á Sol, y al dia siguiente su cuerpo estaba aquí tendido y su pecho sin corazon.

Estremecióse el mancebo, y á pesar de que no era cobarde, faltóle poco para que el acero se le escapase de las manos.

Lo que acababa de decir el Brujo, era verdad.

—¿Sabes dónde está el corazon de don Gomez? En mi

palacio, porque yo tambien tengo palacio. Allí irá el tuyo y serán dos; me falta otro, el que arrancaré con mas alegría, porque no solo ama á Sol, sino que es correspondido; es el corazon de un rapaz atrevido, del hijo de don Alonso Perez de Guzman el Bueno. Ya sabes lo que vá á ser de tí ahora: defiéndete si quieres tomarte ese trabajo, aunque de nada te servirá.

El Brujo soltó al doncel; y este, despues de tomar aliento, presentó á su feroz enemigo la punta de su acero.

—Ahora pagarás tus crímenes, esclamó.

Soltó el Brujo una carcajada estrepitosa y horrible, y blandiendo su ancho cuchillo, se arrojó con los brazos abiertos sobre el mancebo.

Recibiólo este con la punta de su espada, pero al chocar esta contra el pecho del asesino, rompióse en dos pedazos como si la piel de zorro de su vestido fuese una armadura de bien templado acero.

El Brujo dejó escapar una segunda carcajada, oprimió entre sus brazos de hierro al doncel, y hundió en su garganta el cuchillo.

Oyóse un ¡ay! de muerte, y el cuerpo del trovador cayó en tierra.

Siguióse un profundo silencio, y una escena horriblemente repugnante que renunciamos á describir. Solo diremos que algunos instantes despues, el Brujo revolvia entre sus ensangrentadas manos el corazon caliente aun del mancebo.

—¡Ya respiro con mas libertad! dijo el asesino. Y sus ojos brillaron mas que nunca, moviéronse repentinamen-

te sus cejas, y sus dientes castañetearon como si saborease la sangre de su víctima.

Luego guardó en el pecho bajo su saco el sangriento despojo, volvió á colocar el cuchillo lleno de humeante sangre en su cinturon, y despues de mirar á la ventana, alejóse tranquilamente.

Un cuarto de hora trascurrió, y el Brujo escalaba la muralla y volvia al campo.

Encaminóse al sitio en que habia dejado su negro jumento, montó en él, y silencioso y meditabundo como antes lo vimos, alejóse mientras la luna iba ocultándose tras los vecinos montes.

Dejémosle, porque habíamos de fatigarnos mucho si intentáramos seguirlo.

Vá mas deprisa que vino, porque el asno apenas ha oido decir á su dueño:

—¡Condenado!

Es decir, apenas ha oido pronunciar su nombre, apresura sus menudos pasos.

Bueno será que vayamos en busca del enamorado Guzman, mientras que el suceso que hemos referido dá asunto para hablar algunos dias á los habitantes de Valladolid.

te sus cejas, y sus dientes castañetearon como si saborea-
se la sangre de su víctima.

Luego guardó en el pecho bajo su ancho el sangrien-
to despojo, volvió á colocar el cubrible lleno de humorante
sangre en su cintarón, y después de mirar á la ventana,
alejóse tranquilamente.

Un cuarto de hora transcurrió, y el Brujo cesaba
la muralla y volvía al campo.

Encaminóse al sitio en que había dejado su negro ju-
meno, montó en él, y silencioso y meditabundo como
antes lo vimos, alejóse rumiando la lucha tan sostenidos
tras los vecinos montes.

Dejémosle, porque hablamos de fatigarnos mucho si
intentáramos seguirlo.

Vá mas deprisa que vino, porque el sano apenas
ha oido decir á su dueño:

—¡Condenado!

Es decir, apenas ha oido pronunciar su nombre, apre-
sura sus mesurados pasos.

Bueno será que vayamos en busca del cenmorado
Guzmán, mientras que el suceso que hemos referido dá
asunto para hablar algunos dias á los habitantes de
Valladolid.

CAPITULO IV.

De cómo hablaba don Alonso de sus enemigos.

Una jornada antes de llegar á Leon, y yendo de la parte de Castilla, encontrábase en el siglo XIV una mala posada donde el fatigado viajero podia reposar, aunque incómodamente, algunas horas.

Cierto dia, no recordamos la fecha, y á la hora en que el sol habia andado poco mas ó menos la mitad de su camino, el dueño de aquella posada, venta ó meson, que lo mismo tiene para el caso, hallábase á la puerta y hablaba tranquilamente con su mujer, y de vez en cuando enseñaba sus desiguales dientes al entreabrir su desmesurada boca, y ensanchaba su gruesa nariz, y brillaban sus ojuelos verdes, todo al desplegar una sonrisa de la mas espansiva de todas las satisfacciones.

Su mujer, propia mujer al fin, parecia disgustarse con la alegría de su marido; y cuando este á su vez se

disgustaba por el mal humor de su mitad *ex-cara*, ella mostraba el contento de su torcida intencion.

—Cuarenta años hace, Susana, decia el ventero, que vivimos juntos, y ya ves que cuarenta años no son ahí una cualquiera cosa; pues bien, todo este tiempo no ha sido bastante para que yo acabe de conocerte.

—Muy torpe has sido, contestó la ventera encogiéndose de hombros.

—Lo siento, pero es el caso que así ha sucedido, y no en mi provecho ciertamente.

—¿Y á qué vienen ahora esos sermones?

—Lo digo, mujer, por lo mismo que estábamos hablando. Te decia que este año ha sido para nosotros de fortuna, porque si bien esos malditos soldados del infante nos han robado muchas gallinas, algun cerdo y otras menudencias, sus idas y venidas por estos lugares nos han proporcionado buenos negocios. Habíanse apaciguado, y por algun tiempo nos hemos visto libres de ellos. Ahora vuelven á las andadas, y hoy mismo su presencia nos ha valido una decente cantidad de monedas de plata.

Monedas que quizás te cuesten demasiado caras.

—En siendo con todos complaciente, nada hay que temer. Segun las noticias que los del infante habian recibido, las tropas del rey llegarán quizás esta tarde; y así como los unos despues de pagarme lo que se comieron me regalaron para que no dijese el camino que llevaban, los otros me regalarán tambien porque les descubra el secreto.

—Cien veces has repetido eso mismo.

—Es verdad, como tambien lo es, y me llama la atencion, el que tan buena suerte no te alegre, cuando en otras ocasiones te muestras tan gozosa, solo porque algun viajero se deja engañar dando algunos maravedís mas de lo que debe.

—Es que no me gusta el dinero mal ganado.

—¿Y el que sacas á un pobre?...

—Es producto de mi trabajo, que bastante me cuesta sacar agua del pozo para añadirla al vino, ó buscar un gato cuando falta un conejo.

—¿Quieres burlarte de mí?

—Lo que no quisiera, es lo que ha de suceder, y muy pronto.

—¿Alguna desgracia?

—Que si no el infante, los capitanes del rey, te ahorcarán cuando descubran que los engañas.

—Nada temas.

—Ya lo veremos.

—Tan tranquilo estoy, que me parece un siglo cada hora que tardan en llegar los soldados de S. A.

—No te impacientes, que si no me engaña la vista, se levanta mucho polvo por aquella parte, y tal vez sean ellos.

El posadero miró hácia el sitio indicado por su mujer, y vió que en efecto se levantaba un remolino de polvo, que lentamente fué acercándose y aumentando.

—Ellos son, sin duda, dijo á la vez que se frotaba las manos alegremente.

—Cuidado, Pedro, que del peor árbol se puede hacer la mejor horca.

—Tambien se puede cortar el mejor palo para romperte los huesos si cometes una imprudencia.

—No me amenaces, Pedro.

—Cierra la boca y tendremos paz, que tu maldita lengua ha de perdernos.

—Lo mas acertado será meterme en la cocina, para que solo te arregles como quieras, y bien tengas si bien haces.

—Calla, mujer.

—No olvides lo que te digo, que de boca esperimentada lo aprendí.

El mesonero hizo un gesto de impaciencia.

—¿No habias pensado dejarme solo? dijo.

—Sí, voy á dejarte, pero no quiero que peques por falta de advertido, que al fin y al cabo, aunque muy mal me tratas, me manda Dios que mire por tí.

—Paciencia.

—De mí habrás aprendido.

—Pero me la apuras.

Replicó la mesonera, volvió á contestar su marido, y todavía pasaron largo rato sin separarse.

Al cabo de una hora llegaron tres ginetes; otros tras aquellos, y luego el camino se vió cubierto por una larga fila de soldados.

—¡Aquí, ventero!

—Tomad mi caballo.

—¿Teneis pan?

—Asadme una gallina.

—¡Bergante!

—¿Estais sordo?

—Mas aprisa, ¡vive Dios!

Estas y otras parecidas voces se oyeron á la vez; y mientras el posadero corria de un lado para otro, la tropa llegaba y crecia la confusion.

Cada cual acomodóse como pudo; comió de sus provisiones ó de las que habia en la posada, y mas tranquilos ya despues de media hora, don Alonso Perez de Guzman, que en compañía de su hijo ocupaba el mejor aposento, llamó al dueño de la venta.

—¿En qué puedo serviros, señor? dijo Pedro.

—¿Falta mucho para Leon?

—Unas seis horas largas.

—De manera, que quizás nos coja la noche en el camino.

—Regularmente.

Don Alonso meditó algunos instantes; luego fijó en el posadero una mirada escudriñadora, y repuso:

—¿Sabeis quiénes somos?

—Soldados del muy noble rey Fernando, á quien Dios conserve.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Nadie, señor.

—¿En qué lo habeis conocido?

—En que la gente que os sigue no entra robando y maltratando como la de don Juan.

—¿Ha estado aqui?

—Os diré, señor: el infante.... lleva mala gente....

—No os pregunto eso, interrumpió con severidad don Alonso.

—Perdonad, señor....

—¿Sabeis quién soy?

—No os conozco, pero si me lo decís....

—Don Alonso Perez de Guzman.

El posadero fijó en nuestro héroe una mirada de sorpresa, y dijo:

—¡Don Alonso!...

—Ya me conoceis. Ahora, si en algo estimais vuestra vida, contestadme sin rodeos.

—Preguntadme, señor.

—Me llevaré vuestra cabeza si me engañais; os dejaré nueve doblas si me decís la verdad.

—No es dudosa la eleccion.

—¿Dónde está el infante?

—No lo sé.

—Acordaos de lo que os he dicho.

—Esta mañana estuvo aquí con su gente.

—¿Hace mucho rato?

—Unas tres horas.

—¿Qué camino tomaron?

—El de Leon.

—Ya no podremos alcanzarlos.

—Segun.

—Esplicaos.

—Debian detenerse no lejos de aquí, para aguardar la vuelta de un ginete que fué á ver si os descubria.

—¿Y ese ginete?....

—No ha vuelto, y es estraño, porque llevaba una yegua muy corredora.

—Ni volverá.

—¿Lo habeis visto?

—No os he llamado para que me pregunteis.

—Perdonad, señor.

—¿Qué pensaban hacer si les anunciaba nuestra venida?

—Segun he podido entender, pensaban encerrarse en Leon, porque no creian poder haceros frente con los soldados que van.

—¿Son muchos?

—Unas cincuenta lanzas y sobre trescientos peones.

—Bien, os vendreis con nosotros, y si me habeis dicho la verdad, os daré la recompensa prometida.

—Señor, dijo Pedro con tono suplicante, no hagais tal, porque si abandono mi casa, aun cuando no sea mas que por un dia, me arruinaré.

—¿Y quién me responde de tí?

—¿Quereis rehenes?

—Son indispensables.

—Llevaos á mi mujer.

—Sois un villano, dijo con desprecio Guzman.

—Es verdad, señor, es verdad, pero villano que no os engaña, os lo juro.

Don Alonso pensó que nada adelantaria con ahorcar al posadero, y le dijo:

—Bien, quedaos, pero tened en cuenta que si habeis

mentido y desapareceis, quedará esta casa, que haré quemar.

—Ya lo vereis, noble señor.

—Idos.

Salió el posadero, y don Alonso miró á su hijo que, absorto en meditaciones profundas, casi no se habia apercibido de la conversacion que acababa de tener lugar.

—Advierto, don Juan, dijo Guzman al mancebo, que desde que salimos de Valladolid, os distraeis con frecuencia.

—Casualidad, padre mio.

—¿Estais enfermo?

—Nó, señor.

—¿Qué teneis, pues?

—Me duele vuestro enojo, padre y señor.

—Vuestra es la culpa, don Juan.

—Lo sé, y me pesa.

—Quizás dentro de tres horas estaremos peleando con los enemigos del rey: es el primer lance, en él probareis vuestro valor, y os perdono; pero que mi indulgencia sea para vos mas provechosa que mi castigo.

—Gracias, padre mio, contestó el mancebo inclinando respetuosamente su hermosa cabeza.

—A caballo, don Juan.

Cinco minutos despues seguian su camino á buen paso los soldados del rey.

Cundió rápidamente la noticia de que el infante se hallaba cerca, y caballeros y soldados se regocijaban con la idea de la victoria y del botin, y sobre todo con la de

hacerse dueños del rebelde, cuya prision debia proporcionarles una pingüe ganancia, y no poca gloria.

—¿Y no sospechais, decia un caballero á don Alonso, que ese villano os haya engañado?

—Creo que nó, mi amigo don Gomez; porque lo mismo que es verdad que el infante traidor habia enviado un ginete para que viera si nos encontraba, debe tambien serlo todo lo demás.

—Acertado anduvísteis en detener á aquel hombre.

—A no hacerlo así, ya tendria noticia el infante de nuestra venida, y estaria quizás dentro de Leon.

—Nuestra debe ser la victoria, dijo otro caballero, siquiera porque somos mas.

—Difícil será que se nos escape.

—¿Y qué hemos de hacer de él?

—Llevarlo con una cuerda al cuello como traidor y asesino, y atado á la cola de un caballo hasta las puertas del palacio del rey.

—Sus parciales trabajarán, lo perdonará el rey, y antes de un mes habrá vuelto á sus mañas.

—¿Quereis acaso matarlo?

—Sí, quiero matarlo, porque esa es la pena con que se castiga á los traidores á su pátria y á su rey, y el infante ha sido traidor ya muchas veces.

—No será mi espada la que se tiña en su sangre, dijo don Alonso.

—¿Vos, que habeis recibido de ese miserable tamaña ofensa, quereis perdonarle la vida?

—¿No pensais, mi buen amigo, que en mí se tendria

por ruin venganza lo que en vos por merecida justicia?

—¿Habeis olvidado?...

—Nó, don Enrique, nada he olvidado: Tarifa está grabada aquí bajo este acero, dijo Guzman golpeando el peto de su armadura; empero hay un Dios que castiga al malvado y que prohibe la venganza. Ruin corazon seria el mio si anhelase el momento de que el infante estuviese á mis piés vencido y desarmado para asesinarle cobardemente como él asesinó á mi hijo. ¡Nó, vive el cielo, que el corazon de un Guzman no cede en nobleza al de un rey!

Los negros ojos del señor de San Lúcar brillaron y su impaciente mirada se paseó tranquilamente por la brillante comitiva; mientras que su hijo, á la vez que elevaba al cielo la suya como en accion de gracias, exhalaba un suspiro, cual si sintiese aliviado su corazon de un enorme peso.

—¡Bravo por Dios! esclamó el llamado don Gomez.

—¿Qué decís de eso? preguntó á don Juan Alfonso el nombrado don Enrique: ¿qué haríais del infante si cayese en vuestro poder?

—Entregarlo al rey para que lo castigase ó lo perdonase, contestó el heredero de San Lúcar.

—Bien, hijo mio, no desmientas jamás tu nombre.

—Padre, salvad al infante, dijo para sí don Juan Alfonso, y Sol me amará mucho mas.... Tal vez ya no me ame.... heri su corazon en la fibra mas delicada.... ¡oh!...

Y apretando los puños clavó involuntariamente los acicates en el vientre de su potro.

—¿Por qué obligais así á vuestro corcel? le preguntó un caballero.

—Porque me mata la impaciencia.

—Bien, don Juan Alfonso, teneis corazon.

—Grande, pero enfermo, murmuró el doncel á la vez que hacia levantar el galope á su caballo.

Y entretenidos en dulce plática, ya sobre amores, ya sobre los asuntos del reino, pasaron tres horas, al cabo de las cuales algunos ginetes que caminaban á la descubierta, volvieron para noticiar al señor de San Lúcar, que en un valle que se estendia á la bajada de un montecillo cercano, reposaban tranquilamente el infante y los suyos.

Don Alonso ordenó á sus gentes; destacó algunas fuerzas á derecha é izquierda para atacar al enemigo por tres lados á la vez, y animando á sus soldados con palabras de honor y de victoria, se puso á la cabeza de los escuadrones, llevando á su hijo al lado, y la lucida tropa marchó á encontrar á los rebeldes.



—¿Por qué obligarais así á vuestro corcel? le preguntó un caballero.

—Porque me mata la impaciencia.

—Bien, don Juan Alfonso, tenéis corazon.

—Grande, pero enfermo, murmuró el doncel á la vez que hacia levantar el galope á su caballo.

Y entretenidos en dulce plática, ya sobre amores, ya sobre los asuntos del reino, pasaron tres horas, al cabo de las cuales algunos pinetes que caminaban á la descubierta, volvieron para noticiar al señor de San Lúcar, que en un valle que se estendia á la bajada de un montecillo cercano, reposaban tranquilamente el infante y los suyos.

Don Alonso ordenó á sus gentes: destacó algunas fuerzas á derecha é izquierda para atacar al enemigo por tres lados á la vez, y animando á sus soldados con palabras de honor y de victoria, se puso á la cabeza de los escuadrones, llevando á su hijo al lado, y la lucida tropa marchó á encontrar á los rebeldes.

CAPITULO V.

De cómo don Alonso Perez de Guzman, era digno de llamarse el Bueno.

Al llegar á la cumbre de un montecillo, descubrieron las tropas reales á los rebeldes, y estos se apercibieron de sus perseguidores.

Un solo grito se escapó de ambas partes; y como el torrente que bramando se precipita de un escarpado risco, la hueste de Fernando IV. cayó sobre la del infante.

El choque de los aceros, las amenazas y los ayes, el ronco son de los clarines y el relincho de los embravecidos corceles pobló el espacio, y en las vecinas montañas, en los cercanos bosques se repitió, y como una música infernal encendió la sangre de los combatientes, hizo hervir en todos los pechos la venganza, arder en todas las cabezas una sanguinaria fiebre y multiplicar los golpes homicidas al espantoso y horrible compás del

hipo de muerte, de los suspiros de agonía, de los ayes de dolor, de las amenazas antes cumplidas que acabadas de pronunciar, de las imprecaciones, hijas de la desesperacion y de la rábia.

Rechinaban las armaduras, crujian los aplastados cráneos, corria la sangre, y sobre una alfombra de carne humana hundian sus ferrados cascos los corceles, y parecian embriagarse en medio de la inhumana destruccion.

Trascurrió una hora.

Escondíase el sol tras una elevada montaña, como si no quisiese presenciar la horrible matanza, como avergonzado de que el hombre, el ser superior á todos los seres de la tierra, se mostrase mas fiero que todos, mas sangriento y mas bárbaro.

¿Dónde está el señor de San Lúcar?

En lo mas encendido de la pelea. Su robusto brazo blande un lanzon de dos hierros con la misma vigorosa energía que en su juventud.

Lo sigue su hijo, que aunque de imberbe rostro, revuelve sobre su cabeza un hacha, en cuyos filos vá la muerte.

Quién de los dos se mostraba mas arrojado, mas ardiente ó mas animoso, no hubiera podido decirse.

A poca distancia de don Alonso, se veia el infante don Juan con su torva mirada, contando el número de las vidas que quitaba por el número de los golpes que descargaba con su maza de hierro, hábil y potentemente manejada por su nervudo brazo.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

—¡A mí, don Juan, traidor, villano, asesino! gritó don Alonso, pugnando por llegar hasta el infante.

—¿No le perdonábais la vida? preguntó el doncel á su padre.

—Si lo encuentro indefenso, sí; pero frente á frente, armado como yo, no lo perdono; quiero vengar á mi hijo, pero vengarlo como caballero.

Y á la vez que esto decia, su lanzon atravesaba pechos enemigos y ganaba terreno acercándose al infante.

—¡A mí! repitió con voz de trueno. ¡A mí, cobarde!

—¡A vos iré si me dejan! gritó don Juan.

—¡Dios de Dios!... ¡Paso, canalla!

Pero caballeros, hidalgos y soldados se apiñaban alrededor de don Juan, ganosos de alcanzar tan codiciada presa. Muchos habian pagado ya con sus vidas su arrojo, pero á ninguno arredraba la muerte, porque hasta el instinto de conservacion lo pierde el hombre cuando la sed de sangre y de venganza domina su razon.

De pronto el grito de victoria oyóse repetir por los soldados del rey, y el desórden mas completo se introdujo en las filas de los rebeldes.

Creció la confusion, y los que en tropel huian, y los que perseguian á los vencidos, se interpusieron entre don Alonso y el infante.

—¡Castilla y don Fernando! se repetia por do quiera con atronadora gritería.

La matanza se hizo mas horrible, porque los vence-

dores descargaban impunemente sus golpes sobre los vencidos.

Los últimos crepúsculos de la tarde se derramaban sobre el campo, dando mas vivo tinte á las espumosas charcas de humana sangre.

Vencedores y vencidos, todos dispersos ya, daban, rendidos por la fatiga, tregua á su ardimiento vengador, escepto algunos ginetes, que no contentos con haber salvado sus vidas, corrian del uno al otro lado, trepando cerros, cruzando valles, internándose en los bosques, por si la casualidad les ponia cerca al infante traidor.

Este se habia visto rodeado por numerosos enemigos; habia sido despojado por un ballestero de su terrible maza, mientras evitaba un golpe de otro; habia roto su espada al dividir el acerado casco y la cabeza de estos dos, y habia dejado su puñal en el pecho de otro que sujetaba á su yegua por el freno, y que solo pudo, al caer, herir en un ijar al fogoso bruto.

El infante estaba, pues, completamente desarmado, y aunque su torda yegua corria con la velocidad del rayo, se desangraba por instantes, y muy pronto debia dar en tierra con su dueño.

Aun en medio de la confusion de la huida no habia perdido don Alonso de vista al infante, y en compañía de su hijo, el noble caballero era el único que, salvando las malezas de un bosque, perseguia con ardimiento al traidor.

—¡Deteneos, cobarde! gritaba Guzman. ¡No huyais, vive Dios, como en Tarifa! ¡El ánimo os falta delante

de su hermano, como la crueldad es pobre con un niño!

Don Juan Alfonso seguia á su padre, y su cobarde

Y cuando pasaba cerca de él, le daba un golpe con el puño de la espada.



Y cruzó los brazos sobre el pecho, y contempló á D. Alonso con la insolencia de su mirada.

de un hombre, como la crueldad os sobra con un niño!

Don Juan Alfonso seguia á su padre, y su corazon palpitaba con violencia, porque veia cercana una lucha á muerte, en la que ni podia salvar al infante como lo habia prometido á Sol, ni dejar de vengar á su padre si la suerte le era adversa.

—¡Sangre, decia el mancebo para sí, un mar de sangre se interpondrá entre nuestro amor!

Y la desesperacion trastornaba su cabeza, y ahogábalo el dolor.

Del vientre de la torda yegua salió la última gota de su sangre, y quedando un momento parada, dando apenas tiempo á su ginete para echar pié á tierra, cayó sin vida, abriendo sus anchas narices para respirar por última vez.

Don Alonso se detuvo, arrojó al suelo su lanzon, apeóse tambien, y sacando su espada corrió, ciego de ira, hácia el infante.

—¡Defendeos, cobarde! le gritó.

Los ojos de don Juan brillaron como dos luces, y de su boca salió una carcajada sarcástica, horrible, que detuvo á Guzman.

—¡Asesinadme, estoy desarmado! dijo el infante con su acostumbrado laconismo, pero con amargo desden.

Y cruzó los brazos sobre el pecho y contempló á don Alonso con la insolencia de su mirada.

El doncel no pudo reprimir un grito de alegría; aquel inesperado accidente le dejó ver un rayo de esperanza, porque si su padre olvidaba por un instante sus senti-

mientos nobles y generosos, él se creia con derecho á interponerse entre el vengador y el asesino y recordar al héroe de Tarifa sus palabras, que hay un Dios que castiga la ofensa y prohibe la venganza al ofendido.

—¡Desarmado! esclamó don Alonso.

Y el acero se escapó de sus manos y quedó abatido.

—¿Os falta el valor? dijo el infante.

—Me sobra para mataros, para asesinaros me falta.

Aquellos tres hombres quedaron inmóviles y silenciosos. Habia cerrado la noche, pero los resplandores de la luna penetraban á través de las espesas ramas de las encinas y los castaños.

Llegaba hasta allí el rumor de algunas voces, que ya se acercaba, ya se alejaba, y se oia el relincho de los caballos, que sin duda, obligados por los ginetes, recorrian los alrededores.

Don Alonso Perez de Guzman, por el coraje despechado, apretaba los puños con rábia, porque se veia imposibilitado de aprovechar aquella ocasion para vengar la ofensa recibida en Tarifa, para castigar como caballero al asesino de su hijo.

Este esperaba con afan el desenlace de aquella escena, cuyos resultados podian serle muy fatales.

Al cabo de algunos momentos, dióse una palmada en la frente el señor de San Lúcar, y dijo al doncel:

—Dadme vuestra espada; no habia pensado...

El mancebo palideció, pero decidido á evitar aquel lance, contestó:

—La he perdido en el combate, padre y señor.

Y procuró ocultarla con el brazo favorecido por la oscuridad de la noche.

—¡Oh!... esclamó don Alonso. ¡El cielo se conjura contra mí!

Una irónica y amarga sonrisa vagó en los lábios del infante; luego, bajo sus espesas cejas negras viéronse revolver rápidamente sus brillantes ojos, y despues que hubo contemplado por algunos instantes al señor de San Lúcar, acercóselé y dijo:

—¿Para qué buscais una espada? ¿No es mi muerte la que deseais?... dádmela sin temor, que nadie ha de saber si me habeis asesinado. Evocad todos los recuerdos, llamad en vuestro auxilio todo vuestro coraje, toda vuestra sed de venganza, y quitadme la vida.

—¿Acaso no me conoceis? dijo don Alonso. ¿Cuándo me vísteis manchar mi acero con la sangre del vencido, del débil ó del indefenso?

—¡Que si os conozco! repuso con sarcasmo don Juan. ¡Sois un hipócrita!

—¡Villano!

—Sí, sí, enfureceos y matadme. Tengo una hija; y yo, la fiera real segun me apellidan algunos, el descorazonado como me dicen otros; yo, señor de San Lúcar, la quiero tanto, que no perdonaria al que me la arrebatase, no dormiria hasta hacer menudos pedazos, beber la sangre del que me habia privado de mi tesoro. Vos no podeis haberme perdonado, no podeis dejar que escape la ocasion de pagar con mi sangre la de vuestro hijo; y si fingís tanta nobleza, es porque estais se-

guro de que no escaparé esta noche con vida, y contando segura vuestra venganza, quereis engañar al mundo con vuestra hipocresía.

Este discurso, repugnante hasta el último estremo, mas que enojo provocó el desprecio de Guzman, que levantando su noble frente y dando á su acento toda la noble autoridad que le era propia, esclamó:

—¡Idos, miserable!

El doncel, entretanto, habia sentido afluir á su cabeza toda su sangre: la indignacion le hizo olvidar por un momento su amor á la hija de aquel hombre, cuya única insolencia no tenia igual.

—¡Tened la lengua, vive Dios! dijo, echando involuntariamente mano á la espada.

—¿Vos tambien, rapaz, me amenazais?

—¡Silencio, don Juan Alfonso! dijo el de San Lúcar á su hijo.

—Si mis palabras, repuso el infante, han de moveros á que me deis la muerte, mas os diré, y aun en el rostro he de escupiros.

Por uno de los esfuerzos de su voluntad suprema dominó don Alonso su coraje; y recogiendo la espada y embrazando nuevamente su lanzon, se dispuso á cabalgar, á la vez que decia:

—Idos en paz, que en Leon nos veremos mañana.

En aquellos momentos sonaron mas cerca los relinchos y el galope de los caballos que antes se habia oido.

—¡Que me vaya decís! repuso el infante. He ahí vuestra cobarde hipocresía. ¡Me perdonais la vida cuando

sentís los pasos de vuestros soldados que se acercan, y que sabeis me matarán!...

Don Alonso y su hijo escucharon.

—¡Tan ruin sois, dijo Guzman, que no alcanzais á comprender cómo la nobleza cabe en ningun corazon! Idos, pues.

Una carcajada horrible se escapó de la boca del infante, y luego estendió su brazo derecho y dijo con acento de insultante sarcasmo:

—Ya es tarde... ved en qué consiste vuestra generosidad... por allí... miradlos... son vuestros ginetes, los que llevarán en triunfo mi cabeza á Valladolid.

Efectivamente, por entre los árboles y á favor de la luna pudieron distinguirse algunos ginetes que se dirigian hácia aquel sitio.

Don Alonso y su hijo palidecieron.

El infante rechinó los dientes, brillaron sus ojos como dos áscuas, y luego quedó inmóvil y mudo, resuelto á morir sin demandar piedad á sus enemigos, sin exhalar un ¡ay!

—¡Padre mio! esclamó el doncel arrebatado por mil pensamientos opuestos, por mil encontradas emociones. ¡Padre mio, probad que nadie hay tan noble y generoso como vos!

Acercóse el señor de San Lúcar al infante, asióle por un brazo con mano convulsiva, y alzando la diestra para señalar al cielo, dijo con solemne voz:

—Infante don Juan, traidor á tu pátria, enemigo de tu padre y de tus hermanos, verdugo de mi hijo, allá en

el cielo, al lado del divino Omnipotente, está tu inocente víctima, la víctima sacrificada á tu ambicion, á tu orgullo, á tus ruines pasiones: su espíritu puro, por Dios bendito, vaga sobre nuestras cabezas en este instante, y lee en el fondo de nuestras almas. En vano la mentira saldrá de nuestra boca; en vano engañaremos al mundo con falsas palabras: la verdad quedará escrita en el libro eterno del Criador, y en su dia pesará en la balanza fiel que ha de inclinar su santa justicia. Dices que amas á tu hija; puedes comprender por tu corazon la herida que en el mio abriste, asesinando al hijo de mis entrañas, al hijo de mi amor. Esa herida está abierta, aun brota sangre noble, sangre que me abrasa el pecho, y á cerrarla no han sido bastantes dieziseis años; conmigo irá al sepulcro mi dolor; pero yo te juro aquí bajo ese cielo donde mora el alma de mi hijo, que á fuerza de sufrir el mas horrible de los tormentos, he ahogado mi vivísimo deseo de venganza, no te he matado porque no podias defenderte, y que antes de ser asesino hundiria yo mismo en mi pecho mi puñal. Vete te dije, no porque no anhelase la venganza, sino para buscarte otro dia frente á frente, midiendo con mi espada la tuya, como cumple á un caballero. Mi noble proceder, tomólo tu perversidad por villana intencion, por ruin hipocresía. ¿Quieres ver la diferencia que vá de un Guzman á tí? Mira, ya se acercan mis soldados; no te perdonarán la vida, porque te aborrecen; yo no podré mandarles que te dejen libre, porque á sus ojos me haria sospechoso, porque tú en la pelea has derramado su sangre, y es

justo que ellos viertan la tuya. Estás perdido: es segura tu muerte; ya se acercan..... unos momentos mas, y estás en su poder.

El infante, á pesar de su valor, estremecióse; de su boca no salió una palabra, pero sus negros ojos miraron con espanto á los ginetes que se acercaban, y luego con asombro al señor de San Lúcar.

—Infante don Juan, prosiguió don Alonso, verdugo de mi hijo, yo soy mas grande que tú. Sálvate.

Y arrastró al infante hasta su caballo.

—¡Monta y huye! dijo.

Don Juan, aturdido como si soñase, cabalgó maquinalmente en el brioso corcel de Guzman, y partió como un rayo antes de poder darse cuenta de lo que le sucedia.

Dilatóse el corazon del mancebo, salió de su boca un grito de admiracion y de alegría, y apeándose de su potro, se arrojó en los brazos de su padre henchido el pecho de noble entusiasmo, bañados los ojos en lágrimas de inmensa ternura.

Entretanto, el infante don Juan corria como el que huye, y al rudo y precipitado compás del escape de su caballo, murmuraba con ahogado acento y con su acostumbrado laconismo:

—Me venciste delante de los muros de Tarifa; delante de los muros de Leon me has humillado.... ¡Oh!... ¡Te aborrezco mas que nunca, don Alonso!

jnsto que ellos vierian la tuya. Estás perdido: es segura tu muerte; ya se acercan..... unos momentos mas, y estás en su poder.

El infante, á pesar de su valor, estremecióse; de su boca no salió una palabra, pero sus negros ojos miraron con espanto á los ginetes que se acercaban, y luego con asombro al señor de San Lúcar.

—Infante don Juan, prosiguió don Alonso, verdugo de mi hijo, yo soy mas grande que tú. Sálvate.

Y arrasó al infante hasta su caballo.

—¡Monta y huye! dijo.

Don Juan, aturdido como si soñase, cabalgó maquinalmente en el brioso corcel de Guzman, y partió como un rayo antes de poder darse cuenta de lo que le sucedia.

Dilatóse el corazon del mancebo, salió de su boca un grito de admiracion y de alegría, y apoderándose de su potro, se arrojó en los brazos de su padre bendito el pecho de noble entusiasmo, bañados los ojos en lágrimas de inmensa ternura.

Entretanto, el infante don Juan corria como el que huye, y al rudo y precipitado compás del escape de su caballo, murmuraba con abogado acento y con su acostumbrado laconismo:

—Me voy: iste delante de los muros de Tarifa; delante de los muros de Leon no has humillado.... ¡Oh!... ¡Te aborrezco mas que nunca, don Alonso!

CAPITULO VI.

Que dice algunas cosas, si no de mucha importancia, que sirven al menos para no dejar cortado el hilo de nuestra historia.

Al siguiente dia, las tropas acaudilladas por don Alonso Perez de Guzman el Bueno, se hallaban frente á los muros de Leon. Animados por la reciente victoria, esperaban los soldados con impaciencia el momento de dar el asalto, término de los afanes de la gente de guerra, que vé sobre las murallas la gloria, tras las murallas el botin y los placeres.

No sucedia lo mismo en la ciudad, porque los sitiados no piensan nunca mas que en la defensa, temen en la constancia de los sitiadores, que puede hacerles morir de hambre, de sed, no ven sobre las murallas mas que el peligro, y no encuentran dentro de las murallas sino sus riquezas, que pueden perderse, sus placeres y su descanso, que van á acabarse.

El sitiador tiene delante al enemigo á quien acome-

ter ó matar con la perseverancia, y detrás, la inmensidad de la tierra donde huir, si la fortuna no le es propicia.

El sitiador vé ante sí al enemigo que le ha de acometer, la perseverancia que lo ha de matar, y tras sí solo encuentra una muralla que le impide huir si la fortuna le es adversa, una tumba á sus piés si es vencido.

Por esto aquella mañana en Leon, todos los semblantes estaban tristes, y en el campo de los sitiadores, todos alegres.

Otra razon habia tambien para que los defensores de la ciudad no se sintiesen muy animados: su caudillo el infante parecia abatido, mas que ninguno, triste y pensativo hasta la distraccion.

Bien sabia don Juan que sus intentos de ser rey eran descabellados, ya porque su nombre no contaba con simpatías en los reinos, ya porque, si derechos tenia alguien mas atendibles que los de Fernando IV, solo eran los de don Alonso de la Cerda, heredero directo por línea masculina de don Alonso X el *Sábio*.

Martirizaba el amor propio del infante la humillacion que le habia hecho sufrir la noble generosidad del señor de San Lúcar, y esto lo tenia tan abatido y triste, y estaba tan distraido, porque calculaba si convendria á sus intereses, mas que sostener la rebelion, capitular con su sobrino Fernando IV, de manera que algun beneficio le reportase la nueva alianza.

Bien pudiera el infante sostenerse por mucho tiempo haciendo la guerra: vasallos tenia, dinero tambien, y

la ayuda de algunos nobles ambiciosos y descontentos; pero en aquella época en que los señores eran tan poderosos ó mas aun que los mismos reyes, las frecuentes rebeliones eran medio de lucrativa especulacion para alcanzar la donacion de un castillo, de un pueblo ó de una tierra, ó el privilegio de alguna alcabala que aumentase sus tesoros. Capitulando habia el infante de sacar algun partido; resistiendo solo hacer gastos, cuyo fruto era dudoso y de larga sazon. Para volver á rebelarse siempre tenia tiempo; para alcanzar ciertas concesiones, no siempre la ocasion era oportuna.

Así pensaba, y bien pensado, en provecho de sus intereses; y para acabar de decidirse á no continuar la guerra, pensó tambien que don Alonso Perez de Guzman era un adversario muy temible.

Despues de meditar toda la mañana, dijo con su natural laconismo:

—Paz, y que por ella se cumpla la sentencia de las Córtes, que ordena devolver á mi esposa el señorío de Vizcaya; y si esto nó, que se nos indemnice con algunas tierras, castillos y pueblos de la corona.

En estas pocas palabras encerrábanse cuestiones gravísimas de derecho, cuya resolucion habia hecho necesaria una reunion de Córtes.

A la desastrosa muerte del traidor don Lope Diaz de Haro, el señorío de Vizcaya debió pasar á su hija doña María Diaz, esposa del infante don Juan, quedando desheredado su hermano don Diego por haberse desnaturalizado de Castilla para servir á don Alonso de la Cerda;

pero don Diego se reconcilió con el rey, se posesionó del señorío y no quiso cederlo á su sobrina.

Reclamó el infante, reuniéronse Córtes para decidir el negocio, se emplazó á don Diego Lopez de Haro, y la sentencia fué favorable á doña María. Sin embargo, esta sentencia no se llevó á efecto: don Juan solicitaba del rey que la mandase ejecutar, y el rey no negaba ni otorgaba por temor á don Diego y al infante.

Este insistia, resistíase aquel; y como ambos eran poderosos, revoltosos y traidores, infundian miedo al monarca, y en tal asunto encontraban siempre un pretesto para justificar sus rebeldías.

Esto esplica, pues, las palabras de don Juan.

A la intimacion de rendirse que el señor de San Lúcar habia hecho al infante, contestó este con proposiciones de paz, que hicieron suspender el asalto y reunirse en consejo á los capitanes del rey.

Llena de caballeros estaba la tienda de don Alonso, y su hijo, tambien presente, revelaba en su semblante mas ansiedad que ninguno, por saber lo que habia contestado don Juan.

El mancebo estaba pálido y ojeroso; sin duda aquella noche, tras la fatiga de la pelea, tras las emociones que habia esperimentado en el encuentro con el infante, el sueño no habia cerrado sus ojos, porque el sueño es enemigo del amor, por lo mismo que tanto se parecen el uno y el otro, siendo ambos creadores de visiones.

—Señores, dijo Guzman á sus compañeros de armas, el infante acaba de hacerme proposiciones de paz.

Todos escucharon con la mas religiosa atencion.

—El rey, prosiguió don Alonso, no me ha dado autorizacion bastante para que yo acepte ninguna proposicion, pero sí me ha ordenado que suspenda la guerra si su tio llegaba á mostrar deseos de conciliacion, y que le dé aviso para resolver lo mas conveniente, á menos que nos encontrásemos en situacion tal, que no fuese decoroso el dar tregua á nuestros ataques. Bien puede suceder que las proposiciones de don Juan sean un ardid para ganar tiempo mientras recibe socorros, porque tenga pocos soldados, ó para vencernos con la sorpresa; y como seria mucha mi responsabilidad si yo resolviese sin acierto, quiero que me ayudeis aconsejándome.

—Don Alonso, dijo el mas anciano de los capitanes, todo debe temerse de un traidor; pero en cuanto á que el infante reciba socorros, me parece que no hay cuidado, porque estos solo puede recibirlos de donde han de tardar mas en venir que la contestacion del rey; y con respecto á la sorpresa, casi es imposible, si nosotros no confiamos en su buena fé, y estamos á todas horas dispuestos á recibir al enemigo. En vuestro lugar, yo enviaria con toda diligencia un mensaje al rey.

Algunos dieron muestras de ser de esta opinion, y otros se dispusieron á hablar, sin duda para combatirla.

—Hablad, señores, hablad, repuso don Alonso.

—La mala yerba cortada, retoña; arrancada de raiz, no renace, dijo un caballero de mirada ardiente y enérgicos ademanes. ¿Cuántas veces se ha rebelado el infante? ¿Cuántas se ha reconciliado con el rey? ¿Cuántas

ha vuelto á ser traidor? Miéntras viva don Juan, Castilla andará revuelta. ¿Qué importa que el infante se someta hoy á la autoridad del rey? Mañana tendremos que perseguirle otra vez. Los moros ensanchan sus fronteras, las nuestras se reducen; y el tiempo, el oro y la sangre que debiéramos emplear en la conquista de nuestra pátria, se gasta inútilmente en civiles contiendas, que nos dividen y nos debilitan y nos arruinan. Sobran en Castilla algunas cabezas, que habrán de perdernos si no se cortan; y como el rey no puede cortarlas, es preciso aprovechar la ocasion de que rueden en medio de un combate para que á nadie se culpe de ello y se estirpe el mal de una vez y para siempre. Si el infante propone la paz, el rey tendrá que aceptarla aun á costa de algun sacrificio, que no servirá de otra cosa sino de dar aliento al traidor para mostrarse despues mas exigente y soberbio. No escucheis las proposiciones de don Juan; sacad vuestros aceros, corramos á las murallas, y en medio de la pelea castiguemos con su merecido á quien tanta sangre cristiana ha hecho verter. De este modo no podrá decirse que el rey ha hecho matar á su tio; no se dirá que lo ha matado este ó aquel caballero; su cadáver se encontrará entre otros muchos; se hablará del acontecimiento algunos dias; aun sus mismos partidarios no podrán decir sino que á tal suerte se espone el que provoca la pelea; y el resultado será, como ya os he dicho, que acabará el desórden y habrá paz interior, porque el escarmiento ha de contener muchas ambiciones.

—Severo, inflexible os mostrais como siempre, dijo don Alonso.

—¿No es acaso mengua lo que en Castilla pasa?

—Sí, don García.

—Es preciso acabar de una vez, repuso otro.

—Sí, sí, dijo un tercero; bastantes víctimas ha hecho ya su ruin ambicion.

—¡Que muera!

—¡A Leon!

—Tened en cuenta que su sangre es real.

—Su corazon es villano.

—¡Es un traidor!

—¡Un asesino!

—¡Muera, muera! repitieron muchas voces.

El hijo de don Alonso palideció y estuvo á punto de levantarse para defender la opinion del que primero habia hablado; empero un mancebo sin barba, sin autoridad ni esperiencia, no debia dar su opinion donde tantos hombres respetables manifestaban la suya.

—Calmaos, señores, dijo don Alonso.

—Hablad, sí, hablad, porque aun no sabemos cómo pensais.

—Escuchadme, pues.

—Os escuchamos.

—Si desoigo, repuso Guzman, las proposiciones del infante, y en la pelea sucumbe, no faltará quien piense que he querido aprovechar esta ocasion para vengar antiguos rencores, mas que para servir á mi rey.

—Es cierto, dijo uno.

—Razon teneis, añadió otro.

—Y aun siendo así, replicó un tercero, nada hay mas justo que la venganza de ofensa tan ruin y tan aleve como la que vos recibísteis de don Juan.

—Ayer os dije, contestó Guzman, lo que pensaba sobre ese punto.

—¿Es decir que sois de opinion?...

—De enviar al rey un mensaje, porque de otro modo seria traidor.

—¡Traidor!

—Sí, traidor: ya os he dicho las órdenes que recibí del monarca, y esas órdenes deben cumplirse.

—Fueron condicionales.

—Pero no estamos en ninguno de los casos ya previstos por S. A.; porque, como muy cuerdamente ha dicho don Nuño, ni el infante puede recibir socorros antes de que venga la contestacion del rey, ni puede sorprendernos si noche y dia estamos preparados al combate.

—Pero se creeria tal vez que el miedo....

—Nó, no puede tener miedo el que ha vencido.

—Soy de vuestra opinion.

—Y yo.

—Y yo.

—Debe obedecerse al rey.

—Esperemos su contestacion.

Así fueron hablando algunos, y la opinion de Guzman pareció encontrar apoyo.

El mancebo, entretanto, esperimentando distintas

emociones, anhelaba el momento de que al fin se decidiese un asunto que á nadie interesaba como á él. Y por eso, ya palidecia su rostro, ya enrojecia, y á veces su respiracion era agitada, mientras que en algunos instantes quedaba sin aliento.

Mediaron aun algunas contestaciones, pero en último resultado se convino en que se enviase al rey un mensaje.

—¿Quién ha de ir? preguntó un caballero.

Estas palabras hicieron estremecerse á don Alfonso: no habia pensado en lo dichoso que seria si le mandasen volver á la córte.

Nadie supo, nadie se atrevió á contestar á la pregunta.

—¿Quién ha de ir? repitió Guzman.

—Vos lo direis, que todos están dispuestos.

—Pero la ayuda de todos me es muy necesaria.

—Vaya, pues, el mas ágil y mas fuerte para que corra sin descanso.

—¡No soy yo! pensó tristemente el mancebo, contemplando á algunos de los verdaderos gigantes que tenia cerca de sí.

—El mas fuerte hará falta si el enemigo rompe la tregua y nos acomete.

—Vaya el de mas edad.

—No será el mas ligero.

—Vaya el mas jóven, sea quien fuere, y que aprenda en esta ocasion á reventar caballos.

Los ojos de don Juan Alfonso se iluminaron de alegría.

—¿Quién es el mas jóven?

—Mi hijo, contestó Guzman.

—Sí, sí, que marche vuestro hijo, aunque no es su brazo el de menos importancia, segun ayer dió muestras de ser digno de su nombre.

—Don Juan Alfonso, á caballo, dijo Guzman.

No esperó el mancebo á que le repitiesen la órden; se puso de pié, llamó á su escudero, pidió su casco y esperó á que su padre le diese los pliegos que contenian las proposiciones del infante.

—Esto se confia á vuestro honor, le dijo don Alonso. Ya sabeis vuestro deber; antes han de arrancaros el corazon que los pergaminos.

—Padre y señor, la noticia de la pérdida de estos documentos vendria con la de mi muerte.

—¡Bien, mancebo, vive Dios! esclamó el mas anciano de los capitanes.

—Dios os proteja, repuso Guzman.

Y estampando un beso en la frente noble de su hijo, lo dejó partir.

Montó el doncel una yegua de árabe raza, ligera y briosa, que al sentir las aceradas puntas del acicate, partió como la flecha despedida por el arco.

Siguiólo su escudero, que tambien aguijoneó los ijares de un potro tordillo, no menos brioso y corredor; y ambos, como la ráfaga de viento que silba y pasa, se dejaron atrás valles y montes.

—¡A Valladolid! murmuraba el mancebo. ¡Allí está el sol, este no alumbra mas que mis ojos, aquel mi

alma! ¡Allí está, allí está!... ¡corre, *Centella!*... ¡Oh.... la ofendí!... soy un miserable.... ¡corre, *Centella!*

Y el fogoso bruto, con razon llamado Centella, daba al aire su crin, sacudia su cola, abria sus anchas narices, y convirtiendo en polvo la arena, redoblaba la velocidad de su carrera como si el doncel le comunicase todo su ardor.





CAPITULO VII.

Primero el deber, luego el amor; antes el rey que la dama.

—Oscura es la noche.

—Y fria, señor.

—No importa: poco nos queda ya de camino.

—Una hora.

—Media escasa.

—Si reventamos nuestras cabalgaduras.

—Cuando ya no han reventado....

—Mi potro apenas puede andar.

—Muy cansada está mi yegua tambien, pero cuando hayamos traspuesto ese montecillo, apretaremos algo mas: el último esfuerzo, y despues el descanso.

—Mucha prisa teneis, señor.

—No es para menos el asunto que me lleva.

—Sí, sí, el asunto.... ¿No divisais allá á lo lejos una sombra?

—¿Es la ciudad?

—Sí, señor; desde esta altura se vé perfectamente de dia.

Así hablaba don Juan Alfonso Perez de Guzman y su escudero cuando tocaban al término de su viaje.

Palpitó violentamente el corazon del doncel al divisar en lontananza una sombra informe que se perdia en la oscuridad.

—Allí está, murmuró. Quizás duerme.... tal vez reza y llora.... ¡Cuánto la adoro!

Y sintió abrasada la frente, arder el pecho y temblar las manos.

Habian trepado un montecillo, y la llanura se presentó á sus ojos como un lago de oscuridad.

El enamorado mancebo clavó el duro acicate en el vientre de su fatigada yegua; y el noble animal, siempre obediente, lanzóse como un rayo y cual si fuese á romper en su carrera las tinieblas impalpables que le rodeaban.

Por largo rato no se oyó mas que el resoplido de los corceles, el choque repetido de sus cascos contra la arena, y algun suspiro de amor que exhalaba el doncel y la oscuridad recogia en su negro seno.

De pronto nuestros caminantes percibieron á poca distancia un bulto movible.

—Alguien vá tambien hácia Valladolid, dijo el escudero.

—No ha de llegar tan pronto como nosotros.

—Y camina á buen paso.

—Parece el de una mula.

—¿Sentís sus pisadas?

—Nó.

—Es estraño.

—Ciertamente.

—No es mula....

El escudero no pudo concluir, porque al alcanzar al viajero y fijar en él su mirada, apoderóse de su corazon un espanto que por algunos instantes le dejó mudo.

—¡El Brujo! esclamó. ¡Jesus!... ¡corred, don Juan Alfonso, corred, señor, corred!

Efectivamente, era el Brujo montado en su negro jumento, que se encaminaba á Valladolid rápidamente.

Nuestros viajeros pasaron velozmente por el lado del asesino; y este, al oir el nombre de don Juan Alfonso, dejó escapar un rugido horrible, como el de un leon, y luego una carcajada estridente y mas horrible aun salió de su boca.

—¡Jesus, María y José! volvió á repetir el escudero á la vez que se santiguaba. ¡Corred mas, señor!

—¿Tienes miedo?

—¿No lo habeis visto?

—En medio de la oscuridad he podido distinguir una forma estraña, parecida á un hombre sobre un asno.

—Pues ese es, señor.

—¿Es ese el llamado Brujo, que tanto espanto causa en la ciudad, y del que tan estraños cuentos se refieren?

—El mismo.... volved la cabeza, señor; mirad, todavía se le distingue. ¿Cómo habíamos de oir los pasos de su jumento, si camina en el aire?

—Eres muy supersticioso.

—¿No le teneis miedo?

—Nó, porque es un hombre.

—Alguna desgracia ocurrirá esta noche.

—¿Por qué?

—Porque siempre que se le vé sucede algo que cuesta lágrimas á muchos.

—¿Eres de los que creen?...

—Que fué el mismo que enfrente de la casa del infante arrancó el corazon á don García: el mismo que incendió la casa del maéstre: el que trajo la langosta el año pasado, y la causa, en fin, de todos los males. La noche en que asesinaron á don García se le vió recorrer las calles de la ciudad, y....

—Déjate de cuentos.

—Sin embargo, señor, os aconsejo que os guardeis de él y de su asno, y que si lo encontrais alguna vez, tomeis opuesto camino con cuanta prisa podais.

—Corre, y nada temas.

—De buena gana os sigo ahora, porque aun temo que el Brujo nos alcance.

Pensando el doncel en su dama, y mirando atrás el escudero, llegaron á las puertas de la ciudad, que se abrieron á las palabras de «Castilla y don Fernando, y un mensajero del señor de San Lúcar.»

—La ciudad estaba silenciosa.

Nuestros viajeros atravesaron algunas calles, y bien pronto se encontraron á las puertas del palacio real.

Al echar pié á tierra el doncel, un hombre le estrechó con fuerza hercúlea entre sus brazos, y esclamó:

—¡Vos aquí!

—¡Don Rodrigo! contestó el mancebo.

Y el nuevo personaje bajó el embozo de su ancha capa, y á los débiles reflejos que salian del zaguan de palacio, pudo verse su rostro hermoso, rodeado de rubia y sedosa barba, y sus ojos azules, de mirada espresiva.

Era ni mas ni menos que Rodrigo, el hijo bastardo de don Alonso X y de doña Ines de Carbajal.

—No pensaba encontraros, le dijo don Juan Alfonso.

—Esta mañana he llegado.

—¿Vencedor ó vencido?

—Vencedor. Murcia ha vuelto á la obediencia del rey, y don Alonso de la Cerda se ha internado en Aragon.

El doncel miró á todos lados, como receloso de que oyesen sus palabras, y luego dijo:

—¿Conque habeis llegado esta mañana?

—Sí, y he sabido que estábais en Leon. ¿Volveis solo?

—Sí, con proposiciones de paz del infante.... Pero dejemos esto, y decidme algo que pueda interesarme mas y que sin duda sabreis.

—¿La amais aun?

—No puedo olvidarla.... cuidado, amigo mio, no nos oigan.

—He preguntado por ella.

—¿Y qué sabeis?

—Está enferma....

—¡Enferma! interrumpió don Juan Alfonso. ¡Oh!... ¡Dios mio, yo soy la causa!....

—Calmaos, amigo mio: no ofrece peligro su enfermedad que, segun me han esplicado, la tengo por solo del corazon.

—¡Es horrible!

—Os repito que no ofrece cuidado.

—Vos solo, don Rodrigo, conoceis este secreto: en nadie sino en vos puedo depositar mi confianza, nadie puede consolarme....

—Bien, don Juan Alfonso; pero sed prudente. Mañana la vereis....

—¡Mañana!

—¿Cuándo, pues?

—Esta noche, ahora mismo.

—¿Estais loco?

—Mi escudero se llevará los caballos: vos me acompañareis para hablarme de ella por el camino; y luego, mas tranquilo ya, volveré á entregar al rey el mensaje.

—Don Juan, olvidais vuestros deberes.

—¡Siempre los deberes!

—Que son antes que el amor.

—Así podré darla la grata noticia de que su padre trata de reconciliarse con el monarca y se aleja del peligro que le cerca.

—Esa noticia la espera el rey.

—Pero el rey....

—Es antes que la dama, dijo severamente don Rodrigo.

—¡Oh!...

—Entrad, pues, que antes de que salgais habré yo vuelto para acompañaros....

El mancebo entró tristemente en la morada real, subió y dijo que anunciasen al rey la llegada de un mensaje importante del señor de San Lúcar.

CAPITULO VIII.

Donde el lector volverá á ver á la reina doña María, y conocerá á don Fernando IV.

Don Fernando IV habia heredado mas parte de la delicada belleza de su madre que de la varonil hermosura de su padre. No se veia en el rostro del monarca aquella espresion de indomable bravura que animaba el de don Sancho. Sus azules ojos miraban dulcemente, y nunca se notaba la mas leve contraccion en sus facciones. Sin embargo, tenian estas una inmovilidad tal, que difícilmente hubiera podido decirse si era falta de energía ó completa indiferencia el defecto de que adolecia el jóven monarca.

Sus cabellos eran rubios, blanco su cútis, mediana su estatura y bien desarrollados sus miembros.

Hablaba pausadamente, rara vez se mostraba enojado; pero cuando esto llegaba á suceder, aquel frio esterior trocábase en invencible energía, aquella mirada

tan serena encendíase súbitamente, y nada habia que le hiciese cambiar de resolucion. Esto, como hemos dicho, sucedia muy raras veces, porque su carácter desconfiado, casi siempre irresoluto, no daba lugar á determinaciones, hijas del juicio madurado y de la profunda conviccion.

Tendria escasamente veinte años, y apenas un ligero bozo sombreaba su lábio superior.

Su madre, doña María de Molina, reina viuda de don Sancho el *Bravo*, habia regentado los reinos durante la menor edad de este monarca, y pudiera decirse que entonces todavía las resoluciones mas importantes eran dictadas por ella.

Ambos conversaban sobre el gravísimo estado de los negocios públicos, cuando anunciaron la llegada del hijo de Guzman, y á pocos instantes presentóse el mancebo.

Los ojos de doña María, apagados ya en fuerza del llanto, fijaron en don Juan Alfonso una mirada afanosa, y luego preguntó:

—¿Qué nuevas traeis, don Juan?

—¿Alguna desgracia? añadió el rey con dulce voz.

—Traigo la noticia de una victoria alcanzada por vuestros soldados, señor.

—¡Oh! dijo don Fernando. Buena es la noticia.

—¿Y el infante? preguntó doña María.

—Con los rebeldes estaba y con ellos queda.

—¿Muerto ó vivo? repuso el rey.

—Vivo, y en Leon, donde se encerraron los fugitivos.

—¿Y lo estrechan los mios?

—Nada se hace, porque don Juan ha pedido una tregua.

—¿Con qué fin? preguntó doña María.

—Ha hecho proposiciones de paz...

—¿Con qué condiciones?

—Escritas están aquí, señor, dijo el doncel.

Y entregó al monarca los pergaminos que su padre le habia dado.

Leyólos el rey en alta voz, y luego miró á su madre.

—¡El señorío de Vizcaya! dijo con amargura doña María. ¡Siempre ambiciones!... ¿Qué habeis de hacer, hijo mio? ¿Mandareis que se cumpla la sentencia de las Córtes? Así acabará la rebelion encendida por el infante, pero tendremos otra promovida por don Diego Lopez de Haro y quedaremos lo mismo.

—¿Sabeis, madre mia, dijo el monarca desplegando una sonrisa irónica, que me falta muy poco para enfadarme? Y Dios libre al infante mi tio de mi enojo. Por las mismas razones que acabais de manifestar, suspendí la ejecucion de la sentencia de las Córtes, y procuré avenir á don Juan con el de Haro, aun á costa de un sacrificio. Ni el uno ni el otro se encontraron contentos; quedé por ambos desairado, y fué inútil mi mediacion. Yo soy el rey, madre mia, y el rey debe hacerse valer algo mas.

—Don Juan Alfonso, dijo la reina sin contestar á su hijo, ¿cuenta el infante con fuerzas para poder sostenerse?

—Por algun tiempo al menos, sí, señora; y si la for-

tuna le es propicia, Dios sabe lo que puede suceder, porque nada significa el que lo hayamos vencido en un encuentro, que mas bien fué una sorpresa.

—Muy jóven sois aun, ¿pero cuál es vuestra opinion? preguntó doña María.

—Creo, señora, que al fin podremos reducir al infante por la fuerza de las armas; pero es triste que estas se empleen entre cristianos, cuando tan cerca tenemos á los enemigos de la religion y de la pátria, que aprovechando nuestras intestinas disensiones, afirman su poder, ensanchan su territorio y acabarán por invadir á Castilla.

—Bien, don Juan, dijo el rey, proseguid, que habeis de ser mozo de tan buen consejo como vuestro padre, el mas leal de todos los caballeros.

—Señor, si hay acomodamiento posible, creo que debe llevarse á cabo.

El rey pareció meditar, y la reina dijo:

—Mi parecer seria el de continuar la guerra contra el infante, si esto no produjese el mal de que nuestras fuerzas se agoten en tan estériles luchas, y los moros, entretanto, aumenten sus conquistas.

—¿Y qué hemos de hacer, madre mia?

—Aceptar la paz que propone vuestro tio.

—¿Y provocar otra guerra con don Diego?

—Todo puede arreglarse.

—No sé cómo.

—Dejemos á don Diego el señorío de Vizcaya.

—¿Y el infante?

—Se contentará con el derecho de que el señorío pase á su esposa á la muerte del de Haro.

—No es bastante para su sed de riquezas.

—Haceis un sacrificio, que bien lo merece la paz interior de los reinos, y dais á don Juan algunas villas de la corona.

—No parece muy justo que yo pague las desavenencias de otros. Sigan don Diego y don Juan su comenzada guerra; destrúyanse, que mucho en ello ganaremos, y no me obliguen á desmembrar mi patrimonio para satisfacer su ambicion.

—¿Qué adelantarás aunque se destruyan?

—¿Qué perderé en ello?

—No habrá tranquilidad.

—¿Quereis que acepte la paz?

—Es mi opinion.

—Quiero mostrarme generoso por última vez; y en adelante, os juro que han de temblar á mi justicia.

—Se ha salvado, dijo para sí el mancebo, en cuyos ojos brillaba la alegría.

—Daré al infante á Miranda de Ebro y á Villalba de Lora, para que así quede satisfecha su ambicion mientras hereda el señorío de Vizcaya. ¿Os parece bien?

—¿Y don Diego?...

—Aceptará, porque yo le rogaré.

—Bien, hijo mio.

El rey se levantó; su semblante se tornó repentinamente severo, brillaron estraordinariamente sus ojos, y dijo al doncel:

—Don Juan Alfonso, encargad á vuestro padre que cuando comunique al rebelde las condiciones con que acepto la paz, le diga que es mi última resolucion; que si le cuadra, que vuelva á la obediencia de su rey, y si no lo encuentra bien, prosiga la guerra; pero que tenga presente que no he olvidado que fué asesino en Tarifa, traidor en todas partes, y descontento y ambicioso siempre.

—Antes que la lengua, dijo doña María con forzada calma, emplead los aceros si al infante no pareciese bien nuestra determinacion.

—Y entonces, repuso el monarca apretando los puños y con acento de profundo enojo; entonces, mancebo, vengad á vuestro hermano, traedme la cabeza del traidor, y vereis cómo mis perros sacan de ella la ruin avaricia que la trastorna.

El doncel se estremeció con solo la amenaza, porque se acordó de Sol.

—Señor.... dijo.

—Necesitareis descanso, don Juan, interrumpió el monarca. Idos, pues, y volved mañana para llevar las instrucciones que debeis dar á vuestro noble padre.

El mancebo salió de la régia estancia.

—¿Quién soy yo, madre mia? dijo Fernando.

—El rey.

—No soy nadie; todos pueden mas que yo; mas que yo, todos mandan.... ¡Dios de Dios!

—¡Pobre Castilla! murmuró la reina.

Y de sus ojos brotó una lágrima.

CAPITULO IX.

Sospechas de Rodrigo, y razones con que se convence á una dueña.

Cuando el hijo de Guzman dejó al rey, encontró á Rodrigo esperándole, y con él salió de palacio.

—¿Teneis que volver esta noche? preguntó el hijo de doña Ines.

—Nó, amigo mio, el rey me ha mandado volver mañana para darme la contestacion que debo llevar al infante; y me alegro, porque así estoy libre para dedicar algunas horas á Sol.

—¿Vais antes á vuestra casa?

—Nó, porque cada momento que pierdo me parece un siglo. Si quereis acompañarme, al palacio de don Juan me encamino.

—Sí que os acompañaré, porque aunque vos no teneis miedo, se han hecho aquellos sitios muy peligrosos.

—Lo mismo que el resto de la ciudad.

—Será casualidad, don Juan, pero es lo cierto que ya han sucedido allí dos catástrofes horribles: hoy me han contado lo que pocos dias ha ocurrido al hijo de don Hernando Lopez, y ya veis que haber amanecido en poco tiempo dos hombres asesinados y á los cuales han arrancado el corazon despues de muertos, no es cosa que debe olvidarse al pasar por allí.

—Nada temo.

—En buen hora, amigo mio, yo tampoco; pero al atravesar de noche aquella calle voy con cuidado por lo que pueda suceder.

—Lo que me dá que pensar, don Rodrigo, es esa circunstancia de que arranquen á las víctimas el corazon. ¿Qué mira pueden llevarse?

—No lo acierto; pero sin duda, esto solamente lo hacen por infundir mas terror. El autor de semejantes crímenes debe tener interés en alejar de allí á los transeuntes.

—Y las dos veces, repuso con aire meditabundo don Juan, ha sucedido bajo las ventanas de Sol.... ¿Quizás otro amante?...

—Mucho se oculta, si acaso, porque nadie lo conoce. Esos dos asesinatos los atribuyen á esa especie de fiera, ese hombre de tan estraña figura como misteriosa vida, á quien llaman el Brujo, y á quien solo de noche se le vé en las calles.

—Esta noche lo hemos encontrado á poca distancia de la ciudad.

—¿Solo?

—Como dicen que vá siempre, sobre su negro jumento, que á tantos comentarios dá lugar entre la gente sencilla.

—Entonces ya estará dentro de la poblacion, y mañana tendremos que contar nuevas desgracias.

—Os pareceis á mi escudero.

—¿Ha dicho lo mismo?

—Como todos dicen. ¿Sois supersticioso?

—Nó, don Juan, pero sospecho que ese hombre es un asesino de oficio y que alguien le paga sus crímenes. Si es cierto que alguno está enamorado de doña Sol, y es bastante cobarde para no hacer frente á los que la galantean....

—¿Quereis infundirme miedo?

—Al contrario, quiero infundiros valor, y sobre todo prudencia.

—Creo que vuestras sospechas son infundadas.

—¿Por qué, don Juan?

—Porque si ese hombre es un asesino pagado, aprovecharia la ocasion de robar á la víctima despues de muerta, nó el corazon, sino las doblas que llevase encima. Y por cierto que no sucedió así con el primer desdichado, que iba bien provisto de monedas de oro.

—Ni con el segundo.

—Ya lo veis, don Rodrigo, el asesino no es un ladron y por consiguiente tampoco el Brujo.

—Entonces es un adorador de la hija de don Juan.

—Tal sospecho.

—Y un cobarde.

—Por eso no tengo miedo.

—Por eso se le debe temer mas.

—Conque un amante.... ¡Oh! esclamó el mancebo apretando los puños.

—Es solo una sospecha.

—¡Vive Dios, don Rodrigo, que si alguno se atreve á dirigir sus miradas á doña Sol!...

—Don Juan, los amigos deben decir las verdades.

—Así lo exige la amistad.

—Doña Sol no es capaz de engañaros, pero tampoco debeis creer que solo vos la amais, porque es en estremo hermosa, rica y de sangre real.

—¿Sabeis, acaso?...

—Nada mas, sino que la noche que asesinaron al hijo de don Hernando, oyeron los vecinos un amoroso romance cantado al son de una cítara.

—Eso prueba....

—Que no sois vos solo quien ama á doña Sol.

—Ya han perecido dos....

—Queda por lo menos uno, el asesino, el mas temible, porque se oculta. Acordaos de la historia de mis amores, que mas de una vez os he referido, y comprendereis todo lo peligroso que es un rival que se oculta.

—¿Sabeis que hasta ahora no he sabido lo que eran celos? dijo el doncel con acento comprimido.

—Es mala comida, don Juan.

—Apretemos el paso.

—Como os plazca.

Así hablando, se acercaban nuestros amigos al palacio del infante.

La noche, como dijimos, era en estremo oscura.

Cuando Rodrigo y el doncel llegaron á la esquina desde donde algunos dias antes escuchara el Brujo la amorosa cancion, se pararon.

—Está desierta la calle, dijo el mancebo.

—Aquí os esperaré.

—No lo consiento; retiraos, que la noche avanza.

—No tengo prisa.

—Ya veis que nada hay que temer.

—No estaria tranquilo si me fuese. ¿Quién sabe si cuando salgais os sorprenderán?

—Es imposible, porque ya voy prevenido, y el que me acometa tendrá que vencerme peleando.

—Os digo que no me moveré de aquí.

—Entonces me vuelvo sin ver á Sol.

—Don Juan Alfonso, replicó Rodrigo con firmeza, entrad y no intenteis persuadirme á que me aleje; si os sucediese alguna desgracia, el remordimiento de haberos dejado me mataria.

—Os conozco bien y sé que será en vano cuanto os diga; pero si por aguardarme, la desgracia la sufrieseis vos....

—Perded cuidado.

—Don Rodrigo....

—Aprovechad el tiempo.

Lo mismo que noches antes, á través de una celosía se escapaban algunos rayos de luz.

El mancebo contempló aquella ventana, y su corazon palpitó con violencia. Un suspiro se escapó de su pecho, y mientras se separaba de su amigo, y se acercaba á la casa, murmuró:

—No duerme.... ¿Pensará en mí?

Y parándose dejó escapar un silbido agudo, y luego otros dos, y esperó con impaciencia.

Trascurrió largo rato; y ya don Juan se disponia á repetir sus señas, cuando abriéndose un postigo que la oscuridad no dejaba ver, salió un bulto y quedó parado.

El doncel se acercó.

—¿Vos aquí, don Juan Alfonso? dijo en voz baja una mujer, la misma que habia salido.

—El mismo, Gimena.

—¿Cómo tan pronto?

—Ya lo sabreis. Decidme, ¿y doña Sol?

—Algo falta de salud.

—Ya lo sé; pero ¿qué hace?

—Reza, porque desde vuestra marcha parece una monja.

—¿Qué os ha dicho?

—Nada; he salido sin su licencia.

—¿No quiere verme?

—Cuando partísteis me dijo que no volviese á abriros la puerta.

Don Juan apretó los puños con rábia.

—¿Eso ha dicho?

—Al mismo tiempo que lloraba como una Magdalena.

—¡Ya no me ama!... ¡Oh!...

—¿Que no os ama mi noble señora?... Mas que nunca. Algunas veces cuando reza la oigo desde la habitacion inmediata, y pronuncia vuestro nombre.

—¿No me engañais?

—¿Engañaros!... líbreme Dios, don Juan.

—Entonces, ¿por qué no quiere verme?

—¿Y á mí me lo preguntais? No me lo ha dicho.

—¡Soy un insensato!

—No os altereis, que el enojo de mi noble señora pasará.

—¡Soy un miserable! repuso don Juan con acento de desesperacion.

—¿Habeis perdido el juicio, señor?

—Puede ser, Gimena.

—¿Quereis que le diga que estais aquí? Bien que habrá oido vuestra seña de costumbre.

—Ya veis, Gimena, ni siquiera se ha asomado á la ventana.

—¿Qué importa?

—No querrá verme; es inútil que le digais nada.

—¿Tan pronto desesperais?

—La conozco y.... Nó, Gimena.

—¿Os vais, pues?

—¡Alejarme sin verla!... ¡Imposible!

—¿Qué determinais? Se pierde el tiempo, y si se acuesta....

—Quiero verla, sí, pero será en vano suplicarle.

—Entonces....

—Solo un medio hay.

—¿Cuál?

—Presentarme á ella sin darle ningun aviso.

—¡Jesus!

—¿Qué mal puede suceder?

—No me atrevo, mi noble señor.

—De ese modo, viéndome, oyendo mis súplicas, tal vez.

—No me atrevo, señor.

El doncel sacó de su limosnera algunas doblas, y poniéndolas en la mano de Gimena, le dijo:

—Nada temais. Vamos, vamos.

Razon tan poderosa dejó convencida á la sirviente, y abriendo á don Juan el paso, entró con él en la casa y cerró el postigo.

Alumbrado por la luz de una lámpara que llevaba Gimena, atravesaron un estrecho pasillo, subieron una escalera, y llegaron al fin al mismo aposento en que ya vimos á la bellísima Sol y á don Juan Alfonso el dia que este partiera con su padre.

—Ahí la teneis, dijo Gimena con voz casi imperceptible y señalando á una puerta.

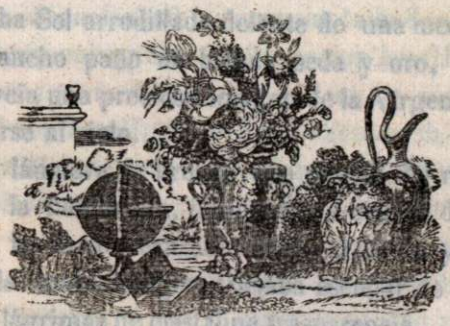
Quedó el doncel parado algunos instantes y sintió como si sus megillas brotasen fuego. ¿Cómo seria recibido por Sol? Esta pregunta que se hizo pareció quitarle el ánimo con que tan resueltamente habia llegado hasta allí.

Con lento paso y conteniendo la respiracion, acercóse don Juan á la puerta indicada por la sirviente, le-

vantó la ancha cortina que la cubria, vió á su amada y quedó nuevamente parado.

La jóven estaba vuelta de espaldas y de nada se apercibió.

En medio del silencio que reinaba se oyó un suspiro leve, pero como si saliera de lo mas profundo del alma. Agitóse el corazon del mancebo y la mano con que sostenia la cortina tembló.





CAPITULO X.

De la conversacion que tuvieron don Juan y doña Sol.

Estaba Sol arrodillada delante de una mesa cubierta con un ancho paño de blanca seda y oro, y sobre la cual se veia una preciosa imágen de la Vírgen en actitud de elevarse al cielo.

Una lámpara de bronce que pendia del rico artesonado de la habitacion, iluminaba el cuerpo de la jóven, que con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en la santa imágen, dejaba escapar de sus azules ojos dos lágrimas de cristalina trasparencia.

Oraba con fervor.

Blanca túnica de fina lana envolvia su esbelto talle.

Algun tierno suspiro, algun sollozo de dolor era lo único que se percibia en medio de aquel silencio sepulcral.

¡Qué hermosa estaba la doncella con su pálido sem-

blante de tristísima espresion, con sus ojos inmóviles y por el llanto humedecidos!

¡Qué hermosa, con su frente pura, serena, levantada al cielo y bañada de blanca luz, como si una aureola celestial la rodeara! ¡Qué hermosa, con sus cabellos de oro, relucientes como el sol, en desórden, sueltos y cayendo sobre la blanca túnica!

Contempló el mancebo aquella hermosa cabeza, sobre cuyos blondos cabellos reflejaba caprichosamente la luz de la lámpara, y no se atrevió á moverse.

La jóven, absorta en su rezo y en sus tristes ideas, ni habia percibido la seña hecha por don Juan en la calle, ni habia notado que lo tenia tan cerca.

Algunos momentos pasaron.

—¡Madre Santa! murmuró al fin la doncella con acento débil. ¡Haced que se estinga esta pasion que me devora el pecho: ya no debo amarle, nó; entre nosotros está la sangre derramada en Tarifa! ¡Haced que lo olvide, pero protejedlo, bendecidlo, que sea feliz! ¡Mi vida es un tormento horrible!... ¡Consuelo, algun consuelo, purísima y santa Madre de Dios!

El llanto salió en abundancia de sus azules ojos, corrió por sus pálidas megillas, y fué á perderse, en perlas convertido, entre los anchos pliegues de su blanca túnica.

El doncel, como arrastrado por una fuerza irresistible, dió algunos pasos silenciosos en el interior del aposento, y arrodillándose detrás de la doncella, colocó en el suelo el acerado casco, cruzó las manos tambien, y con voz ahogada y acento suplicante, esclamó:

—¡Perdon!

La jóven exhaló un grito de espanto, levantóse repentinamente, y fijando una mirada de asombro en su amante, dijo:

—¡Don Juan!... ¡Dios mio!... ¡Es él!... ¡No es un sueño!... ¡Don Juan!...

—¡No es un sueño, nó, Sol mia!

La doncella enjugó su llanto; trocóse en severidad la tristeza de su semblante, y repuso:

—¿Qué buscais aquí?

Don Juan se puso de pié.

—¡Nunca me habeis amado! dijo con amargura.

Sol no contestó, pero su rostro se puso como el carmin.

—Me habeis visto partir en busca de la muerte, ignorábais si habia sucumbido, y al verme...

—Don Juan, interrumpió la jóven, ¿por qué habeis venido á interrumpir mi soledad, á renovar mis dolores?

—¡Por qué he venido! ¿Eso me preguntais? ¡Cuán poderosamente obra el tiempo en el corazon de la mujer! ¡Qué fácil es en ella la mudanza!

—¿Habeis venido á insultarme?

—Doña Sol...

Don Juan, este corazon que por vos siempre ha palpitado, ha sido tambien por vos herido.

El doncel inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Sol, dijo variando de tono, loco estoy, la pasion trastorna mi cabeza.

—¿Qué quereis, pues?

—¡Qué quiero!... ¿No me habeis visto de rodillas ante vos? ¿No habeis oido mi primera palabra?

—Habeis venido á pedirme perdon.... pudísteis escusarlo, porque yo tambien sé perdonar á los que me ofenden: en mi pecho no cabe rencor.

—He venido en busca de vuestro perdon, pero tambien á saber si me amais aun, si como siempre os puedo llamar mia.

—Don Juan, mi amor no es de los que en un dia se estinguen: la fatalidad se puso en mi camino para hacerme desgraciada, y en vano lucharé para borrar de mi corazon vuestro recuerdo; pero ser vuestra.... ¡oh!... ser vuestra, eso es imposible, ya lo sabeis: entre nosotros se levanta un recuerdo tristísimo que para siempre nos separa.

—¡Me estais matando! dijo el doncel haciendo un esfuerzo penoso.

—¿Acaso no sufro tanto como vos?

—Os ofendí, Sol; pero, ¿pudísteis pensar que mis palabras fuesen dichas con la intencion de herir vuestro noble orgullo?

—Nó, don Juan Alfonso, pero me recordaron lo que mi amor me hacia olvidar muchas veces, y desde entonces me convencí de que debemos imponernos un terrible, pero indispensable sacrificio.

—Escuchándoos estoy, y apenas puedo dar crédito á vuestras palabras. ¿Sois vos la que tal decís? ¿Vos, que todo lo sacrificábais por mí, la que ahora quereis sacrificarme á todo? ¿Cómo se trocaron aquellos dias en que al

verme os olvidábais de todo, y no habia para vos mas recuerdos, mas ilusiones ni mas esperanzas que las de nuestro amor? ¿Dónde fueron aquellos dias en que para vos nada habia que pudiera separarnos sino la muerte?

—Sin duda, don Juan, repuso Sol, á cuyos ojos el llanto volvió á salir, sin duda entonces mi razon trastornada no me dejó pensar en mi locura.

—Porque entonces, replicó con amargura don Juan, el fuego de un amor puro os enloquecia, y ahora ese fuego no basta ni siquiera á despertar en vuestra alma la compasion. Porque entonces todo por nuestro amor, todo por mí: la muerte misma hubiera tenido que luchar para arrancaros una vida que dedicábais á mí, nada os hubiera arredrado, ante nada hubiérais retrocedido, ni aun ante esos recuerdos tristísimos, porque los hubiera borrado vuestra voluntad de vuestra memoria, aun á trueque de arrancar con vuestra misma mano vuestro cerebro. Porque entonces....

—¡Don Juan, me estais matando! interrumpió la doncella á la vez que se oprimia el pecho.

—¿Acaso no sufro tanto como vos, mas que vos aun? dijo á su vez el mancebo. ¿No dicen mis palabras terribles verdades? He venido como siempre anhelante de amor....

—Me acusais....

—No os acuso, doña Sol, os recuerdo lo que parece habeis olvidado.

La jóven hizo un esfuerzo y elevó al cielo una mirada suplicante.

—¡Dios mio! esclamó.

—Esos recuerdos, señora....

—Don Juan, ¡por compasion! ¡Ah! ¡vos no sabeis cuánto he sufrido, cuánto padezco!

—¿Me amais como siempre?

—¡Pluguiese al cielo que no os amase!

—Entonces, ¿por qué ese desvío?

—Sacrifiquemos nuestro amor, don Juan, porque de otro modo nos haremos muy desgraciados.

—¡Desgraciados!

—Mucho, don Juan.

—¿Acaso el separarnos para siempre no es la mayor de las desgracias? ¿Qué otra cosa podemos temer? ¡Preferís la tranquilidad á nuestro amor, no quereis hacer frente á las contrariedades que nos amenazan!...

La doncella se pasó las manos por su abrasada frente y echó atrás las doradas trenzas de sus cabellos. Su seno casto y puro estaba en estremo agitado.

—¡Don Juan, estoy loca! esclamó. Pienso en las desgracias que ha de traernos nuestro amor, y quiero sacrificarme por haceros feliz; pero olvido que mi sacrificio os sacrifica. Os amo como siempre, mas que nunca; pero veo entre nosotros un imposible. Cuánto he sufrido en los pasados dias, cuánto he luchado, en vano lo quería esplicar, no lo comprenderíais, porque vos no sabeis lo que es decir al corazon, «calla, no sientas, no quieras lo que quiero, apaga con tu mismo fuego el fuego que arde en tí:» no lo sabreis, nó, don Juan, y por eso no comprendereis lo que he padecido. ¡Acusadme, aborre-

cedme, razon teneis para todo; os escucharé, sabré morir resignada y os bendeciré al exhalar el último suspiro, vuestro nombre será el último que pronuncie!

Don Juan, con los ojos brillantes por la pasion, el pecho agitado por las emociones, se aproximó á la doncella y cogió una de sus manos entre las suyas.

—¿Por qué, entonces, si me amais aun como siempre, mas que nunca, quereis que nos separemos?

—Don Juan....

—Las mismas desgracias que hoy podemos temer temíamos antes; y sin embargo, adormidos en brazos de nuestro amor, soñando con nuestras ilusiones, hemos sido felices, ¿no es verdad?

—¡Oh, mucho!

—¿Y por qué renunciar á esa felicidad, cuando mas bien se despeja que se anubla el horizonte de nuestro porvenir? ¡Sol mia, mi luz, mi encanto, mi vida, yo te adoro! ¡No ocultes á mis ojos el fuego de los tuyos, no suenen mis palabras sin que yo escuche tu dulce voz! ¡Sol de mi alma, no me prives de tus rayos en la escabrosa senda de la vida! ¿En quién depositaré, si me abandonas, mis penas y mis alegrías? ¿Quién me dará consuelo? ¡Perdí á mi madre en edad temprana, anciano es mi padre ya, y pronto quedaré solo en el mundo, solo con mis dolores!

—¡Don Juan, don Juan!

—Nuestro porvenir se presenta mas risueño: hoy quedará firmada la paz entre el rey y vuestro padre: el

mio la procuró, y tambien se dará buen término á las diferencias con don Diego Lopez.

Un rayo de alegría brilló en los azules ojos de la doncella.

—¿Qué decís? preguntó. ¿No me engañais?

—¡Engañarte!...

—¡Oh! me persigue tanto la desgracia, que apenas creo en la felicidad.

—¡Dime que me amas, como siempre me lo has dicho! esclamó el jóven.

Y sus lábios ardientes se imprimieron en las manos de la doncella.

—¡Sí, sí, te amo, don Juan, te amo como siempre, mas que nunca, porque al luchar para olvidarte, se acrecenta mi pasion!

—¡Qué hermosa eres! ¡Cuánto te adoro!

—¡Ah!... balbuccó la jóven.

Y sintiendo que las fuerzas le faltaban, se dejó caer en un sillon.

Don Juan Alfonso se sentó á su lado.

Siguióse un tierno coloquio, y así pasó mas de una hora, que debió parecer á nuestros amantes un minuto.

—Me voy, dijo al fin el mancebo.

—¿Tan pronto?

—Estás muy fatigada y necesitas reposo.

—No por eso te alejes, pero sí porque la noche avanza. La calle es peligrosa....

—¿Tú tambien temes al Brujo?

—Todo lo temo: dos desgracias horribles han sucedido en pocos dias, y....

—Voy prevenido, y sobre todo, dijo el doncel sonriendo, no me pararé bajo tu ventana á entonar ninguna trova de amor.

—¿Sospechas de mí?

—Ya ves que la confianza se pinta en mi rostro.

—Yo no puedo privar á ningun caballero de que cante bajo mis ventanas; así hubiese podido estorbárselo al último infeliz que fué asesinado; harto triste fué la música, porque á ella siguióse un lamento que no me dejó duda sobre lo que acababa de suceder.

—¿No viste nada?

—Tuve miedo de asomarme. Cuando el ¡ay! de muerte llegó á mis oidos rezaba yo, y pedí al Eterno por la desdichada víctima.

—¡Noble corazon!

—Me estremezco.... Aléjate, don Juan: el recuerdo de esa horrible desgracia me ha llenado de pavor, dijo la doncella.

—Tranquilízate.

—¿Vendrás mañana?

—Antes de ir á ver al rey.

—¿Y no volverás?

—Sí, para decirte la determinacion de S. A., y si ha convenido don Diego Lopez de Haro.

—¿Y luego?

—Volveré á partir para Leon con un mensaje del rey.

—¡Otra vez!

—Es preciso.

—Dios envie contigo la paz.

—Adios, doña Sol.

—Don Juan, adios.

¿Sonó un beso? Tal vez.

Don Juan Alfonso salió, y seguido de Gimena, llegó al postigo.

—Con Dios id, mi noble señor, y llevad cuidado, que segun me ha dicho el escudero de don Alvaro, que ha estado aquí, el Brujo anda esta noche por la ciudad.

—Le haré la cruz, contestó el mancebo á la vez que se sonreia, pero estremeciéndose á su pesar.

Gimena abrió el postigo y cerrólo de nuevo apenas salió don Juan.



CAPITULO XI.

De cómo fué muy acertado y muy prudente el consejo que dió á don Juan Alfonso su escudero.

Rodrigo habia permanecido inmóvil en el mismo sitio en que lo dejara el hijo de Guzman.

Ni una persona habia pasado por la estrecha calle mientras el mancebo hablaba con su dama.

—Bien dicen, pensaba Rodrigo, que el lugar mas seguro es aquel donde ha ocurrido alguna desgracia. Los dos asesinatos que se han cometido aquí, ahuyentan á los transeuntes, temerosos de que con ellos aumenten el número de las víctimas, y al asesino receloso de que lo acechen y le hagan pagar sus crímenes. Nadie pasa, y jamás don Juan Alfonso hubiera podido venir con tanta seguridad como esta noche.

Rodrigo se equivocaba; y no hubiera pensado de tal modo, si la oscuridad no hubiese sido tan intensa, ó si mas precavido, se hubiese tomado el trabajo de exami-

nar uno por uno los huecos de todas las puertas de la calle, porque entonces, escondido en uno de estos, inmóvil como la misma pared, habria visto un bulto, es decir, un hombre, que podia tomársele por negra estátua con dos brillantes luces por ojos.

Era el Brujo, que aguardaba desde mucho antes que llegasen nuestros amigos, porque habiendo encontrado camino de la ciudad á don Juan Alfonso, pensó muy fundadamente que este no dejaria de ir á ver á su dama aquella noche.

—Lo acompaña ese maldito bastardo, murmuraba el hombre fiera. Don Rodrigo es el único hombre que puede luchar conmigo, el único á quien tengo miedo, porque su brazo es mas fuerte que el mio. Si llega á tiempo para defender á mi rival, si su mano se levanta sobre mí, estoy perdido. Pero los celos me atormentan mucho, me abrasa la sed de sangre, y no quiero perder la ocasion. Tendré que renunciar á la dicha de arrancarle el corazon.... ¡Oh! arrancarlo con mis uñas.... pero lo mataré al primer golpe y antes de que llegue en su ayuda el brazo de hierro de ese bastardo.

Sus ojos brillaron tan estraordinariamente, que hubieran causado miedo á cualquiera, por animoso que hubiese sido.

Meditó algunos instantes, y luego prosiguió:

—Aquí estoy bien para dar el golpe. Al salir me arrojo sobre él, y antes que don Rodrigo atraviese la distancia que nos separa, lo dejo sin vida al primer golpe; y luego huiré, porque es preciso huir, porque si el bas-

tardo me alcanza, dudo vencerle. ¡Y existe un hombre á quien le tengo miedo! ¡Oh!... ¿Por qué el infierno ha vomitado un hombre que tiene un brazo mas fuerte que el mio?... Es preciso que muera tambien, pero tengo que buscar la ocasion de herirle por la espalda.

¡Qué ageno estaba Rodrigo del peligro que amenazaba al doncel! El postigo por donde este debia salir estaba casi enfrente de la puerta donde se ocultaba el Brujo. El asesino no tenia que dar mas que dos pasos y descargar el golpe homicida sin que la víctima tuviera tiempo de defenderse. Hasta la oscuridad de la noche favorecia el horrible proyecto, porque don Juan sentiria quizás el golpe antes de ver á la persona que se lo asestaba; y como Rodrigo, fiado en la soledad, se cuidaba mas de subir el embozo de su capa para resguardarse del frio que de requerir su acero, no podria acudir tan velozmente á socorrer á su amigo sin que ya este hubiese sido víctima de la rivalidad de aquel miserable, cuya pasion por Sol era tan intensa y brutal como su fiereza.

¿Cómo aquel hombre, cuyo corazon era inaccesible á todo sentimiento de ternura, habia podido abrigar tan ardiente pasion, se habia dejado por ella dominar hasta tal punto, que la cándida doncella habria podido hacerle caer de rodillas á sus piés, débil y sumiso como el mas sensible amante? Solo puede esplicarse concediendo á sus brutales impulsos tal imperio, tal fuerza, hija de una organizacion especial, que en momentos dados ante el impuro apetito sucumbiese todo el poder de su

fiereza instintiva. Sin humano trato, viviendo en una atmósfera ensangrentada, aquel hombre, que parecia haber declarado la mas cruda guerra á la sociedad, aquel hombre á todo indiferente, debia tener, como todos los hombres, una debilidad que dejase un punto vulnerable en su corazon, que suministrase un medio de vencerle. Y esa debilidad era el afilado aguijon de la materia, impuro aguijon, cuya punta sutil le heria vivamente, como nunca pudo herirle el mas afilado puñal. Sus asquerosas pasiones habian hecho ya algunas víctimas; ninguna mujer le habia causado tan viva impresion como la hija de don Juan, y por eso el asesino se habia mostrado tan terrible en la persecucion de sus rivales. Sin embargo, á Sol hubiera sucedido lo que á todas las demás infelices que no habian podido librarse del Brujo; hubiérase visto aborrecida por él en pocos dias, porque sus pasiones eran tan pasajeras como violentas.

Al fin se oyó el chirrido de la llave en la cerradura del postigo.

El Brujo apretó convulsivamente el mango de encina de su ancho cuchillo, brotaron fuego sus ojos, rechinaron sus dientes y se preparó á dar el sangriento golpe.

Rodrigo, aunque nada recelaba, deseoso de saber el resultado que habia tenido la entrevista, se dirigió, aunque lentamente, hácia la puerta por donde debia salir el doncel.

Este, con la espada desnuda, el oido atento y vigilante la mirada, puso el pié en la estrecha calle acor-

dándose sin querer del consejo de su escudero y de las palabras de Gimena; pero apenas á su espalda se cerró el postigo, vió que un bulto se arrojaba sobre él, y oyó un rujido feroz y tras el rujido una estridente y horrible carcajada.

El mancebo, digno de la sangre que corria por sus venas, tuvo, en medio de su sorpresa, bastante serenidad para dár un salto hácia la derecha, y presentando la punta de su espada al asesino, gritó:

—¡Atrás!

Y casi á la vez Rodrigo esclamó:

—¡Animo, don Juan, vive Dios!

El hombre fiera dejó escapar una segunda carcajada, y arrojóse con los brazos abiertos sobre el doncel, dejando que la espada de este se clavara en su pecho, como las pasadas noches habia sucedido con el trovador, pero como entonces tambien, saltando hecha pedazos la acerada hoja.

Don Juan Alfonso quedó desarmado, y la velocidad del ataque y la sorpresa no le dejaron tiempo á evitar que el Brujo le asiese por la garganta con su mano izquierda, le oprimiese hasta quitarle la respiracion, y levantase la diestra, armada del ensangrentado cuchillo, sobre el corazon del infeliz mancebo.

Este no pudo ni aun exhalar un grito; vió la muerte ante sus ojos, y acordóse de su padre y de Sol.

En aquel momento decisivo llegó el hijo de doña Ines; arrojó su espada al suelo porque comprendió que era caso de luchar cuerpo á cuerpo; echó atrás su capa,

y con la velocidad de la centella asió el brazo que el asesino tenia levantado.

Las fuerzas de Rodrigo eran superiores á las del Brujo, y un instante antes hubiera podido evitar el golpe; pero ya era tarde: el traidor hizo un supremo esfuerzo, rechinaron sus dientes, sus ojos aparecieron mas encendidos, y bajando el brazo, el cuchillo resbaló primero en la acerada armadura de don Juan, pero clavóse en su pecho al fin.

Un ¡ay! de muerte salió de los lábios del doncel, y siguióle un grito agudo y penetrante que resonó en la ventana de Sol.

Rodrigo sintió afluir á su cabeza toda su sangre: la rábia contrajo estraordinariamente sus músculos de acero y abrió sus hercúleos brazos para ahogar entre ellos al asesino. Pero este, con maravillosa rapidez, agachóse casi hasta el suelo, dió con la cabeza un terrible golpe en las piernas de Rodrigo, y mientras este vacilaba para guardar el equilibrio que le hiciera perder el inesperado y rudo choque, el Brujo, de un solo brinco separóse alguna distancia y emprendió velocísima carrera.

—¡Dios de Dios! gritó Rodrigo.

Y repuesto ya siguió al Brujo.

Empero este llevaba alguna ventaja y era mas corredor; sus desnudas piernas avanzaban en cada paso tanto terreno, que por instantes se alejaba mas y mas del hijo de doña Ines.

—¡Y ha de escapársemе, vive Dios! gritaba este con voz ahogada por el coraje.

Solo contestaba el asesino con alguna carcajada sarcástica, que encendia mas y mas la rabiosa ira de Rodrigo.

Dejaron atrás calles y calles, y al fin la desigualdad de la carrera puso entre ambos tal distancia, que no se vieron.

—¡Soy un miserable! esclamó el bastardo parándose y arrancando de su rubia cabellera un mechon, que estrujo entre sus convulsivos dedos. ¡Don Juan, don Juan!

La cabeza se le ardia, violentos y desiguales latidos atormentaban sus sienes, y parecia que el corazon iba á romperle el pecho.

¡Asesinado el hijo de don Alonso, del hombre á quien tanto amaba y tanto debia Rodrigo! ¡Asesinado delante de él y no haber sido bastante para defenderle, no haber podido siquiera vengarle!

—¿Por qué me temen, por qué me llaman el terrible, el forzudo, el de la mano de hierro, el invencible? ¿Por qué, si ese miserable con solo su cuchillo, del que ni siquiera ha tenido necesidad de usar, se ha burlado de mí y se aleja despreciándome con sus risas humillantes? ¡Nada valgo, vive Dios, y merezco que don Alonso vengue en mí la muerte de su hijo! ¡Oh!... ¡Soy un miserable!

Pasaron algunos instantes en que Rodrigo guardó un silencio profundo, sintiéndose devorado por la mas rabiosa desesperacion; y al fin, ocurriéndosele que su despecho le hacia olvidar que debia ir á su amigo para

llevarlo á su posada vivo ó muerto, volvió á buen paso al sitio de la sangrienta escena.

Permanecia en el suelo el doncel, y Rodrigo sintió que sus piés se resvalaban en un charco de sangre.

Un leve gemido salió en aquel instante de los lábios del mancebo.

—¡Vive! esclamó Rodrigo con alegría.

Y despojando á su amigo de la pesada armadura, buscó en su pecho y encontró la herida, fuente de roja sangre.

Para un hombre como el hijo de doña Ines, acostumbrado á los combates desde su juventud, no era operacion difícil el vendar una herida; así fué, que sacando un pañuelo consiguió restañar la sangre que brotaba del pecho de don Juan.

—No está en sitio peligroso, dijo Rodrigo, y mas debe tenerle postrado la debilidad que el golpe. Si yo hubiese vuelto antes.... Para todo he sido torpe. No perdamos mas tiempo. ¡Dios mio, salvadlo!

Y sus brazos robustos levantaron cuidadosamente al doncel con la misma facilidad que si fuese un niño.

Un segundo gemido, lastimero y ahogado, volvió á salir de los lábios del doncel.

—Estais en mis brazos, nada temais, le dijo Rodrigo.

Pero el mancebo no pudo contestar.

Las sombras de la noche envolvieron á nuestros amigos horriblemente atormentados, el uno por su herida, el otro por su desesperacion.

Entretanto, el Brujo, caballero en su jumento, ne-

gros ambos como la noche, la noche negra como ellos mismos, se perdia entre las vecinas montañas, sembrando los escabrosos riscos de horribles imprecaciones.

El asno, como siempre, caminaba sin hacer ruido alguno y parecia volar con sus menudos pasos, que se sucedian con igualdad é incansable rapidez.

¿Qué habia sido de Sol? ¿Por qué no habia mandado socorrer á don Juan?

Volvamos á su aposento, que en la primera ocasion seguiremos al Brujo para conocer su guarida, ó como él la nombraba, su palacio.



gros ambos como la noche, la noche negra como ellos mismos, se perdia entre las vecinas montañas, sembrando los escabrosos riscos de horribles imprecaciones.

El sano, como siempre, caminaba sin hacer ruido alguno y parecia volar con sus menudos pasos, que se sucedian con igualdad é incansable rapidez.

¿Qué habia sido de Sad? ¿Por qué no habia mandado socorrer á don Juan?

Volvamos á su aposento, que en la primera ocasion seguiremos al Brujo para conocer su guarida, ó como él la nombraba, su palacio.

CAPITULO XII.

La madre y la hija.

Cuando don Juan Alfonso dejó á Sol, esta se acercó á una ventana, ya por escuchar el eco de los pasos de su amante, ya para saber si alguna desgracia le acontecia en aquella calle, que iba haciéndose fatal para los enamorados.

La doncella, pues, apercibióse de lo que sucedia, porque oyó rujir al Brujo y gritar al mancebo y á Rodrigo; y ya se disponia á mandar á Gimena que abriese el postigo, por si en la casa queria refugiarse su amante, cuando el ¡ay! de muerte exhalado tras una carcajada, le hizo creer que era ya tarde, y cayó al suelo sin sentido.

Por eso se oyó en la calle un grito penetrante y agudo tras el lamento de agonía, y este grito lo oyó tambien Gimena que, retirada en un apartado aposento,

no se habia apercibido del rumor que interrumpiera el silencio de la calle.

Acudió la sirviente en socorro de su señora, y vióla en el suelo, inmóvil como si estuviera muerta.

—¡Vírgen María! esclamó llena de espanto.

Y por la sorpresa turbada, fué en busca de doña María Diaz, madre de Sol.

La esposa del rebelde infante, que ya reposaba en su lecho, saltó de él ligeramente, y apenas cubierta con una ancha túnica de lana azul, corrió al aposento de su hija, á quien amaba con delirio, con todo el amor de madre.

Doña María Diaz de Haro era hija, segun ya dijimos, del traidor y mal aventurado conde don Lope, muerto desastrosamente en el alcázar de don Sancho el *Bravo*. Hallábase la noble matrona en esa edad que es el último período de la belleza de la mujer, edad que sin embargo les hace ganar á veces en ciertos atractivos lo que perdieron en frescura y candidez. Doña María debió haber sido muy hermosa, y aun lo era bastante; en sus facciones se retrataban las de su hija, y esta habia robado á su madre el oro de sus cabellos y el puro azul de sus ojos encantadores. Empero en el rostro de la madre habia la dignidad, la altivez y la gravedad que solo dan los años, y que ya empezaban á descubrirse en Sol, aunque modificados por la inocencia, por la sencillez, por la debilidad de la juventud.

Al entrar doña María en el aposento de su hija, arrojóse sobre el cuerpo inmóvil de esta y esclamó:

—¡Hija mia!

En ciertos momentos no puede decir mas una madre, y con palabras tan sencillas espresa cuanto siente su corazon.

Con maternal cuidado puso doña María una mano sobre el corazon de la doncella.

—¡Late! dijo.

Y su pecho pareció dilatarse para dejar salir un suspiro.

Luego mandó á sus doncellas que colocasen á la jóven en su lecho, y dirigiéndose á Gimena le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Lo ignoro, señora, contestó temblando el femenino Mercurio.

—¡Que lo ignoras! ¿Acaso esto ocurre sin una causa de gravedad? Contesta, pues, y vosotras rociad con agua fresca el rostro de doña Sol.

—Señora, replicó Gimena mientras sus compañeras iban y venian, señora, yo estaba en el otro aposento, en el que cae al jardin, y allí rezaba mis oraciones, mientras doña Sol oraba tambien, cuando oí un grito; acudí, y la encontré como la habeis visto: al punto os llamé, y.... no puedo deciros otra cosa.

—Mientes, Gimena, replicó doña María con sequedad.

—Os juro, señora mia....

—Mientes, digo. Hace muchos dias que mi hija está triste, que llora contínuamente, que empieza á enfermar, y.... algo se me oculta.

—Por mi parte....

—Tú debes saberlo, porque no te separas de su lado.

—Harto sé que está triste, que llora noche y dia, que empieza á enfermar; pero la causa la ignoro, porque no me la ha dicho, y yo no puedo adivinarla.

Sol entreabrió penosamente los ojos, agitóse y exhaló un suspiro.

—Ya vuelve en sí, dijo doña María.

Y dirigiéndose á sus doncellas, añadió:

—Dejadnos.

Salieron las sirvientes, y quedaron solas hija y madre.

Esta dió un beso en la frente de aquella.

—Sol, dijo doña María con acento cariñoso.

La jóven se pasó las manos por la frente y por los ojos, quiso hablar, pero no pudo.

—Sol, repitió su madre.

El mismo silencio, pues aunque la doncella tenia abiertos sus azules ojos, en sus inciertas miradas, en la vaguedad de sus movimientos, parecia en estado de completo sonambulismo ó en el comienzo de uno de esos fenómenos que produce la epilepsia, el trastorno nervioso, misterio de la ciencia de Hipócrates.

—¡Dios mio! esclamó doña María con angustioso tono. ¿Qué tiene mi hija?

Y cubrió de lágrimas y besos las megillas pálidas de la doncella.

Esta se estremeció; pero tampoco pudo hablar.

Su madre parecia querer reanimarla con la ternura

de sus repetidas caricias; y la jóven, que sin duda lo comprendia todo, porque se apercibia de cuanto pasaba á su alrededor, debia sufrir horriblemente, porque su lengua muda no obedecia á su voluntad.

Largo rato trascurrió. Momentos de angustia dolorosísima para la una y para la otra.

Al fin Sol estremecióse convulsivamente; hizo un esfuerzo como si intentase romper alguna férrea ligadura, y á la vez que de sus azules y espantados ojos brotaban dos raudales de cristalinas lágrimas, esclamó:

—¡Socorredlo, madre mia!

Su madre abrió desmesuradamente sus grandes ojos, miró á su hija como quien no comprende lo que oye, y dijo:

—¡Sol!

—¡Socorrerlo! repitió la jóven. ¡Tal vez en este instante espira!

—¿Qué dices?

—¿No lo sabeis? ¡Ah!... ¡No perdais tiempo.... por caridad! ¡Lo han asesinado en la calle!...

—¡Otro crímen!

—¡Sí, sí, otro!... ¡Por Dios, que lo socorran!

Doña María se dejó llevar del primer impulso de su generoso corazon, y no queriendo perder tiempo en esplicaciones que mas tarde podia obtener, salió del aposento, llamó á sus criados, y les ordenó que bajasen á la calle y prestasen toda clase de auxilios á un hombre que habia sido asesinado.

Cuando los criados salieron, ya Rodrigo doblaba la

esquina llevando al doncel, y solo encontraron el peto de una armadura, un casco y dos espadas, rota la una de ellas.

—Se han anticipado á recoger al herido, dijeron á su señora, porque solo quedan armas rotas entre sangre.

Doña María se estremeció al saber que habian quitado á la víctima el peto, porque presumió que esto debia ser obra del asesino, con objeto de arrancarle el corazon como á los dos anteriores. Y su instinto de madre, que habia fácilmente adivinado que el herido interesaba á su hija algo mas de lo que manda la caridad cristiana, le aconsejó prudencia.

—¿Vive? fué la primera palabra que Sol pronunció al ver entrar á su madre.

—Ya lo habian recogido en la casa de enfrente y le hacen la primera cura.

—¿Es peligrosa su herida?

—No lo creen así.

—¡Gracias, Dios mio!

Y el llanto corrió en mas abundancia por las megillas de la doncella.

—¿Qué te ha sucedido? le preguntó su madre.

—Ya lo sabeis: se ha cometido un nuevo crímen, y el grito de agonía de la víctima me llenó de espanto.

—Lloras....

—¿No me habeis enseñado á llorar las desgracias agenas como las mias?

—Sí, hija mia; pero no es hoy cuando solamente lloras, hace ya algunos dias.

—Porque hace algunos dias que se repiten bajo nuestras ventanas esas escenas de sangre, porque hace algunos dias tambien que la flor de los guerreros castellanos salieron de Valladolid en busca de mi padre y jurando su muerte.

—Justo es tu dolor, pero advierte qué grandísima seria tu falta si llorases por tu padre para el mundo, y por otros dolores para tu corazon; porque entonces, ese engaño, esa mentira encubierta con el sagrado del amor filial, seria un crímen.

—Señora.... murmuró confusamente la doncella.

—Nó, Sol; tú no sabes mentir, tú me dirás la verdad sin rubor, porque la verdad, aunque sea la confesion del crímen, no avergüenza á las almas grandes y nobles. Si tienes que acusarte de alguna falta, no pese al menos sobre tu conciencia la de la mentira, orígen de la depravacion de la criatura.

—¡Madre mia! esclamó la jóven.

—No llores, Sol, hija mia. Ya sé que no puedes engañarme, porque en mi seno has depositado las sonrisas inocentes de tu niñez y los suspiros de tu juventud, y mi seno de madre, como ninguno tierno, como ninguno cariñoso, los ha recogido como tesoros de tu corazon, que es el mio, porque las madres dan á sus hijos su corazon, porque quieren vivir en ellos. ¿Cómo has de engañarme? Si en mí has depositado tus sonrisas y tus suspiros, ¿por qué has de negarme tus secretos? ¿Por qué has de causar dolores á quien siempre te procuró alegrías? ¿Por qué has de querer amargar la vida de

quien hubiera muerto porque vivieras tú? Nó, Sol; tú no eres ingrata, y tu corazon es sensible y noble.

La jóven se arrojó llorando en brazos de su madre, y en su seno ocultó su rostro y derramó sus lágrimas.

—¡Perdon, madre mia, he sido ingrata! esclamó.

—¡Ingrata!... Nó, imposible; tú exageras.

—¡Perdon, perdon!

Tuvo doña María que hacer un esfuerzo para no afligir mas con su llanto á la doncella, en estremo conmovida por las palabras dulces de su madre.

¡Qué irresistible poder ha dado el Omnipotente á la palabra de una madre! ¡Cuán fácilmente su acento abre el corazon de su hijo, tan dulcemente como el beso del rocío abre al resplandor de la aurora el capullo de la azucena!

Largo rato permaneció la jóven de aquella manera, sin atreverse á descubrir el rostro, como si temiese arrostrar la mirada de su madre.

—Tranquilízate, hija mia, abre tu corazon á mi ternura, yo te consolaré.

—¡Os he engañado! dijo Sol con doloroso acento. ¡Os he engañado y no merezco vuestro perdon!

—¿Tan grande es tu pecado?

—Tengo un secreto....

—No es secreto, hija mia, porque lo sé.

—¡Lo sabeis! repitió la jóven animada por un destello de esperanza al ver que su madre no mostraba enojo.

—Sí, sé que amas á un hombre....

—¡Perdonadme!

—No es un crímen si merece tu amor.

—¡No lo conoceis!... ¡Ah!...

—Habla, Sol, nada temas de tu madre.

—Me pesa mucho este secreto, pero lo he guardado porque hubo un momento en que pudo mas en mí el egoismo de mi pasion que la gratitud de hija. Por eso no merezco vuestro perdon.

—Todas las faltas se reparan.

La jóven separó de su frente las trenzas de oro de sus desordenados cabellos, procuró secar el llanto que aun salia en abundancia de sus ojos, y recostándose en el lecho, dijo:

—Madre mia, amo al hijo del enemigo mayor de nuestra familia, y es tan intenso nuestro amor, como profundo el odio de nuestros padres.

—¡Sol!

—Escuchadme, quiero abrir mi corazon á vuestra ternura.

—Ese hombre....

—Es don Juan Alfonso de Guzman el Bueno.

Doña María no pudo contestar; tal fué la sorpresa que le causaron las palabras de su hija.

—¡Desdichada! murmuró al fin con ahogado acento.

—Sed como hasta aquí indulgente, madre mia. No sabeis cuánto sufro.

—¡Pobre hija mia! esclamó la noble matrona besando con ternura la frente pálida de Sol.

—Vos ignorais, madre querida....

—Me basta lo que sé; es tu primera pasion y la mas arraigada en tu pecho.

—Pasion que en vano he querido contrarestar.

—¿Has pensado en las desgracias que puede acarrearte ese amor?

—Sí, madre mia, y por eso toda mi voluntad se ha empleado en procurar estinguirla; mas ¡ay! mis esfuerzos han producido el opuesto resultado, y el tiempo y la ausencia han encendido mas la llama que me devora. Muchas veces he estado ya para revelaros este fatal secreto, para ver si vuestra ternura y vuestros consejos eran remedio eficaz contra mi amor; empero el de don Juan me ha detenido siempre, porque yo no tenia valor para atormentarle con la amargura horrible de un desengaño. ¡Me ama tanto, madre mia!... ¡Ah!... ¡si yo trocase mi cariño en desden, le daria la muerte!

—¿Conque tanto te ama? repitió tristemente doña María.

—¡Oh, mucho, mucho, tanto como yo á él; y mi amor es tan inmenso, que á nada puedo compararlo!

—¡Infeliz!

—¡Compadecedme! esclamó la jóven juntando sus manos con ademan de súplica.

—Sin duda has olvidado á tu padre.

—Nó, no he olvidado á mi padre.

—¿No piensas que tal vez en este momento don Alonso Perez de Guzman vengará á su hijo, derramando la sangre del que te ha dado el ser?

—Eso nó, madre mia: sangre vertida por la vengan-

za me separa de don Juan, pero el señor de San Lúcar ha respetado y respetará la vida de mi padre, que vive, y muy pronto volverá á Valladolid.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo me lo ha dicho don Juan Alfonso.

—¿Le has hablado?

—Ya os he dicho, madre mia, que soy muy criminal: el hijo del señor de San Lúcar ha estado aquí como otras muchas veces.

—¡Sol! dijo severamente doña María.

—¡Oh, perdon!

—Has cometido una grave falta.

—¡Pero tendreis compasion de mí!

—¿Es decir, que al alejarse le han acometido?...

—Sí; pero sin duda algun amigo llegó en su socorro, segun pude entender desde la ventana, y á esto ha debido el no morir.

—Es preciso que olvides ese amor, hija mia.

—¡Olvidarlo, olvidar á don Juan, y ahora, cuando quizás para siempre la muerte lo arrebate al mundo!

—Es forzoso.

—Bien, encerradme, alejadme de él, quitadme la vida, no exhalaré una queja, bendeciré la mano que me martirice, si así es la voluntad de mi padre; pero olvidar á don Juan, nó, eso es imposible, porque mi voluntad no alcanza á tanto.

—La pasion te estravía.

—Decís bien, madre y señora, repuso la doncella con exaltacion; mi pasion es una locura, y contra la locura

es inútil luchar. ¿Quereis dar fuerza á mi razon? ¡Pluguiese al cielo que así fuese! No abrigo la mas leve esperanza de ver cumplidos los deseos de mi amor, y sin embargo, no puedo estinguirlo, y se aumenta mas y mas á medida que se multiplican los inconvenientes. Por eso lloro noche y dia, por eso se agotan mis fuerzas y me veis como la flor agostada por el estío, marchitarme en mi juventud, tambien agostada por el fuego de mi pasion.

—¡Pobre Sol!

—Lucho en vano, madre mia; lucho sin cesar y padezco horriblemente. ¡Quién podrá comprender mis tormentos! esclamó la jóven, vertiendo copiosas lágrimas arrancadas por el mas intenso dolor.

—¡Quién comprenderá tus tormentos! repitió doña María con voz ahogada y sin poder contener mas el llanto. ¡Tu madre los comprende, hija del alma! ¡Ven á mis brazos, llora en mi seno, pobre hija mia!

Y ambas se abrazaron estrechamente y sintieron palpitar con violencia sus sensibles corazones.

¡Cuánto sufrian!

La una y la otra veian un horizonte negro y cargado de nubes, sin que una estrella brillase en aquel oscuro cielo del porvenir. Y como los dolores de una hija son los dolores de su madre, lloraban con el mismo llanto, sentian las mismas emociones y la misma pena les atormentaba el alma.

¡Infelices!

Largo rato permanecieron sin que de sus bocas sa-

liesen mas que dolorosos suspiros, y algun ¡ay! que, ahogado en la garganta, brotaba de los lábios como tristísimo gemido.

¿Qué consuelos podia dar á su hija doña María? La noble dama, que tambien habia amado, sabia que contra las pasiones se convierten en humo los consejos; en llamas que mas encienden las prohibiciones, y en desesperacion los castigos que atormentan el cuerpo y subliman el alma, dan fuerza á la voluntad y elevan el pensamiento hasta la exageracion, hasta el desvarío. No hay consuelo para quien ama, si se le dice que su amor no será jamás otra cosa que un deseo que no puede cumplirse, que no se cumplirá.

—¡Protegedme, madre mia! dijo al fin la doncella. ¡Proteged á vuestra hija, á la hija de vuestras entrañas!

—¡Que me desgarras el corazon!

—¡Lo sé, pero el mio está ya roto en mil pedazos!

—¿Cómo he de protegerte? ¿Acaso no conoces á tu padre? ¿Olvidas que su voluntad es ley contra la que nada puede oponerse?

—Es verdad, su voluntad es de hierro, nada la quebranta; pero si me ayudais....

—¡Infeliz!

—Al menos no me negueis la gracia de consolarme.

—Sí, yo te consolaré, si consuelo cabe en tu afliccion, y juntas lloraremos.

—¡Gracias, madre mia! Bendígaos el cielo por tanta bondad.

Y la jóven se dejó caer en su lecho porque las fuerzas la abandonaban.

—Necesitas descansar, le dijo doña María.

—No os alejeis.

—Es preciso que reposes.

—¿Y cómo, sin saber lo que ha sido de don Juan?

Las madres son débiles á fuerza de ser cariñosas.

—Lo sabrás, replicó doña María.

—¡Cuán buena sois!

—¡Cuánto diera por hacerte feliz!

Y la esposa del infante salió del aposento y mandó á un criado que fuese á casa de don Juan Alfonso á preguntar si tenian noticias de él.

El criado salió, y antes de media hora estaba de vuelta, diciendo que el doncel se encontraba en su casa, y aunque herido en el pecho, no ofrecia peligro su vida.

Esta noticia reanimó el abatido espíritu de Sol, quien despues de hacer jurar á su madre que no la engañaba, quedó sola, oró fervorosamente, y cuando los resplandores de la aurora hacian huir avergonzada la oscuridad de la noche, mas que dormida quedó aletargada la doncella.

Doña María Diaz rezaba tambien, pero sus plegarias eran de vez en cuando interrumpidas por el recuerdo de su esposo, recuerdo que le hacia estremecerse al pensar en su hija.

CAPITULO XIII.

Un nuevo personaje.

La noticia de la desgracia ocurrida á don Juan Alfonso cundió con rapidez, y ya á nadie quedó duda que el Brujo era el autor de los anteriores asesinatos y de todo lo malo que sucedia. Rodrigo habia presenciado el lance, y no era ya una sospecha la que se tenia de los atentados del hombre fiera.

Mientras cada cual á su sabor comentaba los sucesos y pasaban de boca en boca desfigurados, en el salon principal de una casa de suntuosa apariencia, hallábanse dos hombres, sentado el uno en un ancho sillon, y el otro de pié y en actitud respetuosa.

El primero vestia un rico traje de brocado azul, que no dejaba de sentar bien á sus treinta y cinco años y á su rostro pálido en estremo. Sus grandes ojos, negros y vivos, se fijaban de vez en cuándo en el segundo; y

mientras este hablaba, aquel, ya con impaciencia, ó por mera distraccion, acariciaba su barba negra.

El que estaba de pié, de ojos redondos, mirada penetrante, delgados lábios y moreno rostro, vestia de paño color oscuro, y parecia ser el escudero del noble señor.

—Piénsalo bien, decia este, que en tal caso, á mí no me engaña, sino á tí. Por tu desgracia tienes un pescuezo de donde te se puede colgar, y esto me responde de todo.

—Al menos, señor, contestó el escudero sin turbarse, me dejareis tiempo para vengarme antes de morir; que si pescuezo tengo, el de ese perro no es corto, y el suyo guarda el mio.

—¿Te crees, pues, seguro?

—Completamente, señor.

—Me alegro.

—No es el primer negocio de esta clase que se ha terminado felizmente en la covacha de ese condenado; y si bien es verdad que nunca rebaja del precio que pone, cierto es tambien que á nadie engaña, porque su crédito es su riqueza.

—Entonces ve á buscarlo, y vuelve luego.

—Esta es precisamente la mejor hora.

—Al paso procura averiguar todos los detalles de lo sucedido anoche, por si de este modo venimos en conocimiento de lo que mueve á ese maldito Brujo á perseguir á todos los amantes de doña Sol.

—¿Al fin, señor, os habeis convencido de que don Juan Alfonso la ama?

—Sí, pero es cosa que nadie hubiera sospechado.

—Yo tenia pruebas.

—Afortunadamente el Brujo se ha empeñado en protegerme sin saber que tal hace; y como ha quitado dos estorbos de en medio, quitará el de ese mancebo.

—Teneis razon: el Brujo no quedará satisfecho hasta dar á don Juan la muerte.

—¿Quién le pagará?

—Ese es un misterio que nadie adivina, porque el vulgo se empeña en creer que lo hace para aprovechar en sus untos la sangre de sus víctimas y para encantar á doña Sol, no se sabe con qué fin.

—Necedades.

—Pero lo que sí es muy cierto y muy prudente, es que vos, lo mismo que don Juan Alfonso, debeis guardaros de él, y este mismo consejo dióle al doncel su escudero, y yo á vos.

—¿Y qué hizo don Juan?

—Se burló de su escudero, y ahora le pesa.

—Tomaré el consejo.

—¿Teneis algo que mandarme, señor?

—Que vuelvas pronto.

El escudero, bien embozado en su capa, porque la mañana estaba fria, salió, y caminando largo rato, llegó á un callejon estrecho, tortuoso, sucio y oscuro, situado en uno de los estremos de la ciudad.

En aquel callejon habia un casuco de mezquina apariencia, y al cual se entraba por una puertecilla, cuyo interior estaba forrado con chapas de hierro.

El sirviente penetró en la casa, siguió un estrecho pasillo, y al final se encontró en un reducido aposento de techo abovedado, y en el cual no penetraban los rayos del sol, iluminando sus negras paredes la luz rojiza de una lámpara de hierro.

En medio de aquella habitacion habia una mesa de encina, sobre la que se veian algunas piezas de brocatel de Damasco, algunos botes de aceites y esencias y tres ó cuatro hilos de rojos corales. En un rincon habia un braserilllo de hierro, que estaba apagado, y junto á la mesa un banquillo de encina.

Este banquillo sostenia la mas rara figura que puede concebirse. Era un hombre en estremo flaco, de pómulos salientes, de larga y aguileña nariz, frente rugosa, espesas cejas y luenga barba, que le cubria el pecho y hacia resaltar su blancura sobre el negro de su vestido de lana, á la usanza de los judíos. No conservaba mas que un ojo, única belleza de su persona, pues era grande, rasgado, negro, espresivo y brillante como un carbunclo.

—Aquí me teneis, le dijo el escudero.

—Bien venido, le contestó el israelita con voz firme y agena de su madura edad.

—¿Puedo hablar con descuido?

—Sí.

—Os traigo las quince doblas.

—Y yo os tengo preparado lo que habeis pedido.

—Me falta haceros una advertencia.

El ojo del vejete brilló y clavó una mirada de desconfianza en el escudero.

—¿Me escuchais? repitió este.

—Ya veis que no quiero interrumpiros.

—Sois demasiado astuto.

—¿Es esa la advertencia?

—Nó.

—Pues hacedla si gustais, porque el tiempo vale mucho oro en este sitio.

—¿Me dais prisa, condenado?

—No os doy prisa, os enseño una cosa que vos ignorais.

—Es verdad.

—Os escucho.

—En el tiempo que corremos, es muy posible que un hombre engañe á otro, repuso el escudero.

—Me pagais la leccion, y aprovecharé la vuestra, examinando cuidadosamente el oro de las quince doblas.

—¿Desconfiais?

—Tomo vuestro consejo.

—Sois un condenado.

—Proseguid.

—Vos, señor judío, podeis engañarme.

—Sí.

—Y no llevareis á mal que os advierta que vuestro engaño....

—¿Me costaria la vida?

—Exactamente.

—Ya se conoce, contestó el judío, que sois cristiano viejo; no desmentís vuestra raza, hablais mucho y haceis muy poco. Si quisiera engañaros, lo haria fácilmente.

—Sí, pero luego....

—Conque no saliéseis vivo de aquí....

—¿Qué decís, perro? gritó el escudero empuñando su daga.

—Digo, contestó sin alterarse el israelita, que aquí teneis el narcótico.

—¿Respondeis de sus efectos?

—La persona que lo tome quedará dormida á las cuatro horas, y hasta pasadas otras diez con nada despertará.

—Tomad vuestras doblas, repuso el escudero, entregando al judío la cantidad convenida.

—Y vos el brebaje, contestó este, sacando de su bolsillo un pomito.

—Os deseo larga vida, buen Satanás.

—El os dé muchos malos pensamientos para que me proporcioneis buenos negocios.

Salió el escudero y encaminóse otra vez en busca de su señor, á quien mostró el pomito que contenia el narcótico.

—¿Cuándo has de ver á la vieja? preguntó el noble.

—Esta es la hora en que suele ir á misa.

—Ve, pues, á buscarla.

—Ya os he dicho, señor, que es mas codiciosa y avarienta que un judío.

—No hay oro en el mundo que valga tanto como mi deseo. Dale cuanto te pida, y arréglalo de modo que esta misma noche quede todo concluido.

—Dios ponga acierto en mi lengua para convencer á esa bruja.

—Si lo consigues harás tu fortuna.

El escudero salió.

Nada hemos dicho aun del noble señor, y justo es que satisfagamos la curiosidad de nuestros lectores, si es que alguna tienen.

Era el conde don Pedro, uno de los primeros nobles de Castilla por sus riquezas y por sus títulos. Estaba casado, y su esposa, doña Beatriz de Lara, habia aceptado este enlace por obediencia á sus padres.

Doña Beatriz era jóven y hermosa, y aunque su corazon no se habia interesado al unirse con el conde, sus severos principios de virtud le habian hecho obrar como la esposa mas enamorada.

No pagaba el conde, ya que no el cariño, la abnegacion de la noble dama, pues su desenfrenada vida, escándalo de la córte, era la de un mancebo loco á quien ningun lazo sujeta. Sus aventuras amorosas le habian proporcionado muchos enemigos, le habian costado algunos duelos, pero nada le importaba con tal de conseguir sus fines. Ni la doncella era respetada bajo el cuidado de su madre, ni la casada al amparo de su esposo: todo lo arrollaba cuando era arrastrado por el vicio; todos los medios le parecian buenos; cuando nada conseguia con la persuasion, empleaba el oro; y si nada alcanzaba, la fuerza era un recurso infalible, la violencia con la ayuda de un narcótico ó de un rapto. Mas de una vez su acero se habia levantado sobre el pecho de una dama, y este medio lo creia seguro, porque segun él

decia, cualquier mujer, por casta y virtuosa que fuese, en el último estremo recibia mejor un beso que una puñalada.

Por desgracia de la bellísima Sol, el conde habia fijado en ella su mirada impura, y sintiendo encendido su pecho por una de sus tantas pasajeras pasiones, se propuso satisfacer sus deseos; y trazado su plan con la ayuda de su escudero, pícaro entre los pícaros rematados, vió por fin llegar el dia en que iban á cumplirse sus criminales deseos.

Así es que, cuando salió el escudero, el desenfrenado conde, rebosando de gozo el alma, esclamó:

—¡Será esta noche mia! ¡Oh! ¡ninguna mujer de cuantas he conocido ha encendido en mi pecho tan ardiente pasion! ¡Qué hermosa es! ¡Feliz, mil veces feliz el que sienta rozar en sus megillas las trenzas de sus cabellos de oro, el que perciba su aliento y con él se embriague!

Sus ojos brillaron y su pecho se agitó.

—¡Cuán dichoso seré al estrechar su talle entre mis brazos, al sentir su seno puro palpitar sobre mi pecho!... ¡Es mucha felicidad!

Su mirada brilló mas aun, y pareció estraviarse por algunos segundos; pasóse las manos por la frente, y luego, como quien ha agotado sus fuerzas, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó abatido, inmóvil y silencioso.

Entretanto, el escudero se dirigió lentamente hácia el palacio de don Juan, y meditaba el discurso que habia de pronunciar á Gimena para acabar de decidirla, porque ya le habia hecho algunas indicaciones, aunque sin decirle con claridad lo que de ella queria.

Sigámosle para saber el resultado de aquella entrevista.

CAPITULO XIV.

Lógica de un escudero.

Tan oportunamente llegó el escudero á la calle donde estaba el palacio de don Juan, que al dirigir su mirada hácia el edificio, vió salir á Gimena con semblante triste.

Siguióla disimuladamente el enviado del conde, y cuando hubieron doblado una esquina y entrado en una callejuela tortuosa y solitaria, acercóse á ella, y tocándole por detrás en el hombro, le dijo:

—Señora Gimena....

—¿Quién me llama? replicó esta volviéndose como sorprendida. ¡Ah!... No os habia visto.

—Tenemos que hablar.

—Ahora es imposible.

—No soy de vuestra opinion, repuso el escudero cortando el paso á Gimena.

—Porque sin duda ignorais lo que anoche ha sucedido.

—¿Os referís á lo de don Juan Alfonso?

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver ese mancebo y su herida con vuestra conversacion? ¿Teneis acaso miedo de que venga el Brujo?

—¡Jesus, María y José! esclamó Gimena á la vez que se santiguaba. Mucho tiene que ver don Juan Alfonso, por las consecuencias que ha traido el lance.

—No adivino....

—Que se han descubierto los amores.... En fin, dejadme, porque no me es permitido hablar. Si mi señora supiese que dirijo la palabra á un hombre despues de lo que ha sucedido....

—Guardad vuestro secreto porque no lo es para mí. Ya sé que todo se ha descubierto y que vuestra señora está hecha una fúria.

—Entonces, dejadme.

—Nó, porque tenemos que hablar de un asunto que os interesa mucho.

Y el escudero deslizó en la mano de Gimena algunas monedas de plata, que ella guardó sin mas cumplimiento.

—Despachad pronto.

—Seré breve.

—Ya os he dicho que me comprometeis.

—Escuchadme con atencion, repuso el escudero preparándose á pronunciar su discurso.

—Sepamos.

—Ya os figurareis, señora Gimena, que al que ha matado en la guerra y fuera de la guerra muchos hombres, le costará poquísimo trabajo matar á una mujer.

El exordio hizo dar un paso hácia atrás á la vieja.

—No os asusteis, paloma mia, porque esto no es mas que una advertencia. He oido decir á mi señor que la mujer mas casta del mundo prefiere recibir un beso á recibir una puñalada.

—Teneis buen amo.

—Por eso lo sirvo, y vos sois mi amiga.

—Adelante.

—Yo soy de la opinion de mi señor, pero varío la sentencia y digo, que la mas fiel dueña de una dama recibe mejor un bolsillo lleno de doblas que un leve arañazo.

La vieja se acercó nuevamente al escudero.

—Fundado, pues, en estas razones, no he vacilado en venir hoy á enseñaros este bolson lleno de oro y este puñal fabricado en Toledo, y cuya punta conoce muy bien el lugar donde está el corazon.

Y el escudero enseñó ambas cosas á Gimena.

—Supongo, dijo esta, que no me ofreceis el oro por el placer de hacerme rica.

—Me alegro que os pongais en la razon.

—¿Qué quereis?

—Que os lleveis con este bolsillo este pomito.

—¿Y qué contiene?

—Un licor, del cual pondreis ocho ó diez gotas en la comida ó en el agua que tome doña Sol.

Gimena miró con espantados ojos al escudero.

—¡Imposible! esclamó.

—No os obligaré, pero acordaos de que mi puñal....

—¿Quereis que envenene á doña Sol?

—Sois muy torpe para el oficio que teneis. ¿Cómo os figurais semejante cosa? ¿Puede haber alguien que desee la muerte de una dama tan gentil? Este brebaje la hará dormir profundamente, y nada mas, porque para matarla no os necesito, tengo el puñal, cuya punta os buscará el corazon si no aceptais las doblas.

—¡Vírgen santa! esclamó Gimena cruzando las manos. ¿Qué vá á ser de mí? ¡Tened compasion!

—¡Compasion! ¿Qué mas quereis que una riqueza como la que contiene el bolsillo? ¿Os quiero tan mal cuando os pongo en las manos la fortuna?

—¿No pensais?...

—Pienso que os haceis mucho de rogar.

—Quereis perderme.

—Ya lo estais, porque sabiendo doña María los amores de su hija, amores que vos habeis protegido, no os tendrá en su casa mucho tiempo.

Gimena exhaló un suspiro.

—Ya veis, prosiguió el escudero, que os viene de molde, en semejantes circunstancias, esta ayuda, que os pondrá á cubierto de todas las necesidades.

—¿Y para qué quereis que duerma doña Sol?

—Para que entre un hombre y la vea dormir.

—¡Deshonrarla!...

—¿Qué habeis hecho antes vos? ¿No habeis introdu-

cido en la casa á un hombre, á quien dejábais solo con vuestra señora? ¿Juraríais que don Juan Alfonso no ha abusado de la influencia de su amor mas que otro cualquiera puede abusar del sueño producido por este brebaje?

—Si tal yo hubiese sospechado....

—Habríais hecho pagar mas caras sus visitas al amante, ¿no es verdad?

—Mal pensais de mí.

—Estamos perdiendo tiempo y vos teneis prisa.

—No me atrevo.

—¿A pesar del puñal?

—¡Dios mio!

—¿Aceptais ó nó?

—¿Y si me descubren?

—Imposible.

—No tal.

—¿Quién sirve á doña Sol?

—Yo.

—Si pide agua, ¿quién se la dá?

—Yo.

—Pues entonces os es muy fácil complacerme y haceros rica.

—¿Y no exigís nada mas?

—Sí por cierto.

—Acabad.

—Que esta noche á las doce abrais el postigo.

—¿Quién ha de entrar?

—Un hombre.

Gimena meditó algunos instantes y luego repuso:

—Solo por complaceros hago semejante cosa.

—Como gusteis.

—A las doce abriré el postigo.... nó, porque pueden sorprenderme.

—¿Os arrepentís?

—Pienso que es mejor daros la llave, y de este modo yo dormiré mientras.

—Bien.

—Tomad, siempre la llevo conmigo.

Gimena entregó una llave al escudero.

—Puede suceder, añadió, que no se me presente ocasion de darle este maldito brebaje, y entonces á las doce en punto me asomaré á una ventana y toseré, á cuya señal deberá retirarse el que espere, so pena de echar á perder el negocio.

—Convenidos; pero os advierto que si el asunto no se dilata hasta otro dia, os regalaré algunas doblas mas.

—Las cuento por mias.

—Tomad el bolsillo y el narcótico.

—Dios me proteja.

—Mejor direis Satanás.

—Y os aconsejo mucho cuidado, porque parece que el Brujo se ha empeñado en no dejar con vida á un solo amante de doña Sol.

—Descuidad, que los brujos respetan á los diablos.

Gimena, despues de haber guardado el bolsillo y el narcótico, se despidió del escudero.

—Acordaos, dijo este, de la punta de mi puñal.

—Ya sabeis que cualquier mujer recibe mejor un bolsillo que una puñalada.

Quedó vendida la honra de Sol. El escudero y Gimena acababan de hacer mas daño á don Juan Alfonso que el Brujo.

¡Pobre doncella! Mientras así se traficaba con su honra, dormia quebrantada por las emociones de la noche anterior.

Sabia que no era de peligro la herida de su amante, habíale prometido su madre proteccion, y le faltaba ya muy poco para considerarse feliz. ¡Qué agena estaba de que entonces precisamente corria un peligro inevitable el tesoro de su pureza!

—Ya sabeis que cualquier mujer recibe mejor un bolsillo que una puñalada.

Quedó vendida la honra de Sol. El escudero y Gimena acababan de hacer mas daño á don Juan Alfonso que el Brujo.

¡Pobre doncella! Mientras así se traficaba con su honra, dormia quebrantada por las emociones de la noche anterior.

Sabía que no era de peligro la herida de su amante, habiale prometido su madre proteccion, y le faltaba ya muy poco para considerarse feliz. ¡Qué agena estaba de que entonces precisamente corria un peligro inevitable el tesoro de su pureza!

CAPITULO XV.

El palacio del Brujo.

La cordillera de montañas á cuyo pié está situado San Ildefonso el Real, es decir, la Granja, se prolonga hácia el Norte como unas diez leguas, y allí se interrumpe su tortuosa línea para continuar hácia el Este, formando un recodo redondeado y saliente hácia el Noroeste, como un inmenso cubo de la gran muralla levantada por la naturaleza.

Si desde aquel ángulo se caminase línea recta á Valladolid, dejando á la derecha á Fresnillo y Peñafiel, y á la izquierda á Medina del Campo, tendrian que andarse cerca de quince leguas, y se concluiria el viaje sin necesidad de haber atravesado la corriente del Pisuerga.

Al sitio en que la cordillera forma dicho ángulo, es donde vamos á llevar al lector, á pesar de la nieve que cubre aquellos riscos.

Allí se vé un trozo de montaña cortada perpendicularmente y resguardada en sus costados por dos elevados picos, blancos en todas las estaciones. Para llegar hasta la cima habria que rodear mucho, y aun así seria tan peligrosa la ascension, que el mas práctico en caminar por aquellas escabrosidades no se arriesgaria á emprenderla. Y sin embargo, en la época á que se refieren los sucesos de la presente historia, los habitantes de las cercanías aseguraban que muchas veces, al resplandor de la luna y aun á la luz del sol, habian visto en lo mas escarpado de la cumbre al hombre á quien ya conocemos por el Brujo. Cómo llegaba hasta allí, ninguno lo sabia, porque nadie lo habia visto subir ni bajar, y tampoco comprendian cómo en el rigor del invierno no se helaba, en donde ni las aves de rapiña se atrevian á permanecer un cuarto de hora.

La misma mañana en que el conde don Pedro preparaba un lazo infame á la bellísima Sol, aquella mañana, pero cuando apenas despuntaba la aurora, atravesó el Brujo el terreno que se estiende al pié de la montaña, y con ligero paso se internó en una senda pedregosa, estrecha y llena de espinos.

Caminó por espacio de algunos minutos, siempre pisando los espinos, como si no le hiriesen; y luego, entrando en una garganta mas estrecha aun, llegó á un sitio donde las malezas aumentaban.

Allí se detuvo, y separando las zarzas como si fuesen inofensivos tallos de azucena, dejó ver un macizo peñon, que tambien apartó hácia un lado con aparente facilidad.

Entonces pudo verse una abertura como la entrada de la caverna de un tigre, y por ella penetró el Brujo, volviendo á taparla desde adentro con la maciza piedra. El interior era una galería estrecha y baja practicada en la roca, y que estaba completamente oscura.

El Brujo siguió adelante con el tino de quien conoce el terreno.

Anduvo largo rato, y luego el camino formaba una cuesta bastante pendiente y que torcia culebreando de derecha á izquierda.

Al cabo de media hora se detuvo, puso las manos en el fondo de la galería, que parecia concluir allí, y haciendo un esfuerzo se abrió la roca, dejando ver á la otra parte alguna claridad.

Siguió el Brujo adelante y se encontró en un aposento espacioso y en el que habia una puerta por donde penetraba la claridad de que ya hemos hecho mencion. Allí resonaron las pisadas del hombre fiera, y su respiracion algo agitada y ronca se repitió en todos los ángulos de aquel recinto, donde no habia mueble ni objeto alguno.

Como si el ruido de las pisadas hubiese sido un saludo, fué contestado en seguida por el rebuzno sonoro del negro jumento, que tenia un establo en un ancho hueco abierto en una de las paredes de aquélla habitacion. La dura roca pareció estremecerse al repetir el rebuzno, y el Brujo murmuró:

—¿Tienes hambre? te daré cebada, porque hoy tenemos que caminar mas deprisa que de costumbre.

Y luego, atravesando la puerta de que hemos hablado, se internó en una galería y llegó á un nuevo aposento cuadrado y de elevado techo, junto al cual y en una de sus paredes, habia practicados tres agujeros como de dos piés de diámetro, y por los cuales entraba fácilmente la luz del dia. En el opuesto lado ardian algunos tizones, y por una canal abierta en la pared, y un agujero en el techo, el humo salia para elevar sus negras espirales sobre la nieve de la montaña.

En el rincon mas próximo al hogar, habia un monton de paja que servia de lecho al Brujo, y enfrente, colgado en la roca, un gran trozo de cabra montés bien conservado. Un monton de leña, otro de cebada y algunos haces de heno, era cuanto allí se veia.... Nó, fáltanos mencionar una cosa, la principal quizás, pero en la que no habíamos reparado.

Clavados en la roca, frente al hogar, habia dos pedazos de carne pequeños y secos. Estos dos pedazos de carne encerraban una historia horrible; eran los corazones de las dos víctimas sacrificadas junto al palacio del infante.

El Brujo los contempló con diabólica alegría; sus ojos brillaron estraordinariamente, y su ancho pecho se levantó para dejar salir una especie de bramido, equivalente á una esclamacion de gozo.

—¡Dos! esclamó con ronco acento.

Y sus dientes blancos y afilados castañetearon.

—Se me escapó el tercero.... ¡oh!... Si no ha muerto, aquí vendrá.

Luego salió por una puertecilla, atravesó un pasillo,

á cuyos lados habia otras dos ó tres puertas que daban á distintas habitaciones, subió una escalerilla muy pendiente, y al fin se encontró sobre la cima de la montaña.

Su estraña y horrible figura se destacaba en medio de la blancura de la nieve y de la primera luz de la mañana, como pudiera destacarse, á ser visible, en el puro seno de una vírgen la negra tentacion del pecado cuando intenta manchar con su obra la casta inocencia.

El pecho del Brujo parecia dilatarse; sus ojos, inflamados repentinamente, giraron bajo sus órbitas, y su mirada sombría recorrió el ancho campo que se estendia á sus piés; contempló los campanarios de los pueblos vecinos, y se fijó últimamente en las aguas del Pisuerga que á lo lejos serpenteaba.

Luego aspiró con avidez el aire puro de aquella atmósfera, y esclamó:

—¡Libertad! ¡Qué hermosa es la libertad! Allí, en el recinto de esos pueblos, se ha labrado el hombre sus cárceles: allí vive el señor y el esclavo, y ninguno de ellos es libre. ¡Cuánto se afana el hombre para labrarse las cadenas de la servidumbre! Esos palacios, esas chozas, esos surcos abiertos en la tierra, son la obra de muchos siglos, el fruto de inmensos trabajos, de mares de sudor, de rios de sangre, y todo ello no es mas que la servidumbre, la esclavitud, las ligaduras con que el hombre ha ido sujetando sus manos, las ligaduras de la sociedad, donde hay mil pobres para un poderoso, este, esclavo de sus riquezas, aquel, esclavo de este. ¡Qué hermosa es la libertad! Yo soy el rey del mundo, no

hay señor que me mande, no hay ley que me sujete. Mi frente se levanta sobre esta cumbre, sin que me obligue á doblarla la mirada altanera de ningun señor; duermo, corro ó descanso, sin que nadie marque la regla de mis acciones; y libre de toda servidumbre, de toda obligacion, jamás pregunto las horas á otro reló que el de mis deseos, porque la noche y la mañana son igualmente buenas para que mi cuerpo repose ó se fatigue por el placer de descansar mas tarde. Y nadie me dice, duerme ahora y despierta luego para satisfacer mis caprichos, para servirme, como yo de mi jumento; ¡oh, la servidumbre es horrible, muy horrible, porque servir es vender la voluntad y convertirse en bestia sumisa y miserable! ¡No puede amedrentarme una sentencia de muerte ni de tormentos, pero me espantaria la amenaza de dos horas de servidumbre! ¡Y el pobre esclavo y sin voluntad ama la vida! ¡Qué miserable es el hombre que acepta la servidumbre! ¡Oh, antes la muerte y espirar despreciando á los poderosos, diciéndoles: habeis podido asesinarme, pero no humillarme, ni haceros dueños de mi voluntad! El señor tiene el derecho de que siempre le asista la justicia, de arrojar de su casa al que le sirve, y de llamarle ingrato si se vá sin pedirle de rodillas el perdon de una falta que no ha cometido, ingrato porque le ha dado pan y se aleja; pero el siervo no puede pedir reparacion si es ofendido, no puede llamar al señor ingrato, porque á fuerza de sudor, á costa de su vida, ha fomentado sus riquezas y lo rechaza, lo arroja ignominiosamente de su lado. ¡Oh, libertad, el mundo es mio!

¿Por qué he de vivir en esa sociedad en que el poderoso tiene derecho á que el pobre le agradezca la mas ruin limosna, y el pobre tiene el deber de hacer todos los sacrificios por el poderoso, y no tiene derecho á reclamar la gratitud? ¡El mundo es mio! Desde aquí os miro, hombres miserables, y os desprecio, porque soy mas grande que vosotros, porque he tenido fuerzas para no dejar perder mi libre albedrío, porque no me ha seducido vuestro oro hasta el punto de venderos mi voluntad. ¡Os habeis esclavizado para tener manjares deleitosos, un lecho blando, una morada suntuosa que halague vuestra vanidad! ¡Yo nada de eso necesito, nada de eso tengo ni deseo, pero soy libre, enteramente libre!

Aspiró otra vez el aire puro de la montaña, como para saborear su libertad, y luego prosiguió, fijando su penetrante mirada hácia el Occidente:

—Allí está, será mia, tengo ese derecho, porque he sabido conquistármelo por la fuerza, porque no seria completa mi libertad si algo enfrenase mis deseos. Un solo hombre puede detenerme en mi camino, el hijo bastardo de don Alonso, porque tiene mas fuerzas que yo; pero si llega el caso, lucharemos; si me mata, en su derecho está; si le mato, de nada tendré que arrepentirme. ¡Ay del enamorado que esta noche se detenga bajo las ventanas de Sol!

Los ojos del Brujo centellearon por un instante, y luego dijo:

—Avanza el dia y el camino es largo: no hay que perder tiempo.

Y aquel hombre libre, esclavo de su pasion, mas que nadie esclavo, porque á pesar de su libertad no podia presentarse ante los hombres á la luz del dia, aquel hombre, convencido de su independencia, obedecia humildemente á su pasion impura; y dándose prisa porque avanzaba la mañana, bajó la escalerilla, sirvió como el mas puntual y respetuoso criado á su jumento, dándole de comer, y medio asando en las brasas un enorme trozo de carne del que tenia colgado en la pared, la devoró en pocos bocados.

—Ya es muy tarde, volvió á decir, y me espongo á que los campesinos descubran la entrada de mi palacio viéndome salir. Son traidores tanto como yo, y pueden asesinarme mientras duermo.... ¡En marcha, vasallo! gritó. ¡En marcha al punto!

El asno obedeció, y saliendo de su cuadra empezó á bajar rápidamente la galería.

Jumento y Brujo llegaron al agujero de salida, y en breve, sobre el primero montado el segundo, se encontraron en la campiña.

Siguieron en línea recta hácia Valladolid, atravesando sembrados, trepando cerros y salvando precipicios.

—Mas de prisa, que es tarde, dijo el Brujo.

Y el asno obedeció, y de tal manera, que ningun caballo hubiera podido seguirlo tres horas sin reventarse.

Ya hemos dicho que siguiendo la línea recta desde la montaña á Valladolid, tienen que andarse unas quince leguas, poco mas ó menos, pero nada era esta distancia para el vasallo del Brujo.

CAPITULO XVI.

De cómo no siempre el que siembra coge.

La noche habia llegado y las tinieblas envolvian en sus negros crespones la ciudad de Valladolid.

Cerca de las doce eran ya, cuando á la entrada de la solitaria calle donde vivia el infante llegaron dos hombres envueltos en sus capas, y dejando ver por bajo de estas las relucientes puntas de sus aceros, que sin duda llevaban desnudos por temor de alguna sorpresa. Pocas eran todas las precauciones para arriesgarse á pasar por allí.

Aquellos hombres eran el conde don Pedro y su escudero.

—Tú me esperas aquí, dijo el conde á su criado cuando estuvieron cerca del postigo.

—Id con cuidado, señor, contestó el sirviente.

—No hay un alma en toda la calle.

—Es que dicen las viejas que el Brujo sale del centro de la tierra, y que se aparece tan repentinamente, que no dá lugar á la defensa.

—¿Eso aseguran?

—Y aun el mismo don Rodrigo cuenta que nadie habia en la calle y que el asesino apareció como si lo vomitasen las paredes.

—Siempre se exagera al referir esos lances. No conseguirá el Brujo matarme tan pronto, que no te diese lugar para acudir en mi ayuda.

—Tal creo yo tambien, y es la prueba que á don Juan Alfonso no pudo sino hacerle un arañazo.

—Todo puede arrostrarse por ella: te aseguro que una vez á su lado, no podria separarme sin satisfacer mi pasion, aunque la muerte llegase en contra mia.

—Muy enamorado estais, señor.

—Loco.

—Pues pronto han de verse cumplidos vuestros deseos.

—Poco debe faltar á las doce.

—Con tal que esa bruja de Gimena haya tenido ocasion....

—O no te haya engañado.

—Eso nó, señor, porque está convenido de que su traicion le costaria tantas puñaladas como doblas ha recibido, y ya sabeis que no han sido pocas.

—Quiera Dios que no te equivoques.

—De seguro. Lo que puede haber sucedido es lo que os digo, que la ocasion haya faltado á nuestros deseos.

—¡Oh! despues de consentido....

—A nadie mas que á ella le conviene concluir cuanto antes este negocio.

—Me mata la impaciencia.

—Poco ha de durar.

—Muy poco.... ¿Has oido algo? preguntó el conde con algun temor.

—Nada, señor.

—Me pareció que habia sonado como un ronquido....

—¿Como el resoplido de un caballo?

—Sí.

—Es que á nuestra espalda tenemos la caballeriza del infante.

—Es verdad.

—Sin embargo, si quereis que esploremos la calle....

—No es menester.

—Como os plazca.

—Si muero en este lance....

—No me hagais ningun encargo, porque yo no podria cumplir vuestras órdenes.

—¿Por qué?

—¿No pensais que hemos de morir los dos ó ninguno?

—No exijo tanto.

—Mi deber es defenderos.

Iba el conde á contestar, pero quedó suspenso cuando oyó dar las doce.

—¡Las doce! esclamó.

Y sintió agitado su pecho y arder sus megillas.

—La vieja no se asoma.

—No te ha engañado.

—¿Teneis la llave?

—Sí.

—Alerta la mirada hasta entrar.

—Descuida.

—El cielo os proteja, señor.

—O el infierno, con tal de salir con mi empresa, dijo el conde.

Y con incierto paso, porque le turbaba la emocion que sentia, se dirigió al postigo.

Llegó, miró á todos lados recelosamente, pero nada vió.

—No hay que tener miedo, murmuró.

Y envainando el acero, introdujo con trémula mano la llave en la cerradura.

Apenas se abrió el postigo, cuando de la pared de enfrente se destacó un bulto, resonó una horrible carcajada, y el conde se sintió asido por el cuello.

A la vez que el escudero daba un salto hácia el conde y dejaba escapar una imprecacion, oyóse un rugido espantoso y un lamento ahogado. El conde cayó sin vida: la espada de su criado se rompió contra el pecho del Brujo, y este se abrazó á aquel con su acostumbrada impetuosa velocidad.

Todo fué cosa de un segundo, mas pronto sucedido que contado.

El escudero quiso sacar su puñal, pero antes que pudiese hacerlo, sintió hundirse en su garganta el cuchillo ensangrentado del asesino.

Resonó otra carcajada y otro lamento de muerte, y yació sin vida un segundo cuerpo.

—No es don Juan Alfonso, murmuró el Brujo examinando la poblada barba del conde.

Siguióse una escena muda y horrible, como la de otras noches, y algunos momentos despues, el corazon del noble señor, arrancado de su pecho, fué guardado por el asesino bajo su saco de pieles.

—Me ha mordido ese perro al morir, dijo limpiando alguna sangre que salia de su garganta, y dando con el pié al escudero. No quiero tu corazon, porque tú no venias por ella.

Pareció meditar el Brujo algunos instantes, y luego prosiguió:

—Está abierto el postigo.... ¿Quién me impide entrar? ¿Tendré mejor ocasion que esta?

Sus ojos brillaron y su corazon palpitó violentamente al poner el pié en el umbral de la puerta, como no habia palpitado al acometer al conde.

—¡Vá á ser mia! murmuró.

Siguió á tientas el pasillo, y al encontrar la escalera, subió sin saber si seria aquel buen camino para llegar al aposento de Sol.

¡Infeliz doncella! ¿Quién la salvaria?

Gimena dormia, ó fingia dormir, muy creida en que la persona que penetrara en la casa no seria el temible Brujo.

Cuando este llegó al primer aposento que se encontraba, se detuvo, miró, favorecido por la luz de una lámpara que habia sobre una mesa, escuchó atentamen-

te como el asesino escucha, pero á nadie vió, nada percibió su oido.

—Bien, murmuró desplegando una sonrisa, me protege el demonio de mi guarda. Su aposento debe estar á este lado, si es que la luz que desde fuera se vé es la de su dormitorio.

Y procurando que sus abarcas de cuero no hiciesen ruido al pisar, acercóse á una puerta y levantó la cortina que la cubria. Sus lábios temblaron, inflamáronse sus ojos y se agitaron todos sus miembros.

Habia visto á Sol.

La doncella estaba tendida en su riquísimo lecho.

La ténue luz de una lámpara se esparcia en su rostro pálido, dulcísimo, angelical.

Un cerco amoratado rodeaba sus grandes ojos cerrados al sueño.

Su respiracion era agitada.

No puede concebirse nada mas bello.

Por haber soñado aquel rostro hubieran dado Perugino, Rafael, Murillo ó Rubens la mitad de su existencia.

El pincel de los grandes maestros no ha brotado madona ó ninfa de tan interesante y celestial belleza.

Descubríase parte, aunque muy poca, del casto y puro seno de la doncella.

Sobre su brazo derecho, desnudo, mórbido y tentador, descansaba su hermosa cabeza esparciendo sus trenzas de oro sobre la blanquísima almohada.

Tanta belleza, tan inocente descuido, dejaron por algunos instantes inmóvil al Brujo.

—Nada temas esta noche; no abusaré de tu sueño, dijo el asesino. Quiero que seas mia, sí, pero despierta, contemplando la luz de tus ojos, sin que me rechaces, porque sabré obligarte á ello: de otro modo seria incompleta mi felicidad. Ni un solo beso estamparé en tus lábios, porque no quiero apagar ni una sola chispa del fuego que me abrasa; quiero que la sed de mis deseos se haga mas ardiente para que al saciarla sea mayor el goce de mi alma; quiero mortificar mi pasion para que al satisfacerla no tenga mi dicha igual. Hasta entonces te respetaré tanto que, envuelta en las mismas ropas que te cubren, te llevaré á mi palacio. Allí no tendré rivales; otro corazon que te amaba llevo aquí; iremos tres.

Luego colocó en su cintura el cuchillo y se acercó al lecho.

—¡Siempre soñando contigo, y ya eres mia!

Nos seria imposible dar una idea de la espresion repugnante del rostro del asesino.

Sus espesos cabellos parecian mas erizados que de costumbre, y en medio de la sombra que sus cejas proyectaban sobre sus ojos, pues dijimos que mas que otra cosa parecian viseras de cerdas tejidas, sus pupilas brillaban como las de un gato en la oscuridad.

—El tiempo es precioso, dijo.

Y sus manos impuras, convulsivamente agitadas, se pusieron sobre el lecho.

La jóven no despertó.

El Brujo la levantó en sus nervudos brazos, cuidando de envolverla al mismo tiempo en la ropa de la cama.

—¡Qué hermosa es!... Nada temas, Sol, pero no sabes cuánto me cuesta este sacrificio.

Palpitante de emocion, si es qué emociones podia sentir el asesino, salió del dormitorio, atravesó el otro aposento con su envidiable carga, y comenzó á bajar la estrecha escalera con sumo cuidado, porque la oscuridad no le permitia caminar con mas ligereza.

—No despierta, murmuró. Parece imposible.... ¡oh! Sin duda este sueño es producido por algun brebaje.... no me cabe duda, el hombre que intentó llegar hasta aquí iba á cometer un abuso, era un golpe ya preparado.... trabajó para mí, él ha sembrado y yo he cogido.

Una de sus carcajadas salió de su boca, pero le contuvo el temor de que le oyesen.

—Llegué á tiempo: mañana á la noche estará en mi palacio: es ya muy tarde y no podríamos llegar antes de que saliese el sol. Avanzaremos hasta el bosque y allí pasaremos el dia. Faltaba una reina en mi palacio; allí, sobre la cumbre de la montaña, tendrá un trono al que no iguala el de ningun rey.

Cuando el Brujo entró olvidóse de cerrar el postigo, y esta imprudencia la advirtió al querer salir.

—He sido muy torpe, murmuró; pero afortunadamente creo que nadie ha pasado por aquí. Sin embargo, veamos.

Y antes de salir asomó la cabeza, vió los cadáveres en el mismo sitio en que los habia dejado; y ya tranquilo iba á continuar su marcha, cuando cerca de su rostro brilló un puñal.

CAPITULO XVII.

Un tercero en discordia.

El Brujo no era hombre á quien se sorprendia fácilmente, porque su sangre fria no daba nunca lugar á la turbacion; así fué que, al ver brillar el arma, dió un paso atrás y gritó:

—¡Detente, ó la matas!

El puñal zumbó en el aire y se clavó en la puerta.

Un hombre apareció: sus ojos brotaban fuego.

—¡Vive Dios, no te muevas, miserable! esclamó.

—Te conozco, dijo el asesino: eres el bastardo Rodrigo... ¡Oh!...

Y sus dientes rechinaron.

—Yo soy el Brujo, añadió.

—Ya lo sé, acabo de ver tus víctimas. ¿A quién llevas en tus brazos?

—¿A quién?... á Sol.

—¡A Sol!... ¿A dónde la llevas, miserable?

—A mi palacio.

—Nó, porque antes te mataré, repuso el bastardo empuñando de nuevo su arma.

—No me matarás, contestó con ironía el Brujo.

—Una vez te has escapado de mis manos, pero no sucederá así esta noche.

—No te muevas, Rodrigo, no te acerques, porque para herirme habrás de herir antes á Sol; me sirve de escudo.

—Yo llegaré hasta tí sin ofenderla.

—Imposible; está dormida por un narcótico y puedo hacer de ella lo que quiera. Antes de tocarme la matarás sin que puedas evitarlo.

El Brujo colocó á la jóven de manera que no pudiesen herirlo sin herirla antes á ella.

Rodrigo comprendió lo apurado de aquella situacion.

—¿Piensas, dijo, que he de dejar que te la lleves? ¡Antes la mataré, porque es preferible á dejarla en tu poder.

—Mátala.

—Gritaré, sus criados acudirán, y si yo no puedo herirte de frente, ellos te acometerán por la espalda.

—Si das un solo grito, replicó el Brujo, cuyos dientes rechinaron, si alguien acude en tu ayuda, hundo mi cuchillo en el pecho de Sol.

—¿Se atreveria tu impura mano?...

—A todo, antes que dejarme coger como una fiera y morir en una horca como si fuese uno de vuestros esclavos.

Rodrigo se desesperaba: no tenia medio de salvar á la jóven sin esponerla á morir, porque el asesino seria capaz de todo.

—¿Qué quieres, pues, llevártela?

—Sí.

—Entonces gritaré, aunque la mates; esto es preferible.

—No tendré valor para matarla, dijo para sí el Brujo, y creo que Rodrigo, como lo dice, preferirá verla muerta á verla en mi poder.

—¿Qué decides? preguntó el bastardo, que apenas podia contener su furor.

—Tú has de decidir, ó dejarme paso, ó muere Sol.

—¡Que muera! gritó Rodrigo fuera de sí.

—Está decidido, volvió á pensar el Brujo, y yo perdido. Me salvaré, al menos, porque no puedo luchar con él, es mas fuerte que yo. Otra ocasion se presentará, yo sabré buscarla.

—¡Acaba, miserable, ó por Satanás, que te mato aunque tenga que verter la sangre de Sol!

—Tú quieres que deje á la doncella y además la vida en tus manos.

—Y la dejarás.

—Por esta vez te equivocas.

—¡Oh, no me conoces!

—Mucho, por mi fortuna.

—Decídete.

—Guarda tu puñal, abre tus brazos y recibe á Sol. Cuida de ella y déjame, no te empeñes en seguirme para

vengarte, porque mientras la dejas en el suelo habré yo adelantado el camino suficiente para que no me alcances. Tienes mas fuerzas que yo, pero no corres tanto, ya lo sabes.

—¿Quieres escapar?

—Y escaparé, ¡oh! esclamó el asesino. ¡Y yo la he respetado para que me la arrebates ahora!

Estas palabras dilataron el pecho del bástardo.

—¿Intentas engañarme? dijo.

—Me es imposible, porque llevando en brazos á Sol, me alcanzarias fácilmente.

Convencióse Rodrigo de que no tenia medio de salir del apuro, y se decidió á aceptar la proposicion.

Bien podia ser que el Brujo llevase una segunda intencion, pero habia otro recurso.

—Bien, dijo, entrégame á doña Sol.

—En la calle, para que yo pueda huir si faltas á lo pactado.

—Sea, pero cuida de no engañarme.

Rodrigo dejó libre la puerta.

El Brujo salió, depositó en los brazos del bastardo á la jóven y partió con la velocidad de una centella.

Del pecho de Rodrigo salió una esclamacion del mas reconcentrado coraje, y luego miró á la doncella, que aun dormia.

—¿Qué hacer ahora? se preguntó.

Y despues de meditar algunos instantes, entró en la casa.

Cerró el postigo, atravesó el pasillo, subió la esca-

lera, y cuando hubo llegado al primer aposento, gritó:

—¡Há de casa!

Nadie le contestó.

—¡Há de casa! volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Despertad, doña María.

A los pocos momentos se oyó decir:

—¿Quién llama?

Y luego se sintieron pasos, y apareció Gimena con el semblante lívido y descompuesto, y tras Gimena la esposa del infante.

Un sólo grito resonó, y la señora y la sirviente fijaron sus espantados ojos en Rodrigo y en la doncella.

Doña María se lanzó sobre su hija y la tomó en sus brazos; mientras que Gimena, á pesar de su turbacion, conociendo que el negocio tomaba mal aspecto, aprovechó aquellos instantes para acercarse á la puerta que comunicaba con la escalera. Pero Rodrigo, que ya estaba mas sereno y que habia adivinado que todo era obra de la bruja, la asió por la garganta y la arrastró hasta en medio del aposento.

Gimena cayó de rodillas y esclamó:

—¡Perdon!

—¡Silencio! dijo el bastardo á la vez que amenazaba con el puño á la vieja.

—¡Dios mio! esclamó doña María. ¿Qué sucede? ¿Por qué está mi hija en vuestros brazos, don Rodrigo?

—Señora, dejad á vuestra hija en su cama y volved aquí. Procurad no hacer ruido; conviene que vuestros criados ignoren lo que ha sucedido.

—¡Mi noble señora! volvió á decir Gimena.

—Os he mandado callar, bruja infame, repitió el bastardo, y os ahogaré si no teneis la lengua.

Doña María hizo maquinalmente lo que Rodrigo le indicaba; y dejando en el lecho á la doncella, volvió al aposento y se dejó caer en un sillon.

—Señora, prosiguió Rodrigo, tranquilizaos: ha podido suceder mucho, pero la casualidad me ha hecho venir bastante á tiempo para evitarlo.

—Hablad, don Rodrigo, hablad, repuso doña María derramando un torrente de lágrimas. ¿Sabeis lo que tiene mi hija?

—Duerme, y nada mas.

—¡Que duerme! ¿Y cómo no despierta?

—Preguntádselo á esa condenada, dijo el bastardo al señalar á Gimena.

—¡Yo nada sé!...

—Vos la habeis dado un narcótico.

—¡Un narcótico! esclamó la dama.

—Sí, señora.

—¡Por Dios, don Rodrigo, esplicaos!

—Señora, ese asesino á quien llaman el Brujo, el autor de los crímenes que se cometen en vuestra calle, salia hace un momento de esta casa con vuestra hija en los brazos.

Doña María exhaló un grito de horror.

—Y vos la habeis salvado.... ¡Oh! gracias, don Rodrigo, el cielo os premie.

—Falta saber si vuestra criada ha dado á doña Sol

el narcótico por órden del Brujo ó del conde don Pedro, que con uno de sus escuderos fué asesinado hace una hora bajo vuestras ventanas.

—¿Qué decís?

—Que el Brujo ha dado la muerte al conde; y digo que el Brujo, porque al esposo de doña Beatriz le han abierto el pecho y arrancado el corazon, como acostumbra hacer ese sanguinario asesino.

—Entonces, Gimena ha obedecido las órdenes del conde don Pedro: el Brujo le habrá disputado la entrada y lo ha matado.

—Pienso como vos, señora: esta infame estaba vendida al conde.

—¡Y ese asesino se habrá aprovechado del sueño de mi hija!...

—Nó, señora, la ha respetado, sin duda por temor de que lo sorprendiesen, ó por otras razones.

—¡Dios mio, bendito seas! esclamó la afligida madre.

Y elevando al cielo una mirada de tierna gratitud:

—¿Con qué podré pagaros, don Rodrigo? añadió.

—Nada me debeis.

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—Permitidme que interrogue á Gimena.

—Sí, que lo esplique todo.

—Nada sé, mi noble y querida señora, dijo la sirviente.

—Entonces ¿por qué pedísteis perdon?

—Os juro....

—Callad, miserable, interrumpió Rodrigo.

Y asiendo por la garganta á Gimena, la oprimió con su mano de hierro, y añadió:

—Si no decís la verdad, os ahogo.

La vieja sintió que el bastardo la ahogaba, y con la cabeza hizo una señal afirmativa, porque no podia hablar.

—Sed breve, porque las horas vuelan y es preciso concluir antes del amanecer. ¡Vive Dios, que si me engañais!...

—Mi noble señor, dijo Gimena, me amenazaron con la muerte si no daba el brebaje á doña Sol.

—¿Quién os amenazó?

—El escudero del conde.

—Os habeis vendido.

—No he tomado....

—Mentís, bellaca. A no ser así, pudisteis haber prometido dar el narcótico, no hacerlo y avisar á vuestra señora.

—Ya os he dicho que me amenazaron con la muerte.

—¿Qué os importaba? Se hubiese acechado al conde y él hubiese sido, y no vos, la víctima. ¿Y quién abrió el postigo?

—Yo, nó.

—La llave estaba por la parte de afuera, repuso Rodrigo, que hacia perfectamente su papel de juez que examina al reo.

—La llave, señor....

—Vos la disteis.

—Me la arrancaron á la fuerza.

—Basta, dijo doña María: el crímen de esta mujer está bien probado.

—De ello estaba yo bien convencido, replicó el bastardo, pero queria convenceros á vos.

—Arrojadla de mi casa, don Rodrigo.

—No hemos concluido aun, señora. Escuchadme.

—Hablad.

—Ya sabeis, señora, que el mundo es demasiado malicioso, y mas inclinado á creer lo malo que lo bueno.

—Por desgracia sucede así.

—Si se supiese que doña Sol, dormida con el pesado sueño de un narcótico, ha estado á merced de un hombre feroz que nada respeta....

—Teneis razon, interrumpió la dama estremeciéndose.

—Se dudaria de su pureza. Afortunadamente, el Brujo no puede divulgar lo sucedido, porque con nadie habla, y el conde y su escudero no existen.

—¡Cuánta sangre, Dios mio!

—Del que ha suministrado el narcótico, que será algun judío, nada debemos temer, porque le conviene callar; y aunque hablase, todo lo que podria creerse era que el narcótico se habia dado á vuestra hija, y que al venir el conde encontró un rival que le quitó la vida; pero repito, que no hay cuidado que hable el que dió el brebaje maldito.

—Proseguid, don Rodrigo, mi ansiedad es mucha.

—Tambien debe ser lo sucedido un secreto para vuestra hija, porque le atormentaria mucho el saber que ha estado en los brazos del asesino.

—Teneis razon.

—Debe ser tambien un secreto para don Juan Alfonso, porque sufriria como doña Sol, y quizás la duda, aconsejada por la locura de los celos....

—¡Dudar de mi hija!...

—Juzgad sin pasion, señora. Además, vuestra hija no podia ser responsable....

—Es verdad, es verdad. Proseguíd.

—Vos y yo guardaremos el secreto por lo que nos importa.

—¿Y Gimena?

—Tambien lo guardará.

—Lo dudo.

—Mas que vos.

—Os juro, noble señora, dijo la sirviente, que mi boca no se abrirá.

—Silencio, interrumpió Rodrigo.

—¿Tanta confianza teneis, repuso la dama, en la discrecion de esta mujer?

—Entera confianza, señora. Decidme que estais conforme en que esto debe ser un secreto para todos, aun para doña Sol y don Juan Alfonso, y yo haré que esta bruja sea discreta.

—¡Oh! Sí, un secreto que nosotros mismos debemos olvidar.

La mirada de Rodrigo apareció sombría.

—Señora, dijo, aprovechad el pesado sueño de vuestra hija para cambiar las ropas de su cama, que tienen algunas manchas de sangre. Y vos, condenada bruja, seguidme.

—¿A dónde me llevais? preguntó Gimena temblando.

—A enseñaros á guardar un secreto.

—Don Rodrigo, dijo la dama, que se estremeció al oir el proyecto del bastardo.



Madrid: imprenta de Dios.



—¿Habeis encomendado vuestra alma á Dios?

—¿A dónde me lleváis? preguntó Gimena temblando.

—A enseñaros á guardar un secreto.

—Don Rodrigo, dijo la dama, que se estremeció al adivinar el proyecto del bastardo.

—Señora, la honra de vuestra hija vale mas que todo.

—No os seguiré, repuso la vieja.

—¿No me seguireis?... Lo veremos, dijo Rodrigo.

Y cogiendo á Gimena por el cuello, la arrastró hácia la escalera, cuidando de apretar su nervuda mano para evitar que gritase la autora de aquellas desgracias.

Así la llevó hasta salir á la calle, y despues de cerrar el postigo, preguntó á la vieja:

—¿Habeis encomendado vuestra alma á Dios?

La desdichada quiso volver á pedir socorro, pero se lo impidió la mano del bastardo.

—Arrepentíos, repuso este.

Y atravesó con su puñal el corazon de Gimena, cuyo cuerpo cayó sin vida sobre el escudero.

Reinó un silencio profundo.

Rodrigo, aunque muy acostumbrado desde su niñez á ver sangre, se alejó con el corazon oprimido y la cabeza ardiente.

La noche habia sido terrible.

A la siguiente mañana, los habitantes de Valladolid hablaban horrorizados de los tres cadáveres que habian amanecido junto á la casa de don Juan, y á nadie quedó la mas remota duda de que era obra del Brujo, porque tenia el conde arrancado el corazon.

—Es preciso, decian algunos, hacer una batida y cazar á ese Brujo condenado como á un jabalí.

—¿Y quién se atreve á dar el primer golpe?

—Pondremos un lazo en la calle donde acostumbra á cometer sus crímenes.

—Lo mas acertado es no pasar por aquel sitio de noche, y que pague la pena el que cante bajo las ventanas de doña Sol.

CAPITULO XVIII.

Cómo se encontraba don Juan Alfonso.

Ya dijimos que no era peligrosa la herida que recibió el hijo de Guzman, si bien se vió obligado á permanecer algunos dias en la cama, á donde vamos á visitarlo.

Cubrian su lecho anchas cortinas de seda carmesí, y este color hacia que el rostro del mancebo no apareciese tan pálido como realmente estaba.

Rodrigo, el de la rubia y sedosa cabellera, el de los ojos de dulce espresion, pero el de las fuerzas de gigante y corazon sin igual valeroso, hallábase junto á la cama del herido contemplándole con el mas vivo interés, con la ternura de una madre.

Acababa de llegar, y apenas se habia sentado, cuando el mancebo le preguntó:

—¿Sabeis algo de ella?

—Sí, pero decidme cómo os sentís hoy.

—Muy bien, y creo que mañana podré levantarme. ¿Conque me podeis dar noticias?

—Que está buena.

—¿La habeis visto?

—Nó, amigo mio, pero sí Gimena, á quien Dios haya perdonado....

—¡A quien Dios haya perdonado! interrumpió el mancebo con tono de sorpresa. ¿Ha muerto acaso?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche; y segun se cree, á manos del Brujo.

—¿Qué decís?

—Lo que estais oyendo; y tal se presume, porque su cadáver no estaba solo junto al postigo que ya conoceis.

—¿Que no estaba solo su cadáver?... ¿Conque ese mónstruo se ha propuesto acabar con todos los habitantes de Valladolid?.. eso es horrible, don Rodrigo; es menester castigar tanto crímen. ¿Y qué dice el rey?

—Que vá á mandar pregonar la cabeza del Brujo.

—No es bastante.

—Es demasiado, porque sin necesidad de eso yo lo buscaré.

—Decidme, amigo mio, quiénes han sido esas otras víctimas.

—El conde don Pedro....

—¡El conde don Pedro! interrumpió el doncel, cuya admiracion crecia.

—Y uno de sus escuderos.

—¡Infelices!

—Dios los haya perdonado.

—Pues á fé que el conde don Pedro no iria en busca de doña Sol.

—¿Quién sabe?

—¿Acaso sospechais?...

—Todo debia sospecharse del conde. Ya sabeis, que aunque era casado, no por eso dejaba de ser menos libertino.

—Sin embargo, Sol no era mujer que pudiese halagar la esperanza del conde.

—Pero Gimena en la calle á su lado y muerta, al parecer, por el mismo asesino del conde don Pedro....

—Tal vez él mismo la mataria, si ella no quiso acceder á sus proposiciones.

—Ninguno de los dos existe ya: doña Sol está libre de las asechanzas del uno y de las traiciones de la otra, y por consiguiente, lo mejor es olvidar este asunto, que nada tiene de agradable.

—¿Y ha llegado á Sol la noticia de esos asesinatos?

—No lo sé, pero es probable que sí: tales acontecimientos cunden con rapidez.

—¡Pobre niña, debe sufrir mucho!

—Y en eso queden sus pesares, repuso Rodrigo á la vez que fingia examinar las colgaduras del lecho.

—¿Por qué lo decís? preguntó el mancebo levantándose sobre uno de sus brazos.

—Lo digo, don Juan, porque si el secreto de vuestros

amores no puede estar oculto mucho tiempo, despues de lo sucedido....

—Algo sabeis, don Rodrigo; decidmelo todo, porque la incertidumbre es peor que las revelaciones mas amargas.

—No trato de ocultaros nada.

—Hablad, pues, repuso el mancebo con ansiedad.

—Segun pude colegir por las palabras de Gimena, doña María sabe ya que su hija os ama.

—¡Dios mio!

—Nada debiera importaros, si despues de ella no llegase á saberlo su esposo.

—Estamos perdidos.

—Pues por eso debeis pensar en el modo de salir del apuro.

—¿Y qué he de hacer?

—No lo sé, don Juan, y os diré francamente que temo mucho que el resultado no sea de lo mejor.

—Me haceis temblar, dijo el doncel, cuyas megillas aparecieron pálidas, á pesar de la roja luz que se traparentaba por las cortinas del lecho.

—Mas vale deciros la verdad, aunque sea dolorosa, que haceros concebir ilusiones que luego han de desvanecerse.

—Voy á levantarme á saber lo que sucede, dijo arrebatadamente don Juan.

—Hareis mal.

—¿Cómo he de permanecer aquí tranquilamente cuando nos amenaza una desgracia horrible?

—Bien, levantaos, pero, ¿á dónde vais?

—Teneis razon, dijo el doncel, dejándose caer nuevamente en el lecho.

—Nada adelantais con precipitaros.

—Aconsejadme, don Rodrigo, amigo mio; vós sois la única persona que puede ayudarme y consolarme.

—Otra persona debe aconsejaros.

—¡Otra persona!

—Sí, don Juan.

—¿Quién?

—Vuestro padre.

—¿Qué decís?... ¡Mi padre!

—Debeis decírselo todo.

—¿Habeis olvidado que á pesar de la generosidad de mi padre, jamás podrá consentir que su nombre se una al del asesino de su hijo?

—¿No pensais, don Juan Alfonso, que vuestra reserva á nada conduce, porque vuestro padre no tardará en saber vuestros amores sino lo que tarde en volver á Valladolid.

El jóven permaneció silencioso.

—Vuestro silencio, prosiguió el bastardo, no servirá mas que para haceros responsable de una falta que os colocará en peor situacion.

—¿Y no sabeis lo que me contestará mi padre?

—¿Y vos?

—Yo lo sé. Me contestará que ahogue esa pasion como él supo ahogar su amor de padre en los muros de Tarifa: me dirá que allí me dió ejemplo de valor; que

aprenda á sufrir y á morir sin exhalar una queja; que no tiemble mi mano al desgarrar yo mismo mi corazon; que un Guzman no dobla la frente bajo el peso del dolor, no cede ante las pasiones, ante ningun sentimiento cuando obedece al deber, cuando ha de sostener el decoro de su nombre. Eso me dirá mi padre; y yo, que solo por ella vivo, solo por ella moriré.... ¡Oh! y no es la muerte la que me causa espanto, no me falta el valor para sufrir; pero Sol, la niña pura, cándida, inocente, que tiene en mi cariño la fé mas ciega, que no puede sufrir como yo, porque es mas débil, sucumbirá creyendo que la he engañado, no podrá soportar este golpe, y yo seré causa de toda su amargura, de sus crueles dolores, de su muerte.... ¡Oh! yo no puedo asesinar á la hija del infante como este asesinó á mi hermano.

—¿Y por qué ha de suceder todo eso? replicó el bastardo, que veia un porvenir tan negro como don Juan. ¿Por qué vuestro padre ha de ser inflexible á vuestras súplicas? Tened mas confianza.

—Bien sabeis que no debo tenerla.

—Además, no hay para qué atormentarse con lo que se sospecha que puede sobrevenir.

—Nó, don Rodrigo, mi padre no cederá, repuso el jóven con amargura.

—Probemos.

—Tendré que sostener una lucha con mi padre, y ya lo conoceis, cuando uno tiene la conviccion de que obra con arreglo á su deber, nada en el mundo es bastante á quebrantar sus resoluciones: acordaos de Tarifa.

—¿Qué hareis, pues?

—No lo sé, amigo mio: mi situacion es para desesperarme.

—Peor para vos.

—No sabeis lo que sufro.

—Yo he sufrido mas que vos; de vuestra dama no os separa mas que el mundo; á mí me separó de la mia el mundo y Dios, y luché sin descanso hasta vencer.

—Pero al menos érais libre, vuestra madre os ayudaba, no teníais que desobedecerla, que rebelaros contra su autoridad.

—A cada cual, amigo mio, le parecen sus desgracias mayores que las de todos. Dejemos, pues, una comparacion que de nada ha de servirnos, y ocupémonos de lo que nos interesa.

—Aconsejadme, porque en este momento mi cabeza está trastornada.

—El primer paso que debeis dar es el que os he dicho, y luego obrar segun las circunstancias.

El mancebo exhaló un suspiro y nada contestó.

—¿Os decidís? añadió el bastardo.

—¡Qué he de hacer!

—Ya comprendeis que este caso habia de llegar, porque vuestros amores deberian tener algun desenlace.

—No he pensado mas que en amar á Sol.

—Pues ahora debeis pensar en vencer los obstáculos que se oponen á vuestro amor.

—¿Me ayudareis?

—Sí.

—¿Hablareis á mi padre?

—Sí.

—Vos sois, quizás, el hombre que mas influencia tiene sobre él, ya lo sabeis.

—Os evitaré el enojo de la primera declaracion.

—¡Gracias, amigo mio! esclamó el doncel estrechando con entusiasmo entre las suyas las manos de Rodrigo.

—Si puedo convencerlo....

—Os deberé mas que la vida.

—Pero nos queda el infante.

—¡Oh! el infante poco me importa, no es mi padre, puedo luchar con él sin remordimiento; y si Sol me ama tanto como yo creo, será mia.

—Quedamos, pues, convenidos con respecto á vuestro padre; y en cuanto al infante don Juan, obraremos segun sea menester.

—No comprendeis todo el valor de lo que haceis por mí, don Rodrigo.

—Ahora, don Juan, sosegaos y recobrad las perdidas fuerzas. Yo os dejo, porque me espera el rey.

—¿Os ha llamado?

—Sí.

—¿No sabeis para qué?

—Nó.

—¿Y no se ha concluido aun el arreglo de paz con el infante?

—Don Diego Lopez de Haro está ya conforme, aunque no de muy buena gana; pero como le conviene no disgustar al rey....

—¿No se ha contestado al mensaje?

—Todavía nó.

—Id, pues, y decíd al rey que agradezco mucho la honra que me dispensa informándose del estado de mi salud.

—Esta tarde volveré á veros.

—Dios os proteja, mi buen amigo.

Salió Rodrigo, y el mancebo quedó triste y abatido, luchando en su interior mil contrarias ideas, mil emociones distintas. Sus esperanzas, las locas esperanzas de todo enamorado, disipábanse como el humo, sin que de ellas quedasen mas que recuerdos tristes y atormentadores. ¿Qué seria de Sol si la fortuna se mostraba contraria? La desdichada niña no podria resistir tan rudo golpe, y sucumbiria.

¡Y él habia alimentado aquella pasion que debia causar la muerte de la infeliz!

—¡Dios mio, esto es horrible! esclamó el doncel haciendo un brusco movimiento y á la vez que la fiebre encendia sus ojos.

Sintió abrasada la frente, y un letárgico sueño le dejó inmóvil en su lecho de seda.

—¿No se ha contestado el mensaje?

—Todavía no.

—Id, pues, y decid al rey que agradezco mucho la honra que me dispensa informándose del estado de mi salud.

—Esta tarde volveré á veros.

—Dios os proteja, mi buen amigo.

Salió Rodrigo, y el marqués quedó triste y abatido, luchando en su interior mil contrarias ideas, mil emociones distintas. Sus esperanzas, las locas esperanzas de todo enamorado, disipábanse como el humo, sin que de ellas quedasen mas que recuerdos tristes y atormentadores. ¿Qué sería de él si la fortuna se mostraba contraria? La desdichada niña no podría resistir tan rudo golpe, y sucumbiría.

¡Y él habia alimentado aquella pasion que debia causar la muerte de la infeliz!

—¡Dios mio, esto es horrible! esclamó el donoel haciendo un brusco movimiento y á la vez que la fiebre encendia sus ojos.

Sintió abrasada la frente, y un letárgico sueño le dejó inmóvil en su lecho de seda.

CAPITULO XIX.

Donde se verá que el Brujo tenia razon al temer á las fuerzas del bastardo.

Cuando Rodrigo salió de casa de Guzman, encaminóse á la morada del rey, pensando en los amores del doncel y en que no eran solamente el señor de San Lúcar y el infante los inconvenientes con que habia que luchar: quedaba el Brujo, enemigo no despreciable, y que milagrosamente no habia causado mas daño que todos, pero que podia causarlo aun.

—Desde esta noche, decia para sí Rodrigo, tengo que constituirme centinela en aquella maldita calle, porque si yo no vigilo á ese mónstruo, nos dará que hacer. Parece resuelto á no desistir de sus criminales propósitos; y puesto que á mí es á quien parece tener algun miedo, y á nadie mas, yo debo encargarme de perseguirlo hasta hacerle pagar sus crímenes.

Tras estas y otras reflexiones llegó el bastardo á la

real cámara, donde entró despues de algunos momentos.

—Dios os guarde, buen Rodrigo, honra y prez de mis capitanes, le dijo el monarca con afable tono.

—El os conserve, señor, y os dé larga vida para mostraros bondadoso conmigo.

—¿Habeis visto á don Juan Alfonso?

—Ahora lo dejo, señor.

—¿Y cómo está de su herida?

—Tan aliviado, que quizás mañana tendrá la honra de venir á ponerse á vuestras órdenes.

—Mucho me alegro.

—Me ha encargado que os hiciera presente su agradecimiento por el afecto con que le honrais.

—Lo merece; es un mancebo que no desmentirá su nombre ilustre.

—Dá buenas esperanzas, señor.

—Por supuesto, aunque aliviado de su herida, no estará para emprender un viaje.

—Imposible, á menos que así convenga á V. A.

—Nó, no quiero esponerlo á un nuevo peligro. Vos, Rodrigo, que sois fuerte, ágil y leal, desempeñareis el encargo.

—Señor, murmuró el bastardo, que temia separarse de don Juan en tan críticos momentos.

—Es preciso que hoy salgais para Leon.

Rodrigo no supo qué contestar.

—Llevareis la respuesta al mensaje de don Alonso, y al mismo tiempo le ayudareis, si mi tio no se contentase y hubiese necesidad de continuar la guerra.

—Creo, señor, que quedará satisfecho el infante, y será inútil mi ayuda á don Alonso, se atrevió á decir Rodrigo.

—¿No quereis ir? le preguntó el monarca mirándole fijamente.

—Me esplico mal, señor.

—Por primera vez en vuestra vida.

—Quise decir que tal vez yo podria serle útil á don Juan Alfonso, porque como se ha intentado asesinarlo....

—Don Juan Alfonso no pasará por el sitio donde tanta sangre se vierte, hasta que hayais venido de Leon. Además, desde esta noche recorrerán aquellas calles algunos ballesteros, porque es preciso evitar la repeticion de tan horrendos crímenes; quiero que el de la pasada noche sea el último.

—Quiéralo Dios.

—El conde don Pedro ha pagado en un instante las locuras de muchos años. Tambien era de los que tienen la costumbre de pedir gracias al rey desenvainando la espada. Todo se paga en este mundo.

—Lo siento por su esposa, modelo de virtud, y que debe de haber padecido mucho.

—¿Sospechais que el conde estuviese enamorado de mi hermosa prima?

—Señor, todos los que han muerto en aquel sitio galanteaban á doña Sol.

—Lo que prueba que don Juan Alfonso es uno de tantos enamorados.

—Señor....

—Eso ya no es un secreto, y á fé mia que lo siento, porque ni don Alonso ni el infante consentirán.... en fin, allá veremos quién se lleva ese tesoro que tanta sangre cuesta. ¿Conque os dispondreis para marchar hoy mismo?

Rodrigo se inclinó respetuosamente, porque ya no tenia escusa que dar; pero desconcertábale en estremo aquel viaje, porque estaba convencido de que don Juan no dejaria de ir á ver á Sol, esponiéndose por segunda vez á ser asesinado.

—Señor, dijo el bastardo, quisiera que me concediéseis dos cosas.

—Decid cuáles son.

—Que se guardase el mas escrupuloso secreto sobre mi salida de Valladolid, y que me permitiéseis dilatar mi viaje hasta la noche.

—Si así os interesa, lo teneis concedido.

—Me interesa, señor, porque don Juan Alfonso, como buen enamorado, no dejará de rondar de noche la calle de doña Sol; y si el Brujo sabe que yo no estoy en la ciudad, seguramente intentará un nuevo golpe.

—¿Y quereis salir de noche para que nadie se aperciba?...

—Exactamente.

—Muy justo es lo que me pedís, y desde luego podeis aguardar la noche para emprender la marcha.

—Gracias, señor.

El monarca inclinó repentinamente la cabeza sobre el pecho, quedó pensativo, y una ligera arruga se mar-

có en su frente, señal que siempre era en él la de alguna idea terrible. Así permaneció algunos instantes; y luego, cerrando su ojo izquierdo mas que el derecho, levantó la cabeza, lo cual para los que le conocian á fondo, significaba que en su espíritu se levantaba alguna borrasca de las que siempre concluian con una sentencia de sangre, dictada con una calma impropia de un niño y sostenida con una frialdad admirable.

—¿Qué cabeza peligra? dijo Rodrigo para sí.

El monarca rompió al fin el silencio.

—Se cuentan, dijo, prodigios de vuestras fuerzas.

—No son escasas, contestó el bastardo sin adivinar lo que pensaba el rey.

—Lo que se cuenta me ha llamado la atencion tanto mas, cuanto vuestro aspecto no denota esa superioridad de vuestros puños sobre todos los hombres.

—Desde muy niño me hicieron ejercitar las fuerzas de mil modos inusitados, y despues me han servido mucho aquellas lecciones.

—Ya que mi edad no me ha permitido aun ir á la guerra, donde pudiera haber visto esos hechos de gigante, quisiera satisfacer mi curiosidad.

Rodrigo miró á todos lados como si buscara alguna cosa.

—Si me dá permiso V. A.... dijo.

Y colocando un sillon en medio del aposento, subióse en él y cogió una gruesa cadena de plata de que pendia una lámpara del mismo metal.

—¿Os atreveríais á romperla? preguntó el rey.

—No falta para ello mas que vuestro permiso, señor.

—Lo teneis.

El rostro de Rodrigo se contrajo; viéronse sobresalir los músculos de su blanco cuello y de la, al parecer, delicada mano con que tenia cogida la cadena, y esta se rompió en dos pedazos.

—¡Vive Dios! esclamó el rey dando un paso atrás involuntariamente.

—Rota por órden de V. A., dijo el bastardo á la vez que desplegaba una dulce sonrisa.

—Cuanto se diga de vos lo creo.

—¿Quereis mas pruebas, señor?

—Basta con esa por ahora, pero sí desearia saber si es cierto que en una ocasion ahogásteis á un hombre al darle un abrazo.

—En un encuentro con los moros, señor.

—Referidme el caso.

—En la pelea me quedé sin hacha, mi arma favorita, y sin mi espada ni puñal; habia perdido tambien mi caballo, y un enemigo me acometió blandiendo un enorme cuchillo. Viéndome perdido me precipité sobre él, abrazándole con toda mi fuerza, y antes de que el arma cayese sobre mí, el moro arrojó por la boca toda la sangre de su cuerpo. Libre de él, tuve ya tiempo para montar en un caballo que habia quedado sin ginete, y con una maza que encontré volví á lo mas recio de la pelea.

—¡Bien, don Rodrigo! esclamó el monarca, cuyos ojos brillaron.

El bastardo no pudo aun acertar el objeto que se proponia el rey.

—Si ya está satisfecha vuestra curiosidad, señor, y nada teneis que mandarme, me retiraré para hacer mis preparativos de marcha y aconsejar prudencia á don Juan Alfonso.

—¿A qué hora pensais salir?

—En cuanto cierre la noche, para no perder tiempo.

—Os ireis á la madrugada, porque antes necesito de vos.

—Espero las órdenes de V. A.

—Volved esta noche á las doce.... un poco antes.

—¿Qué querrá? se preguntó Rodrigo.

—Ya estará avisado mi ayuda de cámara para que no os detenga.

—Seré puntual.

—Venid armado.... por si encontrais al Brujo.

—El cielo guarde á V. A.

Rodrigo salió de la cámara sin haber llegado á comprender el repentino cambio del rey.

Este, en seguida, se dirigió al aposento de su madre.

El bastardo no pudo, aun acertar el objeto que se proponia el rey.

—Si ya está satisfecha vuestra curiosidad, señor, y nada teneis que mandarme, me retiraré para hacer mis preparativos de marcha y aconsejar prudencia á don Juan Alfonso.

—¿A que hora pensais salir?

—En cuanto cierre la noche, para no perder tiempo.

—Os tiene á la madrugada, porque antes necesito de vos.

—Espero las órdenes de V. A.

—Volved esta noche á las doce... un poco antes.

—¿Qué mas? se preguntó Rodrigo.

—Ya estará armado mi oyuda de cámara para que no os detenga.

—Seré puntual.

—Vendrá armado...? por si encontrais al Bruto.

—El cielo guardará á V. A.

Rodrigo salió de la cámara sin haber alcanzado á comprender el repentino cambio del rey.

Este, enseguida, se dirigió al aposento de su madre

CAPITULO XX.

Donde volveremos á ver á nuestra antigua conocida Violante.

Mientras el rey don Fernando IV daba mucho que pensar á Rodrigo, haciéndole demostrar el poder de las fuerzas de su brazo, la reina doña María, sentada junto á una mesa, escuchaba con atencion profunda las palabras de una mujer muy hermosa, de rostro ligeramente moreno, de ojos grandes, negros y espresivos, y de esbelto talle, cuya mujer no era otra que la antigua doncella Violante, á quien, si de ello se acuerdan nuestros lectores, la reina debia su honra y su vida, don Lope Diaz de Haro y el abad de Valladolid su castigo, y su vida tambien y buen término de sus amores, Rodrigo y la convertida judía.

Ni Violante ni su compañera Beatriz se habian separado de su señora; y el marido de aquella, siempre fiel y leal á don Sancho el *Bravo*, á la reina y á su

hijo, habia prestado servicios importantes, por los que obtuvo lucidas recompensas.

Para gobierno de nuestros lectores, diremos dos palabras acerca de un personaje que les es desconocido. Era este el infante don Enrique, hijo del rey don Fernando el *Santo*. Inquieto y ambicioso como muchos nobles y su sobrino don Juan, se habia mostrado casi siempre ageno á las revueltas de los descontentos, no por falta de deseos de tomar en ellas parte, sino porque mas astuto que todos, no habia visto la ocasion oportuna de asegurar un buen golpe. Esta ocasion llegó con la minoría de don Fernando, y entonces el infante representó el principal papel haciéndose dueño de la autoridad real.

Logró al fin doña María, tras mucha sangre y continuadas luchas, alejarlos del gobierno; pero él, aunque ya en edad muy avanzada, una vez en el camino de las traiciones, ya despojado de la máscara de su hipocresía, no quiso retroceder, y conspiraba ayudado de muchos nobles descontentos y ambiciosos.

Como hemos dicho, doña María de Molina, sentada en un sillon tachonado con clavos de plata, y apoyando el brazo derecho en una mesa, escuchaba con marcado interés las palabras de Violante.

—Ahora me falta, decia esta, indicaros la situacion que ocupa el salon donde se reunen.

—Es cosa muy importante.

—Despues del zaguan, se encuentra al frente un largo pasillo: siguiéndole hasta el fin, se vuelve á la de-

recha, y á los pocos pasos está, á la izquierda, la puerta de entrada, sin que tenga otra alguna. En el salon, frente á esta puerta, hay una ventana que dá al jardin.

—Bien, Violante, muy bien, dijo la reina; prosigue.

—Ya sabeis que la casa no tiene mas entrada que la puerta principal y la que está al opuesto lado del edificio, cerrada por una verja de hierro.

—¿A dónde se vá por esta última?

—A una galeria muy corta que sale al jardin.

—¿No entra nadie por ese lado?

—Nadie.

—¿Solo por la puerta principal?

—Sólo por la puerta principal, Juan, como os he dicho, ha observado, oculto á favor de la oscuridad de la noche, que llegan á la puerta, llaman dando tres golpes, les abren, dicen una palabra que no ha podido entender desde su escondite, y les queda libre el paso.

—Si supiésemos la señal que tienen....

—Es probable que la varíen cada noche.

—¿Nada mas sabes?

—Nada mas, señora.

—Bien.

—Vos me direis lo que debe averiguarse, y si es posible....

—Hablaremos despues de comer.

—Como mas os plazca. ¡Oh! si el raton viejo cayese en la ratonera....

—Si yo no contuviese los arrebatados impulsos de mi

hijo.... Pero es menester obrar con prudencia, porque el infante cuenta con muchos partidarios.

—Y es tan astuto como viejo y tan malo como feo, repuso Violante, con la libertad que le daba el cariño de la reina.

—Déjame, Violante, quiero meditar sobre lo que me has dicho.

Salió la antigua doncella, y cuando doña María comenzaba á dar á su imaginacion tormento para combinar un plan, el rey se presentó.

—A tiempo llegais, le dijo la reina.

—¿Teneis algunas noticias que darme?

—Sí.

—Pues ya os escucho, repuso el monarca tomando asiento cerca de su madre.

—Continúan las reuniones en el mismo sitio y á la misma hora.

—Me alegro.

—Acaban de darme cuantos pormenores podemos desear.

—¿Y ya podremos?...

—Es difícil sin hacerlo públicamente, y aun así tal vez se nos escapen algunos.

—Con tal que el viejo cayese en mi poder....

—Es arriesgado.

—¿Y nada se os ocurre?

—Solo el sorprender al que guarda la entrada, y contestarle con un puñal cuando pida la contraseña.

—Pero gritará.

—Cercando la casa....

—Pero se hará público el suceso, y vos misma sois de opinion de que esto es peligroso.

—Entonces hay que dejarlos.

—Eso nó, dijo el rey despidiendo una mirada sombría: antes dejaré mi corona; ya me conoceis, madre mia, y sabeis que no volveré atrás de mi propósito.

—Meditad, pues, como yo medito; buscad un medio.

—¿Decis que os han dado mas pormenores?

—Sí.

—¿Cuáles son?

La reina repitió cuanto le habia dicho Violante con respecto á la distribucion de la casa.

—¡Bien! esclamó el rey. Ya cuento en mi poder al viejo.

—¿Qué se os ocurre? preguntó doña María.

—Esta noche me presentaré á los traidores.

—¡Que os presentareis! repitió admirada la reina.

—Sí, me presentaré, ¿lo entendeis? yo mismo, en persona.

—Esplicaos, que escitais vivamente mi curiosidad.

—Si yo no castigase de muerte á uno siquiera de tantos traidores como hay en Castilla, la rábia me mataria: quiero empezar por mi tio.

—¿Pero vuestro plan?...

—Es seguro, madre mia.

—No lo adivino.

—Hay un hombre, valiente y leal, á cuyo brazo nada

se resiste, porque sus fuerzas son las de un Sanson.

—¿Rodrigo? murmuró doña María, cuyo rostro palideció ligeramente.

—Rodrigo, sí, el hijo bastardo de mi noble abuelo.

—¿Y qué puede hacer?

—Entrar por la verja que conduce al jardin.

—Todo lo comprendo, pero tú....

—Iré con él.

—Espones tu vida.

—¿A su lado?... Rodrigo es una muralla de acero.

—Eso es una locura.

—No intenteis disuadirme, porque seria inútil. Desde anoche medito mi plan y me gozo en sus resultados con un placer indecible. Solo me faltaban las noticias que acabais de darme para no perderme, una vez que estemos dentro de la casa.

—Yo no puedo permitir....

—Señora, replicó el monarca con tono de autoridad, en esta ocasion seré el rey.

La reina conocia sobradamente á su hijo, y no intentó contradecirle.

—¿Quién os acompañará? preguntó.

—Rodrigo y Juan, únicos en quienes tengo confianza, porque don Juan Alfonso de Guzman está herido y su padre ausente.

—¿Nadie mas?

—Nadie.

—¡Quiera Dios que no os pese!

—No lo espero así.

—¿Y qué pensais hacer si salís bien en vuestra empresa?

—Dejaré escapar á todos los conspiradores, y diré que no me dieron tiempo á conocerlos.

—¿Pero el infante?...

—El infante, repuso el monarca á la vez que desplegaba una sonrisa irónica, el infante, como ya es muy viejo, se morirá del susto ó de rábia dentro de tres dias.

Doña María palideció.

—¿Me habeis comprendido? añadió el rey.

—¡Don Fernando!

—Ya os he dicho que estoy cansado de traidores: los castigaré, y he de empezar por mi tio.

—¿Y ha de ser esta noche?

—Esta misma noche, porque á la madrugada tiene que salir Rodrigo para Leon.

—Es la primera justicia que haceis.

—Pocas haré tal vez en mi vida, pero yo os juro por mi corona, que cuando mis lábios pronuncien una sentencia, nada me hará levantarla.

Y efectivamente, llegó un dia en que Fernando IV el *Emplazado* tuvo ocasion de cumplir su juramento.

—Os dejo, madre mia, repuso, para preparar lo que me falta.

—El cielo os bendiga.

El rey volvió á su aposento, llamó á Juan, el esposo de Violante, y le dió minuciosas instrucciones.

—Todo esto sin que pierdas un instante, le dijo.

—Al momento, señor.

—Ya sabes cuánto importa la reserva.

Juan salió del palacio y se encaminó al casuco del judío que habia facilitado el narcótico al conde don Pedro.

Se preparaba una escena violenta y de consecuencias muy trascendentales; pero el jóven monarca estaba resuelto á todo, pues como habia dicho á su madre, una vez pronunciada una sentencia, nada en el mundo era bastante á levantarla.

Rodrigo, entretanto, cavilaba sobre los intentos del rey, pero nada pudo al fin adivinar por mas que dió tormento á su fecunda imaginacion.

El dia pasó sin otro acontecimiento notable.

El sol se ocultó, y las sombras de la noche se derramaron en el espacio.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

CAPITULO XXI.

Justicia del rey niño.

La noche estaba oscura en estremo.

Eran las once y media, y todos los habitantes de Valladolid estaban entregados al descanso.

Rodrigo se paseaba delante de la casa de Sol y registraba con su mirada todos los rincones, los huecos de todas las puertas.

—No ha venido esta noche, ni vendrá, murmuró. Obra con prudencia. Creo que será inútil esperar.

Y esto diciendo, salió de la calle y se encaminó al palacio del rey.

Cuando hubo llegado, bajó el embozo de su capa á fin de que los arqueros que guardaban la puerta no le impidieran el paso.

Subió, y entrando en un espacioso aposento, don-

de dormitaba arrellanado en un sillon el ayuda de cámara de don Fernando, dijo:

—¿S. A?

—Pasad, don Rodrigo.

El bastardo entró.

Estaba el rey sentado y hablaba con el esposo de Violante. Ambos tenian puestas finas cotas: tambien llevaba la suya Rodrigo.

—¿He llegado á buena hora? preguntó este al entrar.

—Vos nunca llegais tarde, le contestó el rey. Sois tan exacto como leal.

—Gracias señor.

—¿Venís dispuesto á romper con vuestros puños cuanto se ponga bajo vuestra mano?

—Mis fuerzas, señor, están siempre prontas á emplearse en servicio de mi rey.

—Pues bien, preparadlas.

—Lo están.

—Tenemos que acometer una empresa arriesgada.

—Me alegro.

—Primero pareceré un ladron, pero luego obraré como un rey.

—Por mucho no sobra la justicia en estos tiempos, repuso el bastardo.

—Es verdad, buen Rodrigo, hay muchos traidores, contestó el monarca frunciendo el ceño.

—Sobran cabezas y faltan corazones, señor.

—Por eso, cortando las primeras, de la sangre brotarán los segundos.

Y Fernando IV desplegó una amarga sonrisa.

—¿Por qué, añadió, todos mis tios han sido y son los primeros rebeldes, cuando debieran ser los mas entusiastas defensores del trono?

—Señor, porque no hay tantas coronas como infantes.

—Sí, es verdad, y por eso, como hay muchas cabezas para una corona, es indispensable, ó aumentar estas, ó disminuir aquellas. ¿No adivinais lo que me propongo hacer esta noche?

—Nó, señor.

—¿Ignorais, don Rodrigo, que conspira mi tio don Enrique?

—No lo ignoro.

—¿Y sabeis quién le ayuda?

—Lo sospecho.

—¿Y qué pensais que debo hacer para acabar con tantas ambiciones?

—Señor, si la ambicion no cuenta con la ayuda de la fuerza, es impotente.

—Entonces....

—Separando la una de la otra, todo queda concluido.

—¿Es decir, que separando la cabeza, que es la ambicion, del cuerpo, que es la fuerza con que se ayuda, habré conseguido mi deseo?

—Creo que sí.

—¿No comprendeis, don Rodrigo, hasta qué punto vuestras palabras atizan el fuego de mi cólera?

—He dicho lo que siento, señor.

—Por eso os quiero.

Hubo algunos momentos de silencio, en los cuales varió muchas veces espresando sentimientos distintos, el rostro del monarca.

—¿Sabeis, dijo al fin el monarca, lo que pienso hacer esta noche?

—Segun os habeis esplicado, prender al infante don Enrique.

—Solamente quiero hacerle una visita.

—Poco envidiable, á lo que sospecho.

—Pero quiero entrar sin anunciarme, sin que nadie me vea; y como segun entiendo, la puerta de la posada de mi tio está bien guardada á estas horas, es mi deseo que vuestros puños, que rompen tan fácilmente una cadena de plata y ahogan á los hombres cubiertos de acero, me abran paso á través de una reja, cuyos hierros no se han forjado á prueba de vuestras fuerzas.

Rodrigo se sonrió como quien está perfectamente enterado de lo que no ha podido adivinar antes.

—Bien, señor, dijo, tendreis el paso libre si no se opone otro inconveniente que el de la reja.

—¿Os comprometeis á ello?

—Respondo con mi cabeza.

—Perfectamente, repuso el monarca, cuyos ojos brillaron de alegría. ¿Dí, Juan, te parece que ya es hora?

—Son mas de las doce, y ya deben estar reunidos.

—Vamos.

El esposo de Violante colocó en los hombros del rey una capa de paño azul, y le entregó un casco de ace-

ro con incrustados de oro que habia sobre una mesa.

Los tres salieron.

—Estoy durmiendo, dijo Fernando IV á su ayuda de cámara.

—Bien, señor, le contestó este á la vez que hacia una profunda reverencia.

Dirigiéronse luego por una galería solitaria, bajaron una estrecha escalera, atravesaron un patio silencioso y oscuro, siguieron un pasillo tortuoso y largo, y al fin llegaron á un postigo.

Juan lo abrió con una llave que sacó de su limosnera, y pronto se encontraron en la calle.

Ni una sola persona se veia; no se percibia ni el mas leve ruido.

El eco de los pasos de aquellos tres hombres se repetia en el ámbito de las estrechas calles con la acompasada igualdad de la péndola de un reló.

Ninguno hablaba. Sin duda iban entregados á profundas meditaciones.

Dejaron atrás muchas calles, y al fin llegaron á una donde se levantaba un edificio de sombrío aspecto.

Detuviéronse.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, durante los cuales examinaron una verja de hierro que cerraba una puerta como de seis piés de altura.

—Esta es, dijo el rey al bastardo.

Rodrigo no contestó, pero acercándose á la verja, asió dos de sus barrotes, hizo un esfuerzo como para abrir los brazos, y se doblaron los hierros con la misma

facilidad que se habia roto la cadena de la lámpara.

—No es bastante, murmuró el bastardo.

Hizo otro esfuerzo, y uno de los barrotes se rompió.

—Ya está, dijo.

Y sin gran trabajo, dobló uno de aquellos trozos de hierro, de manera que quedó bastante claro para que pudiese pasar una persona.

—¡Bien, vive el cielo! esclamó el monarca.

—Señor, dijo Rodrigo, reprimid vuestro entusiasmo, porque el menor ruido puede perdernos.

—Adelante, repuso el monarca.

Uno tras otro, no sabemos cuál primero, entraron en la casa.

Como habia dicho Violante, se encontraron en una galería, luego en un mal cultivado jardin, y casi á tientas llegaron adonde habia una ventana grande practicada como á tres piés del suelo.

Entonces percibieron un confuso rumor de voces.

—Dentro están, murmuró el rey, cuyos ojos parecieron iluminarse.

Escuchó, acercándose á la ventana, pero solo alguna que otra palabra pudo entender.

—Don Rodrigo, dijo en voz baja, en ese aposento se conspira contra mi trono.

—¿Qué deseais? preguntó el bastardo á la vez que echaba atrás su capa y brillaban sus pupilas.

—Entrar, contestó don Fernando.

—¿Por aquí?

—Sí.

Rodrigo desenvainó su puñal.

—No hirais á nadie si no nos ofenden, dijo el monarca. Dejad que todos escapen, menos mi tio.

El bastardo apoyó su hombro derecho contra la ventana, y antes de un segundo se abrió, á la vez que estallaban las maderas con atronador crujido.

Oyóse un grito de espanto y el de ¡traidores! dado por Rodrigo al tiempo de saltar desde la ventana al centro de la habitacion.

Todo esto, la confusion y el levantarse muchas espadas amenazadoras, fué cosa de un segundo.

—¡Muera! gritaron los conspiradores.

Y sus aceros se dirigieron todos contra Rodrigo.

Empero en aquel instante el monarca, seguido de Juan, se precipitó en el aposento.

—¡Paso al rey! gritó esforzando su voz de niño.

Y echó atrás su capa y levantó orgullosamente la cabeza.

Su rostro infantil estaba en aquellos momentos terrible: inyectados en sangre sus ojos, cuyas pupilas brillaban como dos carbunclos, y agitados sus miembros convulsivamente á impulsos de la rábia que encendia su corazon.

La luz de una lámpara que pendia del techo parecia dar mayor palidez á sus en estremo pálidas megillas.

Al resonar su voz cayeron al suelo muchas espadas, otras volvieron á la cintura, y los conspiradores, en confuso tropel, corrieron despavoridos hácia la puerta, porque creyeron que el monarca iria seguido de algunos

centenares de ballesteros; de otro modo no hubieran bastado las fuerzas ni el valor de Rodrigo para salvar la vida á su señor.

Nadie se opuso á la fuga precipitada de los rebeldes; pero cuando el viejo infante intentó seguir á sus partidarios, Rodrigo le asió por el cuello, y haciéndole retroceder, le dijo:

—No imiteis la descortesía de esos caballeros que vuelven la espalda á su señor: el rey viene á visitaros, y debeis darle gracias por el honor que os hace.

El infante rechinó los dientes, tembló su encanecida barba y su descarnada mano buscó la empuñadura de su puñal.

—Cuidado, repuso Rodrigo, que el que ha roto esa ventana puede ahogaros fácilmente.

En pocos momentos el salon se vió libre de los traidores.

Reinó el silencio mas profundo.

Libre el infante de la dura mano de Rodrigo, enderezóse lentamente y contempló al rey con rencorosa y audaz mirada.

—Infante, mi muy amado tio, dijo don Fernando con tono sarcástico, en verdad que es agradable el recibimiento que aquí se hace al monarca.

—Los ladrones y los asesinos, contestó el infante con acento reconcentrado, son los únicos que entran por las ventanas. Aquí, don Fernando de Castilla, dentro de mi casa solo yo soy el rey.

El monarca levantó orgullosamente la cabeza, y dan-

do á su semblante juvenil la espresion de la mas arrogante altanería, replicó:

—El rey es el rey en todas partes.

—Nó, don Fernando, y acabais de hollar los fueros de la nobleza castellana. Cuando el rey entra en el territorio, castillo ó palacio que pertenece al señorío de algun noble, no lo hace sin haber obtenido la vénia del señor ó del alcaide que lo representa.

—¿Quereis discurrir ahora sobre los fueros de la nobleza de Castilla? Es asunto que no me agrada. Todo os lo concedo, sois aquí el rey; pero á fé que vuestros cortesanos se portan bien con vos: al primer asomo de peligro real ó imaginario, os abandonan despavoridos.

—¿Queríais que esperasen á que vuestros ballesteros los degollaran como á una manada de ovejas? ¿Qué hubieran podido diez ó doce hombres contra los muchos, quizás ciento, que os seguirán?

El rey soltó una carcajada burlona hasta el insulto.

—¿Dónde están mis ballesteros? dijo cuando hubo desahogado aquel arranque de hilaridad. ¡Mi comitiva la componen dos hombres, y se os han figurado doscientos!... ¡Cómo turba y acobarda el delito!

Don Enrique bajó la mirada confuso y avergonzado.

—Don Rodrigo, prosiguió el rey, colocaos junto al infante, y al primer grito que dé pidiendo socorro, atravesadle el corazon con vuestro puñal.

—¿Quereis asesinarme? preguntó don Enrique. En tal caso tened entendido que moriré defendiéndome.

—Esto no es más que una precaucion por si intentais

llamar á vuestros criados para que os ayuden: he venido de paz, como amigo, solamente para haceros una visita. Ya sabeis que está en Leon la flor de mis caballeros, y me fastidio de noche solo en mi palacio. Supe que os reuniais aquí todas las noches y que pasábais las horas departiendo agradablemente sobre asuntos de mucho interés, y quise participar de vuestra distraccion. Hablemos con calma.

Fernando IV habia recobrado ya toda aquella serenidad impasible con que algunos años despues presenció lo sucesos de mas importancia.

—¿Qué quereis? preguntó el infante con arrebatado acento y á la vez que apretaba los puños.

—Hace mucho tiempo, repuso el monarca, que intento averiguar en qué consiste que las discordias no cesan en mis reinos, y don Rodrigo me ha sacado del apuro, haciéndome observar que hay muchas cabezas para una sola corona.

—¿Y sobra la mia?

—Sí, sobra, y tambien la de vuestro sobrino, ó sea mi tio don Juan, á quien con razon llaman el *Descorazonado:* la de don Diego Lopez de Haro, á quien apellidan el *Avariento:* la de don Juan Nuñez de Lara, á quien dicen el *Mudable*, y algunas otras mas.

—Bien, repuso don Enrique, pensais no dejar mas que una cabeza, puesto que no hay mas que una corona.

—Exactamente: he pensado como vos, y no es estraño cuando por nuestras venas corre la misma sangre. Si

en todo hubiérais estado siempre tan conforme conmigo, no os hubiese visitado esta noche.

—¿Quereis burlaros de mí? dijo el infante con tono amenazador.

—Nó, porque yo respeto mucho las canas, contestó el rey.

Y desplegó una sonrisa burlona. Aquel niño empezaba á usar de la mordacidad, que mas tarde se convirtió en el sarcasmo, en la indolencia y en el desprecio de todo, que le costó la vida en la flor de su edad.

—Habeis alcanzado esta noche un gran triunfo, dijo don Enrique.

—Cuando yo apenas tenia uso de razon y no contaba con otro apoyo que el de mi madre, débil mujer, tambien alcanzásteis honrosa victoria apoderándoos de mi autoridad. Ahora de puro viejo sois niño en lo débil y caprichoso, y yo invado vuestra casa sin vuestra licencia, como vos invadisteis mis reinos. Justo es que se pague en la misma moneda que se recibió. Decidme ahora si he hecho mas que imitaros, como cumple á un sobrino admirador de su tio. Me habeis llamado traidor porque llegué hasta aquí por la ventana, y la traicion, de vos la aprendí. En el silencio de la noche conspirábais para despojarme de mi corona; y yo, por seguir vuestro ejemplo, en el silencio de la noche tambien he venido para despojaros de la cabeza: no puedo cortar por mas arriba, porque no teneis corona; si yo no la tuviese, como yo hago, cortaríais por la garganta para quitar alguna cosa de mis hombros.

Durante este discurso, que rebosaba hiel, pronunciado con burlona dulzura, el infante sufrió horriblemente, como pudo advertirse por las centellas que se escapaban de sus ojos y por las violentas contracciones de sus miembros.

—¡Vive Dios, que el sufrimiento se me acaba! ¡Bien aprendísteis de vuestra hipócrita madre! Decidido estais á asesinarme; hacedlo, pues, sin burlaros; hacedlo pronto, así lo quiero, y si no os obligaré á matarme, arrojándome sobre vos.

—Sois muy desagradecido, don Enrique. Vuestra sentencia de muerte está pronunciada; pero quiero dispensaros una gracia que no mereceis. El verdugo tiene ya la órden de esperar á un delincuente, y en este momento estarán hechos ya todos los preparativos para que antes de dos horas vuestra cabeza haya rodado y amanezca mañana en la punta de una pica delante de mi palacio. Sabeis que vacilo y cambio de parecer fácilmente antes de decidirme á ninguna cosa, pero esto es efecto de que no me tomo el trabajo de fijar la atencion; pero tambien sabeis por esperiencia, que cuando llego á decidirme, nada me hace desistir. Así sucede con respecto á vos, y os entregaré al verdugo antes de una hora si no preferis lo que voy á proponeros.

El coraje habia dejado lugar al espanto en el alma de don Enrique, porque sabia que el rey, una vez decidido, no retrocedia.

—¿Qué me proponeis? dijo el infante despues de un momento de pausa.

Juan palideció y Rodrigo sintió escitada su curiosidad.

—Os propongo, repuso el monarca, que os envenéneis para evitar la deshonra del cadalso.

Don Enrique abrió desmesuradamente los ojos, y en su semblante se pintó el terror. No pudo articular una palabra.

El bastardo estuvo á punto de exhalar un grito, que contuvo trabajosamente.

—Esta noche, prosiguió Fernando IV con imperturbable acento, os habeis asustado al verme aparecer tan inesperadamente; y como ya sois muy viejo, nada de estraño tiene que la desagradable sorpresa produzca una enfermedad, y que esta enfermedad os cause la muerte en pocos dias. Así, nada padecerá vuestro honor, podreis disponer de vuestros bienes, y se os dará sepultura honrosa. ¿Qué decidis?

—¡Sois un miserable! esclamó don Enrique.

—Decid cuanto os plazca, que al que vá á morir debe concedérsele la libertad de maldecir á sus jueces.

—¿Conque me ofreceis el cadalso ó el veneno?

—La muerte, como honrado ó como miserable traidor.

El infante apoyó sus manos en el respaldo de un sillon, porque le faltaban las fuerzas para sostenerse. Veia con pavor el fin de su vida, porque esta no se ama nunca tanto como en la vejez, cuando nos acusa la esperiencia por el tiempo que hemos perdido: cuando se descubre á nuestra mirada un nuevo horizonte; cuando vemos una senda que hubiéramos podido seguir en la

juventud, haciendo inmensos beneficios á la humanidad y á la vez felices á nosotros. Si en la juventud se conociese el valor del tiempo, si se supiese aprovechar, no habria ningun hombre pobre, ningun hombre ignorante, la sociedad habria adelantado ciento ó mas siglos en su civilizacion, porque tantas horas y tantas fuerzas perdidas equivalen á un período de tiempo de incalculable número de años.

Rodrigo palideció.

El monarca esperó la respuesta de su tio con una frialdad y una calma impropias de su tierna edad.

Una espesa nube cubrió los ojos del infante; su corazon palpitó con estremada violencia, y su encanecida barba y sus huesosas manos temblaron convulsivamente.

Trascurrió largo rato de silencio, durante el cual Fernando IV, con los brazos cruzados sobre el pecho y fija su mirada indiferente en el infante, parecia mas bien el niño que vé y contempla, pero que no comprende, que el hombre sediento de venganza que acaba de disponer de la vida de su enemigo. Con la misma calma, con la misma indiferencia, vió algunos años despues precipitar desde la cumbre de la peña de Martos á los Carbajales, y oyó que lo emplazaban ante Dios. Con la misma calma, con la misma indiferencia, recibió la noticia de la pérdida de muchos castillos y villas fuertes, y la de haberlos recuperado y ganar otros de importancia; y para que todo llegase á sus oidos, sin que se alterasen las fibras de su helado corazon, los gritos de victoria por la toma de Alcaudete resonaron en Jaen cuando el *Em-*

plazado monarca exhalaba el último suspiro ó acababa de morir, cuando ya nada podia conmoverlo.

Bien convencido estaba el infante de que nada alcanzarian ni ruegos ni amenazas. No habia salvacion, debia morir; y esta idea, tras el primer abatimiento, despertó en él todo el orgullo de infante, de caballero y de hombre.

Como si un resorte de acero le impulsase, enderezó repentinamente su encorvada espalda, irguió la frente, brillaron sus ojos, y con breve acento dijo:

—¿Dónde está el veneno?

—Aquí, contestó el rey sacando de su limosnera de mallas de oro una cajita del mismo metal. Este tósigo mata lentamente y con tranquila agonía. Viviréis tres ó cuatro dias despues de tomarlo.

—¡Fortun! gritó el infante con voz firme.

A los pocos momentos se presentó un criado.

—Una copa de vino de Italia para S. A., añadió.

El criado salió.

—¿Reconoceis en mí, dijo al monarca, la sangre de los reyes de Castilla?

—Sí, contestó Fernando IV.

Ni Rodrigo ni Juan se atrevieron á decir una palabra.

Algunos momentos despues el sirviente volvió, trayendo una copa de oro llena del licor que muchos años despues, como ahora, fué conocido con el nombre de *Lacryma Christi*.

El infante tomó la copa con pretesto de servirla

él mismo, y volvieron á quedar solos aquellos cuatro hombres.

Momentos solemnes en que hubieran podido percibirse fácilmente los latidos precipitados de aquellos cuatro corazones.

No hubo un rostro que no apareciese pálido.

La mano con que don Enrique sostenia la copa, estaba trémula.

—Dadme el veneno, dijo.

Y un segundo despues, el contenido de la caja de oro pasó á la copa fatal.

—Dentro de tres dias, dijo el monarca, vais á morir. ¿Teneis alguna gracia que pedirme?

—El perdon de los que estaban aquí esta noche.

—Concedido.

—Don Fernando de Castilla, dijo el infante, me habeis juzgado como rebelde y traidor, pero no os dejo el derecho de que me llameis cobarde.

Y mientras su cabeza se abrasaba por la fiebre, y sus pupilas se encendian y sus miradas se estraviaban por el orgullo y por el despecho, su mano trémula, de miedo ó de coraje, llevó á sus lábios secos el borde de la dorada copa con el ánsia del estravío de la razon.

—Para ese veneno no hay antídoto, dijo el rey.

Y con mesurado paso se acercó á la ventana y saltó al jardin.

Rodrigo y Juan lo siguieron como dos autómatas que obedecen á sus resortes.

Don Enrique permaneció inmóvil algunos instantes;

y luego, como si despertase repentinamente, esclamó:

—¡Vive Dios, que he de vengarme! ¡Fortun, Pedro, Santiago, á mí!

Tres hombres se precipitaron en el salon.

—¡Saltad por esa ventana, corred, alcanzad al rey, que no vá lejos, y matadlo, ó morireis vosotros!

Tal fuerza de espresion dió á sus palabras el infante, que los criados, sin detenerse un segundo, corrieron al alcance del monarca.

Este habia salido á la calle, pero de su boca no habia salido una palabra.

Rodrigo iba tambien silencioso, distraido y como quien no dá crédito á lo que vé, como quien duda si está dormido ó despierto.

El infante, segun las leyes, merecia ser castigado con la última pena; pero el hijo de doña Ines no sabia por qué aquella manera de hacer justicia le repugnaba. Y sin embargo, él, la noche antes, sin ser monarca y sin mas forma de proceso que su voluntad, habia dado la muerte á Gimena.

Cuando mas embebidos iban todos tres en sus meditaciones, sacólos de ellas el ruido de pasos precipitados que sintieron tras sí, y se detuvieron, echando mano á las espadas.

Los criados del infante en su turbacion no habian tenido la prudencia de acometer silenciosamente y á favor de la oscuridad, y así fué que encontraron prevenidos al monarca y á sus dos acompañantes.

—¡Mueran! gritaron los de don Enrique.

—¿Os envia el infante? esclamó Rodrigo cubriendo con su cuerpo el del rey. ¡Vive Dios, que ha de pesaros! ¡Traidor es hasta la muerte! ¡Atrás, villanos!

Y su acero se volvió y revolvió con pasmosa velocidad destellando resplandores.

No permaneció ocioso Juan.

Rodrigo era un adversario muy temible.

—¡Dios de Dios! gritó.

Y un cuerpo cayó sin vida.

—¡Canalla! repitió.

Y un segundo combatiente, herido en la cabeza, midió tambien la tierra con su cuerpo.

El tercero huyó.

—Ahora, repuso el bastardo dirigiéndose al rey, puede V. A. acusar de cobarde á don Enrique, porque él mismo debió morir peleando antes ó despues de tomar el veneno.

Y los escrúpulos que hasta entonces le habian hecho cavilar, se disiparon al ver aquella cobarde traicion.

—Con razon os llaman el invencible, dijo el monarca á Rodrigo.

Volvió á reinar un profundo silencio, interrumpido solamente por el eco sordo de las pisadas de aquellos tres hombres.

La noche, encubridora de maldades y reina de los placeres, siguió su curso.

CAPITULO XXII.

De cómo Rodrigo se despidió de doña María Diaz y de don Juan Alfonso y partió para Leon.

El rey, fatigado en estremo y con mas deseos de reposar que de ocuparse de otros asuntos, mandó á Rodrigo que dilatase su marcha para la noche siguiente, á fin de poderle dar las últimas instrucciones para don Alonso.

A las once de la mañana, Rodrigo, despues de haberse informado de la salud de don Juan Alfonso, fué á visitar á la esposa del infante.

Mucho habia sufrido la noble dama en pocos dias. El descubrimiento de los amores de su hija y el rapto intentado por el Brujo, le habian causado el mas vivo dolor, porque en ambas cosas no veia sino el anuncio de muchos males.

El carácter adusto, casi fiero, del infante don Juan, que no habia concedido nunca á su esposa un dia de ter-

nura, hizo que esta redujese á una sola afeccion todas sus afecciones, amando á su hija con una ternura sin límites.

Cuando anunciaron á la noble dama la visita de Rodrigo, hallábase sola en su aposento, entregada á tristísimas meditaciones.

El bastardo se presentó grave y triste, porque aun no se habian borrado de su alma las desagradables impresiones de los sucesos de la noche anterior.

—Perdonadme, señora, dijo, si vengo á molestaros sin vuestra licencia.

—Mucho me alegro de veros, don Rodrigo, le contestó doña María, porque solo vos podeis tranquilizarme con respecto á la suerte de mi hija. Solo vos puede darme algunas esplicaciones, porque los graves acontecimientos que han tenido lugar no pueden comprenderse fácilmente.

—Señora, sé que teneis un gran corazon, y por eso me atreveré á descorrer á vuestros ojos el velo que cubre un misterio horrible.

—Sí, amigo mio, hablad, que una madre tiene valor para todo; hablad, porque tal vez de vuestras palabras dependa la felicidad de mi hija.

—Felicidad por la que estoy pronto á sacrificarme. Me interesa mucho el reposo de vuestra hija; y aun cuando así no fuese, tengo el deber de velar por la suerte de don Juan Alfonso.

—Tanto, don Rodrigo, se os conoce por vuestras fuerzas y valor, como por vuestra nobleza y generosidad.

A nadie sino á vos puedo demandar ayuda en este trance.

—Contad con ella, señora.

—Dios os la premie.

—¿Y cómo está doña Sol?

—Triste, pero no tanto como los dias anteriores: la esperanza de que yo la protegeré en sus amores, y la noticia de que don Juan Alfonso está casi bueno, le han hecho recobrar mucho reposo.

—¿No ha sospechado nada?

—Nó, por el contrario; sin duda á efectos del narcótico, tuvo, segun me ha dicho, los sueños mas gratos que pueden imaginarse.

—¿Y vos, señora, no habeis adivinado la causa del atentado de ese hombre á quien llaman el Brujo?

—Mucho me ha dado que pensar, pero no he sospechado otra cosa sino que sea el instrumento de algun infame bastante rico para pagar semejantes crímenes.

—El Brujo, señora, no es hombre que se vende, y de ello teneis la prueba en que no ha robado á ninguna de sus víctimas.

—Entonces....

—Yo os aclararé el misterio con harta repugnancia, pero es preciso que lo sepais para que podais evitar lo que vuestra ignorancia no precaveria.

—Hablad, don Rodrigo, dijo la dama con visible agitacion.

—Señora, ese hombre feroz y repugnante está enamorado de vuestra hija.

Doña María dejó escapar un grito de horror; sus

megillas palidecieron mortalmente, y sus espantados ojos, estremadamente abiertos, fijaron en Rodrigo una mirada vaga, incierta.

—Tranquilizaos, señora, le dijo el bastardo; nada se debe temer por ahora: lo peor es lo repugnante de esa idea.

—Don Rodrigo, articuló la noble dama con acento ahogado, don Rodrigo.....

—Señora, sed fuerte, que se trata de la felicidad de doña Sol.

—¡Ese mónstruo.... enamorado de mi hija!... ¡Oh!...

—Su pasion le costará bien cara.

—¡Dios mio! esclamó doña María.

Y de sus ojos brotaron lágrimas del mas intenso dolor.

Despues de algunos momentos, la palidez de su rostro fué trocándose en un vivo carmin, secó su llanto, y en su mirada se pintó el orgullo, el desden y la altanería.

—¡La nieta de don Alfonso X, esclamó, ocupa el pensamiento impuro de un miserable asesino!... ¡Oh!... Don Rodrigo, ese crímen necesita un castigo ejemplar, acudiré al rey, revelaré este secreto á mi esposo, y aunque sea preciso un ejército para perseguir á ese infame, no quedará impune su horrible delito.

—Vos, señora, contestó pausadamente Rodrigo, no direis nada al rey ni á vuestro esposo, porque si algo ganábais con ello para vengar la ofensa, mas perderiais con el escándalo.

—¿Y quién se atreveria á dudar de la pureza de mi hija?

—¿Quién?... todo el que supiese que en momentos en que doña Sol no podia oponer la mas leve resistencia, habia estado en los brazos y á disposicion de un hombre que nada respeta en el mundo.

—¿Dudais vos?

—Yo no dudo, porque tengo pruebas que á nadie se pueden dar, porque nadie creeria que ese mónstruo, para mas gozarse en su triunfo, habia respetado la pureza de vuestra hija.

—Teneis razon, dijo con aire de abatimiento la dama.

—Ya veis, señora....

—Sí, este fatal secreto debe guardarse, aun á trueque de dejar impune el crímen.

—Para castigar al Brujo, basta mi brazo. A nadie teme sino á mí, porque conoce la superioridad de mis fuerzas. Ni se atrevió á luchar conmigo cuando acometió á don Juan Alfonso, ni tampoco intentó disputarme su preciosa presa cuando lo sorprendí con doña Sol en los brazos. Esto os probará que soy bastante para castigarlo.

—Os esponeis á perecer.

—Tranquilizaos, es cuestion de puños, y sé hasta dónde alcanza la fuerza de los mios.

—¿Y debo aceptar de vos ese sacrificio?

—Nada hago por vos, señora, contestó con sencillez Rodrigo; todo lo hago por don Juan Alfonso.

—Vuestra generosidad es digna de vuestra fama y de la noble sangre que corre por vuestras venas.

—Señora, dejemos este desagradable asunto, puesto

que estais advertida, y nada omitireis para la seguridad de doña Sol. He venido á revelaros este secreto y á despedirme de vos.

—¡A despediros!

—Esta noche saldré para Leon.

—¿Y quién velará por mi hija?

—El rey me manda partir.

—En nadie tengo confianza.

—Mi ausencia será corta, y creo que en los dias que yo falte de Valladolid, el Brujo no hará ninguna tentativa, porque le juré matarlo y temerá que yo vigile noche y dia.

—Pero bien puede suceder que sepa vuestra ausencia.

—Nó, porque he rogado al rey que guarde el mayor secreto, y me ha prometido hacerlo así. Os repito que pronto volveré: llevo la paz con las condiciones que ya conoceis, y como vuestro esposo las aceptará, nada tendremos que hacer allí y regresaremos sin perder un solo dia.

—¿Y cómo el rey se desprende de vos, cuando corren hoy las mas alarmantes noticias?

—Sin duda se refieren al grave acontecimiento de haber sorprendido el rey una reunion....

—En la misma casa del infante don Enrique.

—Es verdad, pero escaparon con tanta prisa los conspiradores, que S. A. no pudo conocer á ninguno.

—¡Sobradamente sospechará!...

—No importa. El rey habló con su tio, hicieron las paces, y de ellas resultó el perdon de los traidores. Sé

que algunos caballeros salieron anoche mismo de la ciudad, que otros están escondidos, y muchos recelosos y dispuestos á defenderse; pero cuando sepan que el rey perdonó al infante y que este sigue tranquilamente en su casa, nada temerán, y volverán como si tal cosa hubiese sucedido.

—Esa clemencia....

—Al fin, repuso Rodrigo con sonrisa irónica, el monarca es un niño y carece de energía para imponer castigos severos.

—Sin embargo, don Rodrigo, á veces la debilidad es mas temible que la fuerza.

—Soy de vuestra opinion, y os confieso que mas me hubiera atrevido á rebelarme contra don Sancho el *Bravo* que contra el niño débil que hoy ciñe la corona.

—¿Y habeis visto hoy á don Juan Alfonso? preguntó la dama, que no pensaba sino en su hija.

—Sí.

—¿Y qué pensais de su padre con respecto á este asunto?

—¿Qué pensais vos de vuestro esposo?

—No cederá: ya sabeis los envejecidos resentimientos que median con don Alonso.

—Lo mismo pienso del padre de don Juan.

—¿Y si mi hija es víctima de su pasion?

—Para evitar que así suceda, debemos ponernos de acuerdo.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Que cada uno de nosotros nos encarguemos de vencer uno de los dos obstáculos que se presentan.

—Sepamos.

—Vos os encargareis de convencer á vuestro esposo, y yo al señor de San Lúcar.

—Difícil es.

—¿Y dejaremos de luchar por temor de no vencer?

—Teneis razon.

—Pronto veré á don Alonso, y si encuentro ocasion oportuna, le hablaré de estos desgraciados amores.

—Me estremece la idea de un mal resultado.

—Señora, es preciso que tengamos fé en la causa que defendemos.

—Ya conoceis el impetuoso carácter de mi esposo, pero se trata de la felicidad de mi hija, y para todo tendré valor: antes que dejar que la sacrifiquen á particulares rencores, me sacrificaré yo misma.

—Contad conmigo para todo.

—¿Y el Brujo?

—No os acordeis de él sino para hacer que vigilen la casa vuestros criados de mas confianza. En cuanto á su castigo, es asunto que me pertenece.

—¡Dios os premie tanta abnegacion!

—Cumplo con mi deber, repuso el bastardo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿Ya os vais?

—Disponed cuanto os plazca para Leon.

—Que el cielo guie vuestros pasos, don Rodrigo.

—El os dé entera felicidad, señora.

Rodrigo se alejó de aquella casa, y triste y meditabundo como antes, se dirigió á la de Guzman.

Don Juan Alfonso lo esperaba con impaciencia.

—¿La habeis visto? preguntó el mancebo apenas entró su amigo.

—A su madre.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que doña Sol se encuentra bien y contenta por el estado satisfactorio de vuestra salud.

—¿Pero con respecto á nuestro amor?...

—El de ella para su hija es mucho, y está dispuesta á luchar.

—¡Dios bendiga á la noble señora! esclamó el doncel en el mayor trasporte de tierna alegría.

—Sin embargo, don Juan, no hay que soñar con esperanzas que están muy lejos de realizarse.

—¡Oh! dejadme soñar.

—Nó, bueno es que penseis muy sériamente en vuestra situacion, porque así estareis prevenido á todo.

—¿Qué tengo que hacer mas que rogar á mi padre? y para eso cuento con vuestra ayuda.

—Eso es, con mi ayuda, lo que quiere decir que vos habreis de hacer algo. ¿No pensais que si el infante no cede, el amor propio herido de vuestro padre lo hará inflexible, aun cuando os vea morir?

—Y sucederá, contestó el jóven, pasando de la mayor alegría al mas estremado abatimiento.

—Ni hay que hacerse ilusiones que pueden ser luego durísimos desengaños, ni que desmayar.

—Procuraré seguir vuestros consejos, pero no me abandoneis.

—Contad conmigo.

—Gracias, amigo mio, repuso el doncel apretando con efusion las manos de Rodrigo.

Siguiéronse algunas palabras, y poco rato despues, el bastardo salió para ir á preparar su viaje.

A las nueve de la noche se despidió del rey, montó á caballo á la puerta del palacio, y seguido de un escudero, se alejó.

Cuando hubo doblado la primera esquina, un hombre embozado hasta los ojos, se aproximó á la régia morada. Otro salió de ella, miró á todos lados como si temiese que lo observasen, y acercándose al primero, le dijo:

—Ya veis como no me engañé.

—¿Y estais seguro?

—Todo lo he escuchado.

—De manera que....

—Lo menos ha de tardar ocho dias, y eso á no ocurrir dificultades, como es muy posible.

—Tomad, dijo el embozado.

Y entregó un bolsillo á su interlocutor.

Separáronse.

La calle volvió á quedar solitaria y silenciosa.... me equivoco: dos arqueros estaban de centinela á la puerta del palacio, y sus pisadas se oian de vez en cuando.

CAPITULO XXIII.

Donde el rey niño se presenta como viejo cortesano.

Mucho habia recomendado el monarca á Rodrigo la urgencia del mensaje, pero el bastardo no necesitaba esta recomendacion, porque se dejaba en Valladolid á don Juan Alfonso herido, á Sol espuesta á nuevos males, y á muchos nobles descontentos, recelosos y con mal dispuestas intenciones con respecto al rey. Así fué que apenas hubo salido de Valladolid, hirió los ijares del fogoso potro que montaba, y partió velozmente.

Entretanto, notábase en la ciudad mas silencio que de costumbre, y muy pocas personas atravesaban sus estrechas calles.

Si algun embozado se detenia para hablar con otro, hacíalo con cierta especie de misterio y de temor, dirigianse pocas palabras, y al fin concluian por decir:

—Es incomprensible semejante manera de obrar; pero

sea como quiera, es lo cierto que tenemos la tormenta encima.

Todos los nobles, ó la mayor parte de ellos, iban acompañados de dos, cuatro, seis y aun ocho escuderos bien armados.

Las diez serian, y el rey habia dado la órden de que pasasen á su cámara los caballeros que tenian la costumbre de visitarlo de noche.

Poco á poco fueron llegando algunos señores, ya con aspecto franco como quien no tiene nada que temer, ya con aire receloso como si no se encontrasen seguros allí.

Recibiólos el monarca á todos con un aire de amistosa bondad, que para algunos fué de buen agüero, mientras que para otros no significaba sino un disimulo, bajo el cual debian abrigarse intenciones siniestras.

Hallábase Fernando IV en un espacioso salon amueblado con grandes sillones forrados de tela de seda azul, macizas mesas de encina tallada y algunos taburetes y almohadones que habia cerca de un sillon, que se distinguia entre todos por la riqueza de sus adornos de plata, destinado á S. A. Las luces de dos lámparas de plata iluminaban el aposento y hacian brillar las bordadas túnicas y ricas armas de los caballeros.

Dos grupos ó hileras habian formado los concurrentes, uno á cada lado del monarca, y el intento, la casualidad ú otra causa habia reunido á los caballeros adictos al rey en uno de aquellos grupos, y en el otro á los mas conocidos por sus genios turbulentos, siendo estos algunos, y no pocos, de los que la noche anterior se encon-

traron en casa del infante, y que mas atrevidos ó menos prudentes, habíanse presentado en el palacio tan dispuestos á adular como á ser traidores. El grupo de estos se hallaba á la derecha del monarca.

—Veo con satisfaccion, dijo el rey, que á pesar de hallarse en tierra de Leon muchos de mis buenos caballeros, puedo contar aun con una córte numerosa y lucida. Y sin embargo, esta noche se echan de menos algunos de mis mas adictos nobles. ¿Sabeis la causa de la ausencia de don Pedro Asurez, de don Juan García de Alcántara, del conde don Fadrique y de don Gomez Alvaro de Córdoba?

—De don Pedro Asurez y del conde don Fadrique, contestó uno de los que estaban á la derecha, sé que salieron de caza, y aunque con intencion de volver antes de la noche, quizás se hayan visto obligados á detenerse.

—Sentiria, repuso don Fernando, que les hubiese sucedido alguna desgracia, porque son de los mas valientes y leales caballeros de Castilla. ¿Y los demás?

—Don Juan García de Alcántara y don Gomez Alvaro de Córdoba, están enfermos, repuso otro.

—Está en desgracia la nobleza, contestó el monarca. Esos dos, enfermos, y tambien mi buen tio don Enrique; herido don Juan Alfonso y desesperado don Rodrigo.

—Sin contar, señor, los que han sido asesinados.

—Y gracias que don Juan Alfonso pudo salvarse de las garras de ese maldito Brujo.

—Con la ayuda de don Rodrigo, cuyas fuerzas todo lo vencen.

—¿Qué os parece de las fuerzas de don Rodrigo? preguntó el monarca á uno de los caballeros que tenia á su derecha.

—No he tenido ocasion de compararlas con las mias.

—De mucho me sirvieron anoche, repuso don Fernando. ¿No sabeis que sorprendí una conspiracion?

—Hoy se hablaba de eso en la ciudad.

—Pero afortunadamente escaparon los conspiradores antes de que yo pudiese conocer á ninguno.

—¡Afortunadamente!

—Sí, porque de otro modo me hubiese visto obligado á imponerles el castigo que merecen por su traicion, y no quiero que se derrame sangre por mano del verdugo, cuando tanta ha de verterse en la guerra contra los enemigos de la religion. Solo el gefe quedó en mi poder: lo perdoné; y como habreis sabido, no se ha dado órden de prender á nadie. Ha sido mi primer acto de clemencia, para fortalecerme mas al ejercer mi justicia.

Todos guardaron un profundo silencio.

En los lábios del monarca vagó una sonrisa.

—No lo tomeis á ofensa, prosiguió; pero como tal vez me escucha alguno de los conspiradores, quiero que sepa que puede vivir tranquilo, como si fuese el mas leal, porque desde hoy he borrado de la memoria cuantos escándalos se han dado, porque os repito que mi clemencia será el principio de mi rigor para castigar en adelante á cuantos olviden sus deberes.

—Creo, señor, que todos los presentes....

—Ya he dicho que desde hoy considero leales á todos

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA · Granada

mis vasallos. Desde que empecé á reinar, las rebeliones han sido muy provechosas á los rebeldes, puesto que les han dado riquezas y honores: desde hoy el provecho será del verdugo, que tendrá muchas cabezas que cortar, ó yo perderé la mia en la demanda.

Los cortesanos inclinaron las frentes.

La del monarca se contrajo.

—Quiero ser rey: á quien me sirva, recompensaré; á quien me estorbe, quitaré de delante. Paz dentro de mis reinos; guerra en las fronteras. El que tenga ambicion, que conquiste con su lanza el oro y los castillos de los mahometanos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, se cruzaron entre algunos caballeros miradas de coraje. El semblante del monarca varió repentinamente de espresion, apareciendo dulce y tranquilo, y en sus lábios volvió á vagar la helada sonrisa que casi siempre acompañaba á sus palabras.

—¿No os parece, dijo, que en celebridad de las paces con mi tio don Juan, y de que los reinos están completamente sosegados, debe celebrarse un torneo? Esta fiesta será como una despedida de los placeres, y un ensayo para la guerra que en la primavera del año venidero empezaremos contra los moros. Hace mucho tiempo que no damos ocasion á las damas para lucir sus bellezas ni á los caballeros para mostrar su galantería.

Un murmullo de aprobacion salió de los grupos de cortesanos; y en seguida el rey, con alegre tono y cariñosas palabras, habló con unos y con otros, mezclóse en-

tre ellos, les preguntó por sus damas, y oyó placentero referir mil aventuras.

Reinó entonces, al parecer, la mas cordial franqueza; dividiéronse los nobles en muchos grupos, y entablaron conversaciones animadas y alegres.

Pasó así cerca de una hora, hasta que el monarca se despidió, y entonces los cortesanos fueron saliendo de la régia morada, de dos en dos, de tres en tres ó de cuatro en cuatro.

Empero á medida que abandonaban el salon, ó que se encontraban en la calle, los rostros de algunos cambiaban la espresion alegre por la mas enojada ó siniestra.

Como á todos no los podemos seguir á la vez, fijaremos nuestra atencion en dos de ellos, el uno como de cincuenta años, flaco, y de barba gris, ojos azules, mirada serena y reposado continente; y mas jóven el otro, de ojos verdes, pequeños y vivos, y de roja y escasa barba.

Al volver la primera esquina que encontraron, despidieron á sus escuderos y continuaron su camino.

—¡Vive Dios! esclamó el de mas edad. ¡Por Santiago, que el mancebo se ha mostrado arrogante!

—Un niño al fin, contestó el otro.

—Pero insolente sin igual.

—Mas que su padre.

—Don Enrique, la nobleza castellana no puede, no debe tolerar tamaños ultrajes.

—Teneis razon, don García, y por eso propuse lo que ninguno se atrevió á ejecutar.

—¡Y el rapaz nos amenaza con el verdugo!... ¡Por quien soy, que ha de costarle cara su insolencia!

—¿Y dudais que cumpla su amenaza?

—No será conmigo.

—¡Vive el cielo! don García, que anoche anduvísteis en estremo prudentes, ya que no cobardes.

—¿Pudimos hacer otra cosa? En el jardin debieron quedar todos sus ballesteros, bien armados y mas numerosos que nosotros.

—Pues bien, no olvidemos que se vá á celebrar un torneo.

—No debe esperarse hasta entonces.

—Ahora os aconsejo la prudencia que vos me aconsejábais en otra ocasion.

—Todo se acaba, don Enrique, y mi paciencia se acabó tambien.

—¿Quereis dar un golpe en falso?

—Al contrario, no tendremos mejor ocasion que la presente.

—No estamos conformes.

—Los caballeros mas adictos al rey se encuentran en tierra de Leon.

—Tenemos á uno, cuya astucia y cuyo brazo pueden mucho.

—¿Quién es?

—El maldito invencible, el bastardo, á quien Satanás confunda.

—Ya veo que ignorais cuanto pasa en Valladolid.

—No os comprendo.

—Don Rodrigo ha salido esta noche de la ciudad con la contestacion al mensaje que trajo don Juan Alfonso.

—¿Estais seguro de ello? preguntó don Enrique con tono de sorpresa.

—Como que yo lo he visto partir acompañado de un escudero.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Ya es tarde, ¡vive Dios!

—¿Pensábais darle caza?

—Y no sé cómo no se os ha ocurrido el hacer salir en su seguimiento á seis ó siete de vuestros criados.

—¿Olvidais que seis ó siete hombres son nada para el bastardo?

—¿Conque tenemos por ahora un enemigo menos?

—Esa noticia me ha costado algunas doblas, pero las he dado de buena gana.

—Bien, ¡voto al diablo!

—¿Os vais convenciendo de que no debe esperarse al torneo?

—No del todo.

—Ya vereis lo que dicen nuestros amigos.

—Veremos, don García.

Esto diciendo, llegaron á la puerta de una casa, y el mas anciano dió en ella tres golpes.

La puerta se abrió y se asomó un criado.

—¿Quién es? preguntó á la vez que presentaba la punta de un puñal.

—Soy yo.

—Pasad, señor.

—¿Han venido algunos? preguntó don García.

—Cuatro, señor, y esperan donde siempre.

Los dos caballeros entraron, subieron, y llegaron á un espacioso salon amueblado ricamente, iluminado por dos grandes lámparas, y en el cual esperaban los cuatro hombres de que el sirviente habia hecho mencion.

Saludáronse todos afablemente, sentáronse, y aguardaron á otros, que fueron llegando con intervalos muy cortos.

Al fin se reunieron diez; y el llamado don García, que al parecer era el dueño de la casa, pidió que le escuchasen.

Siguióse un silencio profundo.

Todos los semblantes se anublaron como si una idea muy desagradable brotase á la vez y repentinamente en todas aquellas cabezas.

Escuchemos.

CAPITULO XXIV.

Siguen las conspiraciones.

Don García contempló por un instante á los caballeros que le rodeaban. Sus ojos se inflamaron como encendidos por el contacto de una chispa eléctrica; sus facciones se contrajeron, apretó los puños, y esclamó con acento de cólera:

—¡Vive Dios, que tales ofensas no pueden quedar sin venganza!

Este exordio estraño anunciaba un discurso mas estraño aun.

—¡Y nos vengaremos! dijeron á una voz los presentes.

—Amigos mios, prosiguió don García, ese rapaz en cuyas sienes descansa la corona, ha tenido bastante audácia para introducirse como un ladron en el palacio de un infante de Castilla, y para tratarnos como á villanos. Todos lo habeis oido esta noche, y es inútil que yo

trate de haceros comprender las consecuencias que han de seguirse, si la nobleza de los reinos se deja humillar de esa manera. No se respetan nuestros fueros, se nos amenaza con el verdugo, se nos trata de traidores públicamente. ¡Venganza, nobles castellanos!

—Nadie sino vos nos ha detenido aconsejándonos prudencia, contestó uno de los caballeros.

—Es verdad, añadió otro, y el golpe ha debido darse cuando los defensores del rey se hallaban fuera de Valladolid, los unos en Murcia y los otros en Leon.

—Es verdad, pero eso ya no tiene remedio, contestó don García, y ahora me encuentro dispuesto á todo.

—No debemos dar lugar á otro suceso como el de anoche.

—Acabemos de una vez.

—Los reinos están cansados de que los gobierne una mujer, porque el monarca nada hace sino lo que le aconseja su madre.

—Calmad vuestro arrebato, dijo entonces don Enrique. Es menester pensar en todo.

—¿No érais vos de opinion de que no se detuviese el golpe?

—Entonces don Rodrigo se encontraba en Murcia y don Alonso en Leon.

—Ahora tampoco está el bastardo.

—Pero sí los suyos, que son valientes y no pocos.

—¿Teneis miedo?

—¡Vive Dios, que cuando quite á don Fernando IV la

corona de la cabeza y la cabeza de los hombros, no me direis otro tanto!

—¿Entónces?...

—¿Con qué fuerzas contais para vencer?

—Yo haré venir cien peones y veinte lanzas.

—Y yo doscientos.

—Y yo ochenta.

—Y cien lanzas y trescientos peones el infante don Enrique.

—No prosigais, dijo el de los ojuelos verdes, sin decirme antes cuándo estará vuestra gente en Valladolid.

—Los mios, dentro de doce dias.

—Los mios, antes de ocho.

—Basta, señores. Pensad que de aquí á seis dias tendremos en la ciudad al señor de San Lúcar y á los demás caballeros que lo acompañan; y aunque el ejército del rey no podrá llegar tan pronto, bastan ellos, que son muchos y de las mejores lanzas de Castilla.

—¿Cuál es vuestra opinion?

—Que esperemos al torneo.

—En él estarán los partidarios del rey.

—Pero desprevenidos.

—Yo tambien pienso como vos.

—Decidíos, señores.

Meditaron algunos instantes, y al fin dijo don García:

—Veo que os inclinais al parecer de don Enrique: en buena hora sea: aplacemos nuestra venganza, si ha de ser el éxito mas seguro.

—Sepamos vuestro plan, don Enrique.

—Mi plan consiste en que desde mañana aparentemos ser los mas adictos al rey, para evitar que sospechen. No volver á reunirnos sino la víspera del torneo, por si el rey llega á saber que conspiramos; y mientras, con toda la prudencia que nos sea posible, reuniremos nuestras fuerzas, á fin de que estén preparadas para entonces.

—¿Nada mas?

—De los pormenores trataremos cuando llegue el dia, porque varían segun las circunstancias.

—¿Y no seria conveniente, dijo don García, quitar entretanto de en medio á los principales de nuestros enemigos, para evitar que descubran nuestros planes?

—Uno solo es temible en ese concepto.

—¿Cuál?

—El bastardo.

—¿Y don Alonso Perez de Guzman?

—Es sábio en el consejo, terrible en la pelea, pero jamás sospecha de nadie, le parece imposible que se conspire: lo conozco, y estoy convencido de que no se le ocurrirá desconfiar de nuestras estudiadas apariencias.

—Teneis razon.

—Don Rodrigo, ya es otra cosa, porque su astucia es mas temible que su brazo. Seguro estoy de que él ha descubierto las reuniones en casa del infante, y de que él aconsejó al rey el golpe de anoche.

—Pues bien, quitémonos ese estorbo.

—¿Y cómo?

—Es difícil.

—A vuestro ingenio, don Enrique, no le faltarán recursos para tender un lazo al invencible, desmintiendo así este nombre.

Don Enrique meditó un buen rato; sus ojuelos brillaron estraordinariamente, y dijo:

—No nos estorbará el bastardo.

—Sepamos vuestro plan.

—Lo encerraré en mi castillo del Roble, y despues de encerrado, no volverá á salir sino para ser decapitado públicamente cuando tengamos nuevo rey.

Todos miraron con sorpresa á don Enrique.

—¡Encerrar á ese leon! dijeron algunos.

—¿Estais loco, don Enrique?

—No os pido ayuda para esta locura.

—Pero sepamos....

—Cuando llegue el momento os lo diré.

—Y aunque decís que para nada nos necesitais en la que tenemos por muy dificultosa empresa....

—No rehusaré vuestra ayuda si se hace precisa.

—¿Estais decidido á guardar el secreto?

—Sí.

—¿Pero teneis confianza?...

—Completa.

—Bien, ahora pongámonos de acuerdo en lo demás.

—Creo que nada queda que añadir á lo dicho, repuso don Enrique. Nos reuniremos otra vez la víspera del torneo, y entretanto nos mostraremos vasallos leales y sumisos, aduladores, amigos del señor de San Lúcar y entusiastas de las prendas con que naturaleza dotó al bastardo.

—¿Y estará conforme el infante con nuestro plan?

—Con cualquiera, si le ofrecemos la corona.

—¿Y se la daremos?

—El infante don Juan, el infante don Enrique y don Alonso de la Cerda se disputarán luego la corona, y nosotros ayudaremos al que haya de recompensarnos mejor. Lo que importa antes que todo es que don Fernando IV deje su puesto, porque en las revueltas que han de seguirse, ocasiones tendremos de ganar sin esponernos á perder.

—Don Enrique, sois el mas cuerdo de todos nosotros.

—Si tal pensais, tened confianza en mis consejos.

—La tenemos ciega.

—¡Juremos venganza! esclamó don García.

—¡La juramos! repitieron los conspiradores.

Y sus puñales brillaron fuera de la vaina, como si ya tuviesen delante al enemigo comun.

Pusiéronse de pié, y como fantasmas que silenciosamente desaparecen, así fueron saliendo unos tras otros del salon.

Don García quedó solo, y como embriagado con las ideas de ambicion, permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados. Si la esperanza atravesaba su mente, la risa asomaba á sus lábios blanquecinos y secos; si la venganza se despertaba en su pecho, sus ojos se iluminaban, sus facciones se contraian horriblemente, crispábanse sus manos y luego apretaba la empuñadura de su puñal.

Cuando el hombre sueña despierto, no siente pasar

las horas; su imaginacion corre en pos de la dicha que concibe, como si intentase palparla con sus manos; y como por mas que vuela no encuentra sino la esperanza, atraviesa el espacio, se agita, se revuelve, y la vé mas cercana cada vez á medida que crece su deseo; ya vá á tocarla, el desvarío se apodera de la razon, y llega al término de su afan. Entonces la sonrisa del triunfo agita sus lábios con temblor febril.... empero despierta de pronto, la realidad sustituye á la vision amada, la impotente desesperacion á la ilusion engañosa, y el cansancio y la enervacion á las fuerzas de la locura.

Don García pasó por todos estos períodos durante algunas horas, y comenzaron á estinguirse las luces que hacian resplandecer los lujosos muebles del salon.

El término de su embriaguez llegó al fin, el desengaño tras el engaño.

Algunos momentos despues descansaba en su lecho, y luego dormia, pero con el sueño del que escucha las acusaciones de la conciencia.



CAPITULO XXV.

De lo que aconteció á Rodrigo en su viaje á Leon.

Seis horas llevaba de camino el bastardo sin que nada le aconteciese, pues no habia encontrado una sola persona.

Amo y criado atravesaban un estrecho y pedregoso sendero que corria entre una cordillera de montecillos arenosos y un espeso bosque de encinas; y como la madrugada estaba húmeda y el frio se dejaba sentir bastante, subian hasta los ojos el embozo de sus anchas capas para resguardarse del uno y de la otra.

Ya llevaban buen trozo de camino sin dirigirse la palabra, cuando el escudero, á fuer de antiguo sirviente, se tomó la libertad de decir á su señor:

—Me parece que si seguimos obligando á nuestras cabalgaduras lo mismo en este desigual terreno que en

el buen camino, habremos de quedarnos á pié antes de que venga el dia.

—Tenemos que aprovechar el tiempo, contestó Rodrigo.

—Bien, pero vuestro potro dá señales de estar cansado, segun la desigualdad con que marcha, y mi yegua parece que no siente el acicate.

—Aunque revienten los dos, tenemos que darnos prisa.

—¿Y si nos quedamos á pié?

—Resistirán siquiera hasta que encontremos otros caballos.

—Escasos andarán por estos contornos.

—Con tal que los haya...

—Y quieran venderlos....

—Nadie se resiste á vender un caballo cuando se lo pagan bien y le enseñan tras la bolsa una daga.

—Es verdad.

—Me alegro que te convenzas; y puesto que ya no temerás quedarte á pié, obliga mas á tu yegua para que salgamos pronto de este maldito sendero....

—Perdonad, señor, interrumpió el escudero.

—¿Qué te ocurre?

—¿No habeis oido?...

—Nada.

—Juraria que habian sonado voces.

—¿Tienes miedo?

—¡Miedo, señor!

—Entonces duermes y sueñas.

—Quiéralo Dios, porque en estos sitios....

—Te repito que tienes miedo.

—Un poco mas adelante asesinaron al buen caballero don Lope de Carmona, y robaron y maltrataron....

—¿Qué nos importa lo que ya pasó? Ten cuidado con lo que pueda suceder.

En aquel momento se percibió mas claramente el eco de una voz humana.

El escudero se estremeció, como hubiera sucedido á cualquier hombre, escepto Rodrigo, en aquel solitario paraje y envuelto en las mas densas tinieblas.

—¿Y ahora no habeis oido?...

—Sí.

—Ya veis....

—Abre si es preciso el vientre á la yegua, y corramos.

—¿Hácia atrás?

—¡Hácia adelante, vive Dios! ¡Algun desgraciado necesita ayuda!

Y sin decir mas, Rodrigo echó atrás su capa, empuñó el hacha de dos filos que llevaba en el arzon, y partió velozmente hácia el sitio en que sonaban las voces.

El escudero embrazó la lanza que llevaba de su señor, y lo siguió, á pesar de la resistencia que quiso oponer su cabalgadura.

A los pocos momentos encontraron en una reducida llanura que entraba en el bosque, á cinco ginetes. Uno se defendia con su espada de los cuatro restantes, y juraba morir antes que entregar el caballo y el bolsillo.

Rodrigo oyó las amenazas y los gritos y el choque de los aceros; vió, aunque confusamente, el grupo de los acometedores que rodeaban al acometido, y por algunas palabras pudo comprender fácilmente que aquel solitario caminante habia caido en las garras de los ladrones y asesinos que infestaban aquellas cercanías.

Pensar y obrar, fué para el bastardo cosa de un segundo.

Afirmóse en los estribos y levantó el hacha.

—¡Atrás, villanos! ¡Sancho, á mí! gritó.

Y cerrando contra los bandidos, comenzó á dar terribles golpes, mientras el escudero le secundaba animosamente.

—¡Atrás, vive el cielo!

Los asesinos juraron, amenazaron y gritaron; pero al compás de sus juramentos, de sus amenazas y de sus gritos, el hacha de Rodrigo y la lanza del escudero, amen de la espada del que debió ser la víctima, pusieron por tierra á dos de los enemigos.

Los otros dos retrocedieron.

El caballo de uno de ellos quedó sin vida de un hachazo, y el ginete murió de una lanzada.

El cuarto huyó internándose en el bosque.

—¡Voto al diablo, mis buenos caballeros, que os debo la vida! dijo el favorecido cuando se hubo sosegado.

—¿Estais herido? le preguntó el bastardo.

—Un rasguño en esta pierna.... no es nada.

—Veamos.

—Ya me estoy poniendo el pañuelo.... no es nada, no es nada.

En efecto, no era mas que un rasguño, y cuando se lo hubo vendado, se acercó á Rodrigo para darle las gracias.

Los primeros crepúsculos de la aurora, aunque muy débiles, empezaban á disipar las tinieblas de la noche.

—¡Señor! esclamó el desconocido. ¡Qué felicidad! ¡Don Rodrigo!

—¿Quién sois? preguntó este, examinando el rostro del que le nombraba.

—¿No me conoceis?

—¡Ah!... sí.... Pablo....

—Es la tercera vez que me salvais la vida.

—¿Hácia dónde caminas?

—Voy á Leon.

—¿No sirves ya á don Enrique de Alvarado?

—Sí, señor.

—Pues hace mucho tiempo que no te he visto en Valladolid.

—Porque estoy en el castillo del Roble, que como sabeis, es propiedad de mi señor. Hace dos dias fuí á la ciudad, y ayer por la tarde me mandó don Enrique llevar una carta á su primo don Manuel.

Rodrigo meditó algunos instantes.

—Llevamos el mismo camino, dijo.

—¿Tambien vais á Leon?

—Cerca.

—Tendré el honor de acompañaros. ¿Cuándo os pagaré las tres vidas que os debo?

—Quizás muy pronto.

—Me alegraré.

—No perdamos tiempo y prosigamos nuestro camino.

Pusiéronse en marcha.

—De Dios está, dijo el escudero de don Enrique, que he de deberos la vida.

—¿Y cómo te has aventurado, repuso Rodrigo, á venir de noche por estos lugares?

—Señor, el que sirve no tiene mas remedio que obedecer.

—Muy urgente debe ser el negocio que te han encomendado.

—Por lo menos mi señor me dijo que no me detuviera un instante.

—¿Sabes el contenido de la carta que llevas?

—Nó, señor.

—Yo sí.

—¡Que lo sabeis! dijo admirado el escudero.

—Esa carta contiene ciertas noticias sobre una conspiracion en que don Enrique hace el principal papel.

—Creo que os equivocais.

—De nada sirve que te hagas el ignorante sobre lo que sabes tan bien como yo y como todo el mundo.

—Señor....

—Ya sabes que no me gustan los hipócritas, y estraño que tú lo seas, cuando la franqueza ha sido siempre tu mejor cualidad.

—Pero una cosa es franqueza....

—¿Y otra es indiscrecion? Es verdad, y no te pido que me reveles ningun secreto que te se haya confiado, pero tampoco me agrada ver cómo te haces de nuevas en asuntos que todos conocen.

—Sin duda haceis referencia á la sorpresa....

—Justamente, y debes saber que yo acompañaba al rey cuando se presentó en la cámara donde el infante y otros caballeros estaban conspirando.

—Bien, pero don Enrique....

—Estaba allí, nadie me lo ha dicho, sino que yo lo ví, y por cierto que fué el que primeramente me acometió y el último que huyó.

—No puede negarse que es valiente....

—Lo que no puede negarse es que siempre ha sido traidor y desleal.

—Yo lo sirvo, y en lo demás no me entrometo.

—Bien, pero puede sucederte que pagues las culpas de tu amo. Esta noche, sin ir mas lejos, has estado á punto de ser víctima, primero de esos asesinos, y despues de mí, que al saber que llevabas mensajes á uno de los rebeldes de Leon, deberia haberte cortado la cabeza, como es costumbre hacer con los que se ocupan en ayudar directa ó indirectamente á los enemigos del rey.

—¿Y no he de obedecer á quien sirvo y me paga?

—Es que no debe servirse á los traidores.

—¿Y qué seria entonces de los que tenemos este malhadado ejercicio de escuderos? ¿Dónde encontraría-

mos señor á quien servir, si dejábamos á un lado á los traidores, en una época en que casi todos lo son?

—Dices verdad; pero lo es tambien que te has hecho reo y que tu cabeza depende de mi voluntad.

—No me habríais salvado la vida para quitármela despues.

—Segun.

—Sois noble y generoso.

—Cuando encuentro buenas correspondencias.

—Por Dios santo que nos oye, os juro que quisiera tener una ocasion en que arriesgar mi vida para serviros.

—No es eso bastante.

—Entonces....

—Otra cosa quiero de tí.

—¿Cuál?

—Que me contestes la verdad á cuanto te pregunte.

—Señor....

—¿No quieres?

—Ya os escucho, dijo el escudero con tono de resignacion.

—¿Qué te ha dicho don Enrique al entregarte el mensaje?

—Que corriese sin descanso.

—¿Nada mas?

—Que esperase las órdenes de su primo don Manuel.

—Prosigue.

—Ni una palabra mas.

—¿Me engañas?

—Os juro que es verdad cuanto os digo.

Rodrigo meditó algunos instantes.

—¿Qué hizo don Enrique cuando llegó anoche á su casa despues de haber sido sorprendido en la del infante?

—Mandó ensillar una yegua torda, que es la mas corredora de todos sus corceles; se armó de piés á cabeza; nos mandó armar á todos; y luego, unos nos colocamos junto á las puertas con hachas y mazas, y otros cerca de los balcones y ventanas con ballestas.

—¿Y luego?

—Se puso á escribir hasta que vino el dia.

—Bien.

—Entonces recorrió toda la casa, nos preguntó si habíamos observado en la calle alguna cosa, nos mandó que saliésemos á esplorar los alrededores y á averiguar si se hablaba algo de prisiones; y cuando nuestras noticias lo tranquilizaron, me ordenó que fuese á preguntar al infante si ocurria novedad.

—¿Y viste al infante?

—Sí, señor; estaba en la cama aun.

—¿Qué te dijo?

—Que ninguna novedad ocurria, sino la de estar él algo enfermo, y que rogase á mi señor que fuese á visitarlo, añadiendo que no tuviese cuidado alguno en andar por la ciudad ni en dejarse ver del rey.

—Prosigue.

—Mi señor almorzó, salió, y me dijo que lo acompañase; fuimos á casa del infante, estuvimos allí hasta el

medio dia, y volviendo á nuestra posada comimos y me mandó partir para Leon con la carta que llevo.

—¿No te has olvidado de nada?

—De nada, señor.

—¿Lo juras?

El escudero pareció vacilar, y luego dijo:

—Mientras mi señor comia llegó don García, hablaron largo rato, y....

—Algo escuchaste de la conversacion.

—Os ruego, don Rodrigo....

—No seas ingrato.

—Solo pude oir algunas palabras.

—Repítelas.

—Don García dijo: «Podemos estar mas tranquilos, porque el bastardo se irá esta noche y nadie nos interrumpirá en mi casa.»

—¿Qué mas?

—No puedo deciros otra cosa, porque no lo sé.

—¿Lo juras?

—Os lo juro por San Pablo mi patron.

—¿Y no puedes darme ninguna otra noticia?

—Ninguna.

Rodrigo quedó silencioso, y al cabo de algunos momentos repuso:

—Ya sabes que te he salvado tres veces la vida.

—Es verdad.

—Ahora te la perdono, cuando debiera quitártela por traidor al rey.

—Señor....

—Mas aun: te permito seguir tranquilamente tu camino con esa carta que quizás encenderá una nueva guerra.

—Esta carta solo puede contener noticias de lo ocurrido.

—Contenga lo que quiera, podrás llevarla á don Manuel sin que yo te lo estorbe.

—Gracias, noble señor.

—Ya viene el dia: el sitio en que estamos no es peligroso, y puedes caminar sin miedo.

—Nunca lo he conocido.

—Lo sé.

—¿Os vais?

—Sí; tengo mas prisa que tú.

—Dios os proteja.

—Acuérdate de esta noche.

—Sé que os debo cuatro veces la vida.

—Una me la has pagado, dijo Rodrigo.

Y picando á su fatigado potro, se alejó seguido de su fiel escudero.



—Mas aun: te permito seguir tranquilamente tu camino con esa carta que quizás encontrará una nueva guarida.

—Esta carta solo puede contener noticias de lo ocurrido.

—Contenga lo que quiera, podrás llevarla á don Manuel sin que yo te lo estorbe.

—Gracias, noble señor.

—Ya viene el dia: el sitio en que estamos no es peligroso, y puedes caminar sin miedo.

—Nunca lo he conocido.

—Lo sé.

—¿Os vais?

—Sí; tengo una prisa que tú.

—Dios os proteja.

—Acuérdate de esta noche.

—Sé que os debo cuatro veces la vida.

—Una me la has pagado, dijo Rodrigo.

Y picando á su fatigado potro, se alejó seguido de su fiel escudero.

CAPITULO XXVI.

Buenas intenciones del infante don Juan y de sus amigos.

Doña María Diaz habia enviado un mensajero á su esposo, noticiándole el resultado de las proposiciones de paz: así fué que en Leon se sabia lo resuelto por el rey antes de que Rodrigo llegase al campo de los sitiadores.

El aspecto de la ciudad no era, pues, el de una plaza que espera los horrores de un asalto, sino el de la poblacion militar ociosa que se embriaga y juega la bolsa mientras llega el momento de jugar la vida.

Era el medio dia, y en el salon principal de una casa de suntuosa apariencia, hallábase el infante don Juan hablando con otro caballero de edad algo avanzada, pero robusto y de vigorosos miembros.

Su conversacion, que parecia bastante animada, fué interrumpida por un escudero que entró con un pergamino doblado y sellado.

—Acaban de traer esta carta para vos, dijo al caballero, entregándole el pergamino.

—¿De parte de quién?

—De vuestro primo don Enrique.

—Dejadnos y que espere el portador.

—Algun acontecimiento de gravedad, dijo el infante. No os detengais, don Manuel, y sepamos lo que ocurre.

Aquella carta contenia el relato minucioso de lo ocurrido en casa del infante don Enrique, y concluia diciendo:

«Esta aparente generosidad del rey no puede ser sino una emboscada para cogernos desprevenidos; pero de cualquier modo, no es tiempo de retroceder, ni han cesado los motivos de nuestras justas quejas. Además, cuando el infante me decia que el monarca habia dado su palabra de dejarnos tranquilos, y en prueba de ello comenzaba perdonándolo á él, noté cierta amarga ironía en su acento, que me hace sospechar algun misterio de importancia. Planes muy terribles debe haber contra nosotros. En todo esto se vé la mano de la reina viuda: suyo es el golpe, y suyo debe ser el consejo de la fingida clemencia. Puesto que los negocios de don Juan parecen arreglados, volveos en seguida con cuanta gente podais reunir. El infante está enfermo, presiente su última hora, y yo tambien creo que no saldrá de su lecho sino para el sepulcro, segun se ha desfigurado en pocas horas su semblante, y atendiendo á que es muy viejo y su salud está de antiguo quebrantada. Tengo para mí que don Juan quedará dueño del campo: decidle que cuente conmigo para todo.»

«Venid al instante.»

Los negros ojos del infante brillaron estraordinariamente.

—¡Vive Dios! esclamó.

—Gran tormenta amenaza, dijo don Manuel; pero ninguna ocasion como esta para vos.

—A Valladolid, amigo mio, y yo tambien: mi tio se muere, los nuestros trabajan y la corona pide una cabeza, repuso don Juan con su natural laconismo.

—¡Cómo! ¿Sin esperar la contestacion de don Fernando? Yo marcharé solo, pero vos...

—Tambien.

—No es prudente.

El infante dió muestras de impacientarse; y ya iba á contestar, cuando se oyó el eco de algunos clarines.

—¿Qué ocurrirá? dijo don Manuel.

Y ambos se asomaron á una ventana.

Pero pocos momentos despues, volvió á entrar el escudero.

—Señor, dijo, un heraldo de don Alonso Perez de Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, ha llegado á la plaza y pide veros.

—Que venga, contestó don Juan.

—¿Será la contestacion del rey? dijo don Manuel. No podia llegar en momentos mas oportunos.

Algunos minutos despues entraba el heraldo, armado de todas armas, pero sin manopla en la diestra,

como en señal de que el guante habia sido arrojado al enemigo en otra ocasion y el combate estaba pendiente.

—Mi noble señor don Alonso Perez de Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, adelantado de las fronteras de Andulucía y alcaide de la fortaleza de Tarifa, os envia este mensaje en nombre de S. A. el muy noble y muy poderoso don Fernando IV, rey de Castilla, de Leon, de Asturias, de Galicia, de Toledo, de Sevilla, de Jaen, de Murcia, de Algeciras y de otros castillos, villas y lugares, y os requiere para que desde ahora hasta que el sol se ponga deis cumplida contestacion.

Así dijo el heraldo, y entregó el pergamino al infante.

—Esperad, dijo este, que quiero que vos mismo lleveis la respuesta; y leyó detenidamente el escrito.

Luego tomó la manopla de la diestra de una armadura de acero bruñido que habia sobre una mesa, y dijo al heraldo:

—Decíd á vuestro noble señor don Alonso Perez de Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, que acepto todas las condiciones contenidas en el real mensaje y me someto á la voluntad de S. A.; y que en señal de pleito homenaje, beso, ante vos testigo, esta manopla, considerándola la mano real, y os la devuelvo como prenda de paz. Y que para mas seguridad de lo dicho y como prueba de sumision al muy noble y muy poderoso rey don Fernando IV de Castilla y de Leon, saldré de

esta ciudad antes de una hora y acompañado solamente por algunos caballeros, y me encaminaré á Valladolid.

El heraldo tomó la manopla, se la puso con la mas cómica gravedad, y levantó la visera, que hasta entonces habia tenido echada.

Luego salió.

—Don Manuel, dijo el infante con voz trémula por la alegría, disponed de mis tesoros y de mi gente como de cosa vuestra. Yo fingiré toda la sumision de un buen vasallo hasta que llegue el momento.

—Ese debe ser vuestro plan, contestó el caballero.

—Hay una corona sin cabeza, y yo tengo una cabeza sin corona.

—Para vos será, ¡vive Dios!

—¡A caballo, don Manuel!

Media hora despues salia de Leon una lucida cabalgata, á cuya cabeza iba el infante don Juan.

Dirigióse al campamento de los sitiadores; y don Alonso Perez de Guzman, acompañado de Rodrigo y de otros caballeros, recibió á los rebeldes.

Algunas palabras frias, de pura fórmula, mediaron entre el infante y el señor de San Lúcar, y luego se separaron, volviendo este á su tienda, donde quedó solo con Rodrigo.

Don Juan y los suyos tomaron el camino de Valladolid. Una nube de polvo los envolvió, y á los pocos minutos se perdieron de vista tras un montecillo.

Entonces, suelta la brida y picando el acicate, partieron velozmente en confuso tropel.

—¡Es menester llegar antes que ellos! gritó el infante. ¡Animo, vive Dios!

Y el polvo formó una blanca nube, que corria en pos de los caballeros, y el ruido del galope de los corceles se repetia en los valles y en los montes.

CAPITULO XXVII.

Sorpresa del infante don Juan.

Mientras don Juan se alejaba, decia Rodrigo á don Alonso Perez de Guzman:

—¡No hay que perder un momento!

—Me parece, contestó el señor de San Lúcar, que no debo alejarme sin que antes quede asegurada la ciudad.

—Por esta parte nada hay que temer.

—Sin embargo, no quiero fiarme en las apariencias. ¿No es posible que nos tiendan un lazo con muestras de amistad y reconciliacion?

—Allí teneis al señor de Villanueva, leal y valiente caballero, que puede quedar en vuestro lugar y ejecutar vuestras órdenes.

Don Alonso quedó pensativo.

—¿Y qué dirá el rey? preguntó al fin.

—Que somos sus mejores caballeros.

—Don Rodrigo....

—No vacileis, don Alonso. En Valladolid se conspira, como ya os he dicho, y la precipitada marcha del infante me hace sospechar que intentan alguna infame traicion mientras estamos ausentes.

—Tal me pintais los negocios....

—Os digo que peligra la vida del rey.

—¿Y cómo podremos llegar antes que el infante, cuando nos llevan tan buena delantera? Además, aun cuando los alcanzásemos, sospecharian al vernos....

—¿Habeis olvidado que en tiempo de don Alonso el Sábio, mi buen padre, aprendí á caminar mas aprisa que sus mensajeros?

—Llevan muy buenos caballos.

—Pero van por el camino que vos y todos conocen, mientras que nosotros cortaremos por sitios que he atravesado muchas veces y que nos ahorrarán grandísimo trecho.

—¿Y los dejaremos atrás antes de encontrarlos?

—Sí, don Alonso. No vacileis, os repito. Imitadme.

Y el bastardo llamó á su escudero para que lo despojase de su pesada armadura, quedando á los pocos momentos con solo su cota de malla y su casco sin visera.

—¿Qué haceis? le preguntó el señor de San Lúcar.

—Aligerarme de peso para no fatigar á mi caballo: el terreno que tenemos que atravesar es escabroso. Haced lo mismo vos.

No tardó mucho don Alonso en hacer otro tanto que Rodrigo; y despues de conferenciar algunos momentos

con uno de los caballeros que lo habian acompañado, mandó que lo siguiese uno de sus escuderos.

Algunos instantes despues, el señor de San Lúcar y el bastardo, seguidos de sus sirvientes, se ponian en camino y ensangrentaban los ijares de sus corceles, que cortaban el viento como flechas.

Mientras que don Alonso, allá en sus adentros, se lamentaba del triste cuadro que presentaba la nobleza castellana, Rodrigo pensaba en Sol y en don Juan Alfonso, y se preguntaba si era oportuno hacer algunas indicaciones sobre los amores de estas interesantes criaturas. Al fin decidióse á nombrarlos para ver si la conversacion tomaba un giro conveniente á sus miras, y dijo á Guzman:

—¡Qué alegre sorpresa la de vuestro hijo cuando nos vea tan inesperadamente!

—Me habeis asegurado que nada debe temerse por su herida.

—Y os lo vuelvo á decir.

—No sé, don Rodrigo, lo que hubiese sido de mí si mi hijo hubiera muerto.

—Gracias á la casualidad, se ha salvado.

—¡Si lo hubiéseis visto en el encuentro que tuvimos con los rebeldes! dijo don Alonso poseido de orgullo paternal.

—Me han referido que se portó como el mas aguerrido caballero.

—¡Qué serenidad, qué brazo tan firme y tan certero!... ¡Oh! no estrañeis mi vanidad, amigo mio. en

medio del combate olvidé muchas veces el peligro para contemplarlo.... ¡Vive Dios! Os repito que si muriese, yo tambien sucumbiria; estos golpes no pueden resistirse mas que una vez.

—Y morir, tan cobardemente asesinado....

—¿Pero qué tiene esa maldita calle, que cuantos la atraviesan son víctimas de la ferocidad de ese mónstruo?

—Se sospecha que está pagado por algun galan enamorado de doña Sol, que quiere así librarse de importunos.

—Hermosa es la dama, pero no merece su hermosura que se cometan tantos crímenes.

—Un hombre celoso es capaz de todas las locuras.

—¿Pero qué tienen que ver los celos de ese amante oculto y sangriento con mi hijo? ¿No piensan que entre la familia del infante don Juan y la mia se levanta un muro que no puede romperlo ninguna amorosa pasion?

—Como el amor es tan caprichoso, quizás sospecharian que don Juan Alfonso estaba prendado de doña Sol....

—Don Rodrigo, eso es imposible: todos conocen bastante á mi hijo para caer en semejantes errores, porque saben que un Guzman ahogaria á costa de su existencia cualquiera pasion, si esta habia de manchar su nombre.

—Don Alonso, replicó con algun embarazo Rodrigo, razon teneis en todo, menos en pensar que mancharia vuestro nombre....

—¡Cómo, la hija de un asesino! esclamó Guzman fijando en el bastardo una mirada penetrante.

—¿Es culpable doña Sol de los crímenes de su padre?

—Dejemos este asunto, don Rodrigo, porque solo la idea me estremece. Si yo viese á mi hijo luchando con su deber y la pasion, como luché en Tarifa con mi lealtad y mi cariño de padre.... ¡Oh!... No hablemos de esto, amigo mio; no hay para qué atormentarse con suposiciones, cuando tanto le atormentan á uno las realidades. No es posible que don Juan Alfonso llegue á enamorarse de doña Sol; pero si tal sucediese, que elija entonces entre su loco amor y su padre.

No creyó el bastardo oportuno aquel momento para seguir la conversacion, y guardó silencio por largo rato.

Ambos caballeros, pensativos y espoleando á sus fatigadas cabalgaduras, vieron tocar el sol en las cumbres de las montañas, ocultarse tras ellas, desaparecer las rosadas fajas del crepúsculo y cerrar al fin la oscura noche.

Volvieron luego á hablar, pero de los negocios públicos, sin que Rodrigo tuviese ocasion de tratar de los amores de don Juan Alfonso. Y como nada de particular les ocurrió en su viaje, evitaremos al lector la molestia de seguirlos paso á paso por el escabroso camino que llevaban, y nos trasladaremos á la puerta del palacio real, para aguardar descansadamente la llegada de los nobles viajeros.

Volvió á salir el sol y á ocultarse nuevamente; y ya serian las ocho de la noche, cuando se sintió el galope de caballos, y pronto llegaron cuatro ginetes á las puertas de la régia morada.

Caminaban de dos en dos, y los que iban detrás apeáronse y tuvieron la brida de las cabalgaduras de los otros, que tambien echaron pié á tierra, dando órden de que se llevasen los caballos, y entrando seguidamente en palacio.

Mientras subian la escalera preguntó uno de los caballeros al otro:

—¿Os sentís muy fatigado, don Alonso?

—No mucho. ¿Y vos, don Rodrigo?

—Nada.

—Pareceis hecho de hierro.

—Lo mejor para estas ocasiones.

—Me parece que los habremos dejado atrás.

—No mucho, si han caminado á buen paso.

—¿Llegarán esta noche?

—Tengo para mí que no tardarán una hora.

—Y el infante se presentará en seguida al rey....

—Y nos encontrará con S. A., lo que no le será muy grato.

—¿Qué pensais de estas paces?

—Que serán como todas, y que don Juan conspirará como siempre.

Esto diciendo, llegaron á la antecámara.

—¿Está S. A? preguntó don Alonso á un sirviente.

—Sí, señor.

—Decidle que pide hablarle don Alonso Perez de Guzman....

—Y don Rodrigo Hidalgo....

—Al instante, señores.

Pocos momentos despues entraron en el régio aposento.

Estaba el monarca en compañía de su madre, y ambos hicieron la mas lisonjera acogida á los recien llegados.

—¿Qué ocurre para que con tanta precipitacion hayais venido? preguntó el rey.

—Señor, una vez terminado el asunto de las paces con el infante, hemos creido conveniente no perder tiempo en venir á ponernos á vuestras órdenes.

—¿Nada mas que por eso habeis precipitado vuestra marcha? preguntó Fernando IV.

—Por si ocurria novedad, repuso el bastardo.

—Porque sabeis que se conspira, le replicó la reina sonriendo con amargura.

—Lo sospechamos, señora.

—¿Y de quién sospechais?

—De todos y de ninguno.

—¿No sabeis, don Rodrigo, que durante vuestra ausencia se me presentan mas sumisos y aduladores los que antes fueron mis mayores enemigos?

—Por eso debe desconfiarse mas que nunca.

—¿Y por qué no han de haberse arrepentido? dijo Guzman.

—Vos, don Alonso, replicó el bastardo, no os convenceis jamás de que la traicion y la ambicion son enfermedades incurables.

—Pero quizás el miedo....

—Son harto presuntuosos, señor.

—Sea como quiera, me alegro mucho de teneros aquí, repuso el monarca. Pero decidme el resultado de los negocios de mi buen tio, á quien Dios libre de alzarse otra vez contra mi autoridad.

En la frente pálida de Fernando se marcó una ligera arruga.

—El infante, señor, dijo don Alonso, ha aceptado cuantas condiciones le imponia V. A.

—¿Y se ha quedado en Leon?

—Salió de allí antes que nosotros, y quizás antes de una hora habrá llegado á Valladolid.

—¿Cómo habeis venido antes?

—Corriendo mas que él, ó mejor dicho, tomando un camino mas corto.

—¿De modo que cree?...

—Que aun estamos allí.

—Perfectamente. ¿Y la ciudad?

—Debieron ocuparla inmediatamente nuestros soldados.

—¿Trae mucho acompañamiento el infante?

—Algunos caballeros y sus criados, sin duda para venir mas aprisa.

Iba á replicar el monarca, cuando anunciaron al infante don Juan.

El semblante de doña María tomo una espresion de estremada severidad, y el de su hijo se animó con la mas dulce sonrisa.

Don Juan entró armado y cubierto de polvo.

—Perdonadme, señor, dijo al rey, si me presento de

un modo poco digno, pero no he querido perder un instante...

Al llegar aquí reparó en don Alonso y Rodrigo, que se habian separado algunos pasos. Sus tostadas megillas palidecieron y su frente se contrajo.

—Proseguíd, mi amado tio, le dijo el monarca con afable tono. Proseguíd, ó... venid á darme el abrazo de la reconciliacion, porque tomo por hecho el juramento de fidelidad. Ya sabeis que soy enemigo de ceremonias, sobre todo cuando trato con personas de mi familia.

Tal efecto le habia causado al infante la sorpresa que esperimentó al ver á Guzman y á Rodrigo, que ni pudo articular una palabra ni hacer el menor movimiento.

El rey lo contempló algunos instantes, siempre conservando su dulce sonrisa, y añadió:

—¿En qué os deteneis? No temais que el polvo de la tierra de Leon ensucie mis vestidos, porque yo lo haré limpiar sin que quede ni la mas leve señal de él.

No acertó el infante si estas palabras tenian una segunda intencion, ó si eran inocentes, como dichas por boca de un niño. Es lo cierto que el monarca añadió:

—No hace muchas noches que nuestro anciano tio don Enrique me obsequió con una copa del mas esquisito vino de Italia; cayeron algunas gotas en este mismo vestido, y ya veis que ni aun la mas leve señal ha quedado.

—¿Qué significan estas palabras? dijo para sí el infante.

Pero no comprendiendo el sentido que las dictaba, procuró dominar su enojo y turbacion, y acercándose al rey lo abrazó ceremoniosamente.

—Sentaos, don Juan, dijo el rey, que estareis fatigado.

—Deseo, señor, repuso el infante á la vez que se sentaba, que el recuerdo de Leon se borre de vuestra memoria como el polvo de aquella tierra de vuestra vestidura.

—Tenedlo por borrado, porque me han sido muy satisfactorias las esplicaciones que poco hace me dió don Alonso.

—A quien no esperaba encontrar aquí, contestó don Juan.

—Ha corrido mas aprisa que vos, dijo la reina.

—O conoce otro camino mas corto, añadió el rey.

—Pero mas peligroso sin duda, replicó don Juan.

—Nunca hay peligros para servir al soberano, dijo el de San Lúcar.

—Ni para quien sabe vencerlos, añadió Rodrigo.

El infante no pudo contener una mirada de enojo que dirigió al bastardo y á Guzman.

—Os encontrais con una mala nueva, dijo doña María.

—¿Cuál?

—La de hallarse gravemente enfermo el infante don Enrique.

—Esa noticia recibí en Leon.

—Sin duda por don Manuel Alvarado, repuso Rodrigo.

—Por don Manuel....

—A quien sin duda le escribió su primo don Enrique.

—¿Cómo lo sabeis? preguntó el infante algo turbado.

—Nada sé, pero sospecho que será así, porque es lo mas natural.

—¿Y no he podido saberlo por mi mismo tio?

—No ha escrito á nadie desde que está enfermo, contestó Rodrigo.

—Parece que estais muy enterado.

—Por casualidad, como decia en otro tiempo vuestro amigo el abad de Valladolid cuando conspiraba con don Lope Diaz de Haro, que despues de ser revoltoso en vida, fué causa con su muerte de que vos y don Diego Lopez esteis tambien en perpétua guerra.

—Don Rodrigo....

—Pero en cambio, prosiguió este, de la mala noticia de la enfermedad de vuestro tio, os daré una buena con permiso de S. A.

—¿A qué os referís? preguntó el monarca, que parecia regocijarse con ver sufrir á su tio.

—Al torneo que disponeis, señor, contestó Rodrigo, y en el cual podrán lucirse los buenos caballeros.

—Supongo que no faltareis, dijo el infante al bastardo.

—No faltaré.

—Y si vuestras fuerzas no fuesen tantas, romperia yo con vos una lanza....

—Podeis hacer la prueba, don Juan, que no soy como dicen, invencible.

—¿Estareis con los mantenedores? preguntó el infante.

—Nó, á menos que S. A. me lo mande.

—Entonces con ellos me encontrareis, si S. A. me lo permite.

—Sereis de los mantenedores, dijo el monarca á su tio.

—¿Habeis fijado ya el dia en que ha de tener lugar el torneo? preguntó el infante.

—El primero de la Pascua de Navidad.

—Largo es el plazo.

—Falta poco mas de un mes.

Rodrigo se regocijó interiormente, porque hacia mucho tiempo que deseaba una ocasion en que desahogar el odio que sentia contra don Juan; pero pasado este primer impulso, se acordó del hijo de Guzman y de Sol, y casi arrepintióse de haber provocado aquel lance, en apariencia tan sencillo, pero que era en realidad un duelo á muerte.

Algunas palabras se cruzaron todavía entre el monarca y los caballeros; y estos, pretestando el cansancio del viaje, se despidieron.

Don Alonso y Rodrigo se retiraron á sus casas, y el infante, sin perder un momento, fué en busca de don Enrique de Alvarado, á quien encontró con su primo don Manuel.

CAPITULO XXVIII.

El pacto.

Cuando el infante don Juan entraba en el palacio del rey, don García llegaba á la puerta de la casa del infante don Enrique.

Hallábase este acostado en un riquísimo lecho cubierto con anchas cortinas de seda azul con fleco de plata, y daba á un criado algunas órdenes, cuando le anunciaron la visita de don García.

—Que entre, dijo á su ayuda de cámara.

Y cuando este hubo salido, murmuró:

—Es mi última esperanza.

Don García penetró en la espaciosa estancia, tomó asiento junto á la cama del paciente, y vió que el rostro de este anunciaba cada hora una muerte mas cercana.

La luz de una lámpara de bronce que ardia colocada sobre una mesa, daba de lleno en el semblante de don

Enrique, cuyas megillas estaban en estremo pálidas, cárdenos sus lábios y hundidos sus ojos. El veneno habia obrado con mas lentitud de la anunciada por el judío, pero sin embargo, la muerte era cierta, y no quedaba al infante esperanza alguna de salvacion. Sus fuerzas se agotaban, debilitábase su razon, y el ardor de la fiebre era lo que en algunos momentos le daba una falsa energía, que luego dejaba mas fatigado su espíritu y su cuerpo.

Seis dias habian trascurrido desde la noche fatal en que apurara la venenosa copa, y en medio de su lenta agonía, con la certeza de una muerte cercana, habia revuelto en su cabeza mil proyectos de horribles venganzas. ¿Pero cómo ejecutarlos? No podia por sí mismo, y para interesar en ellos á sus antiguos partidarios, tenia que haberles revelado el secreto de su muerte, haber confesado que un niño le habia vencido, y esto era muy duro para el que habia sido dueño por algunos años de la autoridad real. Otra razon habia para que sus partidarios le volviesen la espalda, y era la de que ya nada tenian que esperar de él; y como solo la ambicion podia moverlos, se ocuparian en servir á don Juan ó á don Alonso de la Cerda. ¿Por qué habian de vengar á don Enrique? ¿Qué ganaban con ello? Para que tal hiciesen era menester ofrecerles algo, y nada podia ya ofrecer el anciano infante sino el secreto del envenenamiento, que podia ser en su dia un arma terrible contra el monarca.

Todo esto lo pensó don Enrique, y al fin decidióse á

confiarlo todo á don García, á trueque de que lo vengasen antes de que él muriese, única satisfaccion que podia tener en sus últimos momentos.

Así, pues, animóse la mirada del infante cuando vió á don García, y la fiebre se graduó mas repentinamente.

—¿Os sentís mas aliviado? le preguntó el caballero.

—Nó, amigo mio, le contestó el infante. Estoy peor, y es natural que así suceda, porque mi enfermedad no tiene cura.

—Tal os parece, y sin embargo....

—Sé el mal que padezco, interrumpió don Enrique con amargura, y es en vano que intenten animarme con palabras consoladoras. Ya tengo ordenados todos mis negocios, y nada me resta que hacer sino aguardar la hora postrera.

—Exagerais, don Enrique.

—No direis lo mismo dentro de algunos momentos: una palabra será suficiente para que quedeis convencido de que no hay remedio que me salve.

—Delira, dijo para sí don García.

—Sin duda, prosiguió el infante, pensais que la fiebre me trastorna, pero estais equivocado.

—Don Enrique....

—Dejemos esto y no perdamos un tiempo que debemos aprovechar mejor. Tenemos que hablar de un asunto muy grave.

—Como os plazca.

—Ya os he dicho que tengo ordenados todos mis negocios, es decir, los de intereses de familia; pero como

no son estos solamente los que reclaman mis cuidados, me quedan aun algunos que arreglar, y de los cuales deseo hablaros.

—Os escucho, dijo don García aproximándose al infante. Supongo que haceis referencia al rey.

—Precisamente, al rey y á mis amigos, porque ya veis que con respecto á mí nada tengo que esperar. Ignorais una cosa.... es un secreto horrible....

—¡Un secreto! repitió don García, arrastrando de nuevo su sillon hasta apoyarlo contra la cama.

—Sí, y de tanta importancia....

—Proseguíd, don Enrique.

—Parece, dijo este haciendo un penoso esfuerzo, que me oprimen la garganta y que me falta aire que respirar.

—Descansad algunos momentos.

—Nó, don García, que la muerte puede estar muy cerca.... Escuchadme.

—Ya os escucho, contestó el caballero, que no pudiendo acercar mas su sillon, se inclinó hácia el paciente para no perder ni una sola palabra.

—No habreis olvidado, repuso el infante, la noche en que fuimos sorprendidos por el rey.

—¡Olvidarla!... ¡oh!... ¡imposible!

—Yo tampoco, amigo mio, yo tampoco, dijo don Enrique exhalando un suspiro. Pues bien, desde aquella noche vuestra vida y la de nuestros amigos peligra.

Don García hizo un movimiento de sorpresa, y esclamó:

—¡Don Enrique!

—¿Qué os admira?

—¿No nos dijísteis que el rey nos habia perdonado y que todo lo olvidaba? ¿No nos pusísteis como prueba el haberos dejado libre?

—Ya os he dicho que hay un secreto de mucha importancia.

—Hablad, don Enrique, hablad, no perdais un instante.

El infante meditó algunos momentos, y despues de mirar fijamente á don García, dijo:

—Estamos en el caso de hablar con franqueza, y ni vos debeis ofenderos de mis palabras, ni yo de que os negueis á aceptar mis proposiciones. Estoy al borde del sepulcro, y nada hay que temer de mí ni nada que esperar. Os creo mi verdadero amigo; pero como soy muy viejo y conozco bien el mundo, es posible que antepongais vuestros intereses al último deseo de un moribundo.

—¡Don Enrique! esclamó el caballero mostrándose ofendido.

—No os altereis. Cuando la muerte está delante, se habla con una claridad estremada, porque todo se mira con desprecio y no hay nada que temer. Tengo que revelaros un secreto, y en pago quiero que me vengueis, pero con la circunstancia de que al vengarme salvareis vuestra cabeza. Además, y por si os pareciese el secreto y vuestra propia seguridad cosa de poca importancia para arrostrar el peligro á que os espondreis, os ofrezco entregaros un documento que puede valeros mucho.

—¡Un documento! repitió admirado don García.

—Sabeis, como todos saben, que Rodrigo es hijo bastardo de mi hermano don Alonso X, y tampoco ignorais que cuando este estaba en su agonía se presentó un acta en toda forma, reconociendo á su hijo Rodrigo; se le pidió, no se sabe fijamente por quién, que la firmase, y su mano trémula....

—Sí, trazó una parte de la primera letra de su nombre.

—Estais bien enterado.

—¿Y sois dueño de ese documento? preguntó afanosamente don García.

—Sí.

—¿Quién os lo entregó?

—Don Gomez García de Toledo, que antes de morir en su larga prision, me rogó que lo visitase, y lo puso en mis manos.

—¿Y me lo dareis?

—Con ciertas condiciones.

—Hablad, don Enrique, hablad, repuso don García.

El infante guardó algunos momentos de silencio, porque se sentia bastante fatigado, y luego prosiguió:

—Os entregaré el acta, á condicion de que el rey muera mañana á la noche.

—¡Mas que vos lo deseo! esclamó don García, cuyos ojos brillaron siniestramente.

—Bien, pero como ya os he dicho, estoy al borde del sepulcro, y de nadie me fio.

—Proseguíd, dijo con forzada resignacion el caballero.

—Me firmareis un documento en que digais claramente que os habeis comprometido de buena voluntad á matar al rey.

—¡Don Enrique!

—El documento, con el acta lo guardaré. Si cumplís vuestro compromiso, os entrego ambas cosas, y si no....

—La calentura os hace delirar.

—Nos conocemos, don García, contestó el anciano, que intentó sonreir con amargura.

—¿Y si muriéseis antes de mañana á la noche?

—Ya dejaré ordenado que nadie se acerque á mi cadáver sin que vos hayais venido y estado á solas con él; y como los documentos estarán debajo de mi almohada, los tomais, y entonces dejo á vuestra conciencia.... nó, á vuestra conciencia el que cumplais lo pactado.

—¿No me habíais hablado tambien de un secreto que nada tiene que ver con el acta? preguntó don García, que se habia conformado con no dar á la conversacion otro carácter que el de un contrato cualquiera.

—Vais á saber el secreto.

—Os escucho.

Don Enrique hizo un esfuerzo para variar de postura, su rostro palideció mas aun de lo que estaba, y abriendo estremadamente los ojos ,que brillaron por un instante, dijo:

—Estoy envenenado.

Don García se levantó de su asiento y esclamó:

—¡Envenenado!

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales aquellos corazones palpitaron con violencia.

Al fin don García volvió á tomar asiento, y se dispuso á seguir escuchando.

—La noche en que fuimos sorprendidos, prosiguió don Enrique, el rey me dió á elegir entre el veneno y el hacha del verdugo.

—Y vos....

—Apuré una copa de vino de Italia, donde Fernando habia echado el tósigo.

—¿Es decir que no hubo tal perdon, y que nosotros?...

—No vivireis mucho tiempo.

—¿Y habeis podido dudar de mi deseo de venganza?

—Nó, don García, pero mañana, tal vez á causa de acontecimientos imprevistos, podreis variar de opinion, y yo no quedaria vengado. Además, ya os he dicho que quiero que el rey muera antes que yo.

—Pues bien, morirá.... pero tan pronto.... quizás falte la ocasion, los medios....

—Yo os indicaré alguno.

—Estoy resuelto.

—¿Y firmareis la declaracion?

Don García pareció vacilar aun.

—¿Firmareis? volvió á preguntar el infante.

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Vos declarareis tambien bajo vuestra firma que moris envenenado por el rey.

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

—Lo haré así: nada tengo que temer despues de la muerte.

—Estamos convenidos.

—Llamad á mi ayuda de cámara.

Cuando este hubo entrado, le dijo el infante:

—Abrid ese armario y dadme una cajita que vereis en el fondo.

El doméstico obedeció, y puso en manos de don Enrique una caja de enebro con cantoneras de plata, y que se abrió por medio de un resorte.

—Mirad, repuso despues que habia salido el sirviente.

Y enseñó al caballero el pergamino que no pudo firmar en su agonía don Alonso el Sábio.

—Es decir que ese documento....

—Con vuestra declaracion y la mia quedará debajo de mi almohada, y os los entregaré si el rey muere antes que yo.

—¿Y cómo he de vengaros tan pronto?

—A vos os toca la ejecucion de este negocio. Sin embargo, os haré una indicacion por lo que pueda serviros.

—¿Cuál es?

—En el dormitorio del rey hay una puerta secreta que solo él y su ayuda de cámara Nuño conocen. De noche no hay guardias por allí, como ya comprendereis; y si una persona quedase escondida en palacio, podria entrar sin ser visto en la cámara, porque la puerta secreta dá á una galería, y esta á otros aposentos, que por nadie están habitados.

Don García inclinó la cabeza sobre el pecho, quedó

pensativo y silencioso, y al cabo de algunos momentos brillaron estraordinariamente sus ojos, y dijo:

—¡Aunque supiera perder la vida en esta empresa, os vengaré, me vengaré!

—Os veo decidido, repuso el infante. En aquella mesa encontrareis todo lo necesario para escribir: poned vuestra declaracion y la mia, porque yo no podré hacer sino firmarla.

El caballero se acercó á la mesa y estendió los importantes documentos de aquel pacto traidor; firmó el suyo, dió á firmar el otro á don Enrique, y entrególe ambos luego.

El infante los tomó con agitada mano y los guardó debajo de la almohada con el acta de reconocimiento de Rodrigo.

—¡Para ambos será fatal aquella noche! esclamó exaltadamente. ¡Ay de tí, Fernando IV, mi cruel asesino, ruina de tus pueblos! Quedaré vengado, morirás antes que yo, no podrás gozarte en mi agonía. ¡Oh!... treinta horas de vida, treinta horas; ¡sepa yo que no existe, y venga la muerte!

La respiracion de don Enrique se hizo mas agitada, sintió abrasada su frente y faltarle la respiracion.

—Me ahogo, murmuró con acento débil y haciendo un penoso esfuerzo. Daos prisa, don García; preparadlo todo, tal vez esta misma noche....

—¡Pluguiese á Dios!

—Tal vez os favorezca alguna casualidad....

—Esta noche no podrá ser, pero mañana.... mañana, ¡oh! morirá don Fernando.

—Idos; cada momento puede ser un dia de retraso, y si no sucumbe mañana, será mas horrible mi agonía, Ya sabeis que mi fin se acerca, que no hay remedio contra mi mal....

—Teneis razon, no hay que perder un instante.

—Adios, amigo mio.

—Guárdeos el cielo, contestó don García.

Y levantándose, salió.

—¡Morirá, morirá! decia mientras se alejaba. ¡Niño arrogante, pronto has empezado á ser cruel y traidor!

Luego atravesó rápidamente algunas calles, llegó al palacio real, y entrando preguntó á un criado:

—¿Sabeis si está Nuño?

—Hoy no le toca de servicio, contestó el doméstico; y si no ha salido, debe estar en su aposento, que ya sabeis cuál es.

Don García atravesó un patio, subió una estrecha escalera, y dejando atrás una galería iluminada escasamente, se detuvo delante de una puerta y llamó.

Pocos instantes despues abrieron, y se presentó un hombre de elevada estatura, moreno rostro, ojos pardos, redondos y vivos, y preguntó al caballero:

—¿A quién buscais?

—A tí, buen Nuño, contestó don García bajando el embozo de su capa.

Nuño levantó con la mano izquierda la lámpara de que iba provisto, colocó, á modo de visera, la diestra sobre sus ojos, y luego dijo:

—¡Don García!.... Honra tan señalada, es mucho para mí.

—¿Estás solo?

—Enteramente solo, es decir, con mi gato, que guarda la conclusion de mi cena....

—Llego á buena hora.

—Poco puedo ofreceros.

—¿Tienes buen vino?

—Eso sí, como el de S. A.

—Del mismo de S. A., debieras decir.

—Un cambio de palabras.... ¿Pero no entrais?

—Sí, porque quiero cenar contigo.

Don García penetró en el aposento, y Nuño cerró la puerta con llave.



CAPITULO XXIX.

Preparativos de don García para cumplir lo pactado.

Nuño era aficionado á las buenas tajadas, y mas aficionado aun al buen vino. No tenia mujer ni pariente alguno; y cuando, en los dias que le dejaba libre su servicio de ayuda de cámara del rey, no iba ningun amigo á comer ó cenar en su compañía, sentábase solo á la mesa, dejaba á su gato que se colocase enfrente de él, y tajada tras tajada, vaso tras vaso, dada fin á un cabrito con salsa, ó bien á un pastelon con media docena de pichones, y apuraba un par de botellas, que por lo regular habian salido ocultamente de la bodega del rey.

Nuño acababa casi siempre por emborracharse, y en los primeros momentos de su embriaguez acariciaba con abrazos y besos á su gatazo blanco, le ponderaba con pomposos discursos las escelencias del vino, y concluia por hacérselo beber de grado ó por fuerza. Luego, cuan-

do la embriaguez trocaba sus efectos de alegría por la pesadez y las náuseas, maldecia el vino, apostrofaba á su gato porque habia tenido la debilidad de dejarse seducir y beber, le decia mil injurias, le amenazaba, y por último, pasaba á vias de hecho dando furiosos golpes al pobre animal, persiguiéndolo de un lado para otro, hasta que en una de aquellas vueltas y revueltas daba con su cuerpo en tierra y se quedaba profundamente dormido.

El buen gastrónomo empezaba su cena cuando llegó don García, y estaba en su cabal juicio, porque solo habia comido el primer bocado de una pierna de carnero asado y habia bebido un vaso de vino de Cataluña.

El gato estaba sentado en un estremo de la mesa y contemplaba con envidiable gravedad la carne, pero sin tocarla, virtud que le habia enseñado su dueño á fuerza de golpes en el hocico, dados con la canilla de una pata de cordero mojada en vinagre y sal.

—No quiero interrumpir tu cena, dijo á Nuño don García; al contrario, te ayudaré á concluir con esa pierna de carnero, que parece bien asada, y apuraremos esas botellas, cuyo empolvado esterior recomienda su contenido.

Nuño miró al caballero como si quisiese adivinar por qué este se dignaba visitarlo y aun cenar con él, mostrándose con tanta llaneza como si hablase con un igual.

—De seguro algo quiere de mí, y cosa de mucha importancia, dijo Nuño para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—Puesto que estais dispuesto á honrarme, acercaos á

la mesa y comencemos, que tras este asado puede venir un pastel con cuatro perdices, y tras estas botellas otras mas empolvadas aun.

La cena empezó con un trago de vino, aparentando don García tanta franqueza y contento como si bebiese mano á mano con el primer noble de Castilla.

—¿Qué os parece el vino, señor? dijo Nuño.

—Esquisito, contestó el caballero.

—Me place que sea de vuestro agrado.

—Veo que te das buena vida, Nuño.

—Así se olvidan las penas.

—No tendrás muchas en tu empleo.

—Lo paso regularmente.

—¿A quién debes tu entrada al servicio del rey?

—¿Lo habeis olvidado? preguntó Nuño mirando con estrañeza á don García.

—No lo sé, ó no me acuerdo.

—Porque sois muy noble y generoso.

—No te comprendo.

—¿Acaso no fuísteis vos quien me proporcionó el empleo con el cual paso una vida alegre y descansada?

—Veo que eres agradecido, porque no olvidas los favores.

—Que quisiera pagaros con algo mas que una botella de vino.

—¿Y no ambicionas mas de lo que tienes?

—Nó, señor, porque quiero evitarme el disgusto de no ver satisfechos mis deseos.

—Siempre te tuve por hombre de arrojo, pero segun te esplicas ahora....

—¿Y de qué habia de valerme el arrojo?

—De mucho.

—¿Qué significa todo esto? se preguntó Nuño á la vez que apuraba su vaso.

—¿Cuánto darias por ser armado caballero?

—Por ser noble sin tener una blanca, no daria nada.

—¿Y por ser noble y dueño de un castillo?

—¡Dueño de un castillo! repitió Nuño. ¿Os burlais de mí, señor?

—No me burlo.... Bebamos y contéstame.

Ambos vaciaron sus vasos.

—Daria.... no daria nada, porque nada tengo, dijo Nuño, pero haria voto de no comer carne en cuatro semanas.

—¿Y por tener además algunas tierras, ser dueño de alguna alcabala?

—Estais de buen humor, don García.

—Por quien soy, que no me chanceo. Bebe y responde.

—A vuestra salud, señor, y empecemos la segunda botella.

—Veamos si es lo mismo que la primera, que no te amargarán dos tragos seguidos.

El caballero y Nuño apuraron un vaso tras otro.

—Pues señor, por tener tierras y alcabalas, haria voto de no beber vino en cuarenta dias, sacrificio cuya importancia no podeis comprender, porque.... Vaya por

vuestro buen humor, que esta carne se atasca en el tragadero.

Y el ayuda de cámara llenó otro vaso y lo bebió sin mas detenerse. Su cabeza empezaba á sentir los efectos del vino.

—Puedes ser, repuso don García, noble, armado caballero por el mismo rey, tener un castillo, tierras y alcabalas, sin necesidad de hacer voto de no comer carne ni beber vino.

Nuño abrió desmesuradamente los ojos y miró á don García sin acertar á contestarle.

—¿Te sorprendes? prosiguió el caballero. Bebe otro vaso para que el susto pase.

Y él mismo llenó de nuevo los vasos, dejando vacía la segunda botella.

Luego bebieron, prosiguiendo así:

—Castillos, tierras, alcabalas, repuso distraidamente Nuño.

Y como si le pareciese que cuanto habia dicho don García era efecto de lo mucho que habia bebido, prosiguió, dirigiendo la palabra á su gato:

—Ya no te quedará duda del poder de una botella: estás viendo los prodigios que obra....

—Deja tu comenzado discurso, interrumpió el caballero, y discurre sobre lo que tanto te importa.

—¡Pero, señor!...

—¿Aun piensas que me chanceo?

—Hablemos sériamente, don García.

—A eso he venido, pero veo que el vino te se sube

á la cabeza, y tendré que irme sin haber adelantado nada.

—Pero....

—Está visto que no quieres hacer fortuna. Queria ponerte en camino de alcanzar todo lo que acabo de indicarte, amen de una bolsa bien rellena con que darias principio.

—Eso es otra cosa, señor, dijo Nuño. Si me hubiéseis hablado de la bolsa no mas, os hubiera creido; pero eso de la nobleza, de los castillos.... Hablemos de la bolsa.

—Quiero decirte que si ganas la bolsa podrás aspirar á lo demás.

Nuño suspendió la cena, se cruzó de brazos, y mirando atentamente á don García, le dijo:

—Si lo teneis á bien, decidme con franqueza de lo que se trata.

—Es una cosa bien sencilla.

—Os escucho.

—El rey tiene unos pergaminos....

—Tiene muchos.

—Bien, pero de nada sirven para mi objeto.

—Proseguíd.

—Tiene unos pergaminos, ó mejor dicho, uno, que es para mí de suma importancia. Ese pergamino lo tiene guardado en el armario pequeño que está en la mesa de su dormitorio.

—Y quereis....

—Que venga á mi poder, porque es un documento que puede perjudicarme mucho.

—¿Y qué parte he de tener yo en ese negocio?

—La principal.

—¿Quereis que yo saque el pergamino del armario? Pues os digo desde luego que es imposible.

—¿Por qué?

—De dia no puedo esponerme á ejecutar esa operacion, porque entra y sale gente en el aposento.

—¿Y de noche?

—Hay peligro de que despierte el rey.

—¿Tienes miedo?

—Es que mi cabeza vale mas que la bolsa que me ofreceis con la esperanza de ser noble y rico, no se sabe cuándo.

—Pues bien, no la hagas si tanto temes, pero puedes ayudar sin ningun compromiso.

—Decidme cómo.

—Hay en el dormitorio del rey una puerta oculta...

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Qué te importa? ¿Existe ó nó esa puerta?

—Es verdad.

—Despues de S. A., nadie la conoce sino tú.

—¿Pero cómo sabeis?...

—Vuelvo á repetirte que no te importa.

Nuño se pasó las manos por los ojos, y dijo:

—Tambien es verdad que nadie sino yo conoce esa puerta; por lo menos así lo he creido siempre.

—Ya ves que te equivocabas.

—Teneis razon; pero sepamos lo que ha de hacerse.

—Nada mas sino que mañana á la noche me dejes

oculto en este aposento, después de haberme enseñado el camino que conduce á esa puerta y de haberme dicho cómo se abre.

—¿Y luego?

—Cuando el rey duerma me avisas, y yo entraré en su aposento y me apoderaré del pergamino, para lo cual tengo una llave con que abrir el armario.

—Vuestro plan tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—El de que os sorprendan, como sucederia, porque los que vigilan en la habitacion inmediata se asoman de cuando en cuando al dormitorio para observar si ocurre novedad alguna. Esto no deja de ser una tontería, pero está en uso, y así lo exigen las formalidades del servicio.

Don García meditó algunos instantes.

—¿No suele suceder, repuso, que alguna noche se apague por sí sola la luz que arde en el dormitorio de S. A?

—Sí, muchas veces, porque es una lucecita que fácilmente se ahoga en el mismo aceite que la alimenta.

—Entonces puede evitarse el inconveniente que te ocurre, entrando tú por la puerta secreta cuando el rey esté dormido, y apagando la luz.

—Es arriesgado.

—Lo que algo vale algo cuesta.

—¿Y si el rey despertase mientras abrís el armario?

—Como estará á oscuras nada verá.

—Pero llamará.

—Y mientras acuden y entran luz, yo me voy por la puertecilla.

—¿Y si no acertais con ella?

—Eso es cuenta mia.

—Os vá la cabeza.

—Pero la tuya quedará sobre tus hombros sin que nadie tenga de qué acusarte.

La importancia del asunto que se trataba despejó completamente la cabeza de Nuño, quien despues de meditar largo rato, dijo:

—¿Qué mas he de hacer?

—Nada mas.

—No lo tomeis á ofensa, pero quisiera saber cuánto ha de valerme este negocio.

—Quince veces la cantidad que te dió don Enrique de Alvarado por la noticia de la marcha del bastardo.

—¿Tambien sabeis?...

—Todo lo sé.

—Yo tenia por mas discreto á don Enrique.

—Lo es, y mucho; pero como asunto de los dos....

—Eso es diferente.

—¿Conque aceptas?

—Quince veces mas, murmuró Nuño, quince veces...

—¿Te parece poco?

—Está bien pagada la cena.

—Pues esa cantidad la tendrás mañana mismo al dejarme en este aposento.

—Se me ocurre una cosa.

—¿Qué es?

—La dificultad de venir á avisaros cuando el rey se duerma, porque no puedo separarme de mi puesto.

—Entonces ¿cómo ha de hacerse?

—Muy sencillamente.

—Sepamos.

—La puerta secreta tiene por precaucion un resorte, que impide abrirla cuando está corrido. A la una bajareis, y si notais que la puerta se resiste á abrirse, será porque S. A. no duerme aun.

—De manera que cuando tengas ocasion de apagar la luz....

—Dejaré el resorte de la puerta en disposicion que no os ofrezca dificultad para abrirla.

—¿Y si el rey estuviese despierto á mi llegada?

—Volveis atrás y os ocultais en un aposento que encontrareis á la izquierda, y en el que estareis seguro, y allí esperareis una hora ó media para volver á probar fortuna.

—Bien.

—Y por si no tengo ocasion de conduciros aquí, vos venís solo, entrais y cerrais la puerta por dentro hasta que llegue la hora, porque puede suceder que el rey me ocupe en los momentos en que vayais á buscarme.

—De ese modo se evita tambien el que nos vean juntos.

—¿Sois de mi opinion?

—Sí, estoy conforme. El dinero prometido lo encontrarás mañana sobre esta mesa.

—Donde vos tambien encontrareis con que cenar algun fiambre por si teneis apetito.

—¿Conque estamos convenidos?

—Convenidos.

—Y si salgo bien con mi empresa, te juro á fé de caballero, que la recompensa será mas larga y que has de ser dueño de las tierras que ambicionas, sin contar con un empleo de mucha importancia en la casa del rey.

—Mucho os agradezco la buena voluntad, señor, pero os confieso que por ahora me contento con el dinero estipulado.

—Veo que desconfias de tu buena estrella.

—Para deciros la verdad, no desconfio de mi buena estrella, ni dudo ser dueño de algunas tierras, si me las regalais de las muchas que teneis; pero en lo que dependa de favores del rey....

—¿Dudas de mi influencia?

—No la tengo en mucho por ahora.

—No se pasarán tres dias sin que digas lo contrario.

Nuño movió la cabeza con aire de duda, y repuso:

—Difícil es que ganeis la voluntad de la reina doña María.

—Ganaré la del rey.

—¿Quién gobierna?

—Ella, por ahora; no sabemos quién mañana.

—Difícil es conquistar la voluntad de S. A.

—¿Por qué?

—Ya sabeis que la gula domina todas sus pasiones.

—¿Y qué tiene que ver su glotonería con su favor?

—Mucho, señor. Antes de sentarse á la mesa, no piensa el rey sino en la comida, y despues se pone de un

humor de todos los diablos. Come seis veces al dia, es decir, pasa la vida comiendo, y no hay ocasion para ocuparse de otra cosa.

Efectivamente, Fernando IV dejó fama de glotón, y quizás sus escesos en este sentido le dieron una temprana muerte en dia tan señalado, que le valió el sobrenombre porque es conocido.

—No dejas tú tambien, repuso don García, de ser aficionado á las tajadas; y sin embargo, he podido conquistarte en los momentos en que comias.

—Porque se trataba de un asunto que habia de proporcionarme el mejorar mi mesa. Pero advierto, señor, que hemos interrumpido la cena.

—Me voy, Nuño.

—¿Sin apurar otra botella ni probar el pastel?

—Es verdad, apuremos otra botella mientras acabas de darme las esplicaciones necesarias.

Nuño apuró otro vaso, y repuso:

—Cuando tengais en vuestro poder el deseado pergamino, saldreis nuevamente á la galería, seguireis adelante, y al final....

—Encontraré una escalera....

—Veo que conoceis el camino.

—Solo falta que me digas cómo podré abrir el postigo.

—Muy fácilmente: el rey tiene una llave y yo otra, que os entregaré ahora mismo.

Y el ayuda de cámara entró en el aposento inmediato, saliendo en seguida con una llave, que puso en manos de don García.

—Está bien, dijo este; pero aun no me has dicho cómo se abre la puerta secreta.

—Encontrareis en la pared un agujerito, dentro del cual está el resorte, que solo con empujar obedece.

—¿Nada mas?

—Nada mas, señor.

—No necesito mas instrucciones.

—Y con ellas saldreis bien, si el rey no despierta y os echan mano.

—Descuida, que el rey no despertará, dijo don García sonriendo maliciosamente.

—Mucho me alegraré, señor.

El caballero se puso de pié, y embozándose en su capa, repuso:

—Me voy, Nuño.

—¿Sin apurar otra botella ni probar el pastel?

—Dá mi parte á tu hermoso gato, que no parece muy contento con la visita.

El gato se lamió el hocico y estiró las patas enseñando las uñas, como si quisiese demostrar su impaciencia.

—Con eso quiere indicar que tiene hambre, dijo Nuño.

—Y para que pueda satisfacer su apetito me voy, replicó don García.

Y saludando al ayuda de cámara, salió del aposento.

Mientras que el ruido de sus pasos se perdia en la galería, Nuño volvió á sentarse junto á la mesa, despues de sacar mas vino, y prosiguió su interrumpida cena.

—Se han empeñado en hacerme rico esos conspiradores, dijo despues de echar un trago. Bien, mientras no exijan de mí nada que pueda comprometerme, vengan negocios como el del pergamino, que al fin y al cabo á nadie perjudica, sino que por el contrario, hace un bien á don García. Regularmente se tratará de algun documento que pruebe una de sus infinitas hazañas.... Si quieren cortarle la cabeza, no faltarán pecados de que acusarle.

Las reflexiones de Nuño concluyeron, como otras muchas veces, por la escena altamente cómica con su gato, y la casualidad quiso que aquella noche cayese el buen ayuda de cámara en su lecho, quedando profundamente dormido.

Nada mas ocurrió aquella noche de particular, porque no lo es el que el Brujo asedió por espacio de tres horas en la estrecha calle de Sol, sin que ningun transeunte le ofreciese la ocasion de ensangrentar su cuchillo.

CAPITULO XXX.

De cómo Fernando IV dió á Nuño el papel de rey y á Rodrigo el encargo de médico.

Al siguiente dia, cuando apenas acababa de asomar el sol, despertó Fernando IV, y antes de llamar á los de su servidumbre, se puso á pensar en los negocios públicos, concluyendo por hacerse algunas reflexiones sobre su tio el infante don Enrique.

—Con hoy, decia el monarca, van siete dias, y aun no ha muerto, cuando el judío aseguró que era cosa de tres dias á lo mas. ¿Se equivocaria, ó habrá mediado traicion dándole un contraveneno? Todo puede esperarse de un perro infiel: los primeros nobles me son traidores, y no deberia estrañarse que lo fuese un judío. Mi corta edad alienta á muchos á despreciarme, porque no me temen, y quizás la codicia del israelita le haya hecho caer en la tentacion de engañarme. Es verdad que él no debia saber que el tósigo lo compraba yo, pero puede haberlo

averiguado, porque esas infernales serpientes tienen medios para todo.

Reflexionó algunos momentos el monarca, y luego prosiguió:

—Este es el último dia que aguardo; y si el rebelde no espira de aquí á la noche, cierto es que la traicion trata de impedir mi justicia, y entonces.... Pero mi madre.... ¡oh!... mi madre se opondrá, no podré vencer sus temores de provocar la cólera de mis enemigos; y no puedo desobedecerla, no quiero, porque le debo muchos sacrificios; por ella no me han arrebatado mi corona, y ¿qué seria de mí si me abandonase?... Procuraré convencerla, y si no lo consigo, entonces.... ¡oh!... entonces obraré ocultamente, y cuando ya esté ejecutado mi plan, no podrá oponerse, porque será imposible retroceder. Estoy decidido á todo antes que ver á ese traidor burlarse de mí, despreciarme como se desprecia á un niño y.... ¡Oh, imposible, imposible! ¡me moriria de desesperacion!

Los azules ojos del jóven monarca brillaron estraordinariamente y su semblante tomó una espresion tan terrible, que á haberle visto sus vasallos, la hubiesen tenido en mas aun siendo tan niño.

Luego llamó á un ayuda y le preguntó si habian llevado noticias de la salud del infante.

—Sí, señor, le contestó el criado.

—¿Y cómo está mi buen tio? repuso Fernando.

—Dicen que ha pasado la noche bastante agitado, pero que á la madrugada ha dormido algo tranquilamente.

—Preguntad si está la reina levantada y si puede recibirme.

Salió el ayuda de cámara, y el rey dijo:

—Bastante agitado por la noche, pero luego ha dormido algo tranquilamente.... ¡Oh! la traicion se oculta en este asunto.

Media hora despues estaba vestido el monarca y entraba en el aposento de su madre.

—El cielo os guarde, madre y señora, le dijo á esta su hijo, á la vez que la besaba en la frente.

Y sentándose, esperó las primeras palabras de doña María.

Esta lo saludó tambien, y volviéndose hácia la chimenea, junto á la que estaba sentada, aparentó sentir frio, ocupándose solamente en calentarse, sin duda para dar tiempo al rey á que hablase antes que ella. Esta era costumbre tan antigua en la reina, que ya lo hacia máquinalmente.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales Fernando IV pensó la manera mas conveniente de empezar la conversacion, y procuraba dominar el embarazo que le causaba la presencia de su madre, única persona ante quien se sentia subyugado casi siempre.

—Señora, dijo al fin, antes de levantarme he pensado en muchas cosas.

—La corona, le contestó doña María, es el mayor enemigo del sueño.

—Sobre todo, cuando abundan los traidores.

—¿Habeis tenido alguna mala nueva?

—Es una sospecha no mas.

—Yo tambien las abrigo.

—¿Contra quién?

—Contra todos y contra ninguno.

—¿Y en qué os fundais?

—En la precipitacion con que han venido don Alonso Perez de Guzman y Rodrigo.

—¿Creeis que saben algo? preguntó el monarca esperando con alguna ansiedad la respuesta de su madre.

—Sí, pero lo ocultan.

—¿Y por qué, si son leales vasallos?

—Por evitaros nuevas amarguras.

—Pero su reserva puede ser muy perjudicial.

—Ellos velarán por vos.

—No es bastante.

—Ya vísteis anoche el reto entre don Juan y Rodrigo, y esto significa mucho en los momentos en que recibíais un abrazo de paz y amistad.

—¿Y no sospechais ninguna otra cosa? repuso don Fernando, que queria llevar la conversacion á otro asunto.

—Nada mas.

—Yo sí.

—¿Pensais tal vez en la Cerda?

—Nó.

—¿En quién, pues?

—En don Enrique.

—¡En don Enrique! repitió doña María con tono de sorpresa.

—¿Os han dado noticias de él?

—Sí.

—¿Y no os inclinais á creer que vivirá?

—Ya sabeis que es imposible.

—Con hoy van siete dias, y ya sabeis que al tercero....

—Vos tampoco ignorais que su naturaleza ha sido siempre muy robusta y....

—Nó, madre mia, eso no me convence, porque ya es muy viejo y tiene un enemigo en su edad.

—Puede haberse equivocado el judío....

—Seria la primera vez que tal le sucediese.

—Entonces....

—Una nueva traicion.

—¿De quién?

—Del mismo judío para satisfacer su codicia, ó tal vez... no sé de quién, porque como son muchos los traidores, seria imposible acertar; pero sí puede asegurarse que hay traicion.

—El tiempo nos desengañará.

—No es bastante, contestó el rey moviendo lentamente la cabeza y frunciendo ligeramente el ceño.

Su madre lo miró, y dijo para sí:

—Abriga alguno de sus terribles proyectos.

Y luego añadió con la mayor naturalidad:

—Pues yo creo que el tiempo es la mejor prueba en todo.

—Sí, pero tambien el tiempo es la mejor ayuda de la traicion: dad tiempo al asesino, y lo tendrá todo.

—¿Teneis otro medio mas seguro de averiguar la verdad?

—Nó, madre mia, pero lo tengo para evitar que mi justicia quede burlada.

—No acierto cuál pueda ser.

—¿Pensais que seria conveniente asegurar la persona del infante para evitar la traicion?

—¿Lo quereis mas asegurado? ¿Acaso no está sin poder moverse postrado en su lecho?

—Nadie me asegura, contestó el monarca, que no se finge peor cuanto mas se mejora, y que el dia que menos se tema no se me escape de las manos para encenderme una nueva guerra. Han pasado ya seis dias y vive, y sus partidarios se agitan como antes. ¿Qué pensais de esto?

—¿Y os atreveríais á aprisionar á un hombre que está á las puertas de la muerte?

—Respondedme de que es así.

—No puedo.

—Entonces, primero es la paz de mis reinos, mi corona y aun mi propia seguridad.

—¿Qué pensais hacer, don Fernando? preguntó la reina con alguna severidad.

—Evitar que se burlen de mí.

—¿Habeis meditado?...

—Mucho, señora; y para prevenir nuevos males, me parece que lo mas acertado será asegurarse esta noche de la persona de don Enrique, si para entonces continúa lo mismo.

—¡Don Fernando!

—Puede hacerse esto con cierto decoro, sin mas que poner en su posada alguna guarda.

—No conteis con mi aprobacion para dar semejante paso, dijo doña María con severo tono.

El monarca palideció.

—¿Tiene, dijo, para vos mas importancia la murmuracion de los traidores que la seguridad de mi persona? ¿No pensais que si don Enrique se salva yo sucumbiré tarde ó temprano, porque si otro medio no tiene me asesinará él mismo? ¿Acaso no lo conoceis bastante?

—Don Fernando, tomad cuantas precauciones os parezcan convenientes para evitar la fuga del infante, si es que no llega á morir; pero no lo aprisioneis ni en su casa ni fuera de ella, porque si sucumbe de esta enfermedad, como así lo creo, hasta vuestros mas decididos partidarios os afearán vuestra conducta. Hay mil medios de que se le vigile, pero sin que nadie se aperciba de ello.

—No es bastante, repuso el monarca bajando la vista para no sostener la mirada de su madre.

—¿No valen las razones para vos?

—Es que no habeis pensado bien....

—Decíd que lo quereis así, que es vuestra voluntad de rey.

Quedó Fernando IV silencioso, y despues de haber procurado endulzar la espresion de su semblante, repuso:

—Nó, madre mia, no es un capricho; y para que os quedeis convencida, desistiré de mi proyecto.

—Obrareis cuerdamente, porque así evitareis á nuestros enemigos toda ocasion de queja. Procurad que os

llamen justiciero, pero no deis motivo para que os tengan por cruel, por vengativo ó cobarde, porque es crueldad, cobardía perseguir á un moribundo.

El monarca se levantó para disimular la impresion que le causaron las palabras de su madre.

—¿Me acompañareis á almorzar? dijo.

—Ya sabeis que todos los viernes ayuno.

—Pues yo me siento con muy buen apetito.... Dios os conserve, madre y señora.

Fernando IV se retiró á su aposento y dió órden de que le sirviesen de almorzar.

Todo el dia lo pasó el monarca pensando en los medios de llevar á cabo su plan, sin que de ello se apercibiese su madre, y al anochecer mandó llamar á don Alonso Perez de Guzman, y á solas con él, le dijo:

—Necesito de vos esta noche.

—Siempre estoy á las órdenes de V. A.

—Tambien necesito al buen Rodrigo.

—Es vuestro mas fiel vasallo.

—A las doce.... antes, por lo que pueda ocurrir, estareis junto al postigo de palacio.

—¿Solos?

—Sí, solos.

—Bien, señor.

—Esperareis hasta que yo salga, y luego me acompañareis.... á vuestra casa.

—¡A mi casa! repitió sorprendido don Alonso.

—¿Os causa estrañeza? dijo el rey desplegando una dulce sonrisa.

—Me sorprende tanta honra.

—La mereceis, y á fé que la visita no será corta.

—Gracias, señor.

—Cuando estemos en vuestra casa... Ya os lo diré: no quiero que ahora os detengais aquí por si sospechan que tratamos algun asunto de importancia. Os advierto que debeis hacer de modo que nadie os conozca, porque es menester guardar el secreto.

Don Alonso salió del palacio sin acertar á comprender lo que intentaba el monarca, y se fué en busca de Rodrigo para avisarle lo que ocurria.

Fernando IV se retiró á su dormitorio á la hora que tenia de costumbre, dejó que lo desnudasen y se acostó, pero mandó que entrase Nuño.

Cuando el ayuda de cámara se presentó, le dijo el rey:

—Averigua si la reina se ha acostado, pero sin que nadie sospeche que yo quiero saberlo.

—Voy á obedecer á V. A.

—Cuando vuelvas entra por la puerta secreta.

—Bien, señor.

Nuño salió.

El monarca quedó sumido en tristes meditaciones, y su semblante tomó una espresion sombría. La escasa luz de una pequeña lámpara de plata daba en las anchas cortinas de seda azul recamadas de oro de su lecho, proyectando estas su oscura sombra sobre el rostro del real mancebo. Alguna vez se agitó la blanquísima colcha de lana y seda con fleco de oro que cubria la cama; pero

muy pocos momentos despues de haber mostrado en su contraida frente la borrasca que se levantaba en su corazon, su mirada apareció tranquila, sus lábios se entreabrieron con dulzura, y vagó en ellos una sonrisa, que no podia decirse si era el gozo de creer pronta á satisfacerse una mala pasion, ó del triunfo de haber desechado un mal pensamiento.

La cama del rey estaba cerca de una de las paredes del aposento, y en esta pared estaba la puerta secreta de que hemos hablado.

Pocos minutos habian trascurrido desde la salida de Nuño; pero ya don Fernando empezaba á impacientarse, cuando la puertecilla oculta se abrió silenciosamente y el ayuda de cámara apareció.

—¿Lo has averiguado? le preguntó el monarca en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Duerme?

—Aun no se ha acostado.

—Quiere vigilarme, dijo para sí el rey.

Y luego añadió dirigiéndose á Nuño:

—¿Qué hora es?

—Las once, señor.

—Ayúdame á vestirme, repuso el monarca.

Y saltó ligeramente del lecho.

—Vá á salir, pensó el ayuda de cámara. Mejor, así podrá don García llevarse con mas seguridad el deseado pergamino.

Al cabo de un cuarto de hora, Fernando IV estaba

completamente vestido y puesta una ancha capa de paño verde oscuro.

—Ahora, dijo á Nuño, desnúdate.

El ayuda de cámara miró con sorpresa al rey.

—¿Qué esperas? le repitió este.

—Nada, señor, pero creí haberme equivocado.

—Te he dicho que te desnudes.

—¿Aquí, delante de V. A?

—Sí, aquí mismo; no tengas escrúpulo de faltarme al respeto.

Nuño obedeció con presteza.

—Ahora, repuso don Fernando, acuéstate en mi cama.

—Señor....

—Cuando yo mando se obedece, interrumpió el monarca haciendo un gesto imperativo.

El ayuda de cámara no se atrevió á replicar, y sin mas cumplimiento se metió en la cama del rey.

—Ahora, repuso el monarca, apagaré la luz para evitar que te conozcan si se asoma alguno y estás descuidado; y así, aunque entren á encender la luz, te darán tiempo para ocultar el rostro y no se detendrán á mirar por temor de despertarme. Ten presente que no debes volver la espalda á la puerta, porque te conocerian por el color del pelo.

—No olvidaré las órdenes de V. A., contestó Nuño sin haberse desaturdido aun.

—Por las órdenes que acabo de darte comprenderás lo que importa guardar el secreto de mi salida de esta noche.

—Señor, ya sabe V. A. que soy su mas leal y fiel vasallo.

—La indiscrecion ó la torpeza te costarian la vida, dijo el rey con un tono que no dejaba duda de sus intenciones.

Nuño se estremeció, porque pensaba que si bien la salida del rey favorecia el proyecto de don García, tambien era posible que se notase la falta del pergamino al dia siguiente, y entonces nadie sino él, que habia dormido en el aposento aquella noche, seria responsable.

Fernando IV se embozó en su ancha capa y desapareció silenciosamente por la puerta secreta, no sin haber apagado antes la luz.

Despues atravesó una galería que estaba completamente oscura, y gracias al conocimiento práctico que tenia del plano del edificio, pudo encontrar una estrecha escalera, pasar á tientas algunas habitaciones, y llegar por fin al postigo por donde debia salir.

Abriólo, y un segundo despues se encontraba en la silenciosa calle.

Dos hombres que parecian haber salido de la tierra se le acercaron.

—Buenos sois para una sorpresa, les dijo el monarca con afable tono, y os confieso que á pesar de que me hallaba prevenido, no os he visto hasta este instante.

—Estamos á vuestras órdenes, dijo don Alonso Perez de Guzman.

—Ya sabeis á dónde quiero ir, le contestó el rey.

El señor de San Lúcar y Rodrigo, con los aceros desnudos, tomaron calle arriba.

Don Fernando los siguió.

Empezaba á caer una menuda lluvia y á soplar un vientecillo helado y sutil.

Las calles estaban desiertas.

Todos tres iban silenciosos.

Don Alonso y el bastardo caminaban atentos al menor ruido y esforzándose por ver si en medio de las tinieblas se les acercaba algun bulto; pero á veces se distraian de este cuidado para dar tormento á su imaginacion, queriendo adivinar lo que el monarca se proponia hacer aquella noche.

Despues de caminar largo rato, llegaron á la posada del señor de San Lúcar, que era uno de los edificios mejores de la poblacion.

Al entrar ocultóse el rostro el monarca para no ser conocido de ninguno de los muchos criados que salieron á recibir á su señor.

Subieron una ancha escalera, atravesaron algunos aposentos, y por último se detuvieron en uno muy espacioso y adornado, aunque con riqueza, con bastante sencillez. Gruesos troncos de encina ardian en una gran chimenea y templaban aquel vasto recinto.

Dos criados dejaron sobre distintas mesas de maciza encina grandes lámparas de plata, que despedian vivísimos resplandores, y luego se alejaron á una seña de don Alonso, que cerró las tres puertas que en distintas paredes habia en el salon.

Luego, acercándose al rey y quitándole la capa mojada por la lluvia, le dijo:

—Nadie nos interrumpirá, señor. Tomad asiento, si así os place, y dejareis un recuerdo mas de honra en la casa de vuestro vasallo.

—Sí, me sentaré, contestó el monarca, pero sentaos tambien vosotros, porque vos, don Alonso, habreis de acompañarme largo rato; y vos, don Rodrigo, escuchareis así mas cómodamente las órdenes que tengo que daros.

Sentáronse los tres, dando el monarca frente á la chimenea y quedando á sus costados don Alonso y Rodrigo.

Eran dignos de contemplarse aquellos tres hombres. El uno con su rostro infantil y apacible y sus azules ojos, límpidos, serenos, de alegre mirada, colocado en medio de los otros dos de varonil semblante, de miradas severas, duras, y de miembros robustos y atléticas formas.

Hubo algunos momentos de silencio, que al fin rompió el monarca con su dulce voz.

—Mi buen Rodrigo, dijo, vos que sois mas jóven y mas fuerte que don Alonso, vais á ir á casa del infante don Enrique, con pretesto de visitarlo de parte mia, para saber cómo se encuentra. La hora no es muy á propósito, ya se me alcanza, pero es la mejor para mi plan. Esté dormido ó despierto mi tio, entrais en su aposento, y con esa mirada de águila que Dios os ha dado, examinais bien su semblante, su color, el brillo de sus ojos, y en fin, lo examinais hasta convenceros de si debe espe-

rarse que viva ó que muera. En seguida os volvereis á decirme el resultado de vuestro encargo, y.... nada mas, luego hablaremos. Pero cuidad de no equivocaros.

—Señor, dijo el bastardo, me dais una comision que mas cuadra á un inteligente en la ciencia de curar que á un guerrero en la de matar. ¿Cómo he de juzgar yo del estado de salud del infante hasta el punto de decir si vivirá ó nó, mucho mas cuando no he de verlo sino algunos instantes?

—Don Rodrigo, repuso el monarca, siento que por primera vez en vuestra vida se os ocurra una dificultad, pues segun tengo entendido, vos no sabeis lo que son inconvenientes al acometer cualquiera empresa.

—Señor....

—Cuando una persona está cerca de la muerte, prosiguió don Fernando, tiene en su rostro un no sé qué que á nadie se le oculta.

—Es verdad, señor; pero sospecho que de la opinion que yo forme depende una determinacion grave de V. A., y....

—Aun no hemos tratado de eso, interrumpió el monarca; por ahora lo que deseo es saber vuestra opinion con respecto á las esperanzas de vida que pueda dar mi tio.... Aquí os espero, don Rodrigo.

Este se levantó sin replicar una palabra, y despues de hacer una reverencia al rey, salió del aposento.

CAPITULO XXXI.

Del resultado que dió la visita de Rodrigo.

La lluvia comenzaba á espesar y el viento arreciaba. Rodrigo, sin comprender aun el negocio en que él hacia el principal papel, se encaminó hácia la posada del infante con la ligereza que la oscuridad y el piso lo permitian.

No transitaba una sola persona por las estrechas calles de la poblacion, porque á tales horas todos sus habitantes dormian, ó por lo menos no se atrevian á salir de sus casas.

—No podia S. A., murmuraba Rodrigo, haber elegido noche peor para andar al aire libre. Urgente debe ser el negocio y de muchísima gravedad si se piensa en que no ha tenido miedo á la lluvia y en el misterio que guarda sobre sus intenciones. ¿Qué proyectará? Alguna de las suyas, porque á lo que voy observando, el mancebo

no se parece, ni á su padre por la franqueza, ni á su abuelo y mi buen padre, á quien Dios haya dado gloria, por la nobleza y generosidad de corazon.

Así pensaba Rodrigo, y saltando aquí un charco, allí un arroyo, evitando allá el golpe contra una esquina, llegó á casa del infante don Enrique y llamó á la puerta con toda la prisa del que desea ponerse á cubierto del llanto de las nubes despues de ir calado hasta los huesos. ¡Oh! bendita una vez la invencion del paraguas, y cien veces bendita la invencion de los coches para los ricos, en cuyo número no nos contamos, con el mas profundo y sin igual dolor.... No hablemos de coches, porque para nosotros los poetas de infantería, no son los coches sino instrumentos que pueden aplastar en un momento toda nuestra poesía entre el fango de una calle.

—¿Quién vá? preguntaron de la parte de adentro los de la casa del infante.

—Abrid, contestó Rodrigo.

—¿Quién sois? volvieron á decir.

—Un caballero.

—¿No teneis nombre?

—¡Vengo en el del rey, vive el cielo y los siete cielos de Mahoma, que todos á la vez se han convertido en fuentes!

La puerta se abrió, y Rodrigo descubrióse el rostro.

—¡Don Rodrigo! dijo un criado al reconocerlo á la luz de una lámpara.

—El mismo.... ¿Y el infante?

—Muy mal.

—Quiero verlo.

—No está para recibir á nadie.

—Lo manda el rey, que no podrá dormir tranquilamente si no le digo cómo se encuentra su tio.

—Entonces pasad.

Algunos instantes despues se encontraba el bastardo junto al lecho de don Enrique.

Estaba este en estremo pálido, y en los salientes pómulos de sus megillas se veian algunas manchas amoratadas. Tenia hundidos sus ojos, cuyas pupilas habian perdido todo su brillo, y sus secos y blanquecinos lábios se agitaban muchas veces antes de que pronunciasen una palabra. El tósigo obraba sus últimos efectos, y la fiebre le hacia sentir con intensidad sus ardores.

La luz que habia en el aposento era escasa, y sus débiles resplandores hacian aparecer aun mas sombrío el semblante del paciente.

—¡Agua! dijo con trabajoso acento al sentir que llegaba una persona, pero sin conocer al bastardo.

Este lo contempló sin decir una palabra.

—¡Agua! repitió don Enrique. Si ya no quereis obedecerme, por compasion.... ¡oh!... agua, que me abraso... es la última gracia que pido....

Y sus descarnadas manos oprimieron su pecho, y exhaló un suspiro.

—Y decia, prosiguió, que mi muerte... seria dulce... ¡Agua!...

El desdichado sufria horriblemente. Hizo un esfuerzo

desesperado, y luego fijó su vacilante mirada en un jarro de plata que habia sobre una mesa.

—Allí está, dijo: allí está el agua.... agua.... sed caritativos si sois cristianos.... nada os pido sino agua... agua.... allí está, en aquel jarro.... calmaré los tormentos de mi agonía.... ¿No me oís?... ¿Quién sois?... ¡Agua!...

—Razon tiene, dijo para sí Rodrigo. Vá á morir muy pronto, está en la agonía.... al menos que calme esa sed que lo devora, pide agua en nombre de la caridad cristiana.

E impulsado el bastardo por un sentimiento de noble compasion, tomó el jarro, que efectivamente estaba lleno de agua, y lo acercó á los lábios secos del moribundo.

Este cogió la vasija con estraordinaria fuerza y bebió con toda la avidez del que siente arder el pecho en la agonía.

—Gracias, dijo al sentirse repentinamente aliviado. Dios os bendiga....

No pudo proseguir, porque mas tranquilo ya reconoció á Rodrigo, y la sorpresa primero y el odio despues, suspendieron en sus lábios las palabras.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, durante los cuales brillaron con estraño fuego los ojos, antes apagados, de don Enrique.

—¡El bastardo! esclamó al fin. El bastardo.... ¿Qué buscais?... ¿Quereis gozaros en mi agonía?...

—Calmaos, don Enrique, dijo Rodrigo con dulce acento. Vengo á saber cómo estais.

—¡Asesino! esclamó el infante, cuyos ojos parecieron

querer salirse de sus órbitas. ¿Qué buscas, miserable bastardo?

Y sacando fuera del lecho los brazos, apretando los puños y rechinando los dientes, intentó levantarse. Pero lo engañaba el deseo, y volvió á caer mas abatido que antes. Este esfuerzo pareció aumentar su calentura: su mirada se hizo mas vaga, su frente volvió á sentirse abrasada otra vez, y oprimiósele el pecho como si sostuviese una enorme piedra.

—¿Qué buscas? repitió con voz que repentinamente tornóse ronca. ¿Vienes á decirme que ha muerto el rey?...

—¡Delira! murmuró Rodrigo.

—Responde, ¿ha muerto?

—Vive, contestó el bastardo, apartando de la aterradora del infante su mirada.

—¡Vive!.... Mientes, bastardo..... el rey..... ha muerto....

—No está en su juicio, pensó Rodrigo.

Don Enrique se pasó repetidamente las manos por la frente y se oprimió el pecho.

—Me ahogo, murmuró. Me ahogo.... la garganta.... Responde, bastardo, responde....

—Calmaos, luego hablareis.

—¿Vive el rey? Júrame que vive....

—Os lo juro.

—¡Oh!... ¡Me ha engañado!... ¡No me ha vengado ese traidor!... Pero nó, tú mientes, eres el hijo de una liviana mujer....

Las megillas de Rodrigo se tiñeron de un vivo carmin.

—¡Silencio! esclamó; no hableis de mi madre.

—Me tiendes un lazo, todo lo comprendo, y....

Detúvose el infante porque le faltaba la voz. Su mirada causaba espanto, y en el interior de su abrasado pecho resonaba un continuado ronquido, que no dejaba duda sobre la proximidad de una crísis que debia terminar con la muerte. Empero en medio de los sufrimientos de la agonía no olvidaba el infante su odio ni su venganza, y el estravío de su razon le hizo creer que sus proyectos de asesinato se habian descubierto, ó que Rodrigo iba para arrancarle por la fuerza el acta de su legitimacion de hijo del rey don Alonso.

—Todo lo comprendo, repuso don Enrique al cabo de algunos instantes. ¿Quieres abusar.... de tu fuerza.... en este instante?... ¡Oh!... Me ahogo.... Al fin.... eres bastardo....

Las pupilas del infante se dilataron repentinamente; estendió los brazos, hizo un supremo esfuerzo, y despues de exhalar un grito arrojó por la boca una gran cantidad de negra sangre. Su rostro se puso cadavérico: la accion de sus miembros se paralizó por un instante; y luego, en el último esfuerzo de su agonía, mas escitado por la desesperacion que acobardado por la muerte, levantó la ensangrentada almohada y sacó los pergaminos que ya conocen nuestros lectores.

—No.... te lo llevarás, dijo.

Y se dispuso á romperlos.

Rodrigo no comprendió lo que significaban las palabras del infante, ni pudo sospechar el valor de aquellos

pergaminos, pero sí pensó que debian ser de mucha importancia para él cuando el infante en su agonía no olvidaba inutilizarlos; y por esto, sin detenerse á mas razonar, apoderóse rápidamente de ellos y á la vez que el anciano arrojaba una nueva porcion de sangre y con ella el último suspiro.

—Ha muerto, murmuró el bastardo, conmovido por aquella triste escena. Dios lo reciba en su gloria.

Y meditó algunos instantes sobre lo que debia hacer.

—Ante todo, veamos lo que contienen estos pergaminos.

Acercóse á la mesa, y á la escasa luz de la lámpara examinó rápidamente los importantes documentos que la casualidad le enviaba.

En su sorpresa no pudo contener un grito, que hizo entrar á dos criados del infante.

—¿Llamais? preguntaron á la vez.

Rodrigo, aunque muy turbado, tuvo la precaucion de ocultar los pergaminos bajo su capa.

—Vuestro señor, dijo, acaba de espirar.

Los sirvientes se precipitaron á la cama.

—Voy á participar al rey lo sucedido, añadió el bastardo.

Y embozándose en su capa, salió triste y meditabundo para volver en busca del monarca.

Mientras atravesaba nuevamente las oscuras y fangosas calles, y en tanto que la lluvia caia y los truenos retumbaban, pensaba si seria prudente decir al monarca la verdad de todo y entregarle los pergaminos. Largo

rato vaciló, pero al fin decidióse á callar el importante secreto y á pedir satisfaccion á don García, porque de este modo evitaba que el rey, llevando hasta el estremo su enojo, no se contentase con castigar al traidor, y con este motivo se diese lugar á nuevas discordias.

—Sí, murmuraba Rodrigo bajo el embozo de su capa, yo castigaré al asesino infame, y así se evitarán nuevos descontentos de sus amigos. Además, la cuestion me pertenece en parte, segun lo prueba el documento, que referente á mí, está con los otros: no sé qué relacion tenga la muerte del rey con la prueba de que soy el hijo bastardo de don Alonso, pero es lo cierto que de mí se trataba, y no seria con la intencion de procurarme ningun bien. Guardaré este secreto, que así conviene, y que me proporcionará la ocasion de habérmelas con ese villano de don García.

Rodrigo llegó á casa de don Alonso.

El monarca lo esperaba con impaciencia.

—¿Y el infante? dijo apenas el bastardo entró.

—Señor, acaba de espirar despues de una penosa agonía.

Fernando IV no dejó ver en su frio semblante ni la mas leve emocion.

—Acompañadme á mi palacio, dijo á la vez que se ponia de pié y tomaba su capa.

Don Alonso y Rodrigo se miraron llenos de sorpresa por la sangre fria de aquel niño.

Silenciosos como tres mudos, salieron á la calle, y caminando acompasadamente, llegaron á dar vista á la régia morada.

—Un bulto se acerca, dijo el bastardo.

Y cubrió con su cuerpo el del rey.

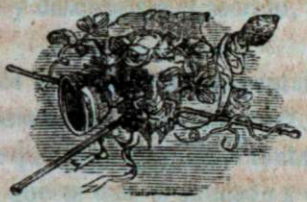
Pocos segundos despues pasó junto á ellos un embozado, tan aceleradamente, que parecia huir, segun lo poco ó nada que se cuidaba de evitar los arroyos de agua que corrian á lo largo de la calle.

—Mucha prisa lleva, dijo el monarca.

Y apretando el paso, llegó junto al postigo.

—Retiraos, dijo á Guzman y al bastardo, y mañana venid temprano á verme. Nadie sabe que yo he salido esta noche.

Don Alonso y Rodrigo hicieron una profunda reverencia; y cuando vieron que el rey estaba dentro de palacio, tomaron la vuelta de sus casas, pensativos aun porque no habian acertado el motivo de la salida del monarca aquella noche.



CAPITULO XXXII.

De cómo en el pecado llevó Nuño la penitencia.

Mientras tenian lugar las anteriores escenas, veamos lo que en palacio sucedia.

Cuando Nuño quedó solo, pensó en levantarse para dar aviso á don García de la salida del rey; pero no se atrevió reflexionando que mientras podian entrar los de la servidumbre y descubrirse el secreto, viendo la cama desocupada.

—¿Y á dónde habrá ido? se preguntaba el ayuda de cámara. ¿Y cómo se atreve á salir solo?... Es menester convencerse de que ese rapaz tiene tanto corazon como su padre, pero que es mas disimulado y quizás de peores intenciones.

Nuño estiró las piernas, y despues de volverse y revolverse en el blando lecho, convencióse de que estaba allí mejor que en su cama, y de que no habia para qué mantenerse inmóvil.

—¡Con qué dulcísimo sueño, dijo para sí, descansaria mi humilde persona entre estos cortinajes, si no faltase á mi estómago el calorcillo de un par de botellas del esquisito añejo que adquirí esta mañana! Comprendo que un hombre cometa el feísimo pecado del hurto por hacerse dueño de una botella, pero por llevarse un pedazo de pergamino.... ¡bah! don García debe estar loco. ¡Cómo voy á reirme aquí callandito, cuando lo sienta entrar y piense en el miedo que llevará por si el rey despierta y lo sorprenden!... Bueno fuera asustarlo.... Nó, que puede costarme cara la broma, porque si don García, sobrecogido, grita, ó por huir tropieza en cualquier parte, acudirá una caterva de criados, se me acercarán á preguntarme lo que ocurre y el secreto.... ¡oh!... y un secreto que para el rey vale mas que mi cabeza. Lo mejor será hacerme el dormido, y mañana le referiré el suceso.

En estas y otras reflexiones pasó mas de una hora.

La lluvia arreciaba y el viento dejaba oir silbidos prolongados, que muy pronto llegaron á mezclarse con el estampido del trueno.

—Buena noche para andar por esas calles, murmuró Nuño, á la vez que ocultaba casi toda la cabeza bajo la sábana. En verdad que S. A. no ha tenido mucho acierto en cederme la cama para ir á pasearse.

En aquel instante se oyó un levísimo roce en la pared mas próxima al lecho, y Nuño se estremeció.

—Ya está aquí, pensó el ayuda de cámara.

Y sin atreverse casi á respirar, escuchó cuidadosamente.

Don García acababa de entrar.

El crujido de un trueno impidió el oir sus tardos y leves pasos; pero al cabo de algunos segundos, Nuño sintió que tocaban á la cama.

—Si conociese como yo este aposento, dijo para sí, seguiria junto á la pared y ahorraria camino.

Se oyó entonces respirar con agitacion á don García, y su mano trémula tocó el cuerpo del ayuda de cámara.

—Es muy torpe, pensó este. Buena la hubiéramos hecho á estar el rey aquí. De seguro hubiese despertado. ¿Pero á dónde vá ó qué busca? añadió al notar que don García continuaba palpando sobre la cama, sin moverse de aquel sitio. Sin duda ha perdido el tino con la oscuridad, y no acierta, ni á seguir adelante, ni á retroceder.

Pero la estrañeza de Nuño creció, cuando pasados algunos instantes advirtió que el caballero mas parecia buscar la persona del rey que el armario donde estaba el pergamino.

Reinaba un silencio profundo interrumpido solo por la respiracion, cada vez mas precipitada, de don García, y por la lluvia al caer en los vidrios de colores de la única ventana que habia en el aposento. De repente el tableteo del trueno se repitió en el espacio, y al estremecerse involuntariamente el ayuda de cámara, sintióse cogido fuertemente por la garganta. Entonces lo comprendió todo, y un segundo bastó para que se convenciese de que habia sido engañado.

No era Nuño cobarde, ni lo aturdia la sorpresa; así es que, con la misma rapidez del pensamiento, echó

mano á la que lo sujetaba sin permitirle apenas respirar; pero antes de que pudiese desasirse de ella, el aleve puñal de don García le atravesó el corazon.

Ni un grito exhaló la víctima, sin duda porque la mano del asesino lo estorbó.

En medio de la absoluta oscuridad del aposento viéronse brillar por un instante, y como dos fosfóricas luces, los ojos de don García. Luego oyóse como si moviesen la ropa de la cama, y la respiracion del caballero indicó que empleaba gran parte de sus fuerzas como si tuviese necesidad de romper algo ó levantar mucho peso. Despues.... nada mas que un trueno tan prolongado, que no hubo habitante del palacio que no despertase, ni centinela, que despierto, dejase de santiguarse apresuradamente.

Sin duda los que velaban en el aposento inmediato al dormitorio creyeron que aquel trueno habria podido despertar al rey, porque se acercaron á la puerta y levantaron el tapiz que la cubria. Pero al notar que se habia apagado la luz, fueron en busca de otra, y pronto volvieron con ella.

Andando sobre las puntas de los piés para no hacer ruido alguno, entraron dos sirvientes con una lámpara, que pusieron en una mesa. Luego miraron á la cama, y notando el desórden en que estaban las sábanas y ropas, juzgaron prudente acercarse.

Como si les hubiese tocado la varita de una maga, convirtiéndolos en piedras repentinamente, así quedaron de inmóviles, con los ojos estremadamente abiertos, la

mirada fija y revelando espanto, y la respiracion suspendida. Sus rostros estaban pálidos, perdidas las fuerzas de todos sus miembros y aturdida y confusa la mente.

Don García, en la embriaguez de su triunfo criminal, habia cortado á Nuño la cabeza, llevándosela consigo para presentarla á don Enrique; y los guardianes del monarca, al ver aquel cuerpo tan inhumana y horriblemente mutilado, creyeron que era el de su señor, siéndoles imposible reconocerlo sin cabeza y medio oculto entre la ropa de la cama.

Trascurrió un rato sin que á ninguno de los dos sirvientes les dejase el espanto dar un solo grito; y luego, como impulsados ambos por un mismo resorte, huyeron despavoridos, y al fin, á grandes voces pidieron socorro en la habitacion inmediata.

Ya hemos dicho que el último trueno despertó á todos los moradores del palacio, y esta circunstancia contribuyó á que los gritos de alarma y la voz de *¡Han asesinado al rey!* cundiese con la rapidez del relámpago.

En pocos momentos se llenó de gente el régio dormitorio, siendo de los primeros en acudir la reina doña María, que solo tuvo fuerzas para llegar hasta el lecho de su hijo, exhalar un grito de maternal dolor, grito que parecia haberle desgarrado el pecho, y luego cayó sin sentido en los brazos de su doncella Violante.

Sin que ninguno supiese á dónde iba, todos corrieron en confuso tropel del uno al otro lado, gritando los unos,

jurando y maldiciendo los otros, todos mandando, ninguno obedeciendo, afanándose á porfía por buscar al asesino, pero sin ocurrírsele á ninguno que la sangre de la víctima debia haber dejado alguna huella.

Lamentos, imprecaciones y amenazas ahogaron por largo rato el ruido creciente de la tormenta. Al fin empezó á restablecerse el órden, y entonces se dispuso que un crecido número de ballesteros rodease el palacio y no dejase salir á nadie, mientras que otros registraban el interior.

—¿Y por dónde ha podido entrar el asesino sin que nadie lo vea? preguntó un caballero á los que hacian la guardia en el aposento inmediato al dormitorio. ¿Estábais dormidos?

—¿Acaso nos dormimos cuando se trata del servicio de S. A? replicó el que antes habia llevado la lámpara.

—¿Pero por dónde ha entrado?

—Por la ventana nó, porque está cerrada.

—Por la puerta tampoco, porque yo lo hubiera visto.

—Estaria ya escondido aquí.

—No puede ser otra cosa.

—Entonces, ¿por dónde ha salido?

Todos se encogieron de hombros á esta pregunta.

—Señores, no perdamos el tiempo inútilmente. Que lleven á la reina á su aposento y busquemos al asesino.

—Y demos aviso á la nobleza.

—Y al infante don Juan.

—¿Para que venga por la corona?

—Tomará lo que es suyo.

—Le pertenece al infante don Enrique.

—A nadie sino á don Alonso de la Cerda.

—Las Córtes deben decidir.

—¡Castilla y don Juan! esclamó uno blandiendo su espada.

—¡Castilla y don Enrique! gritó otro.

—¡Viva don Alonso! añadió un tercero.

—¡Fuera los partidarios del sanguinario don Juan! gritaron muchos á la vez.

—¡Mueran los parciales de don Enrique el viejo! esclamaron otros.

—¡Traidores!

—¡Villanos!

—¡Que regente doña María y que decidan las Córtes!

—¡Viva la reina!

—¡Muera!

—¡Viva don Juan!

—¡Viva don Enrique!

—¡Fuera!

—¡Atrás, vive Dios!

—¡A las armas!

Y olvidándose de todo sin respeto á la muerte ni al dolor de una madre, cruzáronse muchos aceros.

En aquel instante se abrió la puerta secreta y entró Fernando IV con la frente contraida, chispeantes los ojos y pálido el semblante.

—¡Paso al rey! gritó con su acento infantil y á la vez que se colocaba en medio de los combatientes.

Oyóse un solo grito de espanto y de sorpresa, á la

vez exhalado por todos, y al desórden y confusion sucedió la quietud, la absoluta inmovilidad, y al ruido atronador el mas profundo silencio.

Percibiéronse entonces distintamente las palpitaciones violentas de muchos corazones.

El rey dejó caer al suelo su mojada capa; cruzó los brazos sobre el pecho, irguió la cabeza con un orgullo, con una altivez sin igual, con una majestad impropia de sus pocos años, y paseó su mirada severa por su alrededor.

Todas las cabezas se inclinaron.

—¡De rodillas! dijo el monarca con acento breve.

No hubo uno siquiera que no cayese de hinojos.

Dilatóse el semblante de don Fernando, y en un momento apareció tranquilo, apacible, tal como á su edad convenia; pero luego vagó en sus lábios una sonrisa desdeñosa, y con dulce tono dijo:

—El rey de Castilla lo soy yo, don Fernando IV.

Hubo algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales repuso el monarca con acento de despótico mando:

—¡Há de mi alférez mayor!

—Señor, dijo uno de los caballeros que habian propuesto la regencia de doña María y la decision de las Córtes.

—Levantaos, repuso el rey.

El caballero obedeció.

—He escuchado vuestra criminal discordia, prosiguió el monarca hablando con todos, y sé que mi alférez ha

sido el primero en tomar la defensa de los derechos de mi madre y de la autoridad de las Córtes.

Muchos hubieran querido escusarse, demandar perdon, pero no se atrevió ninguno á hacerlo.

— Conde, añadió Fernando IV dirigiéndose á su alférez mayor, disponed que se retiren los ballesteros que cercan el palacio, porque el asesino está fuera de él, lo he visto alejarse, pero ignoraba entonces que se hubiese cometido este crímen. El que veis asesinado es Nuño, mi ayuda de cámara. Alzaos, señores, y no os olvideis de esta noche. No sé quién habló en favor mio ni quién en contra; pero tened entendido que yo tampoco olvidaré que dentro de mi morada se abrigan traidores como los de fuera de ella.

Luego dió el monarca órden para que las doncellas de su madre la condujesen á su aposento, y dijo á uno de sus ayudas de cámara:

—Acercad esa luz, y veremos por las manchas de sangre el camino que ha seguido el asesino.

Efectivamente, desde el lecho hasta la puerta secreta estaba lleno de sangre el pavimento.

—¿Cómo han podido entrar por aquí? repuso don Fernando. Nadie sino el infeliz que ha muerto en mi lugar conocia esta puerta, y supongo que no habrá vendido el secreto para que lo asesinen.... Sin embargo, él no sabia que esta noche.... Nó, nó, ni aun así. Lo cierto es que el golpe iba dirigido á mí.

Abrió el rey la puertecilla, y vió que la sangre continuaba por la galería, siguiendo por la escalera, y luego hasta llegar al postigo esterior.

—Por aquí se ha escapado, dijeron algunos. Continuemos por la calle y al fin daremos con él.

—Creo que nada adelantaremos, contestó el rey, porque la lluvia es muy abundante, y no habrá quedado señal alguna.

No se equivocaba el monarca: la estrecha calle estaba convertida en un lodazal, y la lluvia, que aun continuaba con mucha fuerza, no habia dejado que se estancase la sangre ni que se señalase huella de las pisadas.

Todas las demás pesquisas fueron inútiles; nadie habia visto ni sentido nada, y fué preciso abandonar la empresa.

Pocos momentos despues, la reina doña María, llorando de gozo, abrazaba tiernamente á su hijo.

—Con razon, decia este, sospechan don Alonso y Rodrigo que se conspira.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

CAPITULO XXXIII.

Sorpresa tras sorpresa: intriga tras intriga.

Apenas don García salió del palacio real, encaminóse con precipitados pasos á la morada del infante don Enrique, cuidando de envolver en un estremo de su ancha capa la ensangrentada cabeza del desdichado Nuño, víctima de su misma traicion.

La doble emocion de feroz alegría por el triunfo que acababa de alcanzar, y de espanto por el crímen que habia cometido, trastornaron de tal modo al caballero, que ni se apercibió de la lluvia, ni de los relámpagos, ni mucho menos de las tres personas, el rey, don Alonso y Rodrigo, por cuyo lado acababa de pasar.

Pocos minutos bastaron al asesino para llegar á la morada del infante. Su diestra convulsa, que aun empuñaba distraidamente el arma homicida, llamó con repetidos golpes á la puerta, que se abrió en seguida, dejándole el paso franco.

—¿Cómo está don Enrique? preguntó el asesino con trémula voz.

—Hace pocos instantes que acaba de espirar, le contestó el criado que habia abierto.

—¡Ira de Dios! esclamó don García.

Y precipitadamente subió la escalera, atravesó algunas habitaciones, y llegó á la en que yacía el infante.

Solo un escudero se encontraba allí: los demás sirvientes iban y venian por toda la casa, donde reinaba el mayor desórden y confusion.

Don García, sin perder un instante, se acercó al lecho y registró debajo de la almohada; pero no encontrando los pergaminos, dejó escapar un grito de sorpresa, y quedó inmóvil y mudo, con la mirada fija en el cadáver y el aliento suspendido.

—¿Qué os sucede? le preguntó el escudero.

—¿Quién ha entrado aquí? dijo don García.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Hace muy poco, estuvo don Rodrigo....

—¡Se los ha llevado! interrumpió don García con acento de desesperacion.

El escudero lo miró con estrañeza.

—¿Ha estado solo con el infante? repuso el caballero.

—Solo, hasta que dió un grito al espirar nuestro señor, y entonces entramos....

—¿Con qué pretesto ha venido?

—De parte del rey.

—¡El rey, sí! repitió don García, á la vez que sonreia de una manera ferozmente sarcástica.

Hubo algunos momentos de silencio, y luego añadió:

—¿Y qué me importa que se los haya llevado? Cuando vaya á entregárselos al rey....

No dijo mas; y dejando atónito al escudero, salió precipitadamente de la casa.

—Esta será la última hazaña del bastardo, decia mientras se encaminaba al palacio del infante don Juan. ¿Conque si yo no hubiese podido dar el golge esta noche estaba perdido? Pero, afortunadamente, ya no existe Fernando IV, llevo aquí su cabeza, y mañana será rey de Castilla el infante don Juan. No sabe todavía el buen Nuño el servicio que me ha hecho: bien merece la nobleza, las tierras, el castillo y las alcabalas, y aun algo mas. El atrevido rapazuelo decia que sobraban cabezas y faltaban coronas.... ¡oh!... ahora sucede lo contrario, y hay una corona que espera una cabeza.

Inflamáronse los ojos de don García y brillaron mas que un relámpago, que en aquel instante iluminó el negro horizonte. Luego se perdió en el seno de la oscuridad el eco imponente del trueno.

—El cielo está como la tierra, murmuró don García, que hasta entonces no se habia apercibido de la tormenta. Bien, bien. Esta noche corre el agua; mañana correrá la sangre; ahora los truenos amedrentan á la gente pacífica; mañana, tal vez, el ruido de las armas despertará el valor de la gente de guerra.

El caballero apretó el paso. Su cabeza estaba trastornada en fuerza de su criminal alegría.

—No perdamos un instante, añadió. Es preciso ver si podemos apoderarnos de la reina antes que se aperciba de lo sucedido.

Pocos momentos despues llegó á la puerta principal del palacio del infante, y llamó con precipitados golpes.

—¿Quién es? preguntaron con tono de mal humor los de adentro.

—Abrid á don García en nombre del rey, ó mejor dicho, abrid al rey, que viene conmigo.

—Esperad, contestaron, que no podemos abrir sin permiso de nuestro señor, aun cuando venga S. A. en persona.

—Parte de S. A. viene, murmuró don García.

Y mal que le pesase, tuvo que aguardar un buen rato.

Al fin la puerta se abrió.

—¿Venís solo? preguntó un escudero.

—No os importa. Cerrad y guiadme adonde esté don Juan.

Salió este al pié de la escalera creyendo que iba á recibir al monarca, pero al ver solo á don García, le dijo:

—¿Acaso no os acompaña?...

—Ya lo sabreis todo, interrumpió el caballero. Tengo que hablaros de un asunto importantísimo.

—Venid, repuso don Juan. Pero advierto que estais pálido....

—Los truenos me infunden pavor.... una aprension

como otra cualquiera, cosas de la vejez.... Vamos mas de prisa.

Subieron la escalera y entraron en un salon ricamente amueblado.

El infante cerró la puerta, y solo ya con don García, le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Antes habreis de contestarme á una pregunta.

—No os comprendo.

—¿Quereis ser rey?

—Sí, dijo don Juan con su natural laconismo, y á la vez que su rostro enrojecia.

—Pues bien, la corona de Castilla está en mis manos, repuso don García.

Mirólo el infante, como para convencerse de que no estaba loco el caballero, y luego dijo:

—Sentaos y esplicaos.

—No me siento, porque son muy preciosos los instantes.

—Es que no sé lo que significan vuestras palabras, volvió á decir don Juan, en estremo confuso.

—Os repito que puedo ofrecer la corona real á quien mas me plazca. ¿Qué daríais por ella?

—Si eso fuese verdad, os daria cuanto pidiéseis.

—¿El título de conde?

—Sí.

—¿Y el adelantamiento de la frontera de Andalucía?

—Tambien.

—¿Y el señorío de Vizcaya, quitándolo al de Haro y renunciándolo vuestra esposa y vos?

—Tambien.

—¿Lo jurais?

—Lo juro, contestó maquinalmente don Juan, que aun sospechaba si estaria soñando.

—Pues bien, repuso don García, sabed que el rey don Fernando ya no existe.

—Ha perdido el juicio, dijo el infante encogiéndose de hombros.

—¿Sabeis lo que os traigo? replicó el caballero dando un paso hácia el infante y mirándolo sombriamente.

—¡Lo que me traeis!...

—La cabeza de Fernando IV.

—¡Don García!

—Miradla.

Y el asesino arrojó al suelo el sangriento despojo, y miró con aire de triunfo á don Juan.

Este retrocedió un paso, dejó escapar un grito y fijó su mirada en la cabeza de Nuño; pero al ver que no era la del rey, contempló entre airado y compasivo á don García, y le dijo con áspero tono:

—O quereis burlaros de mí, ó estais loco.

—¡Don Juan!

—Mucho ha desfigurado la muerte al rey, pues que ha trocado sus cabellos rubios y sedosos en negros y ásperos.

Estas palabras hicieron á don García fijar la atencion en la cabeza, y al reconocer la de Nuño, sintió perder las fuerzas, y solo pudo exhalar un grito de espanto.

—¡Maldicion! dijo despues de algunos instantes. Estoy

perdido. He asesinado á ese infeliz creyendo que era el rey, porque estaba en su mismo lecho.... Dadme un caballo, don Juan; necesito huir á toda prisa: el bastardo tiene las pruebas de este crímen, y quizás en este momento se pronuncie mi sentencia de muerte.

Tan sorprendido quedó el infante, que ni acertó á pedir esplicaciones á don García.

Este, pasados los primeros momentos de espanto, se entregó á la desesperacion.

—¡Y el bastardo es dueño de los pergaminos! esclamó. ¡Tiene mi vida en sus manos!... ¡Oh!...

Y retorciéndose los brazos y arrancándose los cabellos, se dejó caer en un sillon, con el rostro pálido y desfiguradas las facciones.

Pero como el coraje enardece el espíritu y suele fecundizar la imaginacion, ocurriósele á don García una diabólica idea.

—Tal vez, dijo, haya guardado los documentos para sacar mas tarde otras ventajas que la de mi muerte; y si ha sucedido así, lo mismo pueden ser los pergaminos armas en contra suya que del infante si viviese. El bastardo pudo ser mi cómplice; ambicionaba la corona, y por eso guardaba el acta de su reconocimiento de hijo de don Alonso X y la declaracion de don Enrique.... Sí, sí, don Juan, un pergamino, un pergamino.... el bastardo morirá.

El infante estaba completamente aturdido, y obedeció maquinalmente á don García.

Este escribió con insegura mano lo siguiente:

«Don Enrique, tengo que huir precipitadamente de Castilla. Me comprometí bajo mi firma á matar al rey, pero equivoqué el golpe. El documento, con otro que es una declaracion del infante don Enrique de haber sido envenenado por el monarca, y el famoso escrito de que hablamos ayer, han caido en poder del bastardo. ¿Por qué no habia de ser este mi cómplice en lugar del infante? Esta idea se me ocurre en los momentos de apuro, y creo que podemos aprovecharla. No tengo tiempo para deciros mas, ni vos habeis menester otras esplicaciones. Podeis inutilizar á nuestro mas temible enemigo. Parto ahora mismo para Aragon. Quemad esta carta.»

Don García firmó, y dijo al infante:

—Haced que este pergamino llegue á manos de don Enrique de Alvarado.... dádselo vos mismo, á nadie lo fieis, pero leedlo antes para que esteis al alcance de todo, porque os interesa mucho: en ello vá el éxito de nuestros planes, se trata de la corona, y solo un rival teneis ya que os la dispute, don Alonso de la Cerda, y este bien poco ó nada puede hacer.

Don Juan leyó el escrito, y contestó:

—Aun no comprendo....

—Todo os lo esplicará el de Alvarado.

—Pero el infante mi tio....

—Hace pocas horas que espiró....

—¡Ha muerto!

—Envenenado por el rey....

—¡Envenenado! repitió don Juan con acento de la mas profunda sorpresa.



Miradla.



—Y quiso vengarse, y yo me comprometí....

—Ahora lo comprendo todo.

—Un caballo, don Juan, un caballo, repuso aceleradamente don García.

—Pero si el bastardo ha entregado al rey los pergaminos....

—No lo creo: sin duda los ha guardado; pero si no ha sucedido así, paciencia y... Adios, don Juan.

—No es prudente, replicó el infante, escribir una carta como esta.

—¿Desconfiais de vos mismo?

—Nó, don García; pero ¿quién sabe lo que puede suceder? Y si se pierde....

—Don Enrique la quemará.

—Mejor fuera que yo le dijese lo mismo que le escribís con harta ligereza....

—No os haria caso, porque segun nuestros convenios particulares, á no hablarle yo, solo á mi letra dá crédito.

—Bien, bien.

—Pero dadme un caballo, repuso don García, cuya agitacion iba en aumento. Un caballo que vuele.... quizás se pronuncia en este instante mi sentencia de muerte, quizás me estén buscando, y no dejarán de venir aquí para encontrarme....

—Mientras esteis dentro de mi casa....

—Aun no conoceis al rey niño... ¡Un caballo, don Juan!

—Llevaos esa cabeza, repuso el infante.

Don García recogió con trémula mano la cabeza y la ocultó bajo su capa.

Entonces don Juan llamó á un criado, y le dijo:

—Mi potro Almanzor.... pronto, pronto.

Cinco minutos despues cabalgaba don García en un potro andaluz, negro como el azabache, y daba un adios al infante don Juan.

Empezaba á cesar la lluvia y se alejaba la tormenta.

CAPITULO XXXIV.

Siguen las intrigas.

Al siguiente dia por la mañana, cuando apenas habia salido el sol, se sabia en toda la ciudad lo sucedido en la cámara del rey don Fernando, y que el infante don Enrique habia muerto.

Aun no serian las nueve, y ya el infante don Juan se disponia para salir á la calle con intento de cumplir el encargo de don García, cuando le anunciaron que don Enrique de Alvarado deseaba verle.

—Me evita el trabajo de ir á su casa, dijo para sí don Juan.

Y luego mandó que entrase el caballero.

Este se presentó á los pocos instantes, sin que en su rostro se dejase ver ni tristeza ni alegría, pues como siempre, una espresion de inalterable indiferencia no dejaba adivinar lo que en su interior sentia.

—No os esperaba, le dijo el infante, y si hubiéseis tardado algunos momentos en llegar, no me hubiéseis encontrado.

—¿Segun eso íbais á salir? le contestó don Enrique retrocediendo un paso y como si quisiese alejarse.

—Sí, amigo mio.

—Entonces no quiero estorbaros.

—Al contrario, me habeis hecho un favor con venir, porque así escuso de ir á buscaros.

—Pero tal vez en este momento....

—Nó, nó, porque tenemos que hablar, y es negocio urgente. Sentaos.

—Como os plazca, don Juan, repuso el caballero sentándose junto al infante. Mi visita no tiene mas objeto que el de saludaros.

—Ya sabreis lo ocurido anoche....

—¿La muerte de vuestro tio?

—No me refiero á eso, sino á lo de palacio.

—Sí, me han contado.... pero ya sabeis que esas cosas se exageran.... vos podréis referírmelo con exactitud.

—El rey me ha dado parte del suceso, y sé la verdad.

—¿Y quién es el asesino?

—No se tienen ni aun sospechas.

—Lo dudo, don Juan.

—Así es lo cierto.

—¿Y vos tampoco sospechais de nadie? dijo don Enrique fijando en el infante una investigadora mirada.

—Yo.... tampoco, contestó don Juan, á la vez que sonreia maliciosamente.

—Tal vez, tal vez....

—Lo único que sé es que anoche, muy á deshora, vino á buscarme un caballero para ofrecerme la corona de Castilla, y me dijo estas palabras: «Ayer decia don Fernando IV que habia muchas cabezas para una corona, y hoy tenemos una corona y nos falta una cabeza donde colocarla.»

—¡Don Juan! esclamó el caballero, á la vez que acercaba su sillon al del infante y brillaban sus ojos.

—Tal como lo oís.

—Entonces ese que tal os dijo debia ser el asesino del rey.... es decir, el de Nuño.

—El mismo.

—Poseeis un gran secreto.

—¿Qué daríais por él?

—¡Oh! esclamó don Enrique sin poder contenerse.

Y luego, dominándose, repuso con tono de indiferencia:

—No daria nada, porque nada me importa, y porque ya sabeis que no soy curioso.

—Sabeis fingir á las mil maravillas, repuso don Juan, y no os lo echo en cara, porque os envidio esa facilidad.

—¿Y qué contestásteis al caballero? dijo don Enrique sin hacer caso de las palabras del infante.

—Que estaba loco.

—Y con razon se lo dijísteis.

—Quiso probarme lo contrario, y me enseñó una cabeza....

—Con cara barbuda y morena....

—La del pobre Nuño.

—Y entonces, repuso don Enrique, el caballero quedó espantado, y solo pensó en huir, como efectivamente lo hizo; y á estas horas estará muy lejos de Valladolid, porque habrá llevado un caballo corredor....

—¿Cómo sabeis eso?

—Porque es natural que así sucediese, porque en su caso yo hubiera hecho lo mismo, ni aun me habria detenido en ir á mi casa y os hubiese pedido un caballo.

—¿Tambien sabeis?....

—Nada sé, pero os repito que es lo mas natural. De manera que el asesino es el que falte hoy de Valladolid y no haya dormido en su casa la pasada noche.

—Ciertamente.

—Ya veis, don Juan, cómo puedo ser dueño del secreto, sin dar nada por él.

—Sois muy astuto, don Enrique.

—Vos muy poco prudente.

—Es que nada me importa que adivineis quién es el asesino, sino que por el contrario, tengo que deciros su nombre con otras cosas de mas importancia.

—Entonces, habeis querido poner á prueba mi astucia.

—Sí.

—Mucho tiempo os sobra cuando así lo empleais.

—He querido convencerme mas de lo que estaba, de que valeis mucho.

—Eso es otra cosa.

—Decidme, ¿quién es el defensor mas temible del mo-

narca, y por consiguiente, el enemigo de quien mas debemos guardarnos?

—El bastardo Rodrigo.

—Eso mismo decia el que intentó asesinar al rey.

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Para saber si todos éramos de la misma opinion.

—Sin duda alguna.

—Ahora quisiera saber, repuso don Juan, el partido que tomareis, una vez que ha muerto mi tio don Enrique.

—¿No lo adivinais?

—Nó.

—Pues es cosa clara.

—Sin embargo, bueno es saberlo de vuestra boca terminantemente.

—Yo no puedo ser partidario del rey.

—¿Y de don Alonso de la Cerda?

—Mucho menos, porque no tiene probabilidades de adelantar nada jamás.

—¿Entónces?...

—Estoy dispuesto á trabajar por vos decididamente.

—¿Hará lo mismo don García?

—¿Acaso no lo habeis visto?

—Sí.

—Mejor que yo sabreis entonces lo que piensa acerca de este punto.

—¿Y con qué condiciones, dijo el infante, sereis de los mios?

—Quiero el título de conde y tres villas de la corona.

—Todos quieren ser condes.

—Es que todos quieren ganar algo, repuso don Enrique.

—Bien, amigo mio, aunque mucho pedís, acepto vuestras condiciones. Ahora tratemos de lo que se debe hacer.

—Tendremos una reunion con todos los partidarios de vuestro difunto tio, que os seguirán sin vacilar; pero entre vos y yo habrá secretos que no deben descubrirse á nadie.

—Es verdad, y tanto, que voy á comenzar por revelaros uno de mucha importancia.

—¿Acaso el nombre del asesino de Nuño? dijo don Enrique sonriendo irónicamente.

—Nó, porque ya lo habreis adivinado.

—Tal vez.

—Es don García....

—No me equivoqué.

—Hablo de un secreto de mas importancia, y del cual me hizo depositario don García.

—Escitais mi curiosidad.

—Mi tio, repuso don Juan, ha muerto envenenado.

—¡Envenenado! esclamó don Enrique.

—Sí, envenenado por el rey.

—¿Cómo habeis podido saber?...

—Así lo declaró bajo su firma antes de morir.

—Y esa declaracion....

—Debia ir á manos de don García en pago del asesinato que ha frustrado la casualidad.

—¿Y ahora la teneis vos? replicó don Enrique, cuyo rostro se animó súbitamente.

—Nó, contestó don Juan.

—¡Ah! murmuró el caballero, quedando pensativo.

—Si yo la tuviese....

—Es lástima, porque ese documento....

—Pero sé quién lo tiene.

—Bien, bien, proseguid, añadió don Enrique.

Y sus ojuelos verdes volvieron á brillar.

—Antes tengo que deciros una cosa que ignorais, repuso el infante.

—Sois dueño de muchos secretos.

—Cuando el infante firmó ese documento, prosiguió don Juan, firmó tambien otro nuestro amigo don García, en el cual decia comprometerse á matar al rey.

—¡Qué imprudencia!

—El uno y otro pergamino quedaron en poder del infante don Enrique, y debian pasar á don García cuando este cumpliese su promesa de asesinar á don Fernando IV.

—Y á la muerte de don Enrique.... interrumpió con impaciencia el caballero.

—Hubo una persona que se apoderó de ambas declaraciones, con mas otro documento no menos importante.

—¡Otro documento!

—El acta famosa de reconocimiento del bastardo....

—¿Y quién es dueño de ese tesoro?

—Rodrigo.

—¡Rodrigo! esclamó don Enrique. ¡Pobre don García, está perdido!

—Creo que nó.

—Esplicaos, esplicaos, repuso afanosamente el caballero.

—Es posible que el bastardo no haya hecho uso ahora de esos documentos, y en vez de entregarlos al rey para delatar á don García, los guarde; en cuyo caso....

—Sí, teneis razon, interrumpió don Enrique, cuya astucia lo habia en un momento adivinado todo.

—¿Comprendeis?...

—Lo mismo pueden esas declaraciones perjudicar á don García, que al bastardo si las conserva en su poder, porque bien pudo ser él cómplice en vez del infante.

—Pues bien, ahí teneis el medio de inutilizar al mas temible de nuestros enemigos. Puede acusarse á don García y á Rodrigo; pero haciéndolo de cierto modo....

Don Enrique meditó algunos instantes, y luego dijo:

—¿Y quién me responde de la exactitud de todo eso?

Esta pregunta no agradó mucho á don Juan, que ya habia pensado que el caballero se contentaria con que le dijese lo ocurrido, y que no habria necesidad de entregarle la carta.

—Yo, contestó el infante. Yo os respondo de que es verdad, que así me lo dijo don García, y él responderá de que es cierto lo que me ha dicho.

—Son asuntos muy delicados, dijo don Enrique.

—¿Dudais de mi palabra?

—Nó, don Juan, pero la empresa es muy arriesgada y por demás difícil.

—Pronto habeis variado de opinion.

—Es que vos no estais en antecedentes de lo que media entre don García y....

—¿Y vos?

—Es casi imposible....

—¿Y si don García os escribiese diciéndoos lo que acabais de oir?

—Si escribe y han variado las circunstancias....

—Acabo de convencerme, dijo el infante, de que es imposible engañaros.

—¿Por qué?

—Tomad, don Enrique, añadió don Juan sacando la carta de don García. Bien me dijo al entregarme ese pergamino que no daríais crédito á mis palabras.

El caballero tomó el pergamino con mano trémula, lo leyó tres veces, y despues de guardarlo, dijo:

—Si el bastardo no ha delatado á don García, tendremos un enemigo menos.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Os lo diré cuando lo haya meditado, porque antes es preciso saber lo que Rodrigo ha hecho.

—Teneis razon.

—Antes de tomarse la molestia de cavilar, es menester estar seguros de que no se afana uno en balde.

—Pronto se sabrá lo que ha hecho el bastardo.

—Nadie mejor que vos puede averiguarlo.

—Me encargo de ello.

—Bien.

—¿Cuándo nos veremos?

—Esta noche.

—¿Os espero?

—Sí, vendré á buscaros, dijo don Enrique.

Y se levantó para marchar.

—¿Tan pronto os vais?

—Cuanto menos estemos reunidos, mejor.

—El cielo os guarde, don Juan, dijo el caballero.

Y salió con tanta prisa, que no tuvo tiempo de oir la contestacion del infante.

Este se habia olvidado de hacer que don Enrique rompiese allí mismo el pergamino, y acordándose entonces, se levantó y salió del aposento para llamarlo; pero el caballero habia desaparecido ya.

—No me fio, dijo el infante para sí. Es posible que quiera guardarlo por la misma razon que yo queria tambien tenerlo en mi poder. Pero, en fin, á mí no me comprometeria, sino al que lo ha escrito.

Pocos momentos despues salió don Juan para ir á visitar al rey.



CAPITULO XXXV.

De lo que sucedió entre don Alonso y su hijo.

Rodrigo no habia dicho nada al rey sobre los documentos de que se habia apoderado, y para obrar así tuvo razones de prudencia, y sobre todo de generosidad, porque previó las muchas desgracias que habian de seguirse, y que el rey, en su primer arrebato de cólera, impondria los mas severos castigos, no solo á don García, sino tambien á muchos de los amigos de este. El bastardo creia mas prudente observar la conducta del asesino, y en último caso castigarlo por sí mismo, aun cuando para ello tuviese que esponer la vida en un duelo. Pero esto no importaba al que como Rodrigo tenia la seguridad casi completa de su incontrarestable superioridad y un corazon que nunca habia temblado á impulsos del miedo.

—Por lo menos, se dijo el bastardo, prudente será esperar para ver el giro que toman estos endiablados

asuntos, pues siempre será tiempo de obrar como mas convenga. Consultaré con mi amigo don Alonso, aunque de seguro opinará como yo; pero no quiero ser reservado con él, y mas en esto, que á todo caballero interesa.

Con tal propósito, salió Rodrigo de su casa y se encaminó á la de don Alonso Perez de Guzman, mas pensativo que de costumbre, poco ó nada contento, y de vez en cuando vacilando sobre si obraba con acierto.

Mientras atraviesa algunas calles, y aligerando el paso, lo dejaremos atrás para llegar antes que él á la posada del señor de San Lúcar.

Acababa este de entrar con ceño adusto, y despues de sentarse y meditar algunos momentos, mandó que llamasen á su hijo.

Poco despues el mancebo se presentó á su padre, lo saludó respetuosamente y se detuvo á cierta distancia del caballero, al advertir en este cierta espresion de frialdad y aun de enojo, que no eran buen anuncio.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales don Alonso contempló á su hijo con penetrante mirada y como si quisiese adivinar en su rostro lo que sentia su corazon.

Turbado el mancebo, bajó la cabeza; no acertó á pronunciar una palabra, y su rostro, poco antes pálido, tornóse rojo en estremo.

—¿Os acusa de algo vuestra conciencia? dijo don Alonso á su hijo.

Este miró á su padre con timidez, y luego contestó:

—Padre mio, no sé por qué me haceis esa pregunta, cuando ningun fundamento hay....

—Respondedme, interrumpió con severidad el caballero, porque no os he llamado para daros cuenta de las razones que tengo para hablaros así.

—No he faltado á ninguno de mis deberes de hombre y de caballero, repuso el doncel.

—¿Y á los de hijo?

—Tampoco.

—Y si no habeis faltado á los deberes de hijo, ¿tampoco habeis olvidado la cariñosa confianza de que me sois deudor?

Don Juan Alfonso bajó la cabeza sin contestar una palabra: habia comprendido bien claramente lo que significaba la pregunta de su padre.

—Si no os acusa vuestra conciencia, ¿por qué vuestro rostro, antes pálido, enrojece?

—Padre y señor, murmuró el mancebo, perdonadme, pero....

—Os perdonaré cuando hayais reparado vuestra falta.

—¡Soy muy desgraciado! esclamó el doncel, á la vez que se arrojaba á los piés de su padre. ¡Soy muy desgraciado!... ¡Perdonadme!.. ¡Siquiera compadecedme!...

—Sí, os compadezco, replicó don Alonso con acento de desden. Os compadezco, porque sois débil.... Levantaos, don Juan Alfonso, que no es así como se reparan las faltas, que no es así como se dominan las debilidades.

—¡Oh! esclamó el mancebo levantándose y apretando los puños en un momento de rábia contra sí mismo. ¡Soy

un niño débil!... Decís bien, padre mio, no merezco llevar vuestro nombre.... Compadecedme, aunque sea con una compasion humillante....

—Amais, repuso el caballero, á la hija del infante don Juan, del verdugo de vuestro hermano, del sanguinario enemigo de vuestro padre....

—Sí, padre mio....

—Olvidadla, replicó don Alonso con fria severidad.

—¡Imposible! esclamó el doncel.

—Olvidadla; yo os lo mando.

—¡Imposible, padre mio!...

—¿Os falta el valor para obedecerme? repuso el caballero, clavando en su hijo una mirada de desprecio.

—Ya vereis que no me falta, contestó el mancebo. Ya vereis que tengo un corazon que sabe desgarrarse á sí propio sin exhalar una queja. No volveré á ver á doña Sol, mis lábios no volverán á pronunciar su nombre; pero olvidarla.... ¡ah!... olvidarla no puedo.... Pero no temais, padre mio, que mi rostro pregone mi dolor cubriéndose de tristeza: el mundo me verá sonreir...

—Así podreis llamaros Guzman.

—Pero como vos, sufriré en silencio; como vos, sacrificaré mis afecciones, pero no las borraré de mi alma; como vos, mostraré al mundo la faz serena, tranquila la mirada, pero no haré mas que cumplir con un deber, no olvidaré á doña Sol, como vos no dejásteis de amar á vuestro hijo cuando vuestra mano arrojó el puñal para que lo sacrificasen ... ¡Ya sabeis lo que habeis sufrido, lo que sufrís!... ¡eso mismo sufriré!... ¡Oh!... Padre

mio, si en la lucha sucumbo, mi sacrificio quedará recompensado con que en mis últimos momentos oiga que me decís: «¡Hijo mio, has sido digno de mi nombre!»

Trabajosamente pudo don Alonso contener una lágrima de ternura al escuchar á su hijo; pero su severidad dominó su emocion cariñosa, y aunque con voz algo conmovida, contestó:

—Tal esperaba de vos, don Juan Alfonso. Habeis sido débil un momento, pero tenia la seguridad de que sabríais dominar todos vuestros sentimientos, aun cuando tuviéseis que hacer un penoso sacrificio.

—Disponed de mí, padre y señor.

—¿Sabe este secreto don Rodrigo? preguntó el caballero.

El doncel no acertó á contestar, porque dudaba entre mentir y comprometer al hijo de doña Ines; pero cuando iba á decir la verdad, lo sacó del apuro un criado que entró diciendo:

—Señor, ha llegado don Rodrigo, y quiere veros.

—En buen hora, respondió don Alonso; nunca mas oportunamente.

Pocos momentos despues entró Rodrigo y saludó amistosamente al caballero y al doncel.

Una rápida mirada fué suficiente al bastardo para comprender que acababa de tener lugar alguna escena desagradable; y como estaba convencido de que el mancebo era incapaz de faltar á su padre, sospechó en seguida que no podia tratarse de otra cosa que de los amores de doña Sol.

—Sentaos, mi buen amigo, dijo don Alonso al bastardo. Venís precisamente en el momento en que hablaba de vos.

—Soy muy afortunado, contestó Rodrigo, á la vez que se sentaba frente al de San Lúcar.

Don Alonso guardó silencio por algunos instantes, y luego repuso:

—Hoy he sabido que mi hijo ama á doña Sol.

—Es verdad, contestó el bastardo.

—Y segun veo, don Rodrigo, no ignorábais el secreto de estos amores.

—Nó, pero lo supe cuando ya ni el uno ni el otro podian olvidarse.

—Yo he dejado, prosiguió el caballero, que ganeis la confianza de mi hijo, y aun á ello he ayudado, aconsejándole, mandándole que escuchase vuestros consejos como los mios.

—Es cierto.

—¿Qué hicísteis, don Rodrigo, al tener noticia de la fatal pasion de don Juan Alfonso?

—Aconsejarle que olvidase á doña Sol, dándole tantas razones, que vos no hubiéseis hecho mas.

—¿Y luego?

—Conocí que en vano se esforzaria para seguir mi consejo, y lloré su desgracia.

—¿Nada mas que llorarla?

—Sí, porque mientras pensé en buscar remedio.

—¿Y cuál se os ocurrió?

—Uno solamente.

—Decídmelo, si á bien lo teneis.

—Hacer todo lo posible hasta conseguir ver unidos á don Juan Alfonso y doña Sol.

—¡Don Rodrigo! esclamó con sorpresa el caballero.

—Como tambien en Tarifa hice todo lo posible para arrancar á vuestro hijo de manos de su verdugo.

—Pero no me aconsejásteis que cometiese una deslealtad.

—Tampoco he aconsejado á vuestro hijo que sacrifique su dignidad al logro de su pasion.

—¡Mi hijo esposo de la hija de un asesino vil, traidor, cobarde.... de un verdugo!...

—Vuestro hijo, contestó sin turbarse Rodrigo, esposo de una mujer pura, de alma noble.... de un ángel. ¿Por qué habeis de hacer á esa criatura inocente responsable de los crímenes del mónstruo que le dió el ser? ¿Por qué en vez de acordaros que por sus venas corre la sangre de su ruin padre, no pensais que en su pecho palpita el corazon grande, sensible y noble de su virtuosa madre? Don Alonso, sed justo.

—¿Vos no pensais?...

—En todo.

—Mi nombre, mi dignidad....

—En nada se amenguan.

—Imposible, don Rodrigo, porque el infante no vendrá á ofrecer la mano de su hija, ni yo puedo rebajarme á pedírsela.

—Segun.

—Estais alucinado.

—Id al infante y decidle: «Dad vuestra hija á don Juan Alfonso, porque se aman, y él se llama Guzman el Bueno y es digno de ella.»

—Y cuando me ofenda con una negativa....

—Le contestareis: «Suya será, mal que os pese, porque entre ella y él no están los muros de Tarifa, ni yo para defenderlos.» Y le volveis la espalda.

—Hoy no os conozco, don Rodrigo, contestó el caballero. No hubiera creido nunca escuchar de vuestra boca esas palabras.

—Ni yo á vos, en quien la rectitud y la justicia son prendas que os distinguen entre todos.

—No las desmiento si dispongo de mi hijo.

—Pero sí acusando á doña Sol.

Mientras se cruzaron estas contestaciones, el doncel permaneció silencioso, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y el corazon oprimido á la vez de dolor y de gozo, porque á la vez un abismo se abria entre él y Sol, y un amigo noble y leal levantaba su voz para defender á la inocente jóven.

Don Alonso, con el rostro contraido y severa en estremo la mirada, contemplaba á Rodrigo, mas que con enojo, con sorpresa, porque no esperaba verlo de parte de su hijo en aquella cuestion; pero el bastardo, con su imperturbable sangre fria, animado por la tranquilidad de su conciencia, arrostraba aquella mirada con serenidad y se disponia á luchar con firmeza, si así fuese menester.

—¿Vos tambien, dijo el caballero á Rodrigo, os declarais en contra mia?

—Me declaro en favor de la justicia. No os digo, don Alonso, que os humilleis para alcanzar del infante lo que seguramente os negará; pero tampoco es cuerdo pensar que pueda el que ama arrancar del pecho su pasion con solo la voluntad, ni hay razon para que la hija del infante os inspire la misma aversion que su padre ruin.

—Pero negándose el infante, como vos mismo decís que se negará, y no pudiendo de otro modo alcanzar su deseo, ¿qué habia de hacerse? No pensais, don Rodrigo, que al fin habrá que imponerse el sacrificio que ahora se quiere evitar.

—Entonces vuestro hijo, antes que rebajar su dignidad, sabrá morir sin exhalar una queja.

—¿Lo creeis así?

—Sí.

—¡Gracias, don Rodrigo! dijo el doncel, estrechando entre las suyas ardientes y agitadas las nervudas manos del bastardo. ¡Gracias, porque me juzgais bien!

Don Alonso volvió á quedar pensativo por largo rato, y aunque dos ó tres veces intentó hablar, se detuvo como si temiese que de sus lábios saliesen las palabras.

Entre tanto, el doncel y Rodrigo guardaron profundo silencio, esperando con ansiedad el resultado de aquella meditacion, porque sabian que cualquiera que fuese la determinacion del caballero, no habria que oponerse á ella, porque seria irrevocable.

Al fin, don Alonso, haciendo un esfuerzo que disimuló variando de postura, y clavando en su hijo una mirada severa, le dijo con acento breve:

—Don Juan Alfonso, dos horas os doy para despediros del rey, solo del rey, y salir de Valladolid.

El mancebo se mordió los lábios, pero no contestó una palabra.

—Ireis á Toledo, prosiguió el de San Lúcar, y allí esperareis mis mandatos.

—¿Me permitís que os abrace, padre mio? dijo el mancebo con voz ahogada.

—A vuestra vuelta, si sois digno de ello, contestó el severo don Alonso.

Y se levantó, volviendo la espalda á su hijo como si fuese á dirigirse á otro lado.

—Al menos, repuso el doncel, dadme á besar vuestra mano.

El señor de San Lúcar, sin volver el rostro, estendió el brazo derecho, y una lágrima asomó á sus ojos al sentir otra de su hijo y el fuego del ósculo filial en su encallecida mano.

—El cielo os guarde, padre y señor, dijo el doncel.

—Dios os bendiga, don Juan Alfonso.

Salió el enamorado mancebo con el corazon oprimido y la cabeza ardiente, y dando, en el ardiente fuego de sus ojos, claras muestras de la rábia que en su pecho hervia.

—¡Ah! esclamó don Alonso á la vez que exhalaba un penoso suspiro y limpiaba sus húmedos ojos.

Y como si hubiese agotado sus fuerzas, se dejó caer en un sillon, triste y abatido.

Rodrigo lo contempló silenciosamente, y no se atre-

vió á interrumpir el dolor de aquel padre, que acababa de hacer un duro sacrificio negando un abrazo á su hijo.

—¿Quereis acompañarme? dijo el caballero al bastardo cuando ya se sintió mas tranquilo.

—Estoy á vuestras órdenes, don Alonso.

—Pues venid, que tengo que hablaros, y podremos hacerlo mientras paseamos un par de horas fuera de la ciudad. Luego iremos á ver al rey. Cuando volvamos ya no estará mi hijo....

—¡Desdichado mancebo! murmuró el bastardo.



CAPITULO XXXVI.

La delacion.

Mientras don Alonso y Rodrigo salian de su casa, el infante don Juan y don Enrique de Alvarado, junto á una esquina cerca del palacio real, tenian la siguiente conversacion:

—Mirad no sea disimulo del rey, decia don Enrique.

—Nó, amigo mio, le contestó el infante, porque está hecho un tigre y no cesa de dictar órdenes para que se averigüe quién es el que intentó asesinarle.

—Y del bastardo ¿qué sabeis?

—Que esta mañana bien temprano estuvo á ver al monarca, pero se detuvo poco tiempo.

—Entonces casi es seguro que ni ha delatado á don García, ni lo delatará, porque tiene formado algun otro proyecto digno de su diabólica travesura.

—Lo mismo pienso.

—Bien, don Juan, esto marcha á pedir de boca, y creo que no debe dejarse pasar el tiempo.

—¿Qué vais á hacer?

—Delatar al bastardo en seguida.

—¿No seria mejor esperar á mañana?

—Nó, por dos razones.

—Decid.

—La primera, porque puede variar de opinion y adelantarse á delatar á don García; y la segunda, porque ahora se le cogerán fácilmente los pergaminos.

—¡Ahora mas fácilmente!

—Sí, los llevará encima, y con solo registrarlo....

—No lo creo.

—Es demasiado astuto para no tener la misma costumbre que yo.

—Pues opino porque no es el medio mas seguro.

—El mejor cuando se tiene el valor suficiente para defender el secreto hasta perder la vida; y despues de muerto, nada importa ya que se apoderen de todos los documentos, por interesantes que sean.

—Eso hará el bastardo, dejarse matar.

—¿Qué mas puede desearse?

—¿Conque es decir?...

—Que voy á ver á S. A. para darle una prueba de lealtad, y antes del medio dia estará encerrado ese leon invencible y yo elevado al último grado de privanza del rey.

—Otro enemigo tenemos.

—Cuál, ¿don Alonso?

—Nó, la reina.

—Otro hay mas temible, no porque lo sea vuestro ni mio, sino por la influencia que puede ejercer sobre vos, y porque está dominado por lo que sobre él ejerce uno de nuestos enemigos.

—No acierto á comprenderos, dijo el infante.

—Si no habeis de enojaros, os revelaré el secreto.

—¡Enojarme!

—Tal vez mucho.

—Estais misterioso.

—Es que soy prudente.

—Sacadme de la duda: ¿quién es ese enemigo de tanta importancia?

—¿Acaso no lo habeis adivinado?

—Os repito que nó.

—Pues es vuestra hija.

—¡Mi hija! esclamó don Juan en el colmo de la sorpresa.

—Sí, doña Sol.

—¡Mi hija!.... ¿Os burlais, don Enrique?

—No es el asunto para bromas.

—Esplicaos, vive Dios, que me atormenta la incertidumbre.

—¿Pero todavía no habeis adivinado?...

—Don Enrique, ¡por el mismo Satanás! que os esplqueis.

—Don Juan, sabed que es fama, y segun entiendo fama no mentida, que se aman con el mayor ardor.

—¿Quién, quién? interrumpió el infante, cuyos ojos chispearon.

—Don Juan Alfonso de Guzman....

—¿Y mi hija?

—Sí.

—¡Vive el cielo, que es una impostura!

—Tal vez, repuso don Enrique con su imperturbable sangre fria; pero es el caso que bajo vuestras ventanas hirieron....

—¡Oh! esclamó el infante fuera de sí. ¡Ahora lo comprendo todo!

—Yo creí que lo sabíais y lo consentíais, porque al fin don Juan Alfonso es único heredero del señor de San Lúcar.

—No exalteis mas mi cólera, interrumpió don Juan apretando los puños con rábia. ¡Mi hija!... ¡Oh!... ¡Mi hija correspondiendo á los amores de un Guzman!... ¡Adios, don Enrique!

Y sin esperar contestacion, alejóse el infante con precipitados pasos, y se dirigió á su casa ciego por la ira.

Don Enrique, sin alterarse por el enojo de don Juan, sino por el contrario, risueño y gozoso, siguió calle arriba y entró en la morada real.

Fernando IV estaba con su madre cuando llegó el caballero, á quien recibió con alguna indiferencia.

—Yo haré desaparecer esa frialdad, dijo para sí don Enrique.

Y saludó al monarca y á doña María con el mayor respeto.

—Sin duda, dijo el rey, á vuestra noticia no ha llegado el suceso de anoche, porque sois el único caballero.... nó, otro hay tambien que no ha venido á recibir mis órdenes.

—De los primeros fuí en saberlo, señor, y mi tardanza es una prueba de mi celo por todo lo que á mi rey toca.

—Bien puede ser, pero nadie lo juzgaria de ese modo.

—Y en cuanto al otro caballero á quien aludís, que debe ser don García, no hay que estrañar su tardanza, si se esplica como yo la esplicaré.

—¿Venís encargado de hacer su defensa? Es justo, porque sois buenos amigos.

—Yo, señor, no tengo mas amigos que mi espada, que es de mi rey: en eso soy mas afortunado que V. A.

—No se os piden escusas, dijo doña María con severidad. En los momentos de afliccion consuela tanto una muestra de verdadero cariño, como enoja una apariencia de falsa amistad.

—Señora, repuso don Enrique sin turbarse, cada cual comprende á su modo las muestras de cariño; y mientras otros las daban apresurándose á venir para ofrecer servicios que no estaban dispuestos á prestar, yo me alejaba del rey para servirlo sin haberle hecho ningun ofrecimiento.

El monarca se sonrió maliciosamente.

—Veo, dijo, que no exageran al ponderar vuestra finísima astucia.

—Yo no puedo juzgarme, señor, y no sé si se equivocan.

—Sepamos qué servicios son esos que me habeis prestado.

—Averiguar el por qué no ha venido á ofrecerse don García.

—¿Y cuál ha sido la causa?

—Un viaje repentino y precipitado que ha tenido que emprender para evitar que el verdugo hiciese con él lo que él hizo anoche con vuestro criado Nuño.

—¡Don Enrique! esclamaron á la vez el monarca y su madre, cuyos rostros palidecieron.

—Y yo me he ocupado en averiguar....

—¿Estais loco? interrumpió el rey.

—El loco es don García.

—¿Qué pruebas teneis para acusarlo de un delito tan atroz?

—Ya sabeis, señor, que soy prudente por naturaleza, y cuando me he atrevido....

—¡Oh! esclamó el monarca. ¡Don García es mi asesino!... ¿No os equivocais?

—Nó, señor.

—¡Pruebas, pruebas!

—Las tendreis muy claras.

—¿Pero él mismo?...

—Su misma mano, que probablemente estará manchada aun de sangre, porque no se habrá detenido á lavársela.

—¿Y decís que se ha ido?

—Pronto estará en Aragon.

—¡Oh!... ¡Al instante, que corran!...

—Es inútil: ya estaria en vuestra presencia con una cuerda al cuello si hubiese sido posible darle alcance, porque fué lo primero que se me ocurrió; pero llevaba yo algunas horas de camino....

—Sin embargo, debísteis intentar....

—Señor, el que huye vuela, y el que persigue corre, y nada mas.

—¿Pero vos, que sois su mejor amigo?...

—Ya he dicho, señor, que no tengo mas amigos que mi espada.

—¿Conque no podré castigarlos?...

—Nó, al menos por ahora; pero tiene un cómplice, que es igualmente criminal.

—Esplicaos, don Enrique, dijo afanosamente el rey; quiero hacer mi primera justicia.

La reina miró con desconfianza al caballero.

—Señor, repuso este, permitidme que antes os dé algunas esplicaciones.

—Pero sed breve.

—Vuestro tio don Enrique, antes de morir, firmó un documento, en el cual declaraba que vos lo habíais envenenado.

—¡Ah! esclamó con sorpresa el rey.

Doña María palideció.

—Ese documento, prosiguió el traidor, se entregó á una persona en quien depositais toda vuestra confianza, pero que aspira á sentarse en el trono de Castilla y conspira dando pruebas de lealtad.

—¿Quién es?

—Ya lo sabreis, señor: permitidme que antes concluya mi esplicacion.

—Sí, acabad.

—Esa persona convino con don García en que se os asesinase, y este se ofreció á poner en práctica el convenio; pero como es hombre que no inspira mucha confianza, para garantía, sin duda, de que cumpliria su ofrecimiento, firmó otro documento en que se comprometió solemnemente á asesinaros.

—¿Y esos documentos?...

—Están en poder del cómplice.

—¡Su nombre, su nombre!

Don Enrique contempló á la reina, y luego dijo:

—Se llama Rodrigo Hidalgo....

—¡El bastardo!

—¡Mentís! esclamó doña María con imponente acento.

—Eso mismo diria don Rodrigo, repuso el caballero sin alterarse; pero yo entonces meteria la mano bajo su jubon y sacaria tres pergaminos, que son tres tesoros: dos de ellos la declaracion del infante y la de don García, y el otro el acta de reconocimiento del bastardo como hijo de don Alonso X, y que este sábio rey, que en el cielo mora, no pudo firmar en su agonía, aunque estampó el primer trazo de la primera letra de su venerable nombre.

—Pensad, don Enrique, replicó el rey, que es muy grave lo que decís, y si no se justifica....

—Se justificará, señor, con solo llamar al bastardo y registrarlo en vuestra presencia; y si no se le encontrasen los pergaminos, que se registre su casa.

—No puedo creerlo hasta que lo vea, dijo el monarca.

—Cuidad que no abusen de vuestra inesperiencia, repuso doña María dirigiéndose á su hijo. Alguna traicion se oculta en esto.... Ese que llamais bastardo es el mas noble, el mas leal de todos los caballeros de Castilla, y nunca ha desmentido la sangre que por sus venas corre.

—Por eso, replicó don Enrique, quiere una corona, porque es hijo de rey.

—No os moverais de aquí, dijo el monarca al delator. Van á llamar á Rodrigo, y si habeis intentado engañarme, os castigaré como si fuéseis vos mi asesino.

El monarca llamó y dió órden de que fuesen inmediatamente en busca del bastardo.

Mientras lo buscan, que tardarán en encontrarlo, porque saben nuestros lectores que se paseó fuera de la ciudad, aprovecharemos el tiempo para ver lo que sucede en casa del infante don Juan.



—No puedo creerlo hasta que lo vea, dijo el monarca.

—Cuidad que no abusen de vuestra inexperiencia, repuso doña María, dirigiéndose á su hijo. Alguna traicion se oculta en esto.... Ese que llamais bastardo es el mas noble, el mas leal de todos los caballeros de Castilla, y nunca ha desmentido la sangre que por sus venas corre.

—Por eso, replicó don Enrique, quiere una corona, porque es hijo de rey.

—No os moveréis de aquí, dijo el monarca al defensor. Van á llamar á Rodrigo, y si hubeis intentado engañarme, os castigaré como si fuéseis vos mi asesino.

El monarca llamó y dió órden de que fuesen inmediatamente en busca del bastardo.

Mientras lo buscan, que tardarán en encontrarlo, porque saben nuestros lectores que se pasó fuera de la ciudad, aprovecharemos el tiempo para ver lo que sucede en casa del infante don Juan.

CAPITULO XXXVII.

Dónde podrá conocerse la dulzura paternal del infante.

Ya hemos dicho que el infante se separó de don Enrique, exaltado por la ira. Cuando llegó á su casa, preguntó por su esposa, y sin detenerse entró en el aposento donde le indicaron que se hallaba doña María con doña Sol, clavando en ambas una mirada tan terrible, que las desdichadas se estremecieron y con dificultad pudieron contener un grito de espanto.

—¿Qué habeis hecho, señora? gritó don Juan acercándose á su esposa. ¿Qué habeis hecho? añadió dirigiéndose á su hija que, pálida y temblorosa, apenas se atrevió á mirar á su padre.

Doña María contempló por algunos instantes á su esposo, y aunque no pudo adivinar la causa de aquel arrebato, llamó en su auxilio toda su dignidad, toda la

fuerza de su espíritu, y se dispuso á sostener la lucha que comprendió se preparaba.

—¿Qué os sucede? dijo la dama con pausado tono y alguna severidad. ¿Qué sucede, que así os hace perder la razon hasta el punto de tratarme como á un criado?

—Señora, replicó el infante, mal cuadra ese orgullo á quien no sabe cumplir sus mas sagrados deberes, los deberes de madre....

—¡Don Juan! esclamó doña María levantando con orgullo la cabeza y lanzando á su esposo una severa mirada.

—¿Cómo habeis guardado á vuestra hija?

—¡A mi hija!... No os comprendo.

—Hablemos claramente, señora. ¿Intentareis hacerme creer que ignorais lo que pasa?

—Decís bien, don Juan, hablemos claramente, pero cuidad de no ofenderme.

—Os pido cuentas de lo que habeis hecho con mi hija.

—Ya lo sabeis: enseñarla á ser tan virtuosa como yo, aconsejándole y dándole ejemplo.

—¿Pero la habeis guardado como debiérais?

—Esa pregunta, caballero, es una ofensa, y no debo contestaros.

—No me desespereis, señora.

—Esplicaos, si os place, don Juan, y si no sellad el lábio, porque no estoy dispuesta á consentiros que rebajeis mi dignidad, ni que dudeis de mi hija.

—¡Doña María!....

—Diaz de Haro, señora de Vizcaya, repuso la dama á

la vez que se levantaba de su asiento con el orgullo de una reina; y la que lleva ese nombre se tiene en mucho para permitir que la ultrajen.

—¿Os atreveréis á volverme la espalda? dijo el infante, cuyo encendido rostro se contrajo horriblemente.

—Sí, porque vuestra insolencia no merece mas que desprecio.

—Señora, no provoqueis mi enojo.

—¿Qué importa vuestro enojo á quien tanto vale como vos, mas que vos, y tanto como vos puede?

Don Juan apretó los puños con desesperacion, y sentándose, repuso:

—Es preciso que me escucheis.

—Si no habeis de olvidar quién soy.

—Bien, dejad vuestro vano orgullo, os reconozco cuanto valor presumís tener; pero contestadme, porque á ello estais obligada.

—Ya os escucho, replicó doña María, volviendo á sentarse.

Sol, entre tanto, sobrecogida de terror, temblando convulsivamente, hacia los mayores esfuerzos para sostenerse. Sus megillas estaban pálidas, su frente bañada en frio sudor, y sus ojos no se atrevian á dirigir á su padre una mirada.

—Vuestra hija, repuso el infante, ama....

—A don Juan Alfonso Perez de Guzman, interrumpió doña María resueltamente.

—¿Conque no lo ignorábais? replicó don Juan, cuyos ojos brillaron con el fuego de la ira.

—Lo supe cuando ya lo amaba, y ni ella pudo evitar que en su pecho se encendiese esa pasion, ni yo apagarla como á su reposo convenia. En mi mano está evitar que vea al hombre que tanto odio os inspira, pero no podré estorbarle que lo ame, porque no puedo arrancarle el corazon. ¿He sabido cumplir mis deberes? Decidlo, ya que os habeis constituido en mi juez.

—Mi hija, replicó el infante, no será jamás la esposa de un Guzman. ¡Oh!... ¡Antes le arrancaré el corazon, si de otro modo no puedo hacerle olvidar á ese mancebo!

—Pensad lo que decís, repuso doña María, y reflexionad que no es justo que rencores pasados hagan desgraciada á nuestra hija.

—¿Vos tambien os rebelais contra mi autoridad?—

—¿Por qué habeis de sacrificar la felicidad de esta niña inocente á vuestros particulares odios? ¿Y por qué tampoco habeis de aborrecer al de San Lúcar? ¿En qué os ha ofendido quien recibió de vos la mayor ofensa?

—¡No prosigais, señora! esclamó el infante. ¡El nombre de Guzman no puede unirse con el mio!... ¡Oh!... ¡Antes todos los sacrificios, hasta el de mi hija, porque antes que ese amor es mi dignidad, mi orgullo!... ¡Jamás, jamás!...

Sol, sin poder contenerse, dejó escapar de sus azules ojos un raudal de lágrimas, cruzó las agitadas manos con ademan suplicante, y esclamó:

—¡Padre mio, tened compasion de vuestra hija, de vuestra única hija que tanto os ama!

Escalofrío eléctrico que produjo en los espectadores de Bridgetown el ataque de Lucifer.

J. GUSTY.—CUENTA EL PUEBLO.



Llegaba el rey seguido de los principales caballeros.

—Dadme una prueba de ese cariño olvidando á don Juan Alfonso.

—No puedo, padre mio: mi voluntad es poco para tanto; no me basta la razon.... ¡Ah!... ¡Perdonadme que os lo diga, pero desde que ví á don Juan Alfonso no tengo mas que corazon para amarle, solo corazon!...

—¿Qué decís?

—Yo moriré, si así lo quereis.... moriré para obedeceros.... pero olvidarlo.... ¡ah!... ¡imposible!... el poder de mi voluntad se debilita mas, cuanto mas lucho.... ¡Imposible!...

—Pues bien, morireis si vuestra locura os ha dominado hasta ese estremo, pero sabed que no volvereis á verlo, perded toda esperanza y llorad si así encontrais consuelo.

—¡Y no os conmoverán mis lágrimas! dijo la doncella con un acento de tan profunda ternura, que su padre se estremeció.

—Nada me conmoverá mas que vuestra obediencia.

—¡Te queda tu madre! esclamó doña María estrechando contra su palpitante seno á la afligida niña.

—Señora, dijo el infante, hoy mismo saldrá vuestra hija de Valladolid.

—¿A dónde quereis llevarla?

—¿Qué os importa?

—¡Es mi hija, la hija de mis entrañas, y con ella iré á cualquier parte!

—No me importa deciros á dónde irá, y aunque puedo disponer de ella, porque soy su padre, aunque puedo se-

pararla de vos, no os impido que la acompañeis, ni rehuso deciros á dónde vá.

—Tengo derecho á saber lo que es de mi hija.

—Marchará á Toledo, respondió el infante.

Y sin detenerse, salió del aposento y luego de la casa, y se dirigió con rápido paso á la morada de don Alonso Perez de Guzman.

Este habia interrumpido su paseo, porque fueron á buscar á Rodrigo de parte del rey, y sin terminar su conferencia sobre los amores de Juan Alfonso y doña Sol, volvióse á su posada para saber si el mancebo se habia marchado ya.



CAPITULO XXXVIII.

De cómo don Alonso no habia pensado sacrificar á su segundo hijo.

El anuncio de la visita del infante causó la mas viva estrañeza al señor de San Lúcar, y sospechó muy fundadamente que nada bueno llevaria á su casa á su mayor enemigo.

Don Juan entró, mas bien que con gravedad, con altanería, y sentándose á invitacion de don Alonso, dijo:

—Siento mucho veros en esta ocasion.

—Como en todas, contestó el noble caballero. ¿A qué debo el honor de vuestra venida?

—No sé si sabreis, aunque presumo que sí....

—Perdonad, interrumpió don Alonso, que adivinó lo que iba á decir el infante. Habeis venido para hablarme de los amores de nuestros hijos.

—Precisamente.

—Me alegro, don Juan, porque tal vez os saque yo de algun error.

—No os comprendo.

—Ya me comprendereis.

—Proseguid, pues, si os place.

—Nó, porque vos habeis venido para decirme, y á mí me toca escucharos.

—Queria primeramente haceros dos preguntas.

—Os daré cumplida contestacion.

—¿Hace mucho tiempo que teneis noticia de esos amores?

—Dos horas.

—¿Y qué pensais de ellos?

—Que es imposible arrancarlos de los corazones donde han echado profundas raices, á menos que tambien se arranque el corazon.

—De modo que habreis dispuesto...

—Que mi hijo se arranque el corazon con sus propias manos antes que lograr su deseo á costa de una humillacion.

—Eso tiene mucho de arrogancia, replicó don Juan.

—De positivo, direis, contestó don Alonso, porque yo le dí el ejemplo en Tarifa.

—¿Y vuestro hijo?...

—Antes que yo se lo mandase me dijo que estaba dispuesto á hacerlo así, porque opina que no hay mujer que valga tanto como la dignidad de un Guzman el Bueno.

El infante se mordió los lábios hasta hacerse sangre.

—Y eso, añadió el de San Lúcar, que vuestra hija

vale mucho, tanto, que ninguna mujer vale mas que ella, y lo mismo, muy pocas.

—Gracias, don Alonso, dijo el infante algo turbado.

—Es mi deber de caballero y de hombre honrado hacer justicia á doña Sol.

—Y sin embargo, repuso don Juan, no permitiríais que vuestro hijo se humillase.... es decir, me rogase, en lo que no hay humillacion, para alcanzar ese tesoro que vos estimais en tanto.

—Nó, porque desde el momento en que se humillase don Juan Alfonso, no seria digno de vuestra hija, ni ella digna de él si perdiese un solo quilate de la grandeza de su alma.

—Don Alonso, no habreis olvidado que entre nosotros hay un abismo.

—Ciertamente, don Juan, entre nosotros hay un abismo que nos separa, pero entre nuestros hijos hay un amor que los acerca el uno al otro.

—Pero ese amor....

—Es tan intenso como nuestro odio.

—Grandes proporciones le dais, repuso el infante, á la vez que sonreia con diabólico placer.

—Yo, por vengarme, no haria ningun esfuerzo; y ellos, por ver satisfecha su pasion, lo arrollarán todo.

—Si pueden.

—Tengo la seguridad de que si.

—Parece, don Alonso, que estais dispuesto á proteger esos amores.

—Segun.

—Esplicaos.

—Si mi hijo se muestra digno de quien es, estaré de su parte.

—¿Pero aun no habeis determinado nada?

—Que don Juan Alfonso marche á Toledo, y ya ha partido sin despedirse de vuestra hija.

—Entonces no adivino vuestro plan.

—Variará segun las circunstancias.

—Me dejais en la misma incertidumbre.

—Pronto os sacaré de ella.

—Os lo agradeceré.

—Me habeis preguntado cuanto habeis querido, y yo os he contestado á todo sin rodeos.

—No tengo queja de vos.

—¿Hareis lo mismo conmigo?

—Estoy obligado á ello.

Nadie, al escuchar este diálogo, hubiera creido que la sangre de un niño inocente, vilmente sacrificado, estaba entre aquellos dos hombres. La mesura, y hasta la dulzura con que hablaba don Alonso, eran admirables.

—Don Juan, dijo el caballero, ¿qué pensais de esos amores?

—Que son mi mayor tormento, os lo digo con franqueza para corresponder á la que conmigo habeis usado.

—¿Y qué habeis determinado hacer?

—Quitar á mi hija toda esperanza, alejándola de don Juan Alfonso.

—¿Es decir, que estais resuelto á que no se unan?

—Completamente resuelto.

—¿Aunque haya de costar la vida á vuestra hija?

—Mas me atormentaria verla casada con vuestro hijo, que muerta.

—Decís lo que siente vuestro corazon, y os lo agradezco, porque así sabré á qué atenerme.

—Es asunto sobre el que debemos decir la verdad, aunque sea desagradable.

—Soy de vuestra opinion.

—Seguíd preguntándome.

—No deseo saber nada mas, y voy á sacaros de la incertidumbre en que estábais sobre el plan de conducta que me propongo seguir.

—Os escucho.

—Quiero mucho á mi hijo, y mas desde que lo he visto dispuesto á sacrificarse. Vos decís que vereis con mas gusto muerta á vuestra hija que casada con don Juan Alfonso: no somos de la misma opinion; yo prefiero que mi hijo sea esposo de doña Sol, á que muera. Cada cual piensa á su modo; no estrañeis que estén nuestros pareceres encontrados, pues siempre fueron opuestos.

—¿Es decir?...

—Que os pido, repuso don Alonso con tono cortés, que os pido la mano de doña Sol para don Juan Alfonso.

—¿Sabiendo que he de negárosla?

—Sí.

—Pues os la niego.

—En vuestro derecho estais, don Juan, y yo en el mio de no suplicaros.

—Bien haceis.

—Nada tengo que deciros, repuso el de San Lúcar, sin que en su semblante se notase la mas leve alteracion.

—Yo sí á vos.

—Cuánto os plazca.

—Si vuestro hijo vuelve de Toledo, mi hija saldrá inmediatamente de Valladolid.

—A mi vez os haré otra advertencia para vuestro gobierno.

—¿Cuál?

—Que doña Sol será de don Juan Alfonso.

—¿Es un reto? dijo vivamente el infante.

—Estais en mi casa, y la hospitalidad es para mí sagrada.

—Puedo salir....

—Escusadlo, don Juan. Y ya sabeis que no me detiene el miedo; pero os he dicho en otra ocasion que casi es imposible un duelo entre nosotros, porque se supondria que era hijo por mi parte de un deseo de venganza, y yo quiero que me llamen el *Bueno*, y no el *Vengativo*.

—Nada mas justo que vengar á un hijo.

—No aviveis mi recuerdo, don Juan: os he perdonado, porque Dios me lo manda así, y porque así tambien satisfago los impulsos de mi corazon.... Quedamos en que negais á mi hijo la mano de doña Sol y en que yo os declaro la guerra sobre este punto, pero no mas que sobre este punto, y que lucharemos, vos para impedir la union de los amantes, yo para conseguirla.

Don Juan se levantó pálido de coraje, y dijo:

—En eso quedamos, don Alonso.

—¿Ya os vais?

—Sí.... Guárdeos el cielo.

—Y á vos tambien, contestó Guzman.

Y acompañó al infante hasta la puerta del aposento, é hizo seña á dos escuderos para que fuesen delante abriendo las puertas.

Don Juan volvió á su casa para decir á su esposa que hasta nueva determinacion no saldria su hija de Valladolid.

El señor de San Lúcar pidió otra vez su capa, y salió para ir á ver al rey.

—En eso quedamos, don Alonso.

—Ya os vais.

—Sí.... Guardeos el cielo.

—Y á vos tambien, caballero Guzman.

Y acompañó al infante hasta la puerta del aposento, é hizo seña á dos escuderos para que fuesen delante abriendo las puertas.

Don Juan volvió á su casa para decir á su esposa que hasta nueva determinacion no saldria su hija de Valladolid.

El señor de San Lúcar pidió otra vez su capa y salió para ir á ver al rey.

CAPITULO XXXIX.

Cómo empezó á dar resultados la intriga de don Enrique.

Muchos y muy graves acontecimientos debian tener lugar aquel dia, todos en el espacio de pocas horas.

Cuando el infante don Juan entraba en casa del señor de San Lúcar, se presentaba al rey el intrépido Rodrigo, no sin alguna estrañeza por la premura con que habian ido á buscarlo.

Doña María y don Enrique permanecian en la cámara real, esperando el resultado de la escena que iba á decidir de la suerte de un hombre, hasta entonces tenido por el mas leal y fiel servidor del monarca.

La reina tenia la mayor confianza en la inocencia de Rodrigo; pero sin embargo, temia que sus traidores enemigos le hubiesen tendido algun lazo, que ella no adivinaba cuál podia ser, pero que podria en las apariencias hacer dudar de la pureza de intenciones del bastardo.

Don Enrique se gozaba ya en su triunfo y esperaba con ansiedad la llegada del acusado, mientras que el rey dudaba aun si el ruin delator estaria loco, ó si efectivamente, bajo la capa de un vasallo fiel, se descubriria un nuevo traidor. El monarca no habia visto desde su niñez sino ambiciones é intrigas, y tales desengaños, que ya nada le sorprendia sobre este punto. ¿Qué estraño debia ser que Rodrigo conspirase, cuando los mas temibles enemigos del trono eran precisamente los infantes de Castilla y los mas poderosos caballeros?

Cuando el bastardo entró en la cámara, mirólo el rey con escrupulosa atencion, y al ver aquella frente noble, aquellos ojos de franca mirada, aquel semblante de espresion tan tranquila, sintióse impulsado á dar un mentís á don Enrique y á castigarlo severamente; pero se contuvo, y procurando que su rostro apareciese como siempre frio, sin espresion, saludó á Rodrigo con la leve sonrisa de costumbre.

La reina tembló, sus megillas palidecieron, y se esforzó para guardar un continente grave y tranquilo, lo cual no consiguió del todo.

—Pensé que no habian de encontraros, dijo el monarca á Rodrigo.

—Y así hubiese sucedido, contestó el bastardo, si casualmente un escudero de don Alonso no nos hubiese oido decir, cuando salíamos, el sitio á donde pensábamos ir á pasear.

—Necesito de vos para un asunto de mucha importancia, repuso Fernando IV.

—Pues, como siempre, señor, estoy á las órdenes de V. A.

—Pensando quién seria el caballero mas leal, me acordé de vos, pues segun me habeis dicho muchas veces, toda vuestra sangre la derramaríais contento por servirme.

—Y supongo que no habreis dudado....

—Teneis que pasar por una prueba, quizás muy dura....

—Muy dulce direis, señor, si es para serviros.

—No os espreseis así, buen Rodrigo, pues del mismo modo me hablan los muchos traidores que me cercan, y ya no me inspira confianza sino el lenguaje áspero.

—Es que á mis palabras, señor, han seguido siempre los hechos.

—Ahora lo hemos de ver.

—Espero las órdenes de V. A.

—Tengo sospechas de quién fué el que anoche intentó asesinarme.

—¿Nada mas que sospechas?

—Hasta ahora, nada mas, aunque tan fundadas, que pudieran tenerse por pruebas.

—Mucha seguridad tiene V. A.

—Ya vereis cómo no me equivoco, repuso el monarca desplegando una sonrisa maliciosa.

—Deseos tengo de que pronuncieis su nombre.

—¿Qué hareis cuando sepais quién es?

—Traerlo atado á vuestra presencia.

—¿Y si hubiese huido?

—Lo perseguiria hasta encontrarlo y castigar su crímen.

—Es que tenia un cómplice.

—Son igualmente criminales.

—Y este, repuso el monarca, está en Valladolid.

—Tanto mejor.

—Pero creo que no os atrevereis á tocarle.

—Puede ser que V. A. tenga razon en creerlo así, contestó Rodrigo con marcada intencion.

Sonrióse el monarca, miró á su madre y á don Enrique, y repuso:

—Nos vamos entendiendo, y segun se vé, no habrá necesidad de que se pronuncie el nombre del asesino ni de su cómplice.

—¿Decís, señor, que ha huido?

—Sí.

—¿Y sabeis á dónde?

—Desde anoche camina hácia Aragon.

—¿Me dais permiso para ir en su busca y castigarlo allí mismo?

—Nó, porque teneis que encargaros del que conspiraba con él. Es un capricho raro, pero de mejor gana perdonaria al asesino que á su cómplice, porque este es el que mas protestas de fidelidad me ha hecho, el que ha sabido engañarme con mas astucia, es un hombre cuyo criminal disimulo merece ser castigado con el mayor rigor.

—Ya voy siendo de distinta opinion que vos, señor, repuso el bastardo. Creí que vuestras sospechas eran las mismas mias, pero veo que no.

—¿Empezais ya á poner inconvenientes para habéroslas con el traidor que tenemos aquí?

—Es que os equivocais.

—Segun veo, vos habíais ya sospechado de alguno.

—Sí, señor.

—Decíd su nombre, y cuidado con equivocaros, porque es acusacion muy delicada.

—Señor, el que intentó asesinaros es don García....

—El mismo, dijo el rey, cuyo rostro se contrajo repentinamente.

Por la frente pálida de la reina corrieron algunas gotas de frio sudor.

—Decíd ahora, prosiguió el monarca, quién era el cómplice de don García.

—Permitidme, señor, que calle su nombre, y las razones que tengo para hacerlo así, las comprendereis, si no os han engañado al revelaros quién es.

Fernando IV se levantó de su asiento, y acercándose á Rodrigo, replicó:

—Ya vereis cómo no me han engañado; pero antes, jurad, jurad que siempre, siempre me habeis sido fiel: juradlo por vuestra madre, por la salvacion de vuestra alma.... por todo lo que sea para vos mas sagrado.

—¡Señor! esclamó Rodrigo con acento de la mas profunda sorpresa.

—¿No os atreveis á jurar?

—¿Dudais de mí?

—Si está vuestra conciencia tranquila, jurad.

—¡Jurad! esclamó la reina sin poder contenerse. ¡Jurad, que bien podeis hacerlo!

Rodrigo puso la diestra sobre la cruz de su espada, y con solemne acento dijo:

—Juro á Dios y por la cruz que bajo mi mano derecha tengo, juro por la memoria de mi madre, juro por la salvacion de mi alma y por la preciosa vida de mi esposa, que siempre fuí leal, fiel y adicto de todo corazon á mi rey don Fernando IV de Castilla, y que nunca le hice traicion ni ofensa de hecho ni de palabra, ni aun siquiera de pensamiento; y que si mintiese, que Dios, cuyo nombre santo invoco, me castigue como á perjuro con todo el rigor de su justicia en la otra vida, y en esta haga que me persigan todas las desgracias, y que los hombres me desprecien y me maldigan, y que el pan en mi boca se convierta en fuego, y el agua en hiel, y que el sueño me espante con fantasmas horribles y la vigilia me atormente.

Este juramento, pronunciado con voz firme y sonora, sin ninguna vacilacion, hizo dudar al rey, que contempló admirado el semblante noble y hermoso de Rodrigo y sus grandes y azules ojos, animados en aquel instante por el mas vivo fuego.

—Y no solamente, prosiguió el bastardo, juro por la cruz de esta espada, que siempre se empleó en defensa de mi rey, sino por esta que me legó mi madre.

Y así diciendo, abrió, rompiendo su forzuda mano, el jubon de terciopelo azul que vestia, y sacó una cruz de diamantes que sobre el pecho y pendiente de una cadena de oro llevaba.

Vió el rey que de un bolsillo interior del jubon salian unos pergaminos, y mientras brillaban sus ojos, acercóse á Rodrigo diciendo:

—Preciosa joya.

Y como si fuese á examinarla, acercó una mano y rápidamente se apoderó de los pergaminos.

El bastardo lo miró con sorpresa, pero no sospechó lo que le amenazaba, porque era imposible que sospechase que habian de haberle acusado como cómplice del asesino. Sin embargo, las estrañas preguntas del rey, la exigencia de aquel juramento, y sobre todo la presencia de don Enrique, que era uno de sus mayores enemigos, le hicieron cavilar, y no quiso aventurar ninguna pregunta hasta que se aclarase aquel misterio.

El monarca, mas bien que leer, devoró con encendida mirada los renglones trazados en los pergaminos, y estrujándolos luego entre sus blancas manos, agitadas convulsivamente, esclamó:

—¡Traidor, villano!... ¡Bastardo al fin!

A la cabeza de Rodrigo acudió toda su sangre, que parecia querer brotar por sus megillas. Sus ojos, chispeantes como dos áscuas, fijaron en don Enrique una mirada tan terrible, que este, á su pesar, inclinó la cabeza y se estremeció.

—¡Villano y traidor el que lo acusa! esclamó la reina sin poder contenerse y convencida de la inocencia de Rodrigo.

Este, tras su terrible mirada, iba á lanzar un reto á su delator y protestar enérgicamente contra aquella in-

fame calumnia, cuando se presentó á la puerta de la cámara don Alonso Perez de Guzman.

Todos fijaron sus miradas en el caballero, y este á su vez contempló con asombro y sorpresa los rostros pálidos y descompuestos, los encendidos ojos de aquellas cuatro personas, llamando mas su atencion la espresion amenazante y terrible y el desórden del vestido del bastardo.

—Don Alonso, dijo el rey, prended al cómplice del traidor que anoche quiso asesinarme.

El de San Lúcar quedó inmóvil y sin poder pronunciar una palabra: tal fué su asombro al escuchar semejante acusacion.

—¡Obedecedme, don Alonso Perez de Guzman! repitió el monarca con imperioso tono.

El caballero nada contestó, pero acercóse gravemente á Rodrigo, y le dijo con pausado acento:

—Don Rodrigo, en nombre del rey, dadme vuestra espada.

—¡Oh!... ¡Mi espada!... esclamó el bastardo apretando los puños.

—¡En nombre del rey! repitió don Alonso.

Rodrigo desciñó su espada y la entregó al caballero.

—Ya estais obedecido, señor, repuso el de San Lúcar.

—Ahora, dijo Fernando IV, disponed de mis arqueros para guardar al criminal, atadlo, haced cuanto os plazca, porque me respondeis de su persona hasta que esté encerrado.

—Solo yo soy bastante, señor.

—Seguidme.

—Antes, señor, replicó don Alonso, permitidme que diga dos palabras.

—Hablad.

Don Alonso levantó la cabeza con dignidad y altivez, brillaron sus negros ojos, se contrajo su frente, y con voz firme y acento severo, dijo:

—Declaro traidor, villano y mal nacido al que haya osado acusar al noble y valiente don Rodrigo Hidalgo.

—¡Oh! esclamó don Enrique.

—Y en campo abierto le probaré su villanía.

—¡Don Alonso! dijo el rey.

—Y si no responde á mi reto, es un impostor, menguado y cobarde, que tiene miedo á mi lanza y al juicio de Dios.

—¡Aquí están las pruebas de su crímen! repuso el monarca.

—Son falsas, contestó don Alonso sin dignarse siquiera mirar los pergaminos.

—¡Gracias, noble don Alonso! esclamó la reina, que apenas podia sostenerse. Habeis levantado vuestra voz en defensa de la inocencia y de la justicia. Yo tambien declaro impostor al mal llamado caballero que falsamente acusa á don Rodrigo.

—¡Basta! dijo imperiosamente el rey. Seguidme, señor de San Lúcar, y traed al criminal, que yo mismo quiero dejarle encerrado.

El monarca salió del aposento seguido de don Alonso, de Rodrigo y de dos ayudas de cámara, de los cuales

uno llevaba un manojo de llaves, que sin duda tenia ya prevenidas por órden de su señor.

Bajaron una escalera, atravesaron un patio, siguieron por un estrecho y oscuro pasillo, volvieron á bajar otra escalera resbaladiza y pendiente, y llegaron al fin á una puerta pequeña, forrada de hierro, que daba entrada á un sótano húmedo y sin mas luz que la escasísima que entraba por un estrecho ventanillo cruzado con dos barras de hierro y practicado á toda la altura que permitia la negra y maciza pared.

Penetraron en aquel aposento con espanto de algunas ratas, que huyeron sorprendidas de la visita, y el monarca dijo al bastardo:

—Os traerán paja para que os acosteis.

Y luego añadió, dirigiéndose á los sirvientes:

—Yo me llevaré la llave, y á la puerta habrá dia y noche dos arqueros.

Quedó allí Rodrigo y salieron los demás; y cuando hubieron llegado á la puerta de la cámara, don Alonso dijo al rey:

—¿Cuándo se dignará V. A. escucharme?

—Volved esta noche, contestó el monarca.

—El cielo guarde á V. A.

—Adios, don Alonso.

Este salió del palacio ciego de coraje, y se encaminó á casa de Rodrigo para llevar á Esther la triste noticia de la prision de su esposo y para ofrecerle todo su valimiento.

CAPITULO XL.

Donde volveremos á ver á Esther.

Nuestros lectores no habrán olvidado á la hermosa judía Esther, es decir, á la esposa de Rodrigo, que al bautizarse tomó el nombre de María, y habrán estrañado que hasta ahora no haya figurado en los acontecimientos que llevamos referidos; pero como desde que se casó no habia sido objeto de ninguna intriga, y solo se habia dedicado al cuidado y amor de su esposo, no hemos tenido ocasion de presentarla nuevamente en escena, como vamos á hacerlo ahora, pues la desgracia ocurrida al bastardo le obligó á procurar la defensa de este.

Ya dijimos que don Alonso Perez de Guzman fué desde el palacio á participarle lo sucedido, cuya noticia causó la mas viva y dolorosa impresion en ella, y con la enérgica resolucion de su carácter, decidióse á ir á ver al rey para pedirle justicia.

Esther, que así la llamaremos, puesto que por este nombre es mas conocida de nuestros lectores, no habia perdido con los años nada de su interesante belleza, y en la época á que nos referimos, pasaba por una de las damas mas hermosas de Castilla. Algunos pechos habia encendido: el fuego de algunos deseos habian atizado sus negros ojos; pero cuantas armas empleó la seduccion de algunos arrebatados mancebos, rompiéronse en la firme virtud de la hija de Jonadab, y nadie pudo envanecerse de haber alcanzado de ella ni una sola mirada.

Pálido el rostro, ardiente la mirada y agitado el pecho, salió de su casa Esther, y acompañada de una doncella y un paje, se dirigió á la morada real con ánimo resuelto de protestar contra la traicion y la injusticia de que acababa de ser víctima su esposo.

Pocos momentos hacia que don Enrique de Alvarado habia salido de la cámara del rey, cuando anunciaron á Esther, y el monarca la recibió sin mostrar ni complacencia ni disgusto, sino con aquella indiferencia que tanto desconcertaba y hacia imposible adivinar lo que en el fondo de su corazon sucedia.

—No esperaba vuestra visita, dijo Fernando al ver entrar á la esposa de Rodrigo y sin darle tiempo á que hablase. Sentaos, señora, que las damas tienen ese privilegio, porque se lo concede la galantería.

—¡Que no me esperábais, señor! contestó sorprendida Esther.

Y sin poder contener su primer arrebato, y mas herida aun por la aparente calma del rey, añadió:

¡Qué no me esperábais, cuando mi esposo acaba de ser víctima de la intriga mas infame, de la injusticia mas escandalosa!

—¿Sin duda, replicó el monarca con duro acento, hablais de injusticia, porque ignorais que yo he sido quien ha mandado prender á vuestro esposo?

—No lo ignoro, señor, contestó resueltamente Esther; pero los reyes tambien se equivocan, los reyes tambien se dejan cegar....

—Ya os he dicho que soy muy galante, interrumpió Fernando, y por eso no quiero mostrarme ofendido por vuestras palabras.

—He venido resuelta á salvar á mi esposo ó á morir con él.

—Vuestro esposo es un traidor, y de ello tengo las pruebas.

—¿Quién lo acusa?

—Yo, dijo el monarca mirando fijamente á Esther.

—¡Oh! esclamó esta esforzándose para contener su ira. El rey lo acusa.... pero el rey.... ¡el rey se equivoca!

—Prudente habeis sido en no llamarme impostor: quizás lo habeis pensado así, pero yo no castigo los pensamientos.

—¡Traidor mi esposo! ¡Traidor el que tantas veces ha vertido su sangre en defensa de vuestra causa, el que ha sido el mas firme sosten de vuestro trono!... ¡Cuán poco le hubiera costado ceñir la corona que llevais! ¡Cuán poco en aquellos tiempos, no muy lejanos, en que

todos eran vuestros enemigos, y todos mas fuertes que vos; en aquellos tiempos en que hasta tuvísteis que huir, que esconderos, sin mas amparo que vuestra madre, en cuyos brazos fuísteis, sin mas defensa que un puñado de caballeros leales!

—¿Quereis llamarme ingrato? replicó el monarca, cuya frente se contrajo.

—Quiero, señor, haceros comprender, que si mi esposo hubiese ambicionado una corona, ocasiones ha tenido en que lograrla, sin necesidad de hacer pactos infames con sus mayores enemigos, sin esperar tanto tiempo, pues á la muerte de vuestro padre, pudo sin miedo declarar sus intenciones, pedir ayuda á sus muchos amigos y escitar al pueblo, donde bien sabeis que cuenta con muchas voluntades. ¿Qué hubiese sido de vos sin mi esposo? Figuraos á vuestros enemigos, durante vuestra menor edad, reforzados con la ayuda y la popular influencia de Rodrigo, y decidme si ahora os sentaríais en el trono castellano. Sin eso, ya sabeis que aun con seguridad no podeis llamaros rey.

—Poco respetuosos son vuestros razonamientos, pero os escusa vuestro justo dolor. Yo tambien he pensado en eso mismo, me he acordado de las pruebas de lealtad de vuestro esposo y de sus muchos y desinteresados servicios, y todavía no acierto á comprender cómo, despues de todo eso, ha podido serme traidor: no lo comprendo, pero tengo pruebas, pruebas escritas, y no falsas declaraciones de un testigo mal intencionado, y ante esas pruebas tengo que ceder.

—Todo eso debe ser una intriga infame.

—Pero es preciso probar que son falsos los documentos que se le han encontrado, para que se pruebe su inocencia.

—El esplicará lo que significan esos documentos.

—No basta su palabra.

—¡Qué no basta su palabra!

—Nó, porque si por su palabra se juzgase á los reos, todos serian inocentes.

—¿Lo creeis tan cobarde que pueda mentir por salvar su vida?

—Nada creo, señora, porque en esta ocasion no soy mas que el juez que falla en vista de las pruebas.

—Señor, mi esposo no es un reo cualquiera, no es un villano, un hombre oscuro....

—Ahora es un traidor; mañana podrá ser un inocente, contestó el monarca con frialdad.

—¡Oh! esclamó arrebatadamente Esther. ¡Es una injusticia horrible!...

—Silencio, señora. Soy el rey.

—¡Sois el rey! dijo con amargura Esther. Es verdad, el rey, porque habeis tenido corazones leales, espadas invencibles que os den la corona.

—¿Venís á pedirme la libertad de vuestro esposo? dijo el monarca, cuya frente se contrajo otra vez.

—Y el castigo de los malvados.

—No puedo concederle la libertad, pero os juro castigar á los traidores, y que por lo menos ruede una cabeza.

Esther se estremeció.

—Bien, dijo con gravedad: si esa cabeza es la de mi esposo, ha de costar mucha sangre el derramarla.

El rey vaciló algunos instantes, como si dudase contestar á esta amenaza; y luego, levantándose, salió silenciosamente del aposento.

—¡Yo encontraré quien me haga justicia! esclamó Esther con despecho y herida en lo mas sensible del corazon por el desprecio del rey.

Y se alejó precipitadamente.

CAPITULO XLI.

La reina y Esther.

Esther, como sabemos, amaba con locura á Rodrigo, y se comprende con facilidad cuál seria su dolor con la desgracia que á este amenazaba.

Aquel dia lo pasó la infeliz en el mas lastimoso estado: sus ojos derramaron abundantes lágrimas, y no fueron bastantes á calmar su pena los consuelos de don Alonso Perez de Guzman, por mas que la prometió rebelarse contra el rey si este llevaba su justicia hasta el estremo de atentar contra la vida del bastardo.

Empero no tranquilizaba esto á la hija de Jonadab; conocia el carácter del monarca, temia que en el silencio de la noche, cuando menos se esperase, su esposo pereciese en su misma prision, y despues de muerto, no bastarian á resucitarlo todas las venganzas que sus amigos quisiesen tomar.

Llegó la noche, y la desdichada, despues de haber revuelto en su cabeza mil proyectos locos, hijos de su exaltacion febril, resolvióse á acudir á la reina doña María, su antigua rival, y escitar para que le ayudase los sentimientos nobles que en ella reconocia.

Cuando llegó la noche, Esther salió de su casa en una litera y fué otra vez al palacio real, pidiendo ver á doña María. Aunque hacia mucho que esta no habia recibido una visita de su antigua rival, no la sorprendió la que entonces le hacia, y mucho menos sabiendo que el rey se habia mostrado inflexible y en estremo rigoroso, negándose á poner en libertad á Rodrigo.

Doña María la Grande, como con razon la llama la historia, no conservaba odio alguno contra Esther, que en otro tiempo habia sido el mayor obstáculo á su pasion, porque esta se habia estinguido con los años, con la ayuda de su voluntad y la nobleza de sus sentimientos; solo conservaba un afecto de tierna amistad y gratitud hácia Rodrigo.

Acababa de salir el rey del aposento de su madre, por lo cual esta se encontraba sola, y pudo recibir al instante á Esther.

Hubo un instante de indecision en aquellas dos mujeres al encontrarse la una frente á la otra despues de tantos años, y á pesar de lo apurado de la situacion, recordaron ambas los dias de felicidad y de tormento en que habian sido rivales, en que se habian profesado el odio mas profundo. Empero este recuerdo no duró mas

que un instante, y la grandeza de sus almas hizo lugar á sentimientos mas nobles y generosos.

Doña María, comprendiendo el dolor de Esther y respetando su inmerecida desgracia, levantóse de su asiento y se adelantó hácia ella con los brazos abiertos, como si fuese á recibir á una hermana.

—¡Gracias! esclamó la esposa de Rodrigo, medio ahogada por el llanto. ¡Gracias por vuestro generoso consuelo!...

—Sosegaos, le dijo doña María con dulce acento. No os dejeis dominar por el dolor, que la justicia triunfará.

—¡Triunfará la justicia! repuso con amargura Esther. No abrigo tal esperanza, porque ya la he visto hollada, porque se han cerrado los oidos á su voz, porque no han conmovido mis ruegos, porque hasta la gratitud se ha olvidado....

—No es tan apurada la situacion. Por un momento han triunfado los enemigos de vuestro esposo, que seguramente son los de mi hijo tambien; pero se esclarecerá la verdad, y serán castigados los malvados. La falta de esperiencia del rey ha dado lugar á que se alucine, aunque bien mirado, comprometen mucho los documentos que se han encontrado á don Rodrigo.

—Señora....

—Sé lo que vais á decirme, y quiero anticiparme: estoy convencida de la inocencia de vuestro esposo, tan convencida, que aun cuando yo lo hubiese visto concluir el infame contrato que constituye el crímen de que se le acusa, no lo creeria, me lo esplicaria de cualquier modo

á su favor, porque conozco toda la nobleza de su carácter, toda su lealtad. ¿Sabeis lo que significa esto? Pues á mi modo de ver, no es otra cosa que un medio de que se valen los enemigos del rey para privarle de su mas ardiente y mas temible defensor, porque así podrán mas fácilmente hacer triunfar su causa.

—Vos lo habeis adivinado, señora, contestó Esther. Eso mismo sospecha don Alonso, lo mismo sospecho yo. Bien saben los enemigos de don Fernando IV que mientras palpite el corazon de Rodrigo y su brazo conserve su invencible fuerza, nada podrán, ni aun ocultos tras la sombra de la traicion. Pero como habeis dicho, las apariencias condenan á mi esposo, y solo puede absolvérsele teniendo una ciega confianza en su lealtad y en la nobleza de sus sentimientos, una confianza como la que teneis vos y don Alonso; pero el rey, señora, juzga por lo que vé, no aprecia en nada los antecedentes de mi esposo, no sabe que otras veces ha sido víctima de esas mismas intrigas, con mayores apariencias de verdad.... Perdonad si evoco ciertos recuerdos....

Doña María palideció.

—Estad tranquila, dijo, que yo velo por la seguridad de vuestro esposo.

—El rey no escuchará ni vuestros ruegos, ni vuestros consejos.

—Entonces, repuso la reina, me valdré tambien de la intriga para salvarlo, porque así serviré la causa de la justicia.

—¡Gracias, señora! esclamó Esther.

—No me lo agradezcais, porque cumpliré con mi deber y con los deseos de mi corazon.

—Pero no arriesgueis vuestra tranquilidad, no os espongais al enojo del monarca. Solo quiero que me ayudeis sin comprometeros, no mas que me ayudeis.

—Primero hablaré á mi hijo, procuraré convencerlo.

—No lo conseguireis.

—Nada he querido decirle hoy, hasta que se calme la agitacion de su espíritu y pueda escucharme con calma: solamente le he exigido la promesa de que ninguna determinacion tomará hasta que pasen algunos dias.

—¿Y qué os ha dicho? preguntó afanosamente Esther.

—Me ha jurado no hacer nada por ahora, mas que guardar cuidadosamente á vuestro esposo.

—¡Dios os lo premie!

—Ya veis que es razon para que esteis tranquila, pues, al menos por de pronto, ningun peligro amenaza.

—¿Y no me permitirá vuestro hijo que vea á mi esposo?

—Hoy os lo negaria : mañana tal vez lo conceda.

—¡Es ya demasiada crueldad!

—Esperad hasta mañana, que pocas horas son.

—¡Pocas horas!... Siglos son para mí....

—Yo me encargo de pedirle el permiso para que podais entrar en su prision.

—¿Y si lo niega?

Doña María meditó algunos instantes, y luego contestó resueltamente:

—Si lo niega.... tambien lo vereis.

—Pero tal vez tengais que comprometeros...

—Os repito que lo vereis.

—¡Cuán noble es vuestro corazon!...

—Tengo que pagaros una deuda: no he olvidado que en otro tiempo acibaré la dulzura de vuestro amor, os atormenté....

—¡Oh! no prosigais, señora. Tristes fueron para ambas aquellos dias; tanto como yo, sufrísteis vos tambien, quizás mas aun....

—Ya pasaron. Aquellas desgracias fueron una leccion muy dura, pero muy provechosa.... Todo ha cambiado; ahora os amo y me amais.... Lucharemos juntas para vencer á nuestros enemigos.

—No me equivoqué al venir, pues os he encontrado tal como creí. Habeis dicho bien, nos amamos, y con el valor de nuestro cariño, ayudadas por la justicia, lucharemos y Dios nos protegerá.

—Bien, repuso la reina, así quiero veros, animosa, sin que se debilite vuestra antigua energía, sin que se entibie vuestra fé en Dios ni os abandone la esperanza.

—Vuestros consuelos han hecho renacer mis fuerzas.

Los ojos que en otro tiempo se habian mirado con centellas de ira y de odio, lloraron entonces con lágrimas de ternura y de cariño.

Esther se dispuso á salir.

—¿Volvereis mañana?

—¿Cómo he de faltar?

—Os diré lo que haya adelantado y el plan que debemos proponernos, segun encuentre el ánimo de mi hijo.

—Dios os conserve.

—Decíd á don Alonso que venga por la mañana, pues estará de nuestra parte y podrá ayudarnos mucho.

—Es nuestro mejor amigo.

—Que Dios os consuele.

Salió Esther para volver á su casa, pero mas tranquila que cuando habia ido.

Entretanto, la reina mandaba llamar á su traviesa doncella Violante, con la que pensaba conferenciar sobre el asunto que nos ocupa.





CAPITULO XLII.

Cómo el rey se mostró inflexible, y desesperada Esther.

A las nueve de la mañana del siguiente dia, entró el monarca en el aposento de su madre.

Estaba esta triste y meditabunda, y recibió á su hijo con cierta frialdad no acostumbrada.

—¿Estais indispuesta, madre mia? le preguntó el rey con cariñoso acento.

—Nó, le contestó doña María.

—Me parece que vuestro semblante está mas pálido que otros dias.

—He dormido poco la pasada noche, pero me siento bien.

—¿Teneis algun cuidado que os quite el sueño

—¿Eso me preguntais, don Fernando? ¿Acaso no pesan muchos sobre mí lo mismo que sobre vos?

—Los de siempre, madre mia; y nunca os he visto como ahora sino en dias de graves apuros.

—Como el presente.

—No os comprendo, repuso el rey, á la vez que se sentaba cerca de su madre.

—Los traidores se muestran cada vez mas audáces, y no cesan las intrigas.

—Eso no es ninguna novedad.

—Veo, don Fernando, que no quereis entenderme, replicó doña María con alguna sequedad, y estraño y me duele que conmigo useis de fingimientos, como si se tratase de un cualquiera.

—Perdonad, madre mia; ya sabeis que solo en vos tengo confianza: no ha sido mi intencion ofenderos; y si dije que no os comprendia....

—Fué para evitar que entrásemos en esplicaciones sobre la prision de vuestro tio el bastardo.

—Si es bastardo, no es mi tio, ó por lo menos no debe llamarse tal.

—Poco importa el nombre.

—Ciertamente.

—Lo que importa, don Fernando, es tratar de ese asunto y obrar con mucha prudencia.

—Nadie podrá decir que he procedido ligeramente.

—Creo que sí.

—No sois imparcial, segun veo. ¿Y las pruebas que hay de su crímen?

—Esas pruebas no son bastante para acusar á Rodrigo.

—¡Que no son bastante! replicó el monarca con tono de admiracion.

—¿Está escrito en ellas su nombre?

—Nó, madre mia, pero él las llevaba consigo; y tales documentos, ó le pertenecen, ó debió entregármelos, si es que cualquier casualidad los puso en sus manos.

—Vuestra falta de esperiencia no alcanza que todo eso pueda ser hijo de una intriga bien urdida.

—Señora, dijo Fernando IV, creeis inocente á Rodrigo, y no habrá razones ni pruebas qué puedan convenceros de lo contrario.

—Tiene bien probada su lealtad.

—Y bien probado su delito.

—¿Es decir?...

—Que contra los pergaminos que le he encontrado, se necesitan otros, y no bastan razonamientos. Ya sabeis que mis parientes son los conspiradores mas temibles, y me maravillaba que Rodrigo, aunque bastardo, pero en realidad pariente tambien, me hubiese sido leal. Lo he querido como á ninguno de cuantos me rodean; sabeis que he depositado en él toda mi confianza; pero descubierta su traicion, lo castigaré si no justifica su inocencia.

—¡Don Fernando!

—Perdonadme, madre mia, pero estoy resuelto, añadió el monarca con entereza. Si pensábais pedirme la libertad de Rodrigo, escusad el disgusto que ha de causaros mi negativa. En esto, señora, me mostraré tan

firme como en la resolucion que tomé de castigar á mi tio don Enrique.

Doña María contempló á su hijo por algunos instantes, y luego repuso:

—Don Fernando, el trono que ocupais debe mucho á Rodrigo, y yo tengo el deber de defenderlo.

—¿Qué quereis decir?

—Que yo tambien por mi parte estoy resuelta á que no se cometa una injusticia. Os ruego por esta sola vez que pongais en libertad al bastardo, bajo su palabra de honor, sin perjuicio de practicar toda clase de diligencias para descubrir á los autores de la intriga.

—Imposible, madre mia: el que ha conspirado contra la vida de su rey, no puede guardar su palabra.

—¿Teneis por sospechoso mi consejo?

—Lo tengo por equivocado.

—¿Os negais, pues?

—Resueltamente.

—Mirad que os lo ruega la madre que todo lo ha sacrificado por vos.

—Llegará un dia en que os alegreis de que yo no haya accedido á vuestro ruego.

—No olvideis que Rodrigo es el ídolo del pueblo.

El monarca contrajo la frente, y replicó con altivez:

—Yo arrojaré á ese pueblo la cabeza de su ídolo, y callará; pero si levantase la voz contra la justicia de su rey, rodarán muchas cabezas tras la del traidor.

—¡La cabeza del bastardo! esclamó doña María. ¡Oh!... no será, don Fernando, mientras yo viva.

—Ya veis cómo obré con acierto al no querer comprender vuestras primeras palabras.

—No os molestaré mas con ellas, repuso con amargura la madre del monarca.

—Madre mia....

—Quiero advertiros solamente, que si disponeis sin mi consejo de la vida de Rodrigo, me separaré para siempre de vos, diciendo á la faz del mundo que no os reconozco por hijo mio.

—¡Señora!...

—Dejemos, don Fernando, esta enojosa conversacion. No os pido permiso para que pueda ser el bastardo visitado por su esposa, porque supongo que vuestro injusto rigor no llegará al estremo de privar á ese inocente hasta de los consuelos de las personas á quienes ama.

—Hoy, repuso el rey, á la vez que se levantaba de su asiento, hablaré con Rodrigo para pedirle esplicaciones, y segun lo que de ellas resulte, fijaré el dia en que pueda verlo su esposa.

El monarca besó la diestra de su madre con ceremonioso respeto, y salió tranquilamente.

—¡Corazon de hielo! murmuró doña María.

Y volvió á quedar triste y pensativa, hasta que pasado un cuarto de hora la sacó de sus meditaciones Esther.

—¿Habeis hablado al rey? fué la primera pregunta que hizo la esposa del bastardo.

—Hace muy poco que acaba de salir de aquí.

—¿Y habeis conseguido?...

—Nada todavía.

—¡Oh! esclamó Esther con doloroso acento. Es una crueldad, una injusticia escandalosa....

—Sosegaos, que por ahora no corre peligro la vida de vuestro esposo.

—Señora, los abusos han comenzado, y no puedo estar tranquila. Como yo, mas que yo conoceis á vuestro hijo, y bien sabeis que no se debe confiar.

—Tambien me conoceis á mí.

—¿De qué servirán vuestros esfuerzos? El rey os tranquilizará con palabras dulces, con promesas vagas, que á nada le comprometan, y entretanto obrará segun su capricho.

—El rey me respetará.

—Si le conviene, señora.

—¿Pensais que nada valgo?

—La intriga y la traicion tienen armas, contra las que no hay defensa, porque sus golpes se sienten cuando hieren, pero no se ven cuando amenazan.

—Pues bien, la intriga nos ayudará, si no hay otro medio, y yo os aseguro que se salvará vuestro esposo.

—¿Pero entretanto no lo veré?

—El rey se niega por hoy; pero mañana, si tampoco dá su permiso, haré de manera que entreis en la prision, ó poco he de valer.

Los ojos de Esther se iluminaron; se contrajo su frente, y apretando los puños, dijo con acento amenazador:

—Bien, señora; pero si vuestros nobles esfuerzos no sirven de nada, si pasan algunos dias sin que yo vea á

mi esposo para convencerme de que existe, ó su prision se prolonga, recurriré....

—¿Qué vais á decir? interrumpió doña María.

—¿Lo habeis adivinado?... Pues bien, ya sabeis que no lo intentaré en vano: tengo oro, Rodrigo cuenta con muchos partidarios, y el pueblo lo mira como á un dios...

—Esa seria la más terrible acusacion de vuestro esposo.

—Pero tambien su salvacion, que es lo que me importa.

—Me estremeceis....

—Mucha sangre costaria la vida de mi esposo.

—Y la corona á mi hijo.

—Tal vez, porque los caballeros leales al rey le volverian la espalda.

—No tendreis que tocar ese estremo: os he dicho que se salvará.

—Quiéralo Dios, señora, porque ya sabeis cuánto lo amo, y en la locura de mi dolor no respondo de mis acciones.

—Hoy verá mi hijo á vuestro esposo, y este tal vez aclare el misterio que lo hace aparecer criminal.

—¡Un dia mas! dijo Esther. ¡Un dia mas!... ¡Dios mio!

Pocos momentos despues, la esposa del bastardo regresaba á su casa revolviendo en su imaginacion mil proyectos atrevidos.

mi esposo para convencerme de que existe, ó su prision se prolonga, recurrió....

—¿Que vais á decir? interrumpió Doña María.

—¿No habeis adivinado?... Pues bien, ya sabeis que no lo intentaré en vano: luego oro. Rodrigo cuenta con nuestros partidarios, y el pueblo lo mira como á un dios...

—Esa sería la mas terrible acusacion de vuestro esposo.

—Pero tambien su salvacion, que es lo que me importa.

—Sic estremeceis....

—Mucha sangre costaria la vida de mi esposo.

—Y la corona á mi hijo.

—Tal vez, porque los cabalteros leales alzarán la voluntad la espada.

—No cuadrais que hacer ese siguiente: os he dicho que se salvará.

—Quiera Dios, señora, porque ya sabeis cuánto lo amo, y en la locura de mi dolor no responde de mis acciones.

—Hoy verá mi hijo á vuestro esposo, y entonces aclare el misterio que le hace aparecer criminal.

—¡Un dia mas! dijo Isabel. ¡Un dia mas!... ¡Dios mio!

Pocos momentos despues, la esposa del bastardo regresaba á su casa revolviendo en su imaginacion mil proyectos atrevidos.

CAPITULO XLIII.

De cómo doña María comenzó á cumplir su promesa.

El monarca volvió á negar su permiso para que Esther visitase á su esposo, á pretesto de que todavía no habia tenido la esplicacion que deseaba, y doña María se convenció de que era lo mas acertado aprovechar el tiempo, si habia de cumplir su promesa.

Eran las cinco de la tarde, y la esposa de don Sancho estaba en su aposento con la traviesa Violante, que, como ya hemos dicho, no habia perdido nada de su antigua vivacidad, y estaba siempre dispuesta á sacrificarse por su señora.

—Es preciso, decia doña María, que Esther entre en la prision, y así se lo he prometido, confiada en que tú me sacarias del apuro.

—Pues habeis prometido un imposible, contestó Violante, y lo siento mucho.

—¡Un imposible!... Es la primera vez que esa palabra sale de tu boca. ¡Imposible para la que supo burlarse del abad de Valladolid!

—Aquellos eran otros tiempos y otras circunstancias.

—Tambien tuviste que luchar con un hombre como don Gomez García, que supo engañar á todo el mundo.

—Pero que estaba enamorado de mí; y un hombre enamorado pierde la cabeza.

—¿Es decir, que toda tu travesura consiste en abusar del que te ama? Me equivoqué, Violante, y he obrado con mucha ligereza lo que yo misma no podia cumplir.

—Ya os dije ayer que no hay esperanza de conseguir vuestro deseo, que es el mio.

—¿Y si yo te digo que quiero que lo consigas, aun cuando sea imposible?

—Me atormentareis.

—Pues aunque te atormente, es preciso, lo quiero....

—Acabareis por volverme loca.

—No importa, Violante.

—No he dormido la noche pasada, cavilando sobre esto mismo.

—¿Y no te se ha ocurrido nada de provecho?

—¿Qué ha de ocurrírseme? Don Rodrigo está encerrado en un sótano, cuya puerta, bien cerrada y forrada de hierro, la guardan dia y noche dos centinelas, que tienen las órdenes mas terminantes de no dejar que nadie se acerque allí.

—Pues hay que ganar la voluntad de esos hombres.

—Difícil es; pero aunque así se consiguiese, tenemos otro obstáculo.

—¿Cuál?

—El rey guarda la llave de la puerta, y solo con esa llave y una órden real se puede entrar, y no tenemos ni la una ni la otra.

—En cuanto á la llave, no es inconveniente.

—¿Cómo?

—Haciendo otra igual.

—Pero es menester sacar un molde....

—Lo encargaremos á tu marido, y él lo ejecutará mientras el rey duerme.

—Señora....

—Sé que es delicada la comision.

—Puede costarle la vida.

—¿No la arriesgará por servirme y por favorecer á su amigo?

—Sin duda.

—Ya ves que el asunto queda arreglado.

—Pero no pensais que, si bien Juan espondrá la vida por vos, no querrá ser traidor al rey....

—Tú lo convencerás.

—No lo aseguro.

—Violante, te he dicho que así lo quiero.

—Bien, señora, así será.

—Ahora pensemos cómo ganar á los centinelas.

—Ya sabeis que se relevan, y por consiguiente, no siendo siempre los mismos, ningun paso debe darse hasta tener la llave.

—Es verdad, pero me parece conveniente que tengamos ya meditado lo que has de hacer.

—El medio que puede dar resultado para unos, será inútil para otros, pues cada hombre tiene una debilidad distinta por donde atacarle. Para ganar la voluntad de los unos, lo mejor será el dinero, mientras que otros lo despreciarian, dejándose conquistar por distinta cosa.

—Tienes razon.

—¿No soy yo quien ha de hacerlo? Pues dejadme obrar á mi antojo, que cuando necesite consejo os lo pediré.

—Confio en ti.

—Ahora voy á decidir á mi marido, que es testarudo sin igual, pero que tiene tambien su parte flaca.

—No te detengas.

—Ni un instante.... Dios me saque con bien de esta empresa.

Violante hizo una reverencia y salió del aposento, yendo en busca de su marido.

A nadie es permitido escuchar las conversaciones privadas, íntimas, entre marido y mujer, y por esta razon no pasamos de la puerta del aposento de Violante, aunque nos quedemos sin satisfacer nuestra curiosidad por saber cuál era el lado vulnerable de Juan, ni el medio de atacarlo de que se valia su esposa. Solamente diremos, porque no sabemos mas, que Juan empezó por enfadarse, oponiéndose á la peticion de su mujer, que despues entró en razonamientos sobre el asunto, luego dudó, y al fin cedió á todo, prometiendo hacer cuanto se deseaba.

El cargo que Juan desempeñaba en la servidumbre del rey, le permitia poder apoderarse de la llave y moldearla en cera, lo cual hizo aquella misma noche.

Vencida esta dificultad, la traviesa Violante fué al siguiente dia á dar la noticia á la reina, que la recibió con muestras de la mayor alegría.

—Se ha conseguido lo principal, dijo doña María.

—Antes del medio dia tendremos hecha una llave, pero nos falta que los centinelas dejen abrir.

—Me has prometido conseguirlo.

—Por Dios, señora, yo no os he prometido sino hacer lo que pueda.

—Lo que puedes es lo que deseamos. ¿No has vencido los exagerados escrúpulos de tu esposo? Pues mas fácilmente vencerás la fidelidad dudosa de los ballesteros.

—Probaremos esta misma noche.

—Y si no se consigue á la primera tentativa, no hay que desmayar, sino hacer otra.

—Ya tengo empeño en ello, no solamente porque vos me lo mandais, sino porque me interesa la suerte de don Rodrigo, y porque está picado mi amor propio.

—Entonces lo cuento como cosa hecha.

—Esta noche deberá venir la esposa del bastardo y esperar la hora oportuna.

—¿Pero ya tendrás formado tu plan?...

—Sí.

—Quiero saberlo.

—Dejadme el placer de causaros una sorpresa: contentaos con saber que tengo seguridad de salir bien.

—¿Y si hay algun inconveniente en el que tú no has pensado?

—Os respondo de todo.

—En tí confio.

—Estad tranquila.

—Bueno seria que fueses á ver á la esposa de don Rodrigo.

—Lo haré para que deje su venida para la noche.

—Es prudente que no la vean entrar con mucha frecuencia aquí, porque tal vez sospecharian que intrigamos.

—Le diré que no venga hasta las diez.

—Al contrario, debe venir al anochecer, para no llamar la atencion con su visita á una hora tan avanzada.

—No faltará quien observe, y vea que entra y no sale.

—Eres mas precavida que yo.

—He pensado en todo: dejadme obrar, si quereis que el asunto marche bien.

—Haz lo que mejor te parezca.

Violante se despidió de doña María, y se fué en busca de Esther para convenir el mejor modo de obrar con mas disimulo.

A las diez de la noche, poco mas ó menos, la esposa de Rodrigo entró en el alcázar, cubierta con un ancho albornoz; y con la fortuna de no encontrar á ningun cortesano en las habitaciones que atravesó, llegó á la de doña María, que la esperaba en compañía de Violante.

—¿Os ha visto alguien? preguntó la reina.

—Nadie, contestó Esther, sino los arqueros que están

en el zaguan, y que apenas han fijado su atencion en mí.

—Esperaremos, dijo Violante, á que se retiren los caballeros que están en el cuarto del rey.... Nó, mejor será ahora mismo.

—¡Cuánto os debo! esclamó Esther.

—Yo, dijo Violante, obedeciendo cumplo con mi deber....

—Y yo con mis deseos, añadió la reina.

—Si el rey llegase á saber lo que habeis hecho por mí.... ¡Oh!... me estremezco solo al pensarlo.

—Esperadme aquí, que pronto vuelvo, dijo Violante.

Y salió del aposento, llevando una lámpara, atravesó un corredor, bajó una escalera, y dejando atrás un patio, llegó en pocos momentos á la puerta de la prision de Rodrigo.

Dos ballesteros vigilaban sentados en un banquillo, hablando y riendo para entretener el tiempo.

Un farolillo sucio alumbraba aquel sitio, que como saben nuestros lectores, era un pasillo lóbrego y húmedo.

Los soldados estaban junto á la puerta, y solo el eco de sus voces y de sus risas interrumpia el silencio que allí reinaba. Al ver á Violante, á quien todos conocian, interrumpieron su alegre conversacion y se levantaron respetuosamente.

—Estaos quedos, les dijo la antigua doncella, que ya sabeis que no soy amiga de ceremonias.

Y mientras hablaba así, fijó en los ballesteros una escudriñadora mirada, y vió que eran dos hombres del mas grosero y rudo aspecto.

—¿Conoceis á mi esposo? añadió.

—Si, señora.

—¿Y no lo habeis visto pasar?

—Nó, señora.

—Entonces es casi inútil seguir adelante, porque tampoco lo encontraré por aquí. No ha salido de palacio, y sin embargo, no doy con él, y el rey lo manda llamar con urgencia.... Dios os guarde.

Violante volvió atrás con fingido mal humor y verdadera prisa, y entró con alegre semblante en el aposento de la reina.

—Creo, dijo, que saldremos con bien.

—¡Dios mio! esclamó Esther, cuyas manos temblaban convulsivamente.

—¿Tan pronto has ganado la voluntad de los centinelas?

—Ya es hora de que os esplique mi plan, repuso Violante, á la vez que sacaba un pergamino.

—¿Qué es eso?

—Un privilegio de una alcabala, con el sello real.

—Pero....

—Los soldados que guardan á don Rodrigo, no saben leer, estoy segura de ello, pero conocen, ó creen conocer, el sello del rey.

—¡Violante!

—Este será el real permiso para entrar en la prision, y la prueba el que llevamos la llave que guarda S. A., convertido en carcelero por un capricho sin igual.

—Pero lo natural seria que llevase el permiso y la

llave un escudero, ó cualquier otro criado del monarca.

—Efectivamente; pero como no se encuentra á mi esposo, que debia desempeñar la comision, el rey me ha mandado que acompañe á esta señora.

—Eso es una locura, dijo la reina.

—Que nos costará muy cara si no tenemos serenidad. ¿Pues acaso pensábais que sin correr un grave riesgo podia conseguirse entrar en la prision? Me habeis dicho que todo lo arrostrara, y no puedo hacer mas. Para ganarse la voluntad de los centinelas, se necesita tiempo, y este nos falta, porque los relevan á menudo; y como ya os dije, lo que con unos adelantásemos no serviria para los otros. Valor, pues, y triunfaremos. Nadie corre mas peligro que yo, porque á esta dama la disculpa el natural deseo de ver á su esposo, y yo con nada puedo escusarme.

—Yo no puedo aceptar ese sacrificio, dijo Esther, cuyo rostro estaba cadavéricamente pálido.

—¿Renunciais á ver á vuestro esposo?

—Sí; sacrificio por sacrificio, yo debo hacerlo.

—Señora, replicó doña María, id sin temor, que si desgraciadamente se descubriese la intriga, yo sabré poner á Violante á cubierto de todo. No perdais tiempo.

—¡Gracias, señora! esclamó Esther, que cubrió de besos las manos de la reina y las regó con sus lágrimas.

—No vais á visitar á vuestro esposo, vais á sacarlo de su encierro: que huya lejos de Castilla hasta que con el tiempo se pruebe su inocencia.

—Es demasiado....

—Así lo quiero, replicó doña María.

—¡Dios mio, dadme valor! esclamó Esther.

Y enjugó el llanto, hizo un esfuerzo para aparecer tranquila, y dijo á Violante:

—Estoy dispuesta.

Salieron del aposento, y la reina se arrodilló para rezar.

Cuando Esther y Violante llegaron á la puerta de la prision, los ballesteros cantaban alegremente.

—¿Otra vez por aquí? dijo uno de ellos al ver á las damas.

—Todos los hombres sois iguales, replicó Violante con tono de mal humor.

—Es verdad, contestó el soldado.

—No se os encuentra mas que cuando habeis de estorbar.

—¿Sigue perdido vuestro esposo?

—Sí, lo cual ha sido causa de que yo tenga que volver aquí para acompañar á esta dama.

—La conozco, dijo uno de los ballesteros mirando á Esther, que apenas podia sostenerse.

—Tanto mejor, repuso Violante. Aquí hace un frio que hiela, y quisiera despachar en seguida.

—¿Qué quereis?

—Mirad esta órden de S. A.

Uno de los soldados tomó el pergamino, vió el sello, y lo dió á su compañero, diciéndole:

—Sellado por el rey, pero no sé lo que dice.

—A mí me estorban las letras, repuso el otro.

—Vos direis lo que aquí se manda.

—Que se permita á esta dama entrar á ver á su esposo.

—Pero si el rey tiene la llave....

—Me la ha dado: tomad y abrid.... ¡Qué frio tan húmedo!...

Uno de los ballesteros se encogió de hombros y tomó la llave.

—¿Vais á entrar las dos? dijo.

—Yo me quedaré aquí esperando.... En verdad que ha sido capricho del rey el hacerme venir, como si yo fuera algun paje. Señora, despachad pronto, porque si no me quedaré helada.

Los soldados creyeron de buena fé que el pergamino era la licencia dada por el rey, mucho mas al ver la llave. Así fué que, sin dar ninguna importancia al asunto, abrieron la puerta y dejaron á Esther el paso libre.



—Vos diréis lo que aquí se manda.

—Que se permita á esta dama entrar á ver á su esposo.

—Pero si el rey tiene la llave....

—Me la ha dado: tomad y abrid.... ¡Qué frío tan horrible!....

Uno de los ballesteros se encogió de hombros y tomó la llave.

—¿Vais á entrar las dos? dijo.

—Yo me quedaré aquí esperando.... En verdad que ha sido capricho del rey el hacerme venir, como si yo fuera algun paje. Señora, despachad pronto, porque si no me quedaré helada.

Los soldados creyeron de buena fe que el permiso era la licencia dada por el rey; mudos iban al ver la llave. Así fué que, sin dar ninguna importancia al asunto, abrieron la puerta y dejaron á Esther el paso libre.

CAPITULO XLV.

De la entrevista de Esther con Rodrigo.

La rojiza y vacilante luz de la lámpara que Esther habia tomado de manos de Violante, esparció trabajosamente su claridad en el interior del negro calabozo, donde la atmósfera era húmeda y espesa.

No pudo reprimir Esther un grito de terror al entrar en aquel hediondo aposento, donde los piés se resbalaban en el mojado piso, y donde casi la cabeza tocaba al abovedado techo, en cuyas anchas grietas anidaban mil asquerosos insectos.

Rodrigo estaba recostado en un monton de paja que habia en el mas apartado rincon, y aunque oyó crujir la puerta, no miró quién entraba, porque pensó que seria el encargado de llevarle la comida, única persona á quien el rey daba la llave, que habria ido, como otras veces, á preguntarle si necesitaba alguna cosa; pero al oir el grito

de espanto exhalado por Esther, volvió la cabeza, y reconociendo á su esposa, se levantó precipitadamente, mientras que ella corria para echarse en sus brazos.

—Por fortuna, Esther tuvo la precaucion de dejar la lámpara en el suelo, pues á no ser así, se hubiesen quedado á oscuras.

Un estrecho abrazo unió á los esposos, cuyos corazones palpitaron con estremada violencia.

—¡Esposa mia! esclamó el bastardo con voz conmovida.

—¡Rodrigo! murmuró Esther, de cuyos ojos salia en abundancia el llanto.

Siguióse un profundo silencio, interrumpido solamente por los sollozos de Esther y por la agitada respiracion de Rodrigo.

¡Qué emocion á la vez tan dulce y dolorosa conmovia sus almas!

—¡Ya no nos separaremos! esclamó al fin Esther, oprimiendo mas y mas contra su pecho á su esposo.

—Esplícate, dijo este. ¿Cómo te ha permitido el rey venir? ¿Acaso se ha convencido de mi inocencia? ¿Se ha descubierto la trama infame que me tiene aquí precisamente por uno de mis hechos mas leales?

—Nó, Rodrigo: el rey se muestra inflexible; su corazon de piedra ha sido insensible á mis ruegos y á mis lágrimas; ha cerrado sus oidos á la voz de la justicia, del deber y de la gratitud....

—¿Has suplicado al rey, has llorado en su presencia? interrumpió Rodrigo, cuya frente se contrajo.

—Sí, le he suplicado....

—¡María! esclamó el bastardo, apretando los puños con despecho. ¡Mi esposa se ha humillado ante ese niño sin corazon, ante ese niño déspota y cruel!... ¡Has ido á pedir un perdon humillante que no necesito, porque no soy criminal!... ¡María!...

—He pedido, replicó la dama, tu libertad, en nombre de la justicia, y si á mis ojos asomó el llanto, lo arrancó el dolor, y no la debilidad; si supliqué, fué para que el rey escuchase el grito del deber, y no para que te perdonase un crímen que no has cometido. Tu esposa es digna de tí....

—Perdona si he dudado....

—Tuve el valor suficiente para echar en cara á ese niño cruel su ingratitud, para decirle que te debe su corona y la autoridad de que ahora abusa....

—¡Bien, esposa mia!...

—Y cuando intentó insultarme con su loca arrogancia de niño, le recordé su debilidad, le amenacé con el pueblo, que acudiria á mi voz....

—Y si muero sabrás vengarme; vengar mi honor ofendido....

—No morirás, Rodrigo, porque he venido á sacarte de aquí.

—Imposible, María.

—Nada mas fácil. La reina, con ayuda de Violante y del marido de esta, ha proporcionado la llave con que hemos abierto, y los soldados que guardan la puerta creen que he venido con la licencia del monarca. Nada

resiste á tus fuerzas, y costará poco trabajo encerrar aquí á esos dos ballesteros que nada recelan.

—¡Huir como un criminal, como ha huido el infame don García!... ¡Jamás, jamás!

—¡Rodrigo!

—Yo no saldré de aquí sin que se declare mi inocencia.

—Peligra tu vida.

—Lo sé: las apariencias me condenan, y mi sangre satisfará la cólera del rey.

—¡Piensa en mí, Rodrigo! esclamó Esther con tierno y suplicante acento. ¡Piensa que si mueres, moriré yo tambien desesperada, atormentada horriblemente!

—¡Escusa quitarme el valor con tu debilidad! replicó el bastardo con firmeza. La honra es antes que la vida; y mas vale morir protestando contra la injusticia del rey, que salvar la vida huyendo, pero bajo el peso de una acusacion deshonrosa.

—Salva la vida, que tiempo te queda para justificarte; pero si mueres, aunque al siguiente de tu sacrificio se reconozca tu inocencia, ya será tarde.

—Espero, María, que, aunque no tengo pruebas, mis razones convencerán al monarca, y me sustituirá en este calabozo mi delator, que debe serlo don Enrique de Alvarado; pero si así no sucediese, me resignaré con mi desgracia y sabré morir como hijo de don Alonso el Sábio y como hermano de don Sancho el Bravo.

—Pues bien, repuso Esther con vehemencia; si te niegas á seguirme, si un escrúpulo de honor mal enten-

dido puede en tí mas que el amor á la vida y el amor á tu esposa, me quedaré contigo y correremos la misma suerte.

—¿Qué intentas?

—Estoy resuelta á no moverme de aquí.

—Es una locura....

—Yo tambien quiero cumplir con mi deber de esposa, quiero vivir ó morir contigo.

—¡Me atormentas, María!

—¿Has escuchado tú mis ruegos?

—¿Pero no piensas que así comprometerás á la reina y á Violante? ¿Quieres pagarles con un mal su generoso beneficio? ¿Quién, sino ellas, te han abierto la puerta de esta prision, arriesgando quizás sus vidas?

Esther bajó tristemente la cabeza, y por sus megillas corrió abundante llanto.

—¡Tenemos que separarnos! murmuró con voz débil.

—Por hoy no mas, dijo Rodrigo, que se esforzaba por aparecer tranquilo para infundir valor á su esposa. Mañana tal vez tengas ocasion de volver á entrar aquí como hoy. Además, necesito saber lo que se dice de mí, lo que pasa en la córte, porque tal pudiera ser el estado de las cosas, que me decidiera á escapar.

Un rayo de alegría brilló como una centella en los ojos de Esther: esta levísima esperanza reanimó su aliento y tranquilizó la agitacion violenta de su espíritu.

—Todo lo sabrás, todo lo que suceda, lo que se diga, lo que maquinen los conspiradores, porque ya sabes que cuento con la decidida ayuda de la reina, de Violante y

de Juan en palacio, con la de don Alonso entre los nobles, y con oro en abundancia para pagar espías.

—Nada me has dicho de don Alonso....

—Tuvo una entrevista con el infante....

—¿Sobre los amores de su hijo?...

—Sí: don Juan dijo que no consentiria en semejante boda....

—¿Y don Alonso?...

—Tomó abiertamente la defensa de su hijo....

—¡Desdichados jóvenes!...

—Pero ahora no se ocupa sino de tu suerte, y jura que por primera vez en su vida se rebelará contra el rey, si no hace justicia á tu lealtad.

—¡Noble corazon!

—¡Cuánto alivian sus dulces consuelos mis dolores!

—El tiempo pasa sin sentir, dijo Rodrigo, y pueden sorprendernos, porque á esta hora suelen venir á preguntarme si necesito alguna cosa.

—¡Tan pronto!...

—Vete, María.

—¡Adios, Rodrigo!

—¡Adios!...

Un estrecho abrazo volvió á unir aquellos pechos amantes, y despues de algunos momentos se separaron.

Salió Esther casi ahogada por la emocion; uno de los ballesteros cerró la puerta, dió la llave á Violante, y esta dijo entonces á los soldados:

—Si haceis traicion no guardando bien al preso, os

cortarán la cabeza; si, aunque sin mala intencion, os dejais engañar, os la cortarán tambien.

—Ciertamente, contestaron los soldados.

—Pues bien, repuso la atrevida dama, os hemos engañado, porque esta es una llave falsa y este pergamino no es lo que os figurais; y por consiguiente, para guardar vuestra cabeza, teneis que guardar el secreto.

—¡Vive Dios!

—Además, siempre que os toque estar de centinela aquí, vendremos, y si nos negais la entrada....

—¡Os habeis burlado de nosotros!...

—Tomad, replicó Violante dándoles un bolsillo lleno de monedas de plata. Bebed á la salud de don Rodrigo, y estad descuidados.

Y cogiendo de una mano á Esther, la llevó tras sí.





CAPITULO XLVI.

De cómo don Alonso empezó á tomar parte activa en el asunto de Rodrigo.

No se hablaba en la ciudad de otra cosa que de la prision del bastardo, y nadie acertaba á comprender cómo el monarca se habia atrevido á proceder contra un hombre, que aparte de los servicios que habia prestado al trono, contaba con tantos partidarios, y sobre todo con el pueblo, que lo miraba con especial cariño; y la estrañeza de todos creció mas, al saber que el señor de San Lúcar, cuya rectitud era proverbial, estaba de parte de Rodrigo, y aunque con mucha reserva, habia mostrado su descontento, y aun se habia dejado decir que la prision era una injusticia intolerable. Murmuraba el pueblo bajo, los nobles estaban descontentos, y solo el infante don Juan, don Enrique y los suyos, se regocijaban con lo sucedido, porque significaba el triunfo de sus maquinaciones.

Para la interesante Sol habia sido una desgracia la prision del bastardo, pues decidido este como estaba á proteger sus amores con don Juan Alfonso, habia concebido grandes esperanzas la doncella, que lloraba noche y dia; y sin que bastasen á estorbarlo los consuelos de su cariñosa madre, su llanto y sus dolores acortaban su vida.

El Brujo, entretanto, seguia haciendo sus entradas nocturnas en la poblacion y situándose bajo las ventanas de la doncella, no solo con la intencion de arrancar enamorados corazones para llevarlos á su palacio, sino tambien con el fin de aprovechar la primera ocasion favorable á sus deseos. El tiempo, en vez de apagarla, encendia mas y mas su violenta pasion; y por ella dominado, ciego y loco, aquel hombre con instintos de fiera, impaciente por satisfacer sus deseos impuros, habia ya pensado en atropellarlo todo y arriesgar de una vez la vida para conseguir de una vez tambien el logro de sus afanes. La prision de Rodrigo habíale infundido mayores ánimos, porque, como ya sabemos, era el único hombre á quien tenia miedo; y tranquilo por esta parte, solo sentia que don Juan Alfonso no estuviese en Valladolid, porque esto le privaba del placer de poder asesinarlo y arrancarle el corazon.

En tal estado se encontraban los personajes de esta historia: fáltanos solamente decir que don Alonso Perez de Guzman habia escrito á su hijo, mandándole que volviese á la córte, y que el mancebo debia llegar muy pronto, porque sin duda alguna, para obedecer esta ór-

den se apresuraria mas que para cumplir la que lo habia separado del objeto de su amor.

Habian pasado dos dias desde que Esther logró introducirse en la prision de su esposo, y el monarca no habia determinado aun que se pidiesen esplicaciones al preso, ni pedírselas él, lo cual empezaba á impacientar al señor de San Lúcar, y le habia casi decidido á tocar esta cuestion con el monarca.

Eran las once de la mañana, y el noble don Alonso, muy pensativo y de malísimo humor, disponíase á salir de su casa para ir á visitar á Esther, cuando en la calle resonaron pisadas de caballos, que parecian caminar al galope, y algunos momentos despues, don Juan Alfonso de Guzman entraba en el aposento y se arrojaba en los brazos de su padre.

—¡Vive el cielo, don Juan Alfonso, dijo el señor de San Lúcar, que me habeis dado la mas grande sorpresa!

—¿No me esperábais tan pronto? replicó el mancebo.

—Nó, á fé mia, y forzosamente habreis caminado toda la noche para llegar á esta hora.

—Sin descanso he corrido para obedeceros, padre mio, y para satisfacer mis deseos de abrazaros. Pero ante todo decidme si es cierta la noticia que ha llegado á Toledo de que don Rodrigo se encuentra en una prision y se le acusa de complicidad en el atentado contra la vida del rey. Vuestra carta nada dice de esto, y yo no lo he creido; pero como hace algun tiempo que suceden cosas tan estrañas, puede muy bien nuestro amigo haber sido víctima de alguna intriga infame.

—Así es la verdad, contestó don Alonso.

—¿Qué decís? ¡Preso don Rodrigo!

—Sí.

—¿Pero de qué se le acusa?

—De lo que os han dicho en Toledo.

—Es imposible, padre mio. ¡Traidor y asesino!...

—¿Creeis que está inocente?

—Lo creo, como supongo que os sucederá á vos.

—Pues esa es la opinion general; pero desgraciadamente se le han encontrado unos documentos que lo comprometen mucho, que prueban casi su delito.

—Pero todo eso debe ser efecto de alguna intriga.

—Tal pienso, pero es lo positivo que se encuentra encerrado y vigilado cuidadosamente; y en tal apuro, los que á pesar de las apariencias estamos convencidos de su lealtad, debemos ayudarle á triunfar de sus enemigos. Por el pronto peligra su cabeza; y como es tan querido del pueblo, temo que ocultamente se le quite la vida para quitar toda ocasion de alboroto.

—Me haceis estremecer, repuso el mancebo, que por un instante se habia olvidado de doña Sol, objeto de sus constantes pensamientos.

—Todo debe esperarse, porque el rey desconfia de cuantos le rodean.

—Padre mio, salvemos la vida de nuestro amigo.

—Para que ayudeis, si es necesario, os he mandado venir.

—Espero vuestras órdenes.

—Ahora descansad, que bien lo necesitais, y entretan-

to iré á ver al monarca para anunciarle vuestra venida.

—¿Nada mas teneis que decirme?

—Voy á salir, y á mi vuelta hablaremos mas despacio, contestó don Alonso. Ahora no tengo que daros otra noticia mas, sino que de vos he hablado con el infante don Juan.

El mancebo palideció y no se atrevió á decir una palabra sobre este asunto.

—Y el infante, añadió don Alonso, te niega la mano de su hija.

Un rayo que hubiese caido á los piés del enamorado mancebo, no lo hubiera dejado tan aturdido como las palabras de su padre. ¿Por qué este habia pedido la mano de doña Sol, despues de haberse opuesto á semejantes amores? ¿Qué habia resuelto en vista de la negativa del infante? ¿Habia mejorado su situacion? Tales dudas, no solo escitaron vivamente su curiosidad, sino que le atormentaron mucho, pero no se atrevió á hacer ninguna pregunta, por temor de incurrir en el enojo de su padre.

Este comprendió lo que sufria su hijo, y no queriendo atormentarlo inútilmente, mas cuando estaba decidido á proteger sus amores, le dijo:

—Habeis sabido dominaros, y esto os reconcilia conmigo, don Juan.

—¡Gracias, padre mio! esclamó el doncel besando repetidas veces las manos de su padre.

—He dicho al infante que á pesar de su negativa sereis esposo de doña Sol...

—¡Padre mio!

—Pero tened prudencia.

—¡Cuánto os debo! ¡Qué feliz me haceis!

—Aun no debeis consentiros á lograr lo que tanto anhelais; pero os prometo mi ayuda.

—Sí, sí, será mia, y á vos os lo deberé, repuso don Juan Alfonso con toda la vehemencia de su ardiente pasion.

—No os dejeis arrebatar por la alegría de lo que no es mas que una esperanza. Además, no podemos ahora ocuparnos de vuestro amor, porque tenemos que cumplir otros deberes.

—No los olvido, padre y señor; ya sabeis cuánto amo á la hija del infante, pero ante todo es acudir á nuestro amigo y salvarlo del peligro que le amenaza.

—Tampoco sabemos lo que sucederá en los negocios públicos, porque el infante y sus partidarios conspiran con mas atrevimiento que nunca, animados por el triunfo que han conseguido con la desgracia del bastardo, y esto debe llamar nuestra atencion.

—Vos dispondreis, padre mio, con la sabiduría de vuestra esperiencia, y yo os obedeceré ciegamente.

Algunas palabras mas se cruzaron entre don Alonso y su hijo; y despues que este se retiró á descansar, aquel salió para ir á ver al rey.

Cuando el noble caballero llegó á la morada real, salia don Enrique de Alvarado con alegre semblante: sin duda acababa de asestar con buen resultado algun nuevo golpe á nuestros amigos, y así lo pensó don Alon-

so, aunque por naturaleza jamás sospechaba de nadie.

—Mucho me alegro de veros, don Alonso, dijo al caballero el monarca. Hace algunos dias que escaseais vuestras visitas.

—Señor, gravísimos negocios me tienen ocupado.

—¿Habeis tenido noticias de vuestro hijo?

—Acaba de llegar á Valladolid, y vendrá á ponerse á vuestras órdenes, si le dais licencia.

—¿Por qué no os ha acompañado?

—Porque aun no ha tenido tiempo de quitarse la armadura y mudar sus vestidos; pero entretanto, me he apresurado á participar á V. A. su llegada.

—Pronto ha sido su vuelta.

—Antes de lo que yo pensaba, señor; pero así lo he dispuesto en vista del aspecto que toman las cosas....

—¿Temeis nuevas maquinaciones?

—Todo debe esperarse, cuando se vé que los que siempre han sido mas fieles á la causa del trono y de la justicia, son precisamente los mas traidores.

El monarca miró fijamente al caballero, y luego repuso:

—¿Lo decís, acaso, por Rodrigo?

—Precisamente á él me referia.

—¿Dudais vos tambien?...

—No dudo de la justicia de V. A., señor, contestó Guzman con severo tono.

—Don Alonso, replicó el rey con marcada intencion, vuestro hijo acaba de llegar, y esta es la primera vez que me hablais del bastardo.

—Abusan de vuestra inesperiencia, señor. El que ha venido á deciros que don Juan Alfonso estaba en Valladolid, es un menguado, porque ha querido dar cierto carácter de gravedad á una cosa en estremo sencilla. Defiendo á don Rodrigo, y lo defenderé porque está inocente, pero no he menester, señor, para cumplir con el deber de mi conciencia, la ayuda de nadie. ¿Tengo algo que temer? prosiguió el caballero con la firmeza que usaba, hija de su carácter, y apoyada en la autoridad de lo que valia. ¿Me acusan tambien á mí de traidor? Ya han logrado privaros de la mejor espada de Castilla, pero no harán lo mismo conmigo, porque soy el señor de San Lúcar y puedo aniquilarlos. Sabed, señor, que mi hijo ha venido para ver á doña Sol, porque se aman y quiero que se casen.

—Lo sé, don Alonso, pero mi tio....

—Se niega y me ha jurado no consentir en semejante union; pero lucharemos y el tiempo dirá de quién es la victoria.

—¿Pero cómo es que no habeis hablado de Rodrigo estos dias?

—Porque pensé que V. A. comprenderia que todo es obra de los conspiradores, y que el bastardo ha sido víctima de una intriga infame; pero no ha sucedido así, su prision se prolonga, su reputacion padece, y ni aun á su esposa se le ha permitido ver.

—Don Alonso, vos teneis derecho á decirme lo que ningun otro, pero en esta ocasion os ha cegado la amistad que profesais á Rodrigo. ¿Qué pruebas podrá ale-

gar en contrario de los documentos que atestiguan su complicidad con don García?

—¿Cómo esplica él la circunstancia de tener en su poder los pergaminos acusadores?

—Lo ignoro.

—¿Es decir que no se le han pedido esas esplicaciones?

—Nó.

—¿Se le niega el derecho de defenderse?

—¡Don Alonso!...

—Tales dilaciones, señor, solo la mala fé puede haberlas aconsejado á V. A.

—Es que no pensais que toda esplicacion es vana contra documentos.

—Esa será la opinion de vuestros enemigos, pero no la mia.

—Bien puede teneros el bastardo por amigo.

—Bien puede llamarme la justicia y la razon, que no dejaré de responderles.

—No he obrado por consejos de nadie.

—Entonces habrá determinado V. A. tener encerrado á don Rodrigo hasta que Dios disponga de su vida: á ser de otro modo, no se comprende que dejáseis pasar un dia y otro dia sin provocar una esplicacion que tal vez pruebe su inocencia.

El rey contempló á don Alonso como si dudase seguir una conversacion en la que el caballero hablaba con demasiada libertad, quizás con insolencia; pero Guzman tenia el privilegio de decir á los reyes amargas verdades,

sin que pudieran tomarse por falta de respeto. Todos conocian la severidad, la dureza de su carácter, y sabian que sus palabras no eran dichas nunca con la intencion de ofender, sino con la de defender la justicia. Guzman habia sacrificado á un hijo por su pátria y por su rey, y el que tal hace tiene derecho á que no se dude ni remotamente de su lealtad: además, su rango, sus riquezas, y su influencia con nobles y plebeyos, lo colocaban en una posicion especial, y lo mismo que don Alonso el Sábio, don Sancho el Bravo y su hijo discutian con él casi como de igual á igual.

—En resúmen, don Alonso, dijo el rey despues de algunos momentos de reflexion, ¿estais decidido á tomar la defensa del bastardo?

—Enteramente decidido, señor.

—¿Y si os equivocáseis con respecto á su inocencia?

—Seré el primero que pida su castigo.

—Bien sabeis, repuso el monarca, que á pocos, ó quizás á ninguno de los que me rodean, he querido como al bastardo; pero por lo mismo ha escitado mas mi enojo, porque es mayor el crímen cuando se abusa de la confianza.

—Es verdad, pero ese abuso no existe.

—¿Podeis asegurarlo?

—Sí, señor.

—¿Y en qué fundais vuestra opinion?

—Conozco lo bastante á don Rodrigo para no titubear en declararle inocente.

—¿Y cómo se esplica el que tuviese en su poder los pergaminos que lo acusan?

—Esa esplicacion podrá él darla; pero si para ello no tiene la ocasion, porque no se le pregunta, jamás podrá justificarse.

Quedó el monarca pensativo por largo rato, sin dar muestras de lo que sentia con respecto á Rodrigo, pues rara vez en su semblante de hielo podia traslucirse lo que pasaba en su interior; pero es la verdad que la calumnia habia abierto en su alma honda huella, y por mas que el juicio la rechazase, se inclinaba siempre á condenar al bastardo. Al fin, despues de aquella meditacion, dijo á don Alonso:

—Voy á daros una prueba de cuán desapasionadamente juzgo en este asunto.

—Eso cumple á la grandeza de los reyes, señor.

—Venid conmigo, don Alonso, y presenciareis la entrevista que voy á tener con el bastardo. ¿Puedo ser mas imparcial? Así, cuando se me acuse de haberme dejado arrebatar locamente, cuando á mi justicia se la llame justicia de niño, vos contestareis por mí.

Fernando IV, sin mas compañía que la de Guzman, salió de la cámara y se dirigió á la prision de Rodrigo.

—Esa explicacion podria darla; pero si para ello no tiene la ocasion, porque no se le pregunta, jamás podrá justificarse.

Quedó el monarca pensativo por largo rato, sin dar muestras de lo que sentia con respecto á Rodrigo, pues para leer en su semblante de bronce, presentarse lo que pasaba en su interior, pero es la verdad que la cambiaba ahora en su alma hueca y por mas que el pobre infeliz se esforzaba siempre á conducirse alucinando á todos, no podia cubrir perfidia, dijo á don Alonso:

—Voy á darte una prueba de cuán apasionada mente juzgo en este asunto.

—Eso cumple á la grandeza de tu trono, señor.

—Vendrá conmigo, don Alonso, y presenciarás la entrevista que voy á tener con el bastardo. Puede ser mas imparcial? Así cuando sepa que he obrado de lado, presenciando todo cuanto á mi justicia se la hayo inspirado, no podrás culparme por mi ira á ese Fernando IV., sin mas compañía que la de Guzman, salió de la cámara y se dirigió á la prisian de Rodrigo.

CAPITULO XLVII.

De cómo las esplicaciones enredaron mas el asunto.

Rodrigo estaba recostado en el monton de paja, y sobre su pálido rostro se derramaban los escasos resplandores que penetraban por la estrecha reja del sótano. Su vista, acostumbrada ya á la casi oscuridad de aquel lóbrego recinto, pudo reconocer en seguida al rey y á don Alonso, y levantándose con la frente contraida y la mirada severa, quedó en actitud respetuosa, pero un tanto altiva.

Antes de hablar contempló el monarca por breves instantes al acusado, y le llamó la atencion aquel aspecto de serenidad, que tomó por audácia.

Guzman no dijo una palabra á su amigo; y colocándose cerca de una de las paredes, cruzó los brazos y se dispuso á escuchar y ser mudo espectador de la escena que se preparaba.

Estensas, pensaba el rey, que serian las esplicacio-

nes del bastardo; pero se equivocaba, porque este mas bien estaba dispuesto á hacer acusaciones, que á justificar su conducta.

¿Cómo empezar la conversacion? Difícil era, si habia de procederse con acierto, y esto obligó al monarca á guardar silencio por algunos instantes, hasta que al fin, como si repentinamente se hubiese decidido á hablar, dijo:

—Supongo que en los dias que llevais aquí habreis tenido tiempo para ordenar vuestros recuerdos y darme las esplicaciones que han de justificar vuestra conducta.

—Sí, señor, contestó Rodrigo con voz serena. Si mis recuerdos son lo mas importante, lo que debe influir en mi suerte, nunca como en los dias que llevo aquí han acudido á mi memoria tan vivos.

—Esplicaos, pues.

—Recuerdo, señor, una época lejana en que tambien, como ahora, víctima de una intriga infame, estuve en un aposento lóbrego; pero mi encierro duró pocas horas, y salí mas honrado que cuando entré.

—Bien, pero....

—Recuerdo, señor, la época en que V. A., sin mas refugio que el seno maternal de doña María....

—No son esos los recuerdos que hacen falta ahora, interrumpió el monarca, cuya frente se contrajo.

—V. A. querrá recuerdos mas cercanos....

—Los que tienen relacion con el crímen de que se os acusa.

—¡Son tan tristes! dijo con amargura el bastardo. Lo

que nos rodea es cuanto tengo que decir á V. A. Aquí estoy, señor, como el mas abominable criminal, sin mas lecho que ese monton de miserable paja....

—No he venido á escuchar vuestras quejas, replicó don Fernando con áspero tono; he venido á deciros que sois criminal, segun las apariencias, y que si podeis justificaros.

—Sin duda V. A. ha olvidado el juramento que hice.

—No es bastante; para desmentir lo que dicen los pergaminos que llevábais, es menester que deis esplicaciones; si todo el que delinque pudiera probar su inocencia jurando, no habria ningun criminal.

—Mi juramento vale tanto, señor, que no necesita ningun apoyo. Juré que era inocente, y esto basta para quien, como yo, tiene probada en tan alto grado la limpieza de su honra.

—Mucha es vuestra arrogancia cuando vuestra cabeza pertenece al verdugo.

—¿Qué importa? Nada mas podrá sucederme que morir, y esto no puede causarme espanto, porque estoy muy acostumbrado á arriesgar la vida. Señor, si V. A. quiere saber cómo estaban en mi poder los pergaminos, se lo diré, pero fuera de esta prision, cuando se haya dado fé al juramento de mi inocencia.

—¿Me imponeis condiciones?

—Nada he pedido, señor: ni que se me devuelva la libertad, ni que vengais á verme; de nada me he quejado ni me quejaré; pero si no muero, llegará un dia en que yo acuse, un dia en que los que ahora me maltratan,

doblen la frente avergonzados para no encontrar mis miradas.

—¡Yo abatiré ese orgullo! esclamó Fernando con acento de cólera.

—Con mi cabeza habrá de ser.

—Sabré cortarla, si es necesario, para escarmiento de los traidores.

—Para su triunfo, deberia decir V. A.

—Mucha es vuestra vanidad, si tan necesario os creeis para sostener mi trono.

—Mucha es vuestra confianza, señor, pensando que no necesitais de nadie.

—Tened la lengua, que hablais á vuestro rey.

—No puedo olvidar que tiene una corona, porque se la puse sobre su cabeza.

—¡Oh! esclamó el monarca apretando los puños. ¡Un vasallo miserable!...

Las megillas de Rodrigo se tiñeron de un vivo carmin, brillaron sus pupilas como dos centellas, y conteniendo un arrebato de cólera, dijo:

—Sangre real, vuestra sangre misma corre por mis venas; soy hermano de vuestro padre, pero nuestra familia ha sido siempre familia de ingratos.... ¡Oh!...

—Sois un bastardo, replicó el monarca, no mas que un bastardo, cuya ambicion lo ha enloquecido.... Empero yo castigaré vuestros crímenes, yo haré que los ambiciosos tiemblen al pronunciar mi nombre.

—Bien, señor, pues haced que ruede mi cabeza para escarmiento, no de traidores, sino de leales, y así apren-

derán á ser traidores para ser bien recompensados.

—¡Silencio!

—¿Qué puedo temer? ¿No está pronunciada mi sentencia? De todas maneras he de morir....

—¿Así os defendeis?... Acordaos que he venido para escuchar vuestras esplicaciones y proclamar vuestra inocencia si la mereciais....

—Os repito, señor, que quiero que se repare la ofensa que se me ha hecho llamándome traidor y asesino, y que no daré esplicaciones hasta que se reconozca mi inocencia, dando entera fé á mi juramento.

—¿No comprendeis que es ridículo ese orgullo ahora que nada podeis, que nada valeis?... ¡Pobre vanidad!

—Solo ante mi noble padre he doblado la frente, señor, y ante vos la doblaria tambien si valiéseis tanto como el Sábio monarca.

—¿Y he de tener tanta paciencia? esclamó Fernando IV. ¡Oh!...

—Ya veis si puedo y valgo, señor, repuso con ironía Rodrigo.

—Por última vez os lo pregunto: ¿quereis ó podeis defenderos del crímen que se os imputa?

—Volveré á jurar que soy inocente, y que lo que se tiene por un crímen, es uno de los mayores servicios que he prestado al trono.

—¿Pero ese misterio?...

—Lo aclararé si se me pone en libertad y se me dá la satisfaccion que merezco.

—¿Y si yo os mando que antes lo hagais?

—No obedeceré, replicó Rodrigo con firmeza.

—¿Os atrevereis?...

—Soy un miserable, y todo lo malo debe esperarse de mí.

El monarca, en vez de contestar, se volvió hácia don Alonso, que permanecia mudo é inmóvil, y le dijo:

—Vos lo habeis presenciado.

—Sí, contestó tranquilamente Guzman: no olvidaré lo que acaba de suceder.

—Y si se me llama niño sin corazon, ingrato y mudable, vos, don Alonso....

—Yo, dijo el caballero, me desnaturalizaré de Castilla si para don Fernando IV no valen nada los juramentos que por Dios, por su honor y por su espada pronuncian los mas nobles y leales caballeros.

El rey palideció, y despues de mirar con sorpresa al señor de San Lúcar, dijo:

—Don Alonso Perez de Guzman, á vos solamente por llamaros Bueno, por haber sacrificado un hijo á vuestra pátria y á vuestro rey, pueden tolerarse esas palabras.

Y luego, sin dirigir siquiera una mirada á Rodrigo, se encaminó hácia la puerta.

Don Alonso, tambien sin hacer á su amigo un ligero saludo, siguió al rey, saliendo ambos silenciosamente, y cerrándose la puerta.

Rodrigo se dejó caer sobre el monton de paja, y despues de pronunciar una esclamacion de coraje, quedó silencioso, triste y meditabundo.

CAPITULO XLVIII.

De cómo el rey favorecia sin querer á los conspiradores.

El rey quiso demostrar á don Alonso que miraba con la mayor indiferencia á Rodrigo, y cuando volvió á su cámara sentóse tranquilamente y dió á su rostro la espresion mas dulce. Semejante cambio dió que sospechar al caballero, y temió que algo desfavorable produciria, por lo cual pensó despedirse para volver al lado de su hijo, cuando el monarca, con tono cariñoso y dejando escapar una leve sonrisa, le dijo:

—Me ocurre una buena idea, don Alonso, y creo que sereis de mi opinion. ¿No os parece que ahora que están sosegadas todas las alteraciones es buena ocasion para celebrar el torneo que tengo anunciado?

—Nunca mejor que ahora, contestó el caballero con mal disimulada ironía, en que no tencis, señor, nada en que pensar.

—Ciertamente: paz en el interior, treguas con los moros fronterizos, y ninguna rencilla pendiente entre los nobles, pues con el arreglo del infante don Juan y el de Haro todo concluyó. ¿Conque os parece bien la idea?

—Digna de vos, señor. Tiempo hace ya que no hemos visto reunida la nobleza castellana, y bueno es que luzcan su valor y gallardía los caballeros y su belleza las damas.

—Decidido estoy, don Alonso, y siento no haberlo pensado hace algunos dias.

—Pronto puede ser.

—Dentro de dos semanas, porque mandaré publicarlo en seguida. Decidlo á vuestro hijo para que se prepare, pues sentiré que no salga con lucimiento.

—Tal vez no podrá asistir á la fiesta.

—¿Por qué? ¿No teneis confianza en su brazo?

—Es que habrá de hacer otro viaje, y dudo que esté en la córte para cuando se celebre el torneo.

—Pienso, don Alonso, que quereis sorprendernos, y por eso decís ahora que no asistirá vuestro hijo.

—No es esa la razon.

—¿Podeis manifestarla?

—Fácilmente la adivinareis.

—Soy muy torpe.

—Ya sabe V. A. que mi hijo está enamorado de doña Sol.

—Bien la merece.

—No es de la misma opinion el infante don Juan, porque me ha jurado que su hija no será nunca esposa

de dón Juan Alfonso, y que la sacaria de Valladolid ó la encerraria en un convento en cuanto mi hijo volviese de su viaje. Ya comprendereis, señor, que no es justo hacer sufrir á esa cándida jóven el rigor de su padre, y para evitarlo, no hay otro medio sino alejar á mi hijo.

—Entonces no debísteis hacerle volver.

—Lo hice, como ya he dicho á V. A., porque creí que los traidores conspiraban, y en este caso, á mi deber cumplia que don Juan Alfonso estuviese cerca de su rey, por lo que pudiera ocurrir. Pero V. A. dice y asegura que nada debe temerse, que está asegurada la paz interior, y ya no tiene objeto la permanencia de mi hijo en Valladolid.

—Sí, tal he dicho y tal creo, porque conociendo á los traidores, nada debe temerse de ellos. En cuanto á doña Sol, obrais con vuestra acostumbrada prudencia, y no me opongo á vuestro plan, porque tampoco quiero que mi hermosa sobrina se vea tratada con dureza por su padre. Haced, pues, lo que mas os plazca ó lo que os parezca mas conveniente, porque en semejante asunto no quiero mezclarme.

Poco mas y sin interés alguno hablaron el monarca y don Alonso; y este, apenas vió la ocasion oportuna, despidióse y volvió á su casa para decir á su hijo que fuese al palacio á presentarse y recibir órdenes.

La noticia del torneo cundió con rapidez; y como interesaba mucho á don Juan y á sus partidarios, porque, como saben nuestros lectores, para la anunciada justa preparaban un golpe seguro contra el rey, reuniéronse

aquella noche en casa de don Enrique de Alvarado, á donde nos trasladaremos para averiguar sus planes.

Aun no eran las doce de la noche, y ya habian llegado el infante don Juan y muchos caballeros, que escuchaban á don Enrique, cuyos ojuelos verdes brillaban y se movian con rapidez mientras hablaba.

—Señores, decia, lo que puede esperarse del rey, ya lo hemos visto con la prision del bastardo: tal es su acierto, tal su justicia. Bien es verdad que el lazo lo tendí hábilmente, pero tambien es lo cierto que ha sido mucha la torpeza de ese niño. De que con Fernando IV es imposible que haya órden ni se administre justicia, estais bien convencidos, y por eso es inútil recordároslo. Lo que nos importa es ponernos de acuerdo, obrar con prudencia, y una vez desenmascarados no retroceder, porque nos perdemos. La prision del bastardo es la mayor de las ventajas que pudiéramos tener, pues queda inutilizado su brazo invencible, su influencia y su astucia, que es quizás mas temible que su prodigiosa fuerza. Todos estamos conformes en sostener los derechos del infante, aquí presente; y como sobre esto no puede haber dudas, debemos ocuparnos solamente de los medios con que contamos.

—Yo, dijo un caballero, estoy pronto á cumplir lo que prometí: don Juan tendrá veinte lanzas mias que lo defiendan.

—Mis ballesteros tambien vendrán, añadió otro.

—No faltará ninguno á lo prometido, replicó un tercero: sabemos ya con cuánta gente puede contarse; y

como en interés de todos está cumplir lo ofrecido, no hay para qué gastar el tiempo en exigir ni hacer nuevas promesas, sino en determinar un plan, para que obrando de acuerdo no nos espongamos á una derrota.

—Bien, don Hernando, dijo el infante, que hasta entonces habia permanecido callado, soy de vuestra opinion; cada cual ayude con cuanto pueda, porque cada cual tambien tiene su vida pendiente del triunfo de nuestra causa. Una vez dado el grito, no hay mas que vencer ó morir en la pelea para no morir á manos del verdugo.

—Sí, sí, ó muertos ó vencedores.

—¡Muera don Fernando!

—¡Muera doña María!

—¡Viva don Juan!

—¡Silencio! esclamó don Enrique de Alvarado con muestras de enojo. ¿No pensais que pueden oirnos desde la calle? ¿De qué sirven las palabras sin los hechos? Tened la lengua y sacad la espada cuando llegue el momento; dejad ese entusiasmo ardiente para la pelea, porque entonces podrá salvarnos, y ahora solo puede perdernos.

—Es verdad, dijeron algunos.

—Teneis razon, añadieron otros.

—Ahora, como ha dicho muy bien el prudente don Hernando, combinemos nuestro plan, repuso don Enrique.

—Proponed vos lo que mejor os parezca, porque de seguro ya tendreis formado un proyecto, que será inmejorable.

Don Enrique meditó algunos momentos mientras que se fijaban en él todas las miradas, y luego dijo:

—Nuestra gente deberá alojarse en la ciudad y en sus cercanías, sin reunirse jamás tres para no infundir sospechas. Como se vá á celebrar un torneo, es natural que acudan de todas partes los especuladores, los curiosos y los aventureros, y no se estrañará ver que vá llegando mucha gente. El dia señalado para la justa acudirán al sitio donde ha de tener lugar, y aunque confundidos entre la multitud, se colocarán de modo que puedan reunirse fácilmente, y esperarán á que llegue el momento en que se empeñe un combate general entre los mantenedores y el contrario bando. Entonces los de á pié, que serán los únicos que podrán estar cerca como meros curiosos, avisarán á los ginetes, que habrán esperado á los alrededores, yendo y viniendo como transeuntes que acuden al torneo por distintos lados ó que se alejan de él, y acudiendo estos, se lanzarán todos á la vez sobre la mesnada del rey, acometerán al mismo monarca y á su madre, y antes que nuestros enemigos puedan defenderse ni recobrarse de la sorpresa, habremos triunfado. Nuestro grito será el de «Castilla y don Juan,» y donde quiera que suene, es preciso que lo conteste el ay de un enemigo al espirar bajo nuestros golpes. El combate general, que debe ser la señal de acometida, tendrá lugar á una hora bastante avanzada, de manera que llegará la noche en lo mas crudo de la pelea para mayor espanto y confusion de nuestros adversarios. En seguida, sin perder un instante, volveremos á Valladolid, pues es urgen-

te y de mucho interés apoderarnos de la ciudad antes que el alcaide intente cerrarnos las puertas para ganar tiempo. Este es mi plan, que os esplico ligeramente, pero que si es de vuestro agrado lo daré á conocer con mas detalles, que nada importan ahora si no habeis de aceptarlo.

—No puede ser mejor, dijo el infante.

—Lo aceptamos, añadieron otros.

—Entremos en pormenores, porque no puede combinarse otro mejor.

—Dais prueba de vuestro ingenio.

—Es digno de vos, don Enrique.

De este ó de parecido modo fueron hablando muchos, y satisfecho el astuto don Enrique de verse tan lisonjeado, dió las gracias, desplegó su habitual sonrisa, y luego entró en todos los detalles de lo que debia ejecutarse el dia del torneo.

Mas de una hora pasaron en semejante ocupacion, y al fin, aclaradas todas las dudas que ocurrieron, y conformes en todos los puntos, repuso el traidor caballero, alma de aquella conspiracion:

—Ya no volveremos á reunirnos sino para celebrar la victoria, porque así lo aconseja la prudencia.

—No hay necesidad de mas conferencias, dijo el infante.

—Juremos ser fieles á lo pactado.

—Sí, juremos.

Brillaron todas las espadas, cuyas empuñaduras acercaron á los lábios los caballeros, y el infante preguntó:

—¿Jurais por Dios, por vuestro honor y vuestra espada, cumplir lo ofrecido y mas si pudiéreis?

—Lo juramos, contestaron todos.

—¿Jurais reconocerme por vuestro rey y señor, si nos favorece la suerte y salimos vencedores?

—Sí, juramos.

—¿Jurais guardar secreto de todo lo tratado, sin que os obligue á revelarlo ni el interés, ni los tormentos, ni el riesgo de perder la vida?

—Sí, juramos.

Todos, menos el infante, besaron las empuñaduras de sus espadas, y luego guardaron silencio.

—Juro, repuso don Juan, morir con vosotros y por vosotros defendiendo nuestra causa; juro cumpliros las mercedes ofrecidas y haceros justicia; juro guardar vuestros fueros particulares y los generales de los reinos.

Y á su vez besó la cruz de su espada.

—¡Viva don Juan! esclamaron los conspiradores.

—Hasta el dia de la justicia y de la venganza, dijo don Enrique.

Nadie pronunció una palabra mas.

Levantáronse, se apretaron las manos, y fueron saliendo uno á uno y por largos intervalos.

El infante quedó el último con don Enrique.

—Me parece, dijo este, que sin temor de que los sucesos vengan á desmentirme, puedo llamaros rey de Castilla.

—Y yo á vos señor de San Lúcar y adelantado de la rontera de Andalucía.

—Falta otra cosa.

—¿Cuál?

—Si me dais los títulos de los Guzmanes, habreis de darme tambien lo que desean.

—Esplicaos.

—La mano de doña Sol....

—Ella decidirá, contestó el infante, á quien no agradó esta peticion, porque ya se consideraba rey, y la mano de la hija de un monarca no se concede á un simple caballero.

—Falta otra cosa.

—¿Cuál?

—Si no dais los títulos de los Guzmanes, habreis de darme también lo que despues...

—Explicaos.

—La mano de doña Sol....

—Esta decidió, cogiendo el mirador, á quien no agradó esta peticion, porque ya se consideraba rey, ya mano de la hija de un monarca no se concede á un simple caballero.

BIBLIOTECA Granada

CAPITULO XLIX.

Enredos contra enredos.

En tanto que el infante don Juan y sus parciales conspiraban, don Alonso Perez de Guzman, que sospechaba las maquinaciones de los traidores, y de ellas habia podido adquirir algunas noticias, se preparaba para dar al rey una nueva prueba de su lealtad.

Don Juan Alfonso, cubierto con una espesa cota de malla, acababa de mandar que ensillasen dos caballos y que su escudero estuviese dispuesto á ponerse en marcha, y en el aposento de su padre escuchaba las últimas órdenes de este.

—Don Juan Alfonso, decia el señor de San Lúcar, vais á ganar la mano de doña Sol.

—Voy á obedeceros y á cumplir con mi deber, contestó el mancebo, y esto es bastante.

—Bien, así os quiero, hijo mio; pero bueno será que

os acordeis de que tambien ganará en esta empresa vuestro corazon.

—Os escucho, padre y señor.

—Poco tengo que deciros ya: á Toledo vais con la ligereza de un rayo.

—Tan pronto como vine.

—Para don Pero Hurtado no necesitais carta mia, porque con sola vuestra palabra será bastante.

—Tal creo.

—Por lo menos podrá enviar veinte lanzas, que no deben perder un solo dia.

—Los ginetes tienen sobrado tiempo para llegar.

—Don Pero y su sobrino podrán reunir unos ochenta peones de su confianza, y si les diese tiempo, mas aun.

—Tambien llegarán antes del dia prefijado.

—En seguida entregarás mi carta á don Gomez de Castañeda, que vendrá en persona con cuarenta ó cincuenta arqueros y veinte ginetes.

—Y yo, ¿he de volverme sin esperarlos?

—Sí, porque tengo que darte nuevas instrucciones para otro viaje á Madrid ó Segovia.

—Bien, padre mio.

—Entretanto, Ferran irá á Sevilla, y de allí acudirá el mayor número de ginetes y nuestros amigos don Gomez y don Juan de Ayala.

—Buenos socorros.

—Con ellos y con la gente de guerra que hay en Valladolid, y que es fiel al monarca, desbaratarémos los planes de los traidores.

—Sin duda alguna.

—Ya os he dicho que han de entrar en la poblacion uno á uno y como si no se conociesen, y que los capitanes que los manden han de venir instruidos de manera que no necesiten otras órdenes.

—Nadie se apercibirá de su llegada.

—Es cuanto tengo que deciros.

—El cielo os conserve, padre mio, dijo don Juan Alfonso abrazando á su padre y recibiendo de este un beso cariñoso.

—Y á vos os bendiga, contestó el caballero.

El doncel se puso un casco de acero sin visera, se envolvió en su ancha capa de viaje, y pocos momentos despues montaba á caballo y partia velozmente seguido de su escudero, aunque no sin exhalar un suspiro que el recuerdo de Sol arrancó á su enamorado pecho.

Cuando se alejaba de la ciudad, Esther entraba en la prision de su esposo, sin que se atreviesen á oponerle ninguna resistencia los guardianes que fueron engañados por Violante.

Un estrecho abrazo unió los tiernos pechos de los esposos, y despues de algunos instantes, dijo el bastardo:

—¿Sabes ya que el rey me ha visitado?

—Sí, contestó Esther: lo sé todo por don Alonso, y vengo á decirte el resultado de esa entrevista.

—¿Cuál ha sido?

—Ya sabes que se preparaba un torneo.

—Sí.

—Pues bien, el monarca, para celebrar la paz que

dice disfrutarse en su reino, ha dispuesto que la justa se celebre dentro de dos semanas, y ya en la córte no se habla de otra cosa.

—Buena noticia para los traidores.

—Tal piensa don Alonso, porque segun las noticias que ha podido adquirir, sospecha que se conspira como nunca, y aun que se prepara para el dia de la fiesta algun golpe terrible.

—No se equivoca.

—Por si acaso, y sin decir nada al rey, ha creido prudente hacer venir fuerzas de Toledo y de Andalucía, y esta misma noche habrá salido de Valladolid don Juan Alfonso.

—Bien, bien, ha obrado con acierto. Dile que pague espías que de noche observen quién entra en la casa de don Enrique y del infante; y si alguno de estos sale á deshora, que lo sigan, porque irá á las reuniones que deben tener.

—Tambien lo ha hecho, y mañana sabrá el resultado.

Rodrigo guardó silencio por algunos instantes, y luego repuso:

—Aunque tengas que arrostrar toda clase de inconvenientes, ven la víspera del torneo.

—No faltaré.

—Pienso salir de aquí esa noche.

—¿Qué dices? replicó admirada Esther. ¿Te has decidido á escaparte?

—Nó.

—¿Entónces?...

—Quiero asistir al torneo, porque tengo prometido al infante romper con él una lanza, y quiero cumplir mi promesa.

—¡Rodrigo!...

—Despues del torneo volveré.

—¡Oh, nó! esclamó Esther. ¡Volver aquí, entregarte tú mismo á tus enemigos!... No lo consentiré, Rodrigo; te suplicaré y....

—Volveré.

—¡Dios mio!

—Dí á don Alonso que cuente con mi ayuda, porque allí me encontraré para defender al monarca y para castigar á los traidores.

—Pero prométeme que no volverás, repuso Esther con tono de tierna súplica.

—Volveré para que el rey venga á sacarme.

—¿Y vas á esponer tu vida por quien tan ingrato se muestra contigo, por quien ha querido manchar tu pura honra?

—Voy á darle una nueva prueba de que valgo mas que él, á prestar ayuda á su autoridad, para que con ella me condene luego.

—Provocarás mas su enojo.

—¿Qué me importa?

—¡Rodrigo!...

—Tranquilízate, María; ten ánimo, y al mio no le robes su fuerza con tu debilidad.

—¡Es que te amo tanto!... Te amo tanto, que para todo tengo valor, menos para verte en peligro.

El llanto bañó las megillas pálidas de Esther, y su cuerpo se agitó convulsivamente.

—Acuérdate, le dijo el bastardo, de aquellos dias en que tú, lo mismo que yo, nos vimos amenazados de mayores peligros que ahora. Dios nos tendió su mano protectora, porque siempre favorece la virtud y la justicia, y ahora tambien nos ayudará. Ten fé, aquella fé que te salvó en el convento de la Encarnacion y que te hizo feliz.

—No la he perdido, pero me espanta la idea de perderte.

—Antes que la vida, es el honor y la dignidad.

—No temas que este llanto asome á mis ojos delante de tus enemigos; pero ahora que nadie lo vé, en estos pocos momentos que pueda estar á tu lado, siento la necesidad de llorar.

—Pues bien, sosiégate, que pronto ese llanto se trocará en alegre risa.

—¡Quiéralo el cielo!

Algunas palabras mas se cruzaron entre los dos esposos, y al fin hubo de despedirse Esther para no comprometer á los soldados que guardaban la puerta.

CAPITULO L.

Lo que sucedió en el torneo.

Llegó el dia fijado para el torneo, y en toda la ciudad de Valladolid se advertia una animacion estraordinaria. No se hablaba en todas partes de otra cosa que de la fiesta que iba á tener lugar: las damas, desde el amanecer preparaban sus ricos trajes y aderezos, se peinaban y despeinaban cien veces, y hacian inumerables preguntas á sus doncellas. No habia una que no hubiese bordado una banda, ya verde, azul ó de otro cualquier color, y todas ellas tenian por cierto que el mote que llevaria en su escudo el galan á quien amaban, seria el mas espresivo.

El mayor contento reinaba en todas partes: hombres y mujeres disputaban sobre cuál de los caballeros debia ser el vencedor, y cuál de las damas era la mas hermósa.

Empero de pronto cambiaron todas las conversacio-

nes, se hicieron mil comentarios, y mas de un semblante se tornó sombrío. Todo esto lo produjo la noticia que corrió de que el bastardo se habia escapado de su encierro la noche anterior, sin que pudiese esplicarse el cómo lo habia conseguido, pues los centinelas solo decian que la puerta del sótano se abrió, y que el preso con su fuerza irresistible los cogió á cada uno con una mano por la garganta, y sin darles tiempo á defenderse, los arrojó al interior del calabozo y volvió á cerrar, dejándolos tan aturdidos del golpe, que en largo rato no pudieron gritar ni moverse.

Esto, que fué para la gente del pueblo motivo solamente de conversacion, puso en gran cuidado á los conspiradores, porque desde luego pensaron que el haber dejado Rodrigo su fuga para la víspera del torneo, significaba mucho y muy malo para ellos. Si hubiese sido tiempo de retroceder, lo hubiesen hecho, dejando para mejor ocasion el golpe que preparaban; pero ya era tarde, estaban los suyos esparcidos en los alrededores de la ciudad y distantes los unos de los otros, y darles aviso á todos era imposible, y de poder hacerlo con la mayor parte, no hubiesen logrado sino introducir el desórden y colocarse en peor situacion. Era preciso, pues, seguir adelante y jugar el todo por el todo. El plan que tuviese el bastardo no podia ser el de dar un golpe aisladamente, sino en combinacion con sus amigos. Bien podia ser que no hubiese tenido ocasion de escaparse hasta entonces, y que no llevase en ello otro fin que el de evitar la muerte casi cierta que le esperaba. Pero no se inclinaban

los traidores á creerlo así. Por otra parte, llamábales la atencion la conducta misteriosa de Guzman, los viajes de su hijo don Juan Alfonso y el que este no hubiese vuelto para asistir á la sangrienta fiesta.

El rey habia perdido su aplomo al recibir la noticia de la fuga de Rodrigo, y habia prorrumpido en terribles amenazas, sin que lo tranquilizase el que los ballesteros que habian estado de centinela le dijesen que al encerrarlos el preso les dijo que volveria á la siguiente noche para librarlos de toda responsabilidad y esperar el fallo del monarca.

No quiso este suspender el torneo, por mas que así se lo aconsejó don Enrique de Alvarado, diciéndole que esponia su vida á la venganza del bastardo. El rey no hizo mas que tomar algunas precauciones para ponerse á cubierto de cualquier golpe imprevisto, lo cual fué causa de que el caballero traidor se arrepintiese de haber aconsejado, porque las precauciones redundaban en perjuicio de sus planes.

Desde mucho antes de la hora señalada para comenzar la fiesta, ya habian acudido muchos plebeyos y villanos á situarse junto á las barreras que cerraban el lugar que debia ser teatro del combate y á tomar asiento en los tablados destinados al público que no gozaba de privilegios. Entre la multitud habia muchos partidarios de los conspiradores, que esperaban con ansiedad el momento de la lucha, ignorando que entre ellos estaban tambien las gentes de don Alonso prevenidas para cuanto pudiera suceder.

Por las cercanías cruzaban en todas direcciones ginetes bien armados, pero que no infundian sospechas, porque era dia de que acudiesen muchos habitantes de los contornos. Sin embargo, un atento observador hubiera podido notar que muchos de aquellos ginetes llevaban en sus cascos de acero una sola pluma negra.

A las once de la mañana llegaron cien arqueros y otros tantos ginetes, que debian formar parte de la guardia de S. A., y se colocaron alrededor del estrado real, mientras que los heraldos iban ocupando sus puestos y disponiéndolo todo, pues á las doce debia ir el monarca y comenzar la fiesta.

Dentro del terreno cerrado para la liza, y colocados al estremo derecho del estrado que debian ocupar el rey, los jueces y la reina del torneo, se habian colocado las tiendas de los mantenedores, ricamente adornadas, y enfrente, para formar la puerta de entrada, habíase levantado un castillo de madera y lienzo, pintado y lleno de inscripciones, que era la admiracion de todos los aldeanos.

Poco á poco fueron ocupándose estrados y graderías, hasta quedar apiñados muchos centenares de personas, que apenas podian moverse. Oyóse entonces el murmullo producido por gritos y voces, risas y amenazas, que desde lejos parecia el sordo y continuado mugido de las olas del mar.

Brillaba el sol en un horizonte despejado y trasparente, haciendo relucir cascos y cotas.

Todos los rostros estaban alegres, escepto los de al-

gunos que habian recibido un pisoton, y al hacer un gesto doloroso, dejaban escapar un juramento ó una amenaza.

De pronto se levantó un murmullo prolongado, volviéronse todas las cabezas hácia un mismo punto, y luego reinó el mas profundo silencio.

Llegaba el rey, seguido de los principales caballeros, de su servidumbre y de una numerosa escolta de lanceros y ballesteros de á caballo. Montaba el jóven monarca una yegua torda de sangre árabe pura, regalo del rey de Granada al ajustar unas paces.

Nadie hubiera sospechado que bajo el semblante juvenil de aquel niño, tras la leve sonrisa que dilataba sus sonrosados lábios, á pesar de su mirada tranquila y dulce, palpitaba su corazon á impulsos del mas rabioso coraje, y anhelaba el momento en que corriese la sangre de sus mejores caballeros, como si con ella hubiese de apagar la sed de sus vengativos deseos, el fuego de su reconcentrada ira.

Vestia luenga túnica de terciopelo escarlata con bordados de oro; su espada pendia de un cinturon del mas esquisito trabajo, y llevaba casco de plata sin visera, rodeado de una corona de oro incrustada de esmeraldas y perlas.

Mas de una dama miró con cierto interés los relucientes y blondos cabellos del rey niño, y sus azules ojos y tersas megillas, frescas y blancas como la azucena cuando acaba de recibir las gotas del rocío.

Contra la gravedad del caso y la costumbre en tales

circunstancias, la hermosa yegua que montaba el rey marchaba al galope, abriendo sus rasgadas narices, dejando flotar su blanca y reluciente crin, y levantando su descarnada cabeza con cierto aire de vanidad.

—¡Viva el rey! gritó la muchedumbre.

—¡Qué hermoso es! dijo una vieja.

—¡Miren la retentona! le replicó un soldado. Mas que eso debiérais mirar al cielo y preparaos á morir.

—¿Y por qué no he de alabar á nuestro rey? ¿Sois de los partidarios de ese rebelde *Descorazonado* que siempre trae revuelta la tierra?

—Calle la habladora, que aquí no se viene á murmurar.

—¡Mal vasallo!

—Vieja entremetida.

—¡Fuera las viejas!

—Dejadla, que es la reina del torneo.

—¿Y quién al fin ha merecido esa honra? dijo un hidalgo.

—¿No lo sabeis?

—Cuando lo pregunto....

—La hija del conde don Manuel.

—Bien enterado estais.

—Así se dice.

—La reina lo será quien por su hermosura lo merece.

—Hay muchas hermosas.

—Doña Sol.

—¿La hija del infante don Juan?

—La misma.

Efectivamente, Sol era la que debia dar los premios á los vencedores.

Nuevos vítores dados al rey se dejaron oir, y luego poco á poco, sosegándose la multitud, quedó en calma esperando el principio de la fiesta.

Todos los concurrentes ocupaban sus puestos.

Entre los caballeros que formaban la córte del monarca, estaba don Alonso Perez de Guzman. El infante y don Enrique eran del número de los mantenedores, que se hallaban en sus tiendas, á cuya puerta tenian colgado el escudo.

Sol, sentada junto á la reina y su madre y acompañada de muchas damas, estaba, como siempre, bella, aunque su rostro, pálido en estremo, revelaba una tristeza, por mas que quisiese encubrirla con una sonrisa forzada.

Creemos que seria enojosa para nuestros lectores una minuciosa descripcion del torneo desde su principio á su conclusion, y por esto no diremos mas sino que, despues de haberse llenado todas las ceremonias de costumbre y otorgado su permiso el rey, fueron llegando algunos caballeros, y todos quedaron vencidos por los mantenedores.

Aplaudian frenéticamente los espectadores, y muchas damas palidecian porque se iban desvaneciendo sus esperanzas de ver cada cual vencedor á su amante y poniendo á sus piés el premio de la victoria.

Hubo un largo intervalo en que ningun caballero se presentó, y ya empezaba á impacientarse la multitud, de-

mostrándolo con silbidos, pues, segun algunos decian, lo visto no merecia la pena de haberse incomodado en ir. Para el desagrado público habia tambien otra razon, y era que ninguno de los combates habia sido á muerte, sino meros simulacros con lanzas sin hierros.

El murmullo de la descontenta plebe cesó al resonar las trompetas, que anunciaron la llegada de un nuevo adalid, y todas las miradas se fijaron en la puerta del castillo.

Pocos momentos despues se presentó en la arena un ginete de gentil apostura, caballero en un corcel blanco como la nieve, armado de todas armas, pero cubierto el rostro con la visera de su casco, que por todo adorno llevaba una larga pluma negra. No llevaba, como todos, banda con los colores de su dama, ni otro significativo, y solamente en su escudo se veia pintado un sol de vivos rayos.

La hija del infante clavó una mirada afanosa en el caballero, y sus mejillas se tornaron rojas como el carmin, porque sospechó que era su amante.

No fué solamente la hija de don Juan la que tal sospechó, sino que otros muchos de los espectadores lo tuvieron por cierto, y aun el monarca dijo á don Alonso:

— Si ese encubierto no ha venido con intencion de batirse á muerte, probará que es un niño.

—¿Por qué, señor?

—Porque tanto misterio, ó tiene un fin meditado, ó es capricho de un mancebo para escitar la curiosidad y que fijen la atencion en él; y quien obra así, si tiene corazon, debe demostrarlo.

—Pero bien puede ser un mancebo, señor.

—Entonces no se atreverá á retar á muerte á don Enrique, cuya destreza es conocida.

—Puede llamar á otro.

—Presumo á ese solamente busca.

El monarca no se habia equivocado, porque el campeon, despues de haber mostrado su habilidad en manejar el fogoso corcel blanco de árabe raza que montaba, hizo el acostumbrado juramento de ser caballero, y obtenida la vénia, se dirigió á la tienda de don Enrique.

Reinó un silencio profundo.

Todas las miradas estaban fijas en el encubierto caballero.

Este levantó su gruesa lanza y con el hierro pegó sobre el escudo de don Enrique, lo cual significaba un reto á muerte, porque de otro modo hubiese dado el golpe con el cuento de la lanza.

Un aplauso unánime y prolongado llenó el espacio y los vítores se repitieron sin cesar por algunos minutos. La multitud estaba entusiasmada: al fin iba á correr la sangre, á ser una verdad el torneo.

El retador volvió entonces la rienda, y atravesando nuevamente el circo, fué á colocarse al estremo opuesto.

No se hizo esperar don Enrique: á los pocos momentos salió, armado de todas armas, caballero en una yegua torda de anchos ijares y poderoso empuje, y se colocó frente á su adversario.

Resonaron los clarines.

Los campeones se afianzaron en los estribos, embra-

zaron los escudos, enristraron las lanzas, y picando el acicate, partieron velozmente el uno contra el otro.

Todos los espectadores inclinaron el cuerpo hácia adelante para ver mejor, y luego quedaron inmóviles, suspendido el aliento y con la mirada fija y ansiosa, esperando el resultado del primer choque.

Una nube de polvo envolvió á los combatientes.

Sus caballos habian corrido igual distancia, y no tardaron en encontrarse.

El primer choque fué terrible.

Las gruesas lanzas de ambos volaron hechas astillas al encontrar los férreos escudos.

Habíanse cubierto bien el uno y el otro, y no recibieron ninguna herida; pero don Enrique de Alvarado estuvo á punto de ser votado fuera de la silla, mientras que su adversario no se movió de la suya.

Resonó un segundo palmoteo y las voces de

—¡Viva el caballero del sol!

—¡Viva el encubierto!

Mientras que otros decian:

—Aun no ha vencido.

La bellísima Sol era la que con mas interés habia esperado el resultado del primer encuentro: su pecho se dilató como si le hubiesen quitado un gran peso que lo oprimiese, y no pudo contener un grito de alegría cuando vió que habia pasado el peligro de aquella acometida, en la que puede decirse que el retador tuvo una ventaja sobre su adversario.

Muchas miradas se fijaron en la hija del infante, y la

contemplaron con envidia muchas damas, cuyos amantes habian sido vencidos ya, con curiosidad otros para ver lo que revelaba el semblante de la doncella.

Los combatientes tomaron nuevas lanzas, y separándose, volvieron á acometerse con mayor brio.

La multitud quedó otra vez suspensa y silenciosa.

El caballero del sol, cuando estuvo cerca de su contrario, inclinóse sobre el arzon y se cubrió la cabeza con el escudo, lo cual visto por don Enrique, levantóse cuanto pudo sobre los estribos, y cubriéndose el pecho, trató de herir al encubierto por la gola en la parte de atrás; pero este, sin variar de posicion, levantó rápidamente el hierro de su lanza, y antes de que el mantenedor pudiese evitar el golpe, diólo tan fuerte en la celada del casco de este, que voló hecha pedazos, y aun lo hubiese sacado de la silla, si atendiendo en tal apuro solamente á semejante cuidado, no hubiese conseguido sostenerse haciendo un esfuerzo.

La multitud aplaudió entonces con frenesí, y el mayor número de espectadores se interesó vivamente por el caballero del sol; mientras que el resto, que era de la gente de los conspiradores, tuvo á mal augurio aquella desgracia del de Alvarado.

—Buen adalid, ¡vive el cielo! esclamó el rey.

—Ya veis, señor, dijo Guzman, que el que tenemos por mancebo de pocos años, ha dado una leccion á don Enrique.

Cesaron los aplausos, y los espectadores volvieron á fijar su atencion en los combatientes.

Don Enrique, ciego de ira, revolvió su caballo con intencion de herir en un costado al encubierto; pero este, con una velocidad maravillosa, volvió sobre la rienda izquierda y obligó á su corcel á dar un salto, que le puso fuera del alcance de la enemiga lanza.

Faltaba sangre para acabar de entusiasmar á los espectadores, y no tardó en correr.

Los combatientes se miraron por un instante, colocados frente á frente, y luego se acometieron con tal empuje, que bien demostraron el deseo de aniquilarse que tenian.

La fortuna se habia declarado en favor del caballero encubierto, porque al encontrar á don Enrique, logró herirle en la garganta y derribarlo al suelo, mientras que la sangre corria tiñendo su armadura.

Oyóse un grito de espanto que exhalaron las damas, y una esclamacion de júbilo de la entusiasmada plebe.

Entretanto, el caballero del sol, dejando su cabalgadura, acercóse al herido, se inclinó sobre él, y sin hacer ademan de amenazarle con su daga para que se declarase vencido, le dijo en voz baja:

—Don Enrique, ¿os arrepentís de vuestra traicion? ¿Estais dispuesto á declarar la inocencia del bastardo?

—Nó, contestó el caballero con acento ahogado.

—Os mataré.

—Mi herida es mortal.... si acabais conmigo, no padeceré tanto....

—A Dios dareis cuenta de vuestra conducta, replicó el del sol.

Y sin hacer uso de su derecho, y contraviniendo á todas las formalidades requeridas en tales casos, volvió á donde estaba su corcel y se dispuso á montar.

Creyeron algunos que don Enrique se habia declarado vencido, y otros que el encubierto ignoraba lo que debia y podia hacer, y el mayor número esperaba que siguiese el combate con los otros mantenedores, para aspirar al premio; pero se equivocaron los que así pensaban, porque el caballero encubierto, despues de pedir licencia al monarca, salió del palenque en medio de los aplausos y vítores de los espectadores y de los de la música, que estaba colocada al pié del estrado real.

Condujeron á don Enrique á su tienda para curarle, y antes que siguiesen los comentarios que sobre el suceso comenzaban á hacerse, sonaron nuevamente las trompetas, que anunciaban la llegada de un nuevo campeon.

Efectivamente, un caballero, cubierto con armadura negra sin adorno de ninguna clase. Montaba un potro cordobés, ligero y poderoso, negro tambien, con silla del mismo color, y llevaba el rostro cubierto como el que acababa de salir. En su escudo no llevaba ni armas, ni mote, ni empresa; parecia querer ocultarse bajo el mayor misterio, y segun luego se vió, no estaba dispuesto á descubrirse.

Despues de cumplidas todas las formalidades, llegó á la tienda del infante don Juan y pegó en el escudo de este con el hierro de la lanza.

La multitud volvió á entusiasmarse, pero debia du-

rarle poco tiempo su diversion, porque el caballero negro, apenas se hubo retirado al otro estremo del palenque, vió que el infante estaba ya fuera de su tienda y tomaba la lanza que le daba un paje.

Sonó la señal.

Los adalides partieron velozmente el uno contra el otro; pero el de la negra armadura, al llegar cerca de su contrario, separó su potro á la izquierda, quedando fuera de la línea, y volviendo con rapidez la lanza, dió, con estrañeza general, tan fuerte golpe con el cuento en el costado del infante, que este vino á tierra sin poder evitarlo.

La victoria no pudo ser mas completa, y los espectadores prorrumpieron en aplausos.

—¿Qué os parece, don Alonso? dijo el rey.

—No he visto brazo igual, señor.

—Parece hombre de mas esperiencia que el caballero del sol.

—Y de mas fuerza tambien.

Entretanto, habian acudido á levantar á don Juan, que magullado por el golpe y embarazado por la armadura, no pudo moverse ni quedó en estado de continuar el combate. Mas trastornado por la rábia que por el golpe, se retiró á su tienda en medio de los humillantes murmullos de la multitud, y bien pronto salió á sustituirle otro caballero de elevada estatura y robustas formas.

El caballero de la negra armadura se colocó en su puesto, y apenas sonaron los clarines, partieron como centellas los campeones.

Corto fué tambien aquel combate.

El retador, al llegar á su contrario, dió una vuelta á la lanza, haciéndola girar sobre su cabeza, y el otro, no sabiendo qué parte de su cuerpo guardar, cubrióse el pecho y la cabeza con el escudo; y antes que reconociese su torpeza, recibió tan rudo bote en la parte baja del vientre, que perdió los estribos y dió con su cuerpo en tierra, sin haber podido hacer uso de su lanza.

El entusiasmo general llegó á su colmo y se tornó en confusa gritería. Muchos pedian que se descubriese el caballero, y otros que dijese su nombre; pero él, tranquilo y como si no se apercibiese de lo que sucedia á su alrededor, dirigió un nuevo reto, y otro mantenedor presentóse en el palenque, mientras que el anterior era conducido á su tienda entre cuatro escuderos.

Preparóse el tercer adalid para no ser sorprendido por algun inesperado golpe como sus compañeros; pero tambien se equivocó en su cálculo, porque el de la negra armadura le acometió sencillamente, aunque al primer bote de lanza lo sacó de la silla con gran facilidad.

Estaba conocido, no habia quien resistiese el empuje de aquel hombre ni quien le igualase en destreza, y los espectadores se convencieron de que uno por uno acabaria con todos los caballeros que se le pusiesen delante. Pero el asombro de todos fué mayor cuando vieron que el invencible adalid, parándose delante de las tiendas, gritó con voz tan potente como su brazo:

—Salgan reunidos cuantos se atrevan á probar la fuerza de mi brazo, que aquí los espero: si algun caba-

llero llegase en mi ayuda, bien; y si nó, yo solo ganaré el palenque, y aun me sobrarán brios.

Semejante arrogancia produjo el efecto que era de esperar: unos aplaudieron entusiasmados, otros dijeron que aquello era insultar á la nobleza castellana, y muchos pidieron que se le dejase pelear con todos.

La frente del monarca se contrajo y su rostro palideció, no porque le ofendiese la arrogancia del caballero, sino porque pensó que solo un hombre habia en Castilla de tan estraordinaria fuerza, y ese hombre era Rodrigo.

—¿Sospechais quién sea ese caballero? preguntó el rey á don Alonso, única persona á quien habia dirigido la palabra aquella tarde.

—No es fácil adivinarlo, señor.

—Pero su brazo....

—Es muy fuerte; no encontrará rival.

—Yo castigaré su osadía, repuso el monarca. De todas maneras, se acerca la noche, y esto debe concluir.

Y luego dió órden de que el combate fuese general, siendo los mantenedores los de un bando y el caballero de la negra armadura del otro, y que este pelease sin mas ayuda que la de los aventureros que llegasen antes de ponerse el sol.

Pocos momentos despues se vieron en el palenque hasta nueve mantenedores, que tuvieron por segura la victoria; y aunque muchos espectadores calificaron aquello de asesinato, el de la negra armadura, sin dar muestras de cobardía, dió vuelta al palenque haciendo lucir la buena escuela de su negro potro, y despues de trocar su

lanza por otra de dos hierros, aguardó tranquilamente la señal de la acometida.

Esta se dió, y una nube de polvo envolvió á los ginetes.

Terrible fué el primer encuentro.

El sonido de las armas, al chocar contra los escudos, ahogó las últimas voces de la multitud.

Al pronto nada pudo distinguirse; pero cuando la polvareda se elevó á cierta altura, vióse al caballero negro entre sus enemigos revolviéndose en todas direcciones con pasmosa ligereza, y atacándolos á todos á la vez que se defendia.

Uno de los mantenedores cayó bien pronto herido en la garganta; y cuando la multitud comenzaba á dar vivas de entusiasmo, anunciaron las trompetas la llegada de un nuevo campeon, que entró en seguida y se colocó al lado del que estaba solo.

No pudo llegar mas á tiempo la ayuda, porque evitó un certero bote de lanza dirigido al de la negra armadura y puso fuera de combate á otro de los mantenedores.

Grande fué entonces la confusion y el ruido del combate y de la gritería.

No habian trascurrido tres minutos, cuando llegaron otros tres caballeros.

—¡Era plan ya formado! gritaron algunos. ¡Esperaba este socorro!

Pero como para desmentirlos, entraron en el palenque otros cuatro adalides, que se colocaron con los mantenedores.

Entonces todo fué conjeturas, y nadie podia comprender lo que aquello significaba.

Casi sin interrupcion fueron llegando muchos ginetes y tomando la defensiva por uno ó por otro bando.

Al fin se llenó el palenque, y ya se veian correr muchos caballos sin caballero y mucha sangre por estos vertida. El que habia perdido su lanza echó mano á su espada, pues no podian proveerse de nuevas armas sin esponerse á perder la vida.

—¿Qué es esto? dijo el rey. ¿Se dá una batalla?... ¡Oh!... Y el de la negra armadura siempre firme, siempre destruyendo. ¿Qué significa lo que pasa, don Alonso?

—Significa, señor.... Mirad, dijo el caballero.

Y señaló á la derecha, donde se arremolinaban los espectadores.

—¡Vive el cielo! esclamó el monarca. Aquí hay traicion, y vos conoceis el plan, don Alonso.

—Mirad, señor, mirad....

En aquel momento muchos hombres bien armados saltaron las barreras y se lanzaron con espadas y picas sobre los del bando del caballero negro.

Este ataque de los peones hubiera puesto en grande aprieto á los otros; pero mas gente saltó las barreras y dió contra los primeros invasores.

El monarca se puso de pié y arrojó su baston al palenque, pero esto pareció escitar mas la rábia de los combatientes y atraer mayor número.

La lucha se generalizó en pocos instantes, y en medio de millares de gritos de espanto brillaron picas y es-



Era el Brujo que montado en su negro jumento llevaba en sus brazos una dama ricamente vestida.

Ardilla chinchilla, llamada así por su parecido con la especie de ese nombre.

padas en las graderías y se oyeron gritos de «¡muera el rey!»

Las damas huyeron despavoridas y cada cual por su lado, mientras que un numeroso peloton de los infantes, con ímpetu irresistible, se lanzó al estrado real.

—¡Aquí los buenos y leales caballeros! gritó entonces don Alonso. ¡Aquí los mios! ¡Viva el rey!

Y desenvainando su acero y poniéndose á la cabeza de algunos caballeros y de la guardia del rey, que habia sido arrollada en la primera acometida, hizo frente á los traidores.

Encarnizado fué el combate.

La sangre cubrió los ricos tápices del estrado, y los ayes, las amenazas y los juramentos se mezclaron al ruido atronador de las armas.

Entonces, el caballero de la negra armadura abandonó el palenque y su caballo, empuñó la espada, y sembrando á su paso la muerte, llegó al lado del monarca.

—¡A mí, villanos, traidores! gritó. ¡A mí todos, menguados!

Y su brazo destructor derribaba uno tras otro á los enemigos, obligándoles al fin á retroceder.

Llegó otro caballero, sin casco, porque lo habia perdido en la pelea. Era el hijo de Guzman, el encubierto que llevaba en su escudo el sol.

—¡Viva el rey! gritó á su vez.

Y mientras que su negra cabellera flotaba libremente, su acero aniquilaba traidores.

El de la negra armadura, delante de todos, puso al fin en desórden á los partidarios de don Juan.

—¡Bien, mis valientes caballeros! esclamó el rey. ¡Bien, don Juan Alfonso!... ¡El de la negra armadura, el del brazo de hierro, te debo mi corona!

Los gritos de victoria, dados en todas partes por los defensores de Fernando IV, pusieron en desordenada fuga á sus enemigos.

Acababa de ocultarse el sol.

El palenque estaba sembrado de cadáveres.

Poco á poco fué sosegándose la confusion, y todos se agruparon alrededor del monarca.

—Caballero, dijo este al de la negra armadura, descubrid el rostro para que yo sepa á quién debo mi corona.

El interpelado sacó su puñal, lo partió en dos pedazos, y dando uno al rey, le dijo:

—Ya lo comprobará V. A. para reconocerme.

Luego, sin dar lugar á otra cosa, favorecido por la oscuridad y por la sorpresa que habia causado, se perdió entre la multitud de caballeros y soldados que rodeaban al monarca.

Mientras esto sucedia, y por diversos caminos corrian en todas direcciones los derrotados para evitar que los alcanzasen si los perseguian, atravesaba por medio de un espeso sembrado de trigo uno de los personajes mas importantes de esta historia: era el Brujo que, montado en su negro jumento, llevaba en sus brazos una dama ricamente vestida, y que parecia haber perdido el conocimiento.

—¿Quién la arrancaria de mis brazos? murmuraba el hombre fiera, á la vez que sus encendidos ojos contemplaban con feroz alegría el rostro pálido de la dama. Será mia, nadie podrá estorbármelo.... Hija del infante don Juan, vas á tener un palacio como nunca ha podido soñarlo tu fantasía; vas á tener á tus piés á un hombre que te ama con mas ardor que el mismo don Juan Alfonso. ¿No era dia de asechanzas y de traiciones? Pues estoy en mi derecho de usar de las mias.

El Brujo siguió su monólogo, atravesó el sembrado, cruzó una vereda pedregosa y se perdió tras un montecillo.

—¡Pobre Sol!

—¿Decía la arrendera de mis brazos? murmuraba el hombre fiera, á la vez que sus enrojecidos ojos contemplaban con feroz alegría el rostro pálido de la dama. Sea! hija mía podrá ese baronete... Hija del bastarde don Juan, vas á tener un palacio como nunca ha podido soñarlo tu ambición; vas á tener á tus pies á un hombre que te ama con mas ardor que el mismo don Juan Alfonso. ¿No era día de asechanzas y de traiciones? Pues estoy en mi derecho de usar de las mias.

El Bruja siguió su monólogo, atravesó el aposento, cruzó una vereda pedregosa y se perdió tras un montecillo.

—Pobre Sofía! murmuró el de la negra capa, cubrió el rostro para que no pudiera ser conocido, y dijo con el rey, le dijo

—Ya lo sospechaba Y. A. para recompensarle

Luego, minutos después, oscurecido por la obscuridad y por la sombra que el árbol derramaba, se perdió entre la multitud que rodeaban al monarca.

Mientras esto pasaba en el campamento, cambiaban con rapidez en todas direcciones para evitar que los alcanzasen el [illegible] ocultaba por un [illegible] especie estalagmita [illegible] de los personajes mas importantes de esta historia, que dejamos [illegible] en su punto principal, [illegible] mundo [illegible] sin [illegible] haber perdido el conocimiento.

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

CAPITULO LI.

Lo que sucedió despues del torneo.

Fernando IV entró en su cámara, no solamente muy pensativo, sino en estremo enojado. Lo acompañaban el señor de San Lúcar y su hijo, y algunos caballeros mas, ansiosos todos de saber el resultado del suceso de aquella tarde.

—Mis buenos caballeros, dijo el monarca despues que se dejó caer en un sillon, os habeis portado como quien sois, y no olvidaré las pruebas de lealtad que me habeis dado. Pero antes que pensar en la recompensa que tan justamente mereceis, quiero ocuparme del castigo de los traidores.

—Si V. A. me lo permite, dijo un caballero de la servidumbre del rey, le participaré lo que ocurre.

—¿Otra conspiracion? ¿Se han descubierto mas traidores?

—Nó, señor.

—Hablad.

—Hace media hora que don Rodrigo....

—¡Ah!.... ¿Sabeis de él? interrumpió vivamente el monarca.

—Se ha presentado, y está en su prision.

—Ha cumplido su palabra, dijo friamente don Alonso Perez de Guzman.

—Que venga ahora mismo; id por él.... Si no me he equivocado.... ¡Oh!... Ha querido vengarse, se ha vengado á fuerza de lealtad.... ¡Gran corazon!

Algunos caballeros se apresuraron á ejecutar la órden del rey, saliendo de la estancia para ir en busca del bastardo.

—Don Alonso, repuso el monarca, vos teníais noticia de esta conspiracion, porque bien claramente he visto que os habíais preparado para castigar á los rebeldes. ¿Por qué no me lo dijisteis?

—No tenia completa seguridad, y hubiera sido poner á V. A. en cuidado.

—Pero conoceis á los traidores....

—Conozco solamente la traicion que se intentaba.

—Don Alonso, pensad que teneis el deber de ayudarme á esclarecer la justicia.

—Señor, el leal don Rodrigo aclarará vuestras dudas, porque está mejor informado que yo.

—¡Mejor informado que vos!

—Sí, señor; desde su oscuro calabozo, antes que de

su libertad y de su vida, se ha ocupado de vuestra vida y de vuestra corona.

—¿Ha querido echarme en cara lo que él llama mi ingratitud?

—A lo que entiendo, señor, solo ha querido enseñar á los que se dicen caballeros á ser leales.

—¿Conque no hay duda en que él era el de la negra armadura?...

—Aquí lo teneis, señor, y podrá sacaros de dudas, replicó don Alonso señalando á la puerta, donde apareció Rodrigo.

—El medio puñal, el medio puñal, dijo el monarca al bastardo.

Este no contestó una palabra, pero sacó el arma que habia roto y la entregó á Fernando IV, que sin detenerse abrió los brazos y esclamó:

—¡Sois el hijo de mi noble abuelo!... ¡Venid, no me negueis un abrazo!

Pero Rodrigo dobló una rodilla, inclinó la cabeza, y con voz conmovida dijo:

—¡Antes vuestro perdon!

—Levantad, levantad....

—Vuestro perdon, señor.

—¡Mi perdon!... ¿De qué?

—Declaro, repuso Rodrigo, haber ofendido al rey con palabras descompuestas cuando se dignó entrar en mi calabozo.

Oyóse un murmullo de admiracion, y el monarca dijo:

—Me avergonzais, me haceis recordar mi ligereza... Quiero estrecharos contra mi pecho; alzad, yo os lo mando.

Rodrigo se levantó, y despues que hubo abrazado á su sobrino, repuso:

—Señor, mi honra ha sido manchada por la acusacion de un miserable, y los documentos que se me encontraron me acusan, aunque son una prueba de mi lealtad.

—Pues yo os declaro inocente, el mas noble caballero de Castilla....

—No basta, señor: la calumnia deja hondas huellas, y es preciso borrarlas.

—Lo preciso, replicó Fernando IV, es conocer á los traidores; vos sabeis quiénes son: nombradlos.

—Don Juan Alfonso ha castigado á uno de ellos, al mas temible, á mi infame delator.

—¡Don Enrique de Alvarado!... ¿Y cómo está de su herida?

—No tiene cura, contestó un caballero, y quizás á estas horas haya dejado de existir.

—¡Oh!... que lo vigilen, que se le considere preso y que....

—Antes que todo, replicó el bastardo, debiera procederse á un registro escrupuloso de cuantos escritos tenga en su casa y lleve sobre sí.

—Teneis razon.... Vos, don Alonso, y vos, don Beltran, os encargais de hacerlo así ahora mismo.

Don Alonso y otro caballero de los que estaban presentes salieron de la cámara.

—Seguíd diciendo lo que debe hacerse, repuso el monarca.

—Nada mas por ahora: los traidores habrán huido, estad seguro; y si llegamos á saber los nombres de todos, no habremos adelantado poco.

—¡Miserables! esclamó el monarca. Y os habian acusado, me habian hecho dudar de vos.... Yo os vengaré, mi buen Rodrigo, yo os vengaré.

—Ya lo ha hecho este doncel, acreditando al mismo tiempo su valor y la fuerza de su brazo, dijo Rodrigo señalando al hijo de Guzman.

—Bien os habeis portado, don Juan Alfonso; bien, ¡por vida mia!... Mereceis vuestro ilustre nombre.

—Ahora, repuso el bastardo, quiero que me permitais esplicar cómo estaban en mi poder los pergaminos que me acusaban, porque es declaracion esta que quisiera hacer públicamente.

—Os he dicho que reconozco vuestra inocencia, y para mí ya no es vuestra esplicacion sino objeto de curiosidad.

—No importa, señor: si me lo permitís, aprovecharé el tiempo que tarden en volver don Alonso y don Beltran.

—Bien, como os plazca.

Entonces Rodrigo esplicó en pocas palabras cómo se habia hecho dueño de los pergaminos, y cotejando fechas y horas, comprendió el rey la verdad de aquella revelacion. Lo demás se esplicaba por sí mismo, porque fácil pudo ser á don Enrique averiguar que el bastardo se habia aprovechado de la agonía del infante para

utilizarse de aquellos documentos, lo cual debia ser suficiente á su maligna invencion.

—Si eso lo hubiéseis dicho antes, replicó el monarca, la falsedad hubiese sido descubierta.

—Señor, hice un juramento....

—Es verdad; yo debí tener mas fé en vuestras palabras.

El enojo del rey se habia trocado en alegría al pensar que estaba en camino de descubrir á todos los traidores; así es que siguió en animada conversacion con el bastardo durante una hora, hasta que volvieron don Alonso y don Beltran.

—¿Habeis encontrado algo de provecho? les preguntó el monarca apenas entraron.

—Mas de lo que debiera esperarse, contestó don Alonso. Leed, señor, esa carta de don García, y ella os lo esplicará todo.

Y el caballero entregó un pergamino, que era efectivamente la carta que vimos escribir en casa del infante don Juan al asesino don García.

—¡Todo lo comprendo!... ¡Miserables! esclamó Fernando despues que leyó el escrito. He aquí, mi buen Rodrigo, justificada vuestra inocencia; querian inutilizaros porque érais su mas temible enemigo.... ¡Cobardes!... ¿Y cómo está ese traidor?

—Espirando.

—Aun despues de muerto, su cabeza rodará cortada por el verdugo, y no quedará piedra sobre piedra de su casa, que arrasaré hasta los cimientos.

—Señor....

—Haré justicia, replicó severamente el rey. Ahora, don Rodrigo, decid quiénes son los demás traidores.

—Lo ignoro, pero el tiempo los dará á conocer, y no hay que temerles, si V. A. quiere devolverme la espada que le dí.

—La mia, dijo el monarca quitándose su acero, de rica empuñadura, y dándolo al bastardo.

Iba este á mostrar su agradecimiento con sentidas palabras, cuando la puerta se abrió violentamente, y entró pálido y agitado el infante don Juan.

—¡Mi hija! gritó con ronco acento. ¡Me han robado á mi hija!...

Don Juan Alfonso exhaló un agudo grito y se acercó al infante, mientras que afluia á su cabeza toda la sangre de su cuerpo.

—¡Que os la han robado! esclamaron á la vez el monarca y los demás caballeros.

—Sí, me la han robado.... ¿Qué habeis hecho de ella? repuso el infante clavando una mirada terrible en don Juan Alfonso.

—¡Tened la lengua! esclamó este. No prosigais, don Juan....

—Yo sé dónde está vuestra hija, interrumpió Rodrigo interponiéndose entre el mancebo y el padre de Sol. Don Juan Alfonso es incapaz de semejante villanía, y el que otra cosa dijere, miente y lo declaro villano y mal nacido.

—Soy bastante, dijo el doncel, para castigar al menguado que me ofenda.

—¡Silencio! esclamó el rey con imperioso acento. Estais en mi presencia. ¿Venís á pedir justicia, don Juan? Yo os la hare, porque este es el dia de las reparaciones y de los castigos.

El infante quedó pensativo algunos instantes, y luego repuso:

—Acusar á un amante de haber robado á su dama, cuando no tiene otro medio de conseguir su mano, no es una ofensa; pero sí es un abuso retar á un padre cuando llora la pérdida de un hijo y....

Don Juan se detuvo, porque al volver la cabeza vió á don Alonso Perez de Guzman que clavaba en él una mirada tan severa, tan significativa, que á pesar de su audácia se sintió turbado, y enmudeció su lengua con el recuerdo de Tarifa.

—Don Rodrigo, mi hijo don Juan Alfonso y yo, nos comprometemos á devolveros á vuestra hija, ó á morir en la empresa, dijo con pausado tono el señor de San Lúcar.

—Perdonad, señores, repuso avergonzado el infante. Estoy loco, porque el dolor me ha trastornado.... ¡Oh!... ¿Decís, don Rodrigo, que sabeis dónde está mi hija?... ¡Devolvédmela, y besaré la tierra que pisais!...

Y aquel hombre sin corazon, de instintos tan perversos, lloró como un niño, y suplicó y se humilló ante los que mas aborrecia, olvidando en un momento sus antiguos rencores.

—Yo no quiero de vos otra recompensa, le contestó el bastardo, sino que olvideis que la suerte ha favorecido esta tarde en el torneo al caballero de la negra armadura.

—Don Juan Alfonso, repuso el infante, vamos por mi hija, que ha de ser vuestra esposa....

—¿Pero dónde está? preguntó el rey cuando el doncel iba á hacer una esclamacion de júbilo.

Rodrigo se acercó al oido del monarca, y le dijo algunas palabras.

—¿Qué decís?

—Es secreto que importa guardarlo.

—Llevaos veinte, treinta, cien ginetes de mis mejores soldados....

—Basta con nosotros. Y vos, don Juan, vendreis con nosotros.

—¡Oh!... sí.

—Pues volved á vuestra casa y preparaos para salir de Valladolid. Antes de una hora iremos á buscaros. No lleveis mas que un escudero y armaos á la ligera, pues mas que fuertes, necesitamos ser ágiles.

—¿Me direis entónces dónde está mi hija?

—Preguntadlo á vuestra esposa.

—¡A mi esposa!... ¿Qué misterio es este?

—Don Juan, el tiempo vuela.... A caballo.

Con la vénia del monarca salieron los cuatro, y los cortesanos quedaron pensativos por la viva curiosidad que en ellos habia escitado aquel lance y el misterio de las palabras de Rodrigo.

Inútil es que digamos á nuestros lectores que don Juan Alfonso estaba trastornado por la mas rabiosa ira, y que su enamorado corazon palpitaba como si fuese á romper el pecho. Por otra parte, aunque mas interesado en la suerte de doña Sol despues del infante, era el que menos sabia en aquel asunto, y desesperábase mas por esta razon.

CAPITULO LII.

Cómo se encontraba Sol.

El sol acababa de asomar tras las cumbres de Oriente, y sobre la nevada montaña donde estaba socavado el palacio del Brujo, hallábase este de pié, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, contraida la frente y como si estuviese dominado por una idea que las absorviese todas. Largo rato permaneció inmóvil, como una estátua de negro mármol colocada sobre el blanco pedestal de la nevada cumbre, y al fin levantó la cabeza, respiró con avidez el aire húmedo y frio que allí soplaba, y esclamó:

—¡Cuánto he sufrido! Y yo que soy el señor del mundo, que nada me infunde miedo, he temblado en su presencia, he bajado los ojos sin poder resistir sus miradas severas y desdeñosas.... ¡Oh!...

Efectivamente, aquel hombre de tan feroces instin-

tos, que no reconocia Dios ni ley, que nada respetaba, se habia sentido débil ante la inocente Sol, y no se habia atrevido á usar de su fuerza contra el desprecio.

La hija de don Juan no recobró el sentido sino despues de estar en la caverna, y habia pasado la noche sin cerrar sus ojos al sueño. Su situacion era la mas apurada; y aunque estaba dispuesta á sacrificar su vida antes que se empañase su honra, esto no la tranquilizaba, ni era tampoco una esperanza lisonjera.

Aunque en estremo débil, como hacia largo rato que Sol no sentia ruido alguno, creyéndose sola, dejó el monton de paja que le habia servido de lecho, y siguiendo la direccion de la entrada de la luz, subió la escalera que ya conocen nuestros lectores, y se encontró en la cumbre de la montaña; pero al ver que estaba allí el Brujo, exhaló un grito de espanto y quedó inmóvil sin acertar á retroceder.

El Brujo se adelantó, estendió los brazos hácia la jóven, pero á su vez quedó tambien inmóvil al escuchar que ella dijo:

—¡Detente, miserable!

—¡Que me detenga! esclamó el asesino. ¿Por qué he de obedecerte? ¿No estás en mi poder? Por tí he arriesgado la vida, mas que la vida, mi libertad, y quieres que me detenga.... Mira á tu alrededor, y verás que no hay mas que precipicios, que no puedes huir ni nadie puede venir á protegerte; que eres débil y yo fuerte.

Sol miró maquinalmente á todos lados, y se estremeció.

—¿Estás convencida?

—Sí, pero tengo un recurso, un camino que tú no puedes cerrarme con toda tu fuerza, y que me salvará.

—¿Cuál?

—La muerte.

—No morirás, porque yo te lo estorbaré; no morirás, Sol, te lo juro, porque te vigilaré á todas horas.

—Me matará el hambre.

—No te creo.... ¡Oh!... no quiero creerte, dijo el asesino con acento de desesperacion.

—¿Por qué no me has dejado al lado de mi madre? ¿Por qué me atormentas? ¿En qué he podido ofenderte?

—Porque te amo, ya te lo he dicho, porque me domina la pasion que me has inspirado, porque sin tí me es odiosa la vida, á pesar de mi libertad.

—¡No prosigas! esclamó Sol cubriéndose el rostro con las manos.

—Serás mia.

—¡Jamás! Antes la muerte.

—Ahora te suplico, pero luego dispondré de mi fuerza.

—¿No te compadeces de mí? repuso la jóven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Sufro mas que tú, mucho mas, y no te inspiro ni aun lástima.

—¿No temes á Dios?

—No hay nada que me infunda temor mas que la idea de perderte.

—Pues bien, me perderás.

—Nó, porque antes serás mia, replicó el Brujo dando otro paso hácia la jóven.

Y fijó en ella una mirada ardiente, tan viva y penetrante, que la infeliz retrocedió espantada.

—¿Detente! gritó el asesino. Estás cerca de un precipicio que no ves, porque lo cubre la nieve.

—Pues no te acerques á mí. Vete.

El asesino guardó silencio por algunos instantes, y al fin repuso:

—Sí, me voy, vas á quedar sola en mi palacio; pero no intentes huir, porque es imposible. Volveré luego, te hablaré de mi amor, te suplicaré otra vez; y si aun me desprecias.... ¡oh!... me arrepentiré de haberte respetado, y lo que no hayan podido alcanzar mis ruegos....

—¡Calla, mónstruo! esclamó Sol llena de espanto.

—Sí, ya te he dicho que vas á quedar sola, pero te aconsejo que medites bien sobre tu situacion. De todo soy capaz, porque me domina la pasion que encendiste en mi pecho. Piénsalo bien, no escuches á tu orgullo, no te acuerdes de don Juan Alfonso, porque te perderás. ¿Sabes el sacrificio que he hecho respetándote? No lo comprendes; pero ten entendido que al dominarme se ha avivado mas la llama de mi amor.

La espresion del rostro horrible del Brujo hubiese hecho estremecer á cualquiera. Sus encendidos ojos, abiertos estremadamente, parecian querer salirse de sus órbitas, y su boca entreabierta dejaba ver dos hileras de blancos y afilados dientes, semejantes á los de un tigre. Era su respiracion agitada, y al levantarse su ancho

pecho, resonaba en su interior un ronquido sordo que infundia pavor.

La hija de don Juan sentia perder las fuerzas, y ya casi no podia sostenerse de pié: la falta de alimento y de reposo y el espanto que la dominaba, eran mas de lo que podia resistir su organizacion delicada y nerviosa.

Una vez dió el asesino un paso para alejarse, pero como si lo retuviese allí una fuerza oculta y mayor que la suya, acercóse nuevamente á Sol.

Esta exhaló un grito.

—No puedo, dijo el Brujo con acento de desesperacion. ¡Maldita seas!... Cien veces maldita, porque me has esclavizado, cuando yo era libre, enteramente libre, como ningun hombre. ¡Oh!... Has encadenado mi voluntad, has obligado á mi pensamiento á estar siempre fijo en tí, has quitado á mis miembros la facultad de moverse, porque quiero alejarme y no puedo.... ¡Maldita seas, doña Sol!... Si no me faltase el valor para ello, te mataria para volver á ser libre, tan libre como el rayo, que por donde quiere pasa y destruye cuanto se le opone, sin que haya poder bastante á detenerlo. Pero hasta cobarde me has hecho, porque no tengo valor para verter tu sangre.... ¡Oh!... Ya ves cuán caro me cuesta este amor.... ¿Y quieres que renuncie á él?... ¡Imposible!... Serás mia, y todo el poder del infierno no bastaria para arrancarte de mis brazos.

—Pues bien, replicó con firmeza doña Sol, yo me quitaré la vida y volverás á ser libre, pero que no me

toquen tus manos impuras, que no llegue hasta mí tu aliento venenoso....

—No lo intentes, porque te lo estorbaré, interrumpió el asesino, cuyas pupilas relumbraron como dos áscuas. Mis manos te tocarán, y sentirás en tus megillas el soplo abrasador de mi aliento, y yo sobre mi pecho las palpitaciones del tuyo.... Piénsalo bien: una hora, media no mas te dejo libre.... ¡Esclavo!... ¡Esclavo!...

El Brujo hizo un esfuerzo, dejó escapar un espantoso rugido, y se precipitó en el interior de la caverna.

Sol quedó inmóvil, con la mirada fija en el sitio por donde habia desaparecido el Brujo, como si temiese verlo salir otra vez. La desdichada apenas podia respirar; sus delicados piés, clavados en la nieve, habian perdido todo su natural calor; pero su cabeza, á pesar del viento húmedo y frio que allí corria, se abrasaba como si encerrase un volcan. Temblaban convulsivamente sus miembros ateridos, y sus facciones, pálidas y descompuestas, revelaban el mas horrible espanto.

¿Qué iba á ser de la infeliz, sin mas defensa que la muerte?

Largo rato permaneció la doncella sin acertar á moverse ni aun á pensar, hasta que mas sosegado, aunque poco, su espíritu, pudo meditar, y comprendió que no debia abandonarse á la suerte, sino procurar salvarse. Entonces, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, comenzó á recorrer la cumbre en todas direcciones; pero la montaña era inaccesible por todos lados. El último punto á donde se dirigió, fué á la parte Norte, ya casi

sin esperanza, y efectivamente, vió que por allí la montaña descendia perpendicularmente hasta el llano, como si la hubiesen cortado á pico. Solo al mirar á sus piés, separóse instintivamente poseida del mayor espanto, y volvió á quedar inmóvil.

No habia salvacion: por la entrada de la cueva era imposible huir ni recibir ningun socorro, porque estaba tapada, como ya sabemos, por una enorme piedra, que solo era dado hacer girar sobre su invisible eje á un hombre de tanta fuerza como el Brujo.

La doncella se dejó caer sin aliento ni esperanza sobre la nieve, y allí hubiese muerto helada, si al fin el asesino no hubiese vuelto.

Pero antes de proseguir diremos cómo se encontraban los cuatro caballeros y sus cuatro escuderos que iban en busca de doña Sol.





CAPITULO LII.

De abajo arriba.

La morada del Brujo no era un misterio, pues como tenemos dicho, los habitantes de las cercanías lo habian visto muchas veces sobre la elevada cumbre. Lo que todos ignoraban era cómo podia llegar hasta allí; pero no pudiendo acertarlo, se lo esplicaban suponiendo que el asesino tenia pacto con Satanás y volaba sobre su jumento. Si la supersticion no lo hubiese estorbado, fácilmente, acechando al Brujo, hubieran logrado darle caza; pero no habia quien se atreviese, ni solo ni acompañado, á acometer semejante empresa, temeroso de que una legion de diablos cargara con él.

Fácil habia sido, pues, al bastardo averiguar en dónde tenia su escondite el hombre fiera, de modo que sin perder tiempo, pudieron encaminarse los decididos

perseguidores á la madriguera; y cuando el sol empezaba á dejar ver sus rayos, dieron vista á la montaña.

—Hemos llegado, dijo Rodrigo á sus compañeros de viaje. Sobre aquella nevada cumbre se deja ver, y allí tendrá forzosamente su aposento y en él encerrada á doña Sol.

—Pues adelante, replicó con impaciencia don Juan.

—No hay que perder tiempo, añadió el doncel.

—Mas calma, dijo entonces don Alonso, refrenando á su fatigado corcel. Conozco estos sitios, y creo que no es todo llegar, pues quizás no nos sea posible subir á la cumbre á través de cortaduras y precipicios. Alguna vereda oculta debe haber, que solo ese miserable conoce, y nos falta averiguar en qué parte se encuentra.

—Eso es precisamente lo que debemos hacer, repuso el bastardo, que tambien detuvo su cabalgadura. Cien veces he recorrido estos lugares, y conozco el terreno palmo á palmo, pero no sé cómo pueda subirse á esa maldita montaña.

—Entonces ¿qué hemos de hacer? replicó don Juan Alfonso.

—De ello trataremos.

—Decid vuestra opinion.

—Pienso que lo mas acertado será acechar hasta ver al Brujo cuando vaya ó venga, y dándole alcance....

—Acabaremos con él, interrumpió don Juan.

—No tan pronto, repuso Rodrigo. Lo que haremos será amenazarle para que nos entregue á doña Sol, porque si lo matamos, nada conseguiremos.

—Ciertamente.

—Y si lo viésemos cuando vuelve á su morada, no haremos mas que seguirlo para aprender el camino.

—Es lo mas prudente.

—Entretanto, preguntaremos á los labradores que pasen por aquí, pues no está demás ninguna noticia.

—¿Y en dónde esperaremos?

—Por de pronto aquí, hasta que sepamos por los campesinos el sitio por donde acostumbra á pasar con mas frecuencia ese demonio.

Los cuatro caballeros dejaron las cabalgaduras al cuidado de sus escuderos, y se sentaron debajo de unos castaños frondosos que cerca habia.

Don Alonso Perez de Guzman, con el rostro contraido, permaneció inmóvil y silencioso, mientras que el infante dirigia á todos miradas inquietas y escudriñadoras, y apretaba los puños y rechinaba los dientes con desesperacion. El doncel no revelaba mas que una profunda tristeza, aunque de vez en cuando solia dar tambien muestras de callada ira en alguna mirada chispeante que se escapaba de sus negros ojos. Rodrigo, al parecer, estaba tranquilo y hasta indiferente, pero sin duda meditaba mas y con mayor acierto sobre el modo de salir de aquel lance.

Largo rato permanecieron así, hasta que sonó á lo lejos el desentonado canto de un campesino, que caminaba con un azadon al hombro y seguido de un enorme y cachazudo mastin blanco.

—Veremos si este nos dá alguna noticia de provecho, dijo Rodrigo.

Y se puso de pié y aguardó la llegada del labriego para preguntarle.

—Buen hombre, le dijo cuando pasaba cerca de ellos, deteneos un instante.

El campesino miró á los caballeros, vió tambien á los escuderos que estaban á alguna distancia, y conociendo que era gente de calidad, descubrióse la cabeza respetuosamente, y contestó:

—Mandadme, señores.

—¿Habitais en estas cercanías? le preguntó el bastardo.

—¿Veis aquella choza que está junto al nogal?

—Sí.

—Pues es la mia, y os la ofrezco, aunque no querreis honrarla entrando en ella.

—Entonces conocereis á un hombre que se alberga por aquí, que siempre vá montado en un jumento negro....

—¿El Brujo?

—Sí.

—Ave María, replicó el labriego santiguándose con espanto.

—No hay que hacer aspavientos, que el Brujo es un hombre como vos.

—Decís eso, porque no lo conoceis: es un hijo de Satanás, y tengo pruebas de ello.

—Bien, no importa: lo que deseamos saber es dónde tiene la madriguera para darle caza.

—Dios os bendiga si tal haceis, pero es imposible.

—¿Dónde se recoge?

—Solo sabré deciros que se le vé allá arriba, sobre aquel pico, ó atravesando por aquí sobre su maldito jumento, cien veces maldito, porque se seca cuanto pisa y cuanto huele.

—¿Pero por dónde sube allí?

—¿Quién lo sabe? No hay ninguna vereda; y el que intentase trepar esos montes, ó caeria en el fondo de un precipicio, ó quedaria enterrado en nieve. Aseguran que ese demonio se remonta por los aires con su asno, y que lo mismo hace para bajar. Yo no lo he visto, ni quiera Dios que lo vea, pero otros sí, y es cosa cierta, pues no podria subirse de otro modo.

—¿Pero no lo habeis seguido nunca cuando vuelve de sus espediciones?

—¡Seguirlo!... Pues á fé, señor, que es fácil cosa seguir al maldito jumento; y además, nadie hay que se haya atrevido á tanto.

—¿Cuándo lo habeis visto la última vez?

—Ayer al ponerse el sol, que se alejaba con su asno.

—¿Y ha vuelto?

—Lo ignoro; pero hace algun tiempo que sale á la misma hora y vuelve al amanecer.

—¿Quién podria darnos mas noticias de ese hombre?

—Nadie mas que yo, porque es raro el dia que no lo veo; pero os repito que nada conseguireis si intentais descubrir cómo sube á la montaña.

—Pues ¡vive Dios! que ha de caer en nuestro poder.

—No tendreis mas medio que acechar para cogerlo cuando vaya ó venga, y acometerle; pero encomendaos antes á Dios, y no dejeis de llevar alguna bendita reliquia.

—¡Cobardes villanos! esclamó el infante, que hasta entonces habia permanecido silencioso. ¿Y no habeis tenido valor para acometerle, siquiera reuniéndoos diez ó doce?

—Por vosotros lo vereis: sois cuatro con la ayuda de otros tantos escuderos que, segun sus trazas, no deben ser cobardes; pero si Dios no os ayuda, se burlará de vosotros.

—Pues yo os juro, replicó Rodrigo, que si el Brujo pasase ahora por aquí, le aplastaria el cráneo con esta piedra, como se aplasta á un bicho venenoso.

Y al decir esto levantó una enorme piedra que ningun hombre hubiese podido mover, y luego la arrojó á bastante distancia.

El campesino retrocedió mientras miraba con sorpresa y espanto á Rodrigo.

—No lo dudo, dijo, y creo que será el Brujo el que haya de pedir ayuda á Satanás.

—Es posible que necesitemos mas noticias, y entonces iremos á buscaros.

—Os serviré en cuanto pueda, nobles señores.

—Dejadnos.

El labriego se alejó, no sin ciertos temores de que fuese otro pariente de Satanás Rodrigo; y los cuatro caballeros, despues de conferenciar breve rato, determina-

ron esplorar los alrededores de la montaña por si descubrian algun sitio accesible.

Cabalgaron nuevamente, y seguidos de sus escuderos, vagaron de un lado para otro cerca de media hora, hasta que llegaron al vallecillo desde donde arrancaba la cortadura perpendicular de que hemos hecho mencion.

—Por aquí, dijo Rodrigo, deberia bajar ó subir el Brujo para probarnos que vuela.

Todos levantaron la mirada con curiosidad, y todos á la vez, despues de un momento de duda, dijeron:

—Allí hay una persona.

Y miraron con mas cuidado y afan.

—Es una mujer, repuso don Juan Alfonso, cuyo rostro palideció.

—Es vuestra hija, don Juan, añadió el bastardo, cuya perspicaz mirada alcanzaba mas que ninguna otra.

—¡Mi hija! esclamó el infante. Mi hija.... sí... es ella.... vestida de brocado azul, como estaba en el torneo....

—¡Subamos! gritó el doncel.

—¿Por dónde? replicó Rodrigo.

—¿Hemos de abandonarla? dijo el infante.

—Mas calma, don Juan, que este es lance en que se requiere mas habilidad que fuerza.

—¡Vive Dios!

—Procuremos llamarle la atencion....

—Ya nos ha visto.... mirad....

Efectivamente, Sol, á quien dejamos cerca de la cortadura, permanecia inmóvil allí, y habia visto á los caba-

lleros, aunque al pronto no pudo reconocerlos; pero despues de fijarse detenidamente y al ver que le hacian señas como llamándola, se convenció de que solo su padre y su amante y algun amigo podian ser aquellos ginetes. Entonces sacó un pañuelo blanco que por casualidad conservaba y lo agitó repetidas veces.

Estas señales no dejaron duda á los caballeros de que habian encontrado á Sol; pero la imposibilidad de llegar hasta ella desesperólos, especialmente al infante y al doncel, que con palabras y ademanes desahogaron la ira que los atormentaba, mientras que don Alonso y Rodrigo permanecian silenciosos y meditabundos.

—Y estais con esa calma, ¡vive Dios! esclamó don Juan. ¿No la veis, no estais convencidos de que es ella?

—¿Y qué hemos de hacer ahora? replicó el bastardo. Decidlo, y os obedeceremos. ¿Quereis subir? Subamos, ¿pero por dónde?

—Pues ello es preciso, aunque perdamos la vida, dijo don Juan Alfonso.

—Lo preciso es salvar á doña Sol, pues con nuestra muerte se completaria su desgracia.

—¡Mi hija, mi hija! gritó el infante fuera de sí. ¡Oh!... ¡Hija mia!...

—Sosegaos, don Juan; nada adelantaremos con desesperarnos.

—Pero algo hemos de hacer, porque menos adelantaremos con mirarla desde aquí.

—Dejad, repuso don Alonso, que medite don Rodrigo, y tal vez le ocurra un medio para salir del apuro. Tre-

par esa montaña, es una locura, porque nos quedaremos enterrados en la nieve y vuestra hija mas desamparada que nunca.

—Es indudable, dijo entonces Rodrigo, que hay una subida practicable, puesto que llega hasta allí el Brujo, y lo que debemos hacer es procurar conocerla. Tal vez doña Sol pudiera darnos noticias importantes sobre este punto, pero la dificultad es preguntarle sin el peligro de agravar su situacion. Ella creerá que nosotros conocemos la subida, y quizás por eso no se apresura á decirnos...

—¡A decirnos! interrumpió el infante. ¿Pero cómo ha de decirnos?...

—No le faltará medio, ni á mí de hacerle la pregunta; y así lo hubiese yo ejecutado si no temiese, repito, agravar su situacion.

—¡Preguntarle vos! replicó admirado el doncel.

—Muy fácilmente, pero no os diré cómo, porque en vuestro arrebato haríais cualquiera locura.

—¡Esplicaos, amigo mio!... ¡Esplicaos, por Dios!...

—Sí, esplicaos, dijo el infante; se trata de mi hija, y tengo derecho á saber....

—Os he prometido salvar á doña Sol.

—Pensad que se helará entre la nieve antes de que podamos socorrerla.

—El Brujo cuidará de su vida.

—Me desespera vuestra calma.

—Por ahora, don Juan, nos contentaremos con hacerle señas para ver si nos comprende, repuso el bastardo.

Y sin esperar, hizo á Sol con ademanes claras señas, preguntándole por dónde se subia, á las cuales contestó ella con otras, estendiendo un brazo hácia la izquierda.

—¡Por allí! esclamó el doncel. Vamos....

—Esperad, que no es bastante, replicó Rodrigo. Por algun lado ha de ser, pero se necesitan mas detalles.

Y volvió á hacer nuevas señas, diciendo á Sol que escribiese.

La doncella significó con un ademan que le era imposible hacerlo, pero despues meditó algunos instantes y del mismo modo dijo á los caballeros que esperasen allí.

Entonces el infante y don Juan Alfonso dejaron escapar un grito de alegría, y Guzman y el bastardo permanecieron silenciosos y pensativos.

Sol desapareció de la cumbre, y pasados algunos momentos dijo Rodrigo:

—Por donde ha asomado doña Sol puede asomar el Brujo y vernos, lo cual trastornaria nuestros planes; y para evitar que así suceda, me parece prudente que nos ocultemos entre esos olivos, desde donde podremos observar lo que sucede en la montaña, sin riesgo de que nos descubran desde arriba.

Pareció bien el consejo, y volviendo la rienda se metieron en un olivar, dispuestos á no moverse hasta que asomase otra vez la doncella.

CAPITULO LIII.

De cómo la doncella demostró ser bastante ingeniosa.

Cuando Sol dijo á los caballeros que esperasen, se dirigió á la cueva resueltamente, y entrando llegó al aposento donde el Brujo tenia clavados los corazones. Entonces fué cuando la doncella sintió su falta de fuerzas y comprendió que le seria imposible sostenerse por muchas horas. La falta de alimento, el terror y las emociones violentas que habia sentido, eran mas de lo que podia resistir una mujer delicada. Sin embargo, un rayo de esperanza le daba aliento; su padre la habia visto, y tal vez podria salvarla; pero era preciso dominarse, hacerse superior á todo para conseguirlo por medio de la astucia, porque la fuerza de nada serviria.

La doncella miró á todos lados, y no viendo al Brujo, se sentó en el monton de paja que habia cerca del

hogar, donde ardian algunos leños, cuyo calor reanimó los miembros ateridos de la infeliz.

Entonces pudo meditar.

Segun habia comprendido, á sus salvadores les hacia falta alguna seña por la cual pudiesen venir en conocimiento del camino que habia para subir hasta allí. Ella, que habia vuelto de su desmayo antes de llegar á la montaña, podia dar alguna noticia, que aunque muy vaga, era muy importante. ¿Pero cómo hacerlo? No habia mas medio que escribir, y esto era imposible, porque como se comprende fácilmente, en la caverna del Brujo no habia ni tinta, ni plumas, ni pergaminos. A poco que reflexionó, convencióse de que era preciso ganar tiempo; pero era preciso para esto que no se abandonase á su dolor, que procurase no perder las fuerzas, y aun mas, que entretuviese al asesino por algunos dias para dar tiempo al infante y á sus amigos á que pudiesen salvarla.

Se dice vulgarmente que las circunstancias hacen á las personas, y esto es una verdad, porque la doncella, con un valor y una fuerza de voluntad que nadie le hubiera supuesto, de que ella misma nunca se creyó capaz, dominóse y resueltamente se dispuso á llevar á cabo sus planes.

Le faltaba, sin embargo, encontrar el medio de comunicarse con su padre; y aprovechando aquellos momentos de soledad, puso en tortura su ingenio para obligarle á inventar lo que parecia un imposible.

Largo rato pasó sin que la doncella se moviese; y al

fin, levantando la cabeza y mientras que su frente se dilataba, murmuró:

—Dios me ayude.

El Brujo apareció en aquel instante.

El rostro de Sol cambió repentinamente, y al pronto no pudo dominar la repugnancia que sentia.

—Veo, dijo el asesino, que mis razones te van convenciendo: has hecho muy bien en venirte aquí, porque fuera te hubieses helado. ¡Oh! si llegas á comprender mi pasion, y sin mirar mi horrible aspecto, atiendes solamente á lo que encierra mi pecho, serás feliz, porque ningun hombre te ha consagrado un amor como el mio.

—¿Aun insistes?...

—Ha terminado el plazo, replicó el asesino acercándose á la doncella y poniendo á sus piés un canastillo que llevaba. Aquí tienes para comer un hermoso pedazo de ternera que he robado; pero el robo en mí no es un crímen, porque los hombres me disputan y me roban el terreno que piso, no dejándome un palmo de él donde reposar. Si persistes en tu idea de morir, de nada me habrá servido esponer la vida para traerte este alimento delicado; pero si te has convencido á mis palabras, si has comprendido que por librarte de mí cometerás un crímen quitándote la vida, entonces comerás, vivirás, y....

—¡Dios mio! esclamó la doncella cubriéndose el rostro con las manos.

—Piénsalo bien: el plazo ha concluido....

—¡Esto es horrible!... O la eterna condenacion si me doy la muerte, ó entregarme á tí.... ¡Ah! prosiguió Sol

mientras lloraba. Tendrás compasion, sí; mis ruegos conmoverán tu corazon endurecido....

—Nó, mi corazon no se conmoverá, porque antes habia de apagarse la llama del amor que lo consume, y esto es imposible. Pronuncia tu sentencia, decídete....

—Aléjate.

—Nó.

—Apenas tengo fuerzas para sostenerme; mi cabeza está trastornada....

—Haré otro sacrificio; te dejaré para que recuperes las fuerzas con el alimento y para que descanses.

—Pero vete lejos, muy lejos, porque de otro modo no estaré tranquila, me será imposible reposar.

—Saldré del palacio, y así podrás dormir.

—¿Y quién me dice que no volverás á sorprenderme en mi sueño?

El Brujo meditó algunos instantes.

—Cualquiera tentativa, dijo, que hagas para escaparte, será inútil, porque ni podrias salir de aquí, y aun cuando salieses, perecerias entre los escollos de la montaña.

—Lo sé.

—Por consiguiente, nada me importa que conozcas la salida del palacio, ni decirte cómo puede franquearse. Si quieres puedes dormir junto á la puerta, de modo que yo no podré entrar sin que despiertes.

—¿Cuándo volverás?

—A la noche: así tendrás tiempo sobrado para dormir. Pero te lo repito, no intentes huir, piensa en lo que

te conviene, come, repara tus fuerzas, ó quítate la vida. Este nuevo plazo me cuesta un sacrificio que no comprendes; pero lo hago á trueque de que seas mia por tu voluntad, aunque no me ames.

—Déjame.

—Ven conmigo.

—¿Para qué?

—¿No he de enseñarte la salida y hacerte ver que si duermes allí no podré entrar sin despertarte?

—¿No abusarás de mí si te sigo?

—Aquí puedo hacerlo: ¿para qué llevarte á otro sitio? Pero antes, come, no tendrás fuerzas para andar.

La doncella se levantó, pero advirtiendo que las fuerzas la abandonaban, volvió á sentarse.

—Ya lo ves, repuso el asesino. Te esperaré.

Y tambien se sentó, y sus centellantes ojos fijaron en la doncella una mirada ardiente, y que por sí sola era bastante á revelar su violenta pasion.

Sol hizo un esfuerzo, porque comprendió que su salvacion dependia de su valor; y dominando su repugnancia se puso á comer.

—Quiero agua, dijo despues de haber consumido parte de la carne.

El Brujo se levantó y le llevó un cántaro pequeño lleno de agua cristalina y fresca.

—No la tendrás mejor en tu casa.

La doncella bebió con avidez, porque la fiebre le habia producido una sed abrasadora.

Luego se puso de pié: habia recobrado parte de sus fuerzas y su serenidad.

—Vamos, dijo.

El Brujo siguió el camino que ya conocen nuestros lectores, llegó á la entrada de la caverna, y despues que hizo girar el peñon que la guardaba, dijo á Sol:

—Ya ves, moverse esta piedra, chocará contra tí si estás acostada en este sitio. Pero si tú intentas salir te quedarás burlada, porque además de que no tienes fuerzas suficientes para abrir, pondré un estorbo por la parte de afuera.

—Me encontrarás aquí cuando vuelvas.

—Lo sé; muerta ó viva he de encontrarte, porque ni por aquí ni por la salida de la montaña podrias escapar.

—Vete.

—Voy á esponer otra vez la vida para buscarte la cena.

El asesino salió.

La piedra volvió á girar, y Sol quedó sola en medio de un silencio pavoroso.

—Tengo miedo, murmuró á la vez que se estremecia.

Pero haciendo un esfuerzo, emprendió otra vez la caminata, hasta que llegó al aposento de los corazones.

—No debo perder un momento, dijo.

Y sus manos agitadas asieron el cántaro; derramó en el suelo una poca agua, arrancó de la pared del hogar un puñado de hollin, y poniéndolo en el agua, lo agitó con una ramita seca y formó un líquido que podia servirle de tinta.

Entonces brillaron sus azules ojos con una alegría indescriptible.

—¡Gracias, Dios mio! esclamó.

Luego estendió su blanco pañuelo, y haciendo uso de la ramita como de una pluma, logró escribir lo siguiente:

«Rodead la montaña hácia la derecha, hasta llegar á un sitio lleno de zarzas. Internaos por allí, luego volved á la izquierda, y seguíd hasta que encontreis una reducida esplanada, donde hay un peñon arrimado á la roca. Haced girar este peñon, y vereis una abertura: entrad, seguíd la galería tortuosa que se os presentará, y me encontrareis. Veníd pronto: hasta ahora he podido libertarme de la deshonra, pero mañana será quizás tarde. El Brujo no volverá hasta la noche.»

Terminado este escrito, envolvió en el pañuelo una piedra, que fácilmente encontró, y de este modo le dió el peso suficiente para que el aire no le hiciese variar de direccion.

—Dios me ayuda, dijo.

Y se encaminó á la cumbre y situó sobre la cortadura, mirando al sitio donde habian estado los caballeros.

Pero si hemos de seguir con órden, tenemos que dejar á la doncella y bajar á la llanura para saber lo que sucedió.

Entonces brillaron sus azules ojos con una alegría indescriptible.

—¡Gracias, Dios mio! esclamó.

Luego estendió su blanco pañuelo, y haciendo uso de la ramita como de una pluma, logró escribir lo siguiente:

«Rodead la montaña hácia la derecha, hasta llegar á un sitio lleno de zarzas. Internaos por allí, luego volved á la izquierda, y seguid hasta que encontreis una reducida esplanada, donde hay un peñon arrimado á la roca. Haced girar este peñon, y vereis una abertura: entrad, seguid la galería tortuosa que se os presentará, y me encontrareis. Venid pronto: hasta ahora he podido libertarme de la desdicha, pero mañana será quizás tarde. El Brujo no volverá hasta la noche.»

Terminado este escrito, envolvió en el pañuelo una piedra, que fácilmente encontró, y de este modo le dió el peso suficiente para que el aire no le hiciese variar de direccion.

—Dios me ayuda, dijo.

Y se encaminó á la cumbre y situó sobre la cortadura, mirando al sitio donde habian estado los caballeros.

Pero si hemos de seguir con órden, tenemos que dejar á la doncella y bajar á la llanura para saber lo que sucedió.

CAPITULO LIV.

Cómo llegó el escrito á manos de los caballeros.

Desde el olivar, á cuya sombra descansaban, vieron nuestros amigos aparecer en la cumbre á Sol, cesando su impaciencia porque les parecia que ya tardaba demasiado y que tal vez le habria sucedido alguna nueva desgracia.

—¡Allí está! gritó al verla Rodrigo, cuya vista era la mas perspicaz.

Levantáronse todos, y sin detenerse un instante, corrieron hasta el pié de la cortadura. El afan y el temor se pintaba en sus semblantes.

—¡La salvaremos! esclamó el hijo de Guzman con acento de júbilo.

—Dios mediante, le replicó el bastardo. No hay que concebir esperanzas locas. ¿Quién os asegura que las noticias de doña Sol, si es que algunas puede darnos,

no nos harán ver nuevos inconvenientes? Pero dejemos para despues este punto y observemos.

Todas las miradas se fijaron en la doncella, en tanto que palpitaban los corazones con mas fuerza que de costumbre.

Sol levantó el brazo derecho, enseñó por un instante el pañuelo, y en seguida lo lanzó al espacio con todas sus fuerzas.

Iba allí la sentencia de vida ó muerte del enamorado mancebo y del infante, la tranquilidad de don Alonso y de Rodrigo, y no es posible que pintemos el afan con que sus miradas seguian el descenso rápido del escrito.

Un grito se escapó de los lábios de nuestros amigos al ver á sus piés el pañuelo.

Don Juan Alfonso, mas ligero que ninguno, lo recogió; pero el infante, impulsado por su paternal deseo, sin poder contenerse se lo arrebató de las manos, lo desató, y estendiéndolo, fijó en las desiguales letras su anhelante mirada. Los otros tres caballeros lo rodearon, y todos á la vez, con voz trémula por la emocion, leyeron y exhalaron un segundo grito de inesplicable júbilo.

—¡Sin mancha todavía! esclamaron el infante y don Juan Alfonso.

—Y sin mancha la vereis en vuestros brazos, ó he de perder la vida en la demanda, dijo Rodrigo.

—A caballo, señores, replicó don Alonso Perez de Guzman.

—¡A caballo!

—¡Aquí, escuderos!

Estos llegaron con los corceles.

Nuestros amigos cabalgaron sin esperar á que les tuviesen el estribo, y partieron velozmente, rodeando la montaña.

—¡Vive Dios! esclamó el infante. ¡He de arrancar con mis propias manos el corazon vil á ese asesino!

—¡Y será mia, y ya nada se opondrá á nuestra union! murmuraba el doncel. ¡Cuánta felicidad!... Mas aprisa, don Juan; mas aprisa, padre mio.... Vamos, don Rodrigo, no os quedeis atrás; llevais un potro duro y corredor.

Y don Juan Alfonso heria sin cesar los ijares de su yegua y caminaba delante de todos.

—Poco á poco, mancebo, decia el bastardo; mas calma, que tal vez necesitemos correr luego, y si nuestras cabalgaduras están cansadas, nos arrepentiremos de haber corrido ahora.

—Acordaos de vuestra promesa y seguíd adelante, le replicó el doncel.

—Sí, la salvaremos, os la devolveré pura; pero si antes muero....

—¿Quién ha de mataros?

—El Brujo.

—¡A vos, que podeis aplastarlo!

—Ya sabeis, don Juan Alfonso, que las espadas se rompen en su pecho.

—Es verdad, pero vos no necesitais espada; os sobra con vuestros puños.

Sobre diez minutos correrian, cuando al llegar á un sitio lleno de maleza, detuvieron los caballos.

—Aquí será.

—Esploremos.

—Id prevenidos, porque es fácil que ese demonio se oculte entre los abrojos y asesine al que tenga mas cerca antes de dejarse ver.

Descabalgaron, y desenvainando los puñales, que en aquel sitio eran mejor defensa que las espadas, se metieron en la espesura, despues de dar algunas órdenes á sus escuderos, que debian esperarlos allí. Pero apenas habian adelantado muy trabajosamente cuatro ó cinco pasos, dijo Rodrigo:

—No debe ser este el camino.

—¿Por qué?

—Ya veis que es impracticable.

—Y lo mismo para el Brujo y su jumento.

—Ya sabeis que no se parece á ningun otro hombre, repuso el infante.

—¿Vos tambien, don Juan, sois de los que creen que vuela el asesino?

—Creo que por donde nosotros no podamos pasar, pasará él.

—Reparad estos espinos, y comprendereis que si cualquiera anduviese sobre ellos, los quebrantaria, como ha sucedido con los que dejamos atrás.

—Es verdad, pero las señas....

—¿No habrá mas que un sitio lleno de abrojos? Además, no podremos seguir, porque estos zarzales son muy crecidos y espesos.

Efectivamente, el sitio donde se encontraban era

de todo punto intransitable, segun era la espesura de los abrojos: además, el piso se presentaba más blando cada vez, y era de esperar que llegase un momento en que los atrevidos esploradores se hundiesen en la tierra hasta las rodillas. Sus manos estaban ya ensangrentadas, y apenas podian resguardar sus rostros de los agudos espinos. Empero nada les hacia retroceder: ayudados de sus puñales, con los que iban cortando algunas ramas para abrirse paso, seguian adelante mientras pisaban y maldecian.

—No es este el camino, ¡vive Dios! gritó el bastardo apretando los puños con rabiosa ira.

—¡Y hemos de volvernos atrás! dijo el infante. ¡Por el infierno, que antes he de perder la vida!

—Imposible. Mirad adelante.

—¡Por Satanás!

—¡Vive el cielo!

—¿No veis que á diez pasos de nosotros se levanta esa roca, que nos impedirá el paso?

A corta distancia terminaba la espesura en una roca, que se levantaba casi perpendicularmente.

La desesperacion se pintó en sus semblantes, y de sus lábios salieron con acento terrible maldiciones y amenazas.

Los ojos del infante brillaron como los de un tigre, rechinaron sus dientes, y ciego por la cólera, gritó:

—¡Adelante, aunque el infierno se oponga á mi paso!

Luego, sin escuchar á sus amigos, se lanzó á través de la maleza como un loco.

—¿Qué haceis? le dijo el bastardo.

Pero el infante, sin contestar mas que un rugido, como el del leon hambriento, se internó mas, llegó al pié de la roca, volvió á la izquierda, y quedó repentinamente parado.

—¡Volveos, don Juan!

—¡Que el infierno me trague! gritó el infante, á la vez que se arrancaba desesperadamente mechones de su barba y hacia esfuerzos inauditos.

Sus piernas se habian hundido hasta las rodillas, y no podia moverse; pero los otros caballeros pensaron que la desesperacion de don Juan era por tener que volverse, y le gritaron otra vez, diciendo:

—¡Venid, probaremos por otro lado!

En aquel instante llegó hasta ellos el eco de una voz ronca, lejana, que parecia partir desde el cielo, y que decia:

—¡Infante don Juan!

Los cuatro caballeros levantaron la cabeza y no pudieron contener un grito de espanto.

Sobre la roca, colocado á su borde, estaba el Brujo con el cuerpo inclinado hácia adelante y los brazos levantados, sosteniendo por encima de su cabeza un enorme peñon, como si se dispusiese á arrojarlo sobre sus perseguidores. El rostro del asesino estaba descompuesto, pero no con la espresion de la ira, sino con la de un júbilo satánico, que lo hacia mas horrible, mas repugnante aun. Sus cabellos estaban mas erizados que de costumbre, chispeantes sus ojos como dos carbones encendidos,

y la sonrisa infernal, de criminal triunfo, que dilataba su boca, dejaba ver sus afilados y blanquísimos dientes, que castañeteaban como los del chacal cuando van á teñirse con la sangre de su víctima.

Ni una palabra acertaron á pronunciar los caballeros: permanecieron mudos, inmóviles y con la mirada, de espanto llena, fija en el asesino, que amenazaba aplastarlos con solo hacer un leve movimiento.

La situacion no podia ser mas crítica: no tenian tiempo para huir, no habia medio de evitar el golpe.

—¡Bastardo! volvió á gritar el Brujo. ¡Aquí de tus fuerzas!

Don Alonso Perez de Guzman, olvidándose de Sol y del peligro que él corria, se lanzó sobre su hijo y lo cubrió con su cuerpo á la vez que lo abrazaba; pero el doncel se separó, diciendo:

—¡Huid, padre mio!

—¡Don Juan Alfonso! prosiguió el Brujo. ¡Apuesto mancebo, luego bajaré para arrancarte el corazon!

—¡Huyamos! gritó Rodrigo.

Y lo mismo que don Alonso y su hijo, impulsados los tres por el instinto de conservacion, retrocedieron, lanzándose á través de los abrojos.

Cada cual huyó con cuanta velocidad le fué posible, creyendo que los demás hacian lo mismo, y sin advertir que el infante no pudo moverse del sitio donde estaba clavado.

El Brujo dejó escapar una carcajada estridente, espantable, que se repitió en la montaña como el tableteo

del trueno, y clavando su mirada encendida en el infante don Juan, estiró los brazos cuanto pudo para arrojar con mas fuerza el peñon....

El infante exhaló un grito de espanto y se cubrió la cabeza con sus crispadas manos, como si pudiese resguardar con ellas el terrible golpe....

Movió el Brujo el peñon para darle direccion segura....

CAPITULO LV.

Donde no quedará satisfecha la curiosidad del lector, si alguna tiene.

Así como en el capítulo VIII del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, quedó el andante caballero con la espada en alto sobre la cabeza del escudero vizcaino, y con determinacion de abrirle por medio, así tambien en el capítulo anterior hemos dejado al Brujo con el peñon en alto sobre el infante y con determinacion de aplastarlo. La causa es la misma: Cervantes dice que el autor de aquella historia deja pendiente en tal punto la estupenda batalla; y las crónicas y apuntes que tenemos á la vista sobre el infante don Juan, dejan en tal punto el peligroso suceso, aunque por algunas indicaciones que en ellos se hacen no desesperamos de encontrar el fin de tan espantable situacion; y entonces, á imitacion de Cervantes, diremos: «Dejamos en el capítulo LIV de esta historia al famoso Brujo con el peñon

levantado sobre el valeroso infante don Juan, en guisa de aplastarlo, etc., etc.» Esto diremos, pero no lo decimos ahora, sino que siguiendo á los otros tres caballeros, de quienes el asesino pareció no hacer caso, sin duda porque tenia seguridad de alcanzarlos entre las malezas y acabar á su placer con ellos, diremos la determinacion que tomaron cuando al salir de la espesura echaron de menos al infante.

Valerosos en estremo eran los tres, y muchas pruebas de ello tenian dadas; pero cuando salieron de la espesura, cada cual por su lado, y no al mismo tiempo, estaban pálidos como cadáveres, y en sus miradas y en lo descompuesto de sus facciones se pintaba el espanto. Medio ahogados de fatiga, sin aliento apenas, no pudieron articular una sílaba. Sus megillas y sus manos estaban teñidas de sangre y hechos girones sus vestidos.

Rodrigo fué el primero que salió, algunos minutos despues el mancebo, y luego don Alonso, que al ver á su hijo en salvo, abrazólo poseido de la mas tierna alegría.

Acudieron presurosamente los escuderos, que al ver llegar desalentados y con tal aspecto á sus señores, no dudaron de que alguna desgracia les habia sucedido.

—Sosegaos, pero estad prevenidos á todo, les dijo el bastardo.

Y luego, mientras limpiaba la sangre que corria por sus megillas, añadió dirigiéndose á Guzman:

—¡Vive Dios, don Alonso, que ya es caso el presente de morir ó esterminar á ese infame asesino!

—¡Juro, esclamó arrebatadamente el doncel, no entrar bajo techado hasta salvar á Sol y castigar á ese miserable!

—¿Y don Juan? dijo entonces don Alonso.

—Debe salir despues, porque estaba mas lejos.

—¿Habrá perecido?

Miráronse los tres caballeros sin atreverse á contestar.

—Esperemos, dijo al fin el bastardo, y si tarda en salir....

—Creo que no debemos esperar, replicó el mancebo; quizás necesite nuestra ayuda.

—Nuestra ayuda.... ¡oh!... ¡vive el cielo!... ¿Qué ayuda puede prestarse contra un enemigo que solo con hacer un movimiento puede aplastarnos?

—¿Y hemos de abandonar por eso á nuestro amigo, á un padre desdichado?...

—No tengo miedo, don Juan Alfonso, interrumpió Rodrigo.

—Lo sé, pero....

—Si ha muerto el infante, no nos queda que hacer mas que buscar su cadáver para darle sepultura y vengarlo; y si el terrible golpe que amenazaba nuestras vidas no le ha alcanzado, lo cual dudo, nada tiene que temer, porque el asesino no puede perseguirle. Esperemos, pues, y si tarda en salir, iremos, como os digo, á buscar el cadáver de don Juan, esponiéndonos á ser tambien aplastados, porque casi seguro el asesino esperará nuestra vuelta. Yo iré delante, pero seremos mas pre-

cavidos; llevaremos nuestras hachas para abrirnos paso.

—¡Muerto! esclamó el doncel con desesperacion. ¡Muerto el padre de Sol!... ¡Esto es horrible!...

Y apretó los puños y con centellantes ojos miró á su alrededor, como si buscase en quién desahogar su ira.

—No esperemos mucho tiempo, añadió: ya sé que ninguna ayuda puede prestársele, que vamos á arriesgar locamente nuestras vidas; pero saldremos de dudas, cesará esta incertidumbre, que es peor que la misma muerte.

—Sosegaos, don Juan Alfonso, replicó Guzman: sentaos y recobrad vuestras fuerzas, limpiad la sangre de vuestro rostro y obremos segun la opinion de don Rodrigo, que tengo por la mas razonable.

Sentáronse los caballeros en las partes salientes de la roca, y escucharon con atencion por si algun ruido les anunciaba la llegada del infante, pero trascurrió largo rato sin que nada se percibiese; y pudiendo en ellos mas la ansiedad que la prudencia, levantáronse y determinaron volver á entrar en la espesura.

—Nuestras hachas, dijo Rodrigo á los escuderos.

—¿Pero no os acompañamos, señores?

—Nó, porque es preciso que guardeis esta entrada: ¿quién puede asegurar que ese demonio no nos atacará ahora por la espalda?

Los caballeros tomaron las hachas y con ánimo resuelto comenzaron á abrirse camino y á seguir adelante.

De vez en cuando se paraban, escuchaban, y como

ningun ruido les anunciase que don Juan andaba por allí, seguian avanzando.

—Lo llamaremos, dijo Rodrigo: tal vez conteste.

—Teneis razon, repuso el mancebo, en tanto que limpiaba el sudor copioso que por su frente corria, producido por el cansancio.

—¡Don Juan! gritó Rodrigo con prolongado acento y sonora voz.

Pero el eco solamente respondió al perderse, mientras se repetia en las concavidades de los elevados riscos.

Don Juan Alfonso se estremeció.

—¡Vive Dios! añadió el bastardo, mientras emprendia nuevamente su faena.

Don Alonso palideció y siguió silencioso.

Pocos momentos despues y cuando se disponia Rodrigo á repetir su llamamiento, estendióse de repente una viva claridad delante de los caballeros, y en seguida una columna de negro humo se elevó, perdiéndose en las nubes.

—¿Qué es esto? dijo el doncel temblando, como si le hubiese acometido una convulsion.

—¡Fuego! esclamó Guzman.

—¡Dios de Dios! gritó Rodrigo, cuyos ojos brillaron mas que las llamas que en aquel momento se levantaron sobre la maleza.

—¡Quemado!...

—¡Ni aun su cádaver podremos librar!...

—¡Venganza, Dios mio, venganza! gritó el mancebo con el acento de un loco.

—¡Venganza! repitió Rodrigo. ¡Salgamos de aquí, corramos sin descanso en busca de ese miserable y que vaya con nosotros al esterminio!

—¡Corramos!

Aquellos tres hombres, ciegos de ira, trastornados por la mas rabiosa desesperacion, y á la vez poseidos del mayor espanto, volvieron á salir de la espesura gritando venganza, jurando, maldiciendo y aun blasfemando. Sus ojos centellantes, sus miradas torvas, sus frentes contraidas y la agitacion de sus pechos abrasados por la sed de sangre, les daban un aspecto horrible, aterrador, y que hubiese hecho temblar al mismo Brujo.

De los tres, el que mas sufria era el mancebo, porque la desastrosa muerte del infante era un golpe terrible para Sol, para la desdichada Sol, que harto debia sufrir sin aquella nueva desgracia; y si la infeliz habia sido víctima tambien de la brutalidad feroz del asesino, entonces.... ¡ah!... entonces, ¿qué le quedaba al doncel sino la desesperacion y la muerte?

No podia ser mas horrible la situacion para el enamorado mancebo.

Las llamas se estendieron con rapidez, haciendo crujir las secas zarzas y despidiendo nubes de humo, que por algunos momentos anublaron la luz del sol.

Al cabo de media hora no se vieron mas que cenizas y algunos trozos de roca calcinada.

El Brujo habia desaparecido.

Nuestros amigos comprendieron que seria en vano

busear el cuerpo del infante, porque estaria tambien convertido en cenizas.

Sin descansar un instante, sin dar tiempo á que se tranquilizasen sus ánimos, cabalgaron otra vez los caballeros, y seguidos de sus sirvientes, continuaron su marcha tan triste y fatalmente interrumpida, dando vuelta á la montaña en busca de otro camino que los llevase á mas feliz término.



buscar el cuerpo del infante, porque estaría también convertido en cenizas.

Sin descansar un instante, sin dar tiempo á que se tranquilizasen sus ánimos, cabalgaron otra vez los caballeros, y seguidos de sus sirvientes, continuaron su marcha tan triste y totalmente interrumpida, dando vuelta á la montaña en busca de otro camino que llevase á más feliz término.

CAPITULO LVI.

Donde se dirá lo que habia sucedido al infante.

Dejamos al Brujo con el peñon levantado y dispuesto á descargarlo sobre el infante don Juan, que se cubria la cabeza con las manos, como si de este modo pudiera evitar el golpe que le amenazaba.

Ya dijimos que don Juan se habia separado de sus amigos y que el terreno en aquella parte era pantanoso, lo cual hizo comprender al asesino que de un solo golpe no podia herir á los cuatro caballeros, porque despues de aplastar al uno, el peñon se clavaria en la tierra y no rodaria para alcanzar á los otros. Sin embargo, dispuesto estaba á matar al padre de Sol, pero en los momentos en que iba á ejecutarlo así, pensó que nada adelantaria con ello, porque quedaban los demás enemigos, y que una vez que solo pudiese quitar la vida al infante,

podria esplotar quizás aquel nuevo crímen en favor de sus miras con respecto á la doncella.

Convencido, pues, de que esto le era mas conveniente, dejó el peñon; y mientras los caballeros huian, haciendo un pequeño rodeo, y por veredas que él solo conocia, bajó de la montaña y llegó en pocos momentos adonde estaba el infante, que aun esperaba recibir el terrible golpe.

—¡Miserable! esclamó don Juan al ver delante de sí al Brujo y haciendo vanos esfuerzos para sacar los piés de la tierra.

—Sosiégate, le dijo el asesino, porque nada adelantarás con gritos y denuestos. Ni siquiera puedes moverte....

—¡Cobarde, mal nacido!... ¿Vienes para gozarte mas de cerca en mi agonía?

—Vengo para salvarte la vida, que perderias aquí sin necesidad de que yo te la quitase.

—¿Y mi hija? ¿Qué has hecho de mi hija?

—Está en mi palacio como una reina.

—¡Mónstruo!...

—No tenemos mucho que echarnos en cara: tú has asesinado como yo, mas cobardemente aun; has sido siempre un traidor; y yo no tengo que acusarme de ello, porque nunca he llamado á nadie amigo ni reconocido la autoridad de ningun señor. Ya ves, que habiendo entre nosotros tan poca diferencia, bien podemos tratar de nuestros asuntos, sin que por ella te rebajes. Valgo lo bastante para que me escuches: soy el rey del mundo,

no un rey como el tuyo, esclavo de sus vasallos; soy un hombre libre, no un vasallo como tú, esclavo de tu rey.

El infante, ahogado por la ira, no pudo contestar.

—Vengo á salvarte la vida, á llevarte donde está tu hija....

—¡Mi hija!... ¿Qué has hecho de ella?

—Ya te he dicho que en mi palacio te espera....

—¡Oh!... Toma mi vida, pero respeta la suya.

—¿No quieres verla?

—Sí, vamos, aunque allí me espere la muerte....

—Vendrás, infante, pero dejarás que te sujete los brazos....

—Te juro....

—Eres un traidor, que no has respetado nunca tus juramentos.

—¡Miserable!...

El Brujo dejó escapar una carcajada.

—Para mí todas las palabras tienen el mismo valor, dijo, y ninguna me ofende. ¿Has pensado que tengo vanidad? Nó, porque entonces seria esclavo de ella. Lo mismo me importa que me llames miserable, que noble, que villano, ó como quieras.

—Acaba; tu presencia me ofende....

—Sí, es preciso acabar pronto, porque tus amigos volverán. ¿Quieres dejarte atar los brazos y venir conmigo?

—¿Qué te propones?

—Llevarte adonde está tu hija.

—Tienes algun infame proyecto....

—No será el de asesinarte, porque puedo hacerlo ahora mismo. ¿Tienes miedo?

—¡Miedo el infante don Juan!...

—Sé que eres valiente, pero yo soy mas fuerte que tú.

—¡Y no puedo moverme!... ¡Oh!...

—¿Qué decides?

—Si has robado á mi hija para poner precio á su persona, y ahora intentas hacer lo mismo conmigo, dímelo, te daré oro, mucho oro, todo el que poseo....

—He robado tu hija, porque la amo.

—¡Mientes!...

—Te convencerás de ello.... ¿Quieres venir?

—¿Y si no te sigo?

—Te mataré, porque no me gusta dejar enemigos á la espalda.

El infante pensó que nada adelantaria con dejarse matar, y que cualquiera que fuese el plan del Brujo, daria por lo menos tiempo para obrar á los tres caballeros que habian logrado salvarse. Además, podia ver á su hija, y esta idea lo decidió.

—Sujétame los brazos, dijo.

El Brujo, colocándose sobre una piedra que habia junto al infante, le ató con su cinturon los brazos, y luego le ayudó á salir.

—No intentes huir, le dijo, porque será tu perdicion.

Luego sacó eslabon y pedernal, y á los pocos instantes logró prender fuego á los espinos.

—¿Qué haces? preguntó don Juan.

—Evitar que nos sigan tus amigos, y si aun están por aquí, asarlos. No perdamos tiempo; sígueme.

El infante, casi sin saber lo que hacia, siguió al Brujo, y muy trabajosamente, fué trepando la montaña.

—Seguro estoy, decia el asesino, que ha sido del bastardo la idea de venir aquí á buscar á tu hija. ¡Oh!... es el único hombre á quien tengo miedo, porque mis fuerzas son nada comparadas con las suyas. ¡Y sin embargo, es un esclavo como tú!... Pero morirá despeñado en estos sitios, ó aplastado por mí. Ya tuve que huir de él en otra ocasion y dejar á tu hija, que llevaba en mis brazos dormida profundamente..... ¡Qué noche aquella!

Los ojos del asesino brillaron, y calló repentinamente, continuando silencioso la fatigosa marcha.

Mas de una vez estuvo el infante á punto de rodar á un precipicio por no seguir con exactitud los pasos del Brujo.

Largo rato caminaron sin volver á pronunciar una palabra, hasta que llegaron á la entrada de la cueva.

—Prometí á tu hija, dijo entonces el asesino, no volver hasta la noche, pero el encuentro que he tenido contigo no me permite cumplirle la palabra.

Don Juan no quiso responder, ni hubiera podido hacerlo, porque el coraje le embargaba la lengua. ¡Cuánto sufria su orgullo al verse á merced de aquel miserable, teniendo que obedecerle, y tal vez que suplicarle despues! Casi estaba arrepentido de haberse dejado conducir de tal suerte, pues era preferible morir á semejan-

te humillacion; pero iba á ver á su hija, quizás podria salvarla de la deshonra ó de la muerte, y esta idea daba al infante nuevas fuerzas para resignarse y esperar el momento oportuno de tomar venganza.

El Brujo hizo girar el peñon, y entró en la caverna seguido de don Juan.

—Este es mi palacio, dijo. Ya comprenderás que tus amigos se cansarán en balde para llegar hasta aquí.

En aquel momento resonó el prolongado rebuzno del asno, que segun su costumbre, al apercibirse de la llegada de su dueño, dióle aquella muestra de respeto y cariño.

—¿Oyes cómo me saluda mi *Satanás?* No tienes un escudero que valga tanto como él.

Llegaron al aposento de los corazones.

—¿Y mi hija? preguntó el infante.

—Habrá salido á la montaña, ó dormirá: voy á buscarla.... Pero nó, antes es preciso ponerme á cubierto de tus malos procederes. Siéntate junto al fuego, que tendrás frio.

Y el asesino buscó una cuerda y se llegó á don Juan, que estaba en tal estado de aturdimiento, que apenas podia darse cuenta de lo que le sucedia.

—¿Qué intentas hacer?... ¡Apártate, menguado; no me toques! gritó el infante al ver que el Brujo se disponia á ligarle los piés.

—Si no quieres que te sujete, te mataré.

—¡Déjame ver á mi hija!

—La verás, pero sin que puedas moverte. Escoge, pues, entre morir ó verla....

—Acaba pronto, pronto.... ¡Oh!... Ya llegará la hora de la venganza, y entonces.... guárdate de mí.

—Ya ves cómo lo hago desde ahora por si acaso intentas engañarme.

—Sujétame pronto....

—No te impacientes.

El Brujo ató los piés al infante, que se dejó caer en el monton de paja con el abatimiento que era consiguiente á la lucha que su espíritu habia sostenido y al cansancio natural del cuerpo.

Salió el Brujo, oyóse fuera un agudo grito, y pocos instantes despues, Sol entraba en el aposento y palpitante de alegría corrió para abrazar á su padre.

—Nó, dijo entonces el asesino deteniéndola.

—¡Hija mia! esclamó el infante, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Déjame abrazar á mi padre, dijo la doncella pugnando por desasirse del asesino. ¿Por qué me estorbas que me acerque?... Déjame....

—Nó.

—¡Por compasion, por ese amor que dices me profesas!... ¿No quieres que yo sea feliz?

—Abrazarás á tu padre, pero no ahora, sino despues que hablemos despacio.

—Me desgarras el alma.... ¡Por compasion! esclamó la doncella dejándose caer de rodillas y juntando las manos con ademan suplicante.

—¡Doña Sol! gritó el infante clavando en su hija una mirada terrible.

—Perdonad, padre mio, replicó la jóven, á la vez que se levantaba. He sido débil por un momento, débil porque os amo mucho....

—Has doblado la frente ante ese miserable....

—Tú la doblarás tambien, dijo el Brujo con sarcástico acento: la doblarás, infante de Castilla, y te arrastrarás á mis piés, porque está en mis manos la honra de tu hija.... Niña vanidosa y altanera, prosiguió dirigiéndose á Sol, es preciso que lo sepas de una vez; he traido á tu padre para decirte: ahí lo tienes, ó su vida, ó tu amor. Si me rechazas, me valdré de la fuerza para conseguir mi deseo, y luego mataré á tu padre.

El infante dejó escapar un rugido espantoso, y la desdichada jóven exhaló un grito de terror; y aprovechando aquel momento en que no la sujetaba el asesino, se lanzó sobre su padre, lo abrazó y quedó inmóvil y sin conocimiento.

—¡Ven á arrancarla de mis brazos! dijo el infante ciego de ira. ¡Ven, cobarde!...

Pero una carcajada del Brujo lo interrumpió.

—¡Te ciega el orgullo hasta hacerte olvidar que no puedes moverte!... ¡Pobre esclavo!

Don Juan se inclinó sobre el rostro de su hija, lo cubrió de besos y de lágrimas, y quedó inmóvil.

—¡Hija mia! murmuró con lánguido y triste acento.

El asesino avivó el fuego del hogar, que despidió rojizos y vacilantes resplandores, y luego se sentó mientras decia:

—Descansaré, comeré, y luego acabaremos este enredo.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

CAPITULO LVII.

Nuevas tentativas de los tres caballeros para dar caza al Brujo.

Dejamos á don Alonso, á su hijo y al bastardo, siguiendo la vuelta de la montaña, y sin pensar en otra cosa que en vengar al infante.

Avanzaba la tarde y temian que se ocultase el sol sin que hubiesen encontrado el sitio que buscaban, lo cual hacia crecer su impaciencia. La fortuna no les fué, sin embargo, tan adversa, pues despues de media hora de camino, vieron sobre la izquierda un espeso y crecido zarzal que se estendia hácia el interior de la montaña por una garganta estrecha.

—Aquí debe ser, dijo el mancebo refrenando su cabalgadura.

—Tal creo, contestó el bastardo.

—Pues manos á la obra sin perder un instante, añadió don Alonso.

—Miremos ante todo si hay señales de que alguien ha pasado por aquí, repuso Rodrigo, pues sigo en mi opinion de que el Brujo y su jumento deben dejar alguna huella de sus pasos.

Algunas zarzas rotas, siguiendo la misma direccion, dió á conocer á los caballeros que efectivamente por allí habia pasado alguien. Observaron entonces con mas cuidado, arrancaron algunos abrojos, y vieron que donde la tierra estaba algo reblandecida, habia dejado el jumento la huella de sus patas.

—¡Este es el camino! esclamó alborozado el doncel. ¡Adelante!

—Poco á poco, que no es razon que por inadvertidos nos suceda otro chasco.

—¿Qué pensais hacer?

—Que dos de nuestros escuderos se queden con los caballos y guarden esta entrada, y los otros vayan delante abriendo camino.

—Decís bien.

—Así no podrán sorprendernos.

Inmediatamente, dos de los escuderos comenzaron á abrir camino con sus hachas, y los tres caballeros, con los puñales desnudos, los siguieron paso á paso.

Ninguno de ellos pronunciaba una palabra: sus ojos se movian con rapidez, dirigiendo á todos lados miradas escudriñadoras, porque temian ser sorprendidos á cada instante.

Empero avanzaban muy lentamente: los espinos se presentaban cada vez mas espesos, y perdian mucho

tiempo en la operacion de separar los que cortaban. Al fin los caballeros tuvieron que ayudar á sus sirvientes, pues con tal lentitud, si el camino era largo no hubiesen concluido en todo el dia ni en la siguiente noche.

—¿Por qué no hemos de pasar como pasa el Brujo, sin arrancar las zarzas? dijo el mancebo, cuya impaciencia crecia por instantes.

—Si no tuviésemos que temer una emboscada, lo haríamos así; pero ¿quién nos asegura que á dos pasos de nosotros no está escondido ese Satanás? Ya sabeis lo que nos ha sucedido hace poco, y que nuestra falta de precaucion ha costado la vida á don Juan.

—Ciertamente, pero esto es interminable.

—Otro inconveniente vamos á encontrar.

—¡Por el cielo! que no presagiais sino desventuras.

—¿Y cuál es ese inconveniente?

—Doña Sol decia que siguiésemos hácia el interior de la montaña, y que luego volviésemos á la izquierda.

—Ciertamente.

—¿Y qué duda os ocurre para hacerlo así?

—Que no sabemos cuándo ha de volverse, si despues de llegar al término de la espesura, ó antes.

—Teneis razon, dijo entonces don Alonso, que quedó pensativo.

—Nos lo indicarán las huellas de las pisadas.

—Sí, mientras sea de dia, replicó el bastardo; pero cuando cierre la noche, lo cual no tardará en suceder, entonces no tendremos medio alguno de reconocer las señales que ahora nos sirven de guia.

—¡Dios de Dios! esclamó el mancebo apretando los puños con desesperacion.

—Ya veis que el sol está muy cerca de aquella cumbre, y que pronto se ocultará.

—¡Y no puedo detenerlo!

—Una idea me ha ocurrido, pero despues de meditar encuentro un segundo inconveniente.

—¿Cuál? preguntó afanosamente don Juan Alfonso.

—Prender fuego á estas zarzas, y así quedará el terreno despejado.

—Es el medio mejor.

—Pero no sabemos el tiempo que tardarán en quemarse.

—Pronto se reducirán á cenizas.

—¿Y si se estienden muy adentro de la montaña?

—Todo será perder la noche, y eso habrá de suceder. Además, agotaremos nuestras fuerzas en esta penosa operacion, y al fin tendremos que ir en busca de gente que nos ayude, sin contar con que, segun habeis observado, es muy difícil acertar con el sitio desde donde debemos volver á la izquierda.

—Por primera vez, don Juan Alfonso, el amor os permite discurrir con acierto sobre nuestra situacion.

—¿Qué opinais vos, padre mio? preguntó el doncel á don Alonso.

—Que se quemen estas malditas zarzas.

—Entonces, cuanto antes mejor.

—Aquí se presenta un camino, gritó á este tiempo uno de los escuderos que iban delante.

Una esclamacion de sorpresa y de alegría se escapó de las bocas de los tres caballeros, y sin cuidarse de los espinos, se lanzaron al sitio donde estaban los sirvientes.

En efecto, una estrecha senda se abria entre los zarzales y en direccion á la izquierda, pero que á poca distancia se perdia nuevamente entre la espesura.

—Este es el camino, dijo el bastardo.

—Sí, sí; mirad las pisadas del jumento, repuso don Juan Alfonso.

—¡Por aquí! gritó don Alonso á los escuderos.

—¡Dios nos protege!

—¡Llegó la hora de la justa venganza!

—¡Sol! esclamaba el mancebo. ¡Voy á verte, á vengar á tu padre, á llevarte al lado de tu cariñosa madre!

Y con la impetuosidad de su ardiente pasion, lanzóse delante de todos, mientras que el bastardo y don Alonso reconocian el camino con la mas escrupulosa atencion, y veian con placer que seguian las huellas de las pisadas del asno.

La alegría que en los tres caballeros produjo el encuentro feliz de aquella senda, pareció hacerles olvidar por un momento la desgracia del infante; pero luego, calmado aquel primer arrebato de júbilo, la ira y la sed de venganza volvió á hervir en sus pechos, y taciturnos y silenciosos siguieron adelante.

Comenzó el sol á ocultar sus rayos y á crecer la ansiedad de los atrevidos perseguidores, que despues de caminar algunos minutos, volvieron á encontrar obstruido el paso por los espinos.

—No sé, dijo entonces el bastardo, si hemos hecho bien en abandonar nuestro proyecto de quema.

—Concluye el dia....

—Cuando mas necesitamos su luz. Otra vez las zarzas, y aunque consigamos vencer pronto este nuevo obstáculo, si nos quedamos á oscuras, no podremos reconocer la piedra que oculta la entrada de la caverna.

—¡Vive Dios!... Esto es para desesperarse.

—Ya no es tiempo de retroceder.

—¡Adelante!

—¡Adelante, y que el cielo nos guie!

Los escuderos volvieron á descargar las hachas sobre los espinos, redoblando sus esfuerzos.

Aun no habia trascurrido media hora, cuando el sol desapareció, y solo la claridad ténue de los crepúsculos sirvió de guia á nuestros caballeros, que empezaron á desconfiar y aun á temer alguna segunda desgracia. ¿Qué seria de ellos si los acechaba el Brujo y les acometia traidoramente en aquel sitio y en medio de las tinieblas de la noche? Seguramente sucumbirian, sin que les sirviese de nada todo su arrojo ni su valor. La situacion no podia ser mas apurada.

Los tres pensaban esto mismo, y los tres callaban por no amenguarse mútuamente los alientos.

No podian volverse para esperar el nuevo dia, porque en la oscuridad de la noche no hubiesen acertado con la salida, esponiéndose á estraviarse mas de lo que estaban.

De vez en cuando, con todo el afan de su peligrosa

situacion, miraban á Occidente, y cuando veian palidecer los reflejos del crepúsculo, debilitarse y prontos á estinguirse, palidecian tambien sus rostros y se contraian sus frentes, mientras que palpitaban con mas violencia sus corazones.

Al fin cerró la noche, pero tan oscura, que los caballeros apenas pudieron verse los unos á los otros; y si sabian que estaban cerca sus escuderos, era por el ruido que estos hacian con las hachas.

La luna no quiso asomar, ni de nada hubiese servido, pues sus resplandores no hubiesen podido llegar hasta aquel sitio, rodeado de altísimas rocas.

—Don Alonso, don Juan, dijo el bastardo, la prudencia nos aconseja detenernos y esperar el dia, reunidos, despiertos y preparados á todo.

—¡Dios mio, un rayo de luz! gritó el doncel con acento de la mas rabiosa desesperacion.

Iba Rodrigo á dar órden para que se detuviesen á los escuderos, cuando uno de estos dijo:

—Se acabaron las zarzas.

Otro grito de alegría resonó, y caminando á tientas, los caballeros se encontraron en un sitio ancho y llano; pero no podian ver su estension, y aunque allí estuviese la entrada de la cueva, les era imposible encontrarla á oscuras, porque no podian ver el peñon que la cerraba.

—A lo que parece, dijo el bastardo, hemos llegado al término de nuestro camino; pero no podemos esplorar el terreno.

—¿Y hemos de estar tan cerca de Sol y esperar toda la noche?

—Un solo medio me ocurre, aunque no confio que nos dé buenos resultados.

—Cualquiera es mejor que esperar sin hacer nada.

—Esplicaos, don Rodrigo.

—Todos reunidos, para no perdernos, buscaremos el límite de esta esplanada ó camino por cualquier lado, y tentando la roca, empujaremos cuantas piedras se nos vengan á las manos, á ver si la casualidad nos favorece y encontramos así la entrada de la caverna.

—Sí, sí.

—Pero mucho silencio y mucha atencion á cualquier ruido, por si nos acecha el Brujo. Tal vez nos esté escuchando.

Esta observacion hizo estremecer á don Alonso y á su hijo; y no era estraño, porque la oscuridad de la noche y el lugar en que se encontraban infundia pavor, y solo un hombre como Rodrigo podia encontrarse allí sin temblar.

Reuniéronse caballeros y escuderos, y cogidos los unos á los otros, comenzaron á poner en práctica su atrevido plan.

Y como las tinieblas no nos permiten verlos, ni su silencio oirlos, escusaremos ir en su compañía, porque no es lo mas agradable en aquel sitio y en la oscuridad de la noche. Empero antes de retirarnos diremos que el aullido de los lobos resonó cerca de allí; circunstancia que hizo temblar y erizar los cabellos, lo mismo á los amos que á los criados.

CAPITULO LVIII.

De la horrible alternativa en que se vió la doncella.

Las vacilantes y rojizas llamas del hogar esparcian un resplandor siniestro en el aposento de los corazones, y hacian aparecer mas pálidos los rostros del infante don Juan y de su hija.

Habia terminado el Brujo su cena en medio de un silencio sepulcral, pues aun cuando Sol habia recobrado el uso de sus sentidos, el terror de que estaba poseida no le permitia pronunciar una palabra; y el infante, trastornado por la ira y por el dolor, no hablaba tampoco, sino que miraba alternativamente á su hija y al asesino, temiendo el instante en que este se decidiera á ejecutar sus criminales designios.

Es imposible describir la agitacion de la doncella, que abrazada fuertemente á su padre, no se atrevia á

volver la cabeza, como si su inmovilidad hubiese podido salvarla.

Al fin el Brujo, despues de contemplar un momento á sus víctimas, se levantó. Sus ojos brillaron como dos áscuas, estremecióse ligeramente, y su rostro se dilató con una sonrisa horrible de infernal alegría.

—¡No te acerques! esclamó don Juan.

Pero el asesino, sin atender á estas palabras, llegó á la doncella, la cogió entre sus brazos y la separó bruscamente del infante.

Sol dejó escapar un grito de espanto, que pareció haberle desgarrado el pecho y arrancado el alma, y se cubrió el rostro con las manos.

—Cálmate, hermosa mia, le dijo el asesino mientras la dejaba en el suelo. Descubre el semblante y escúchame con sosiego, porque te importa mucho lo que voy á decir.

—¡Mátame! esclamó la infeliz jóven.

—No haré tal, porque te quiero demasiado; ya lo sabes.

—¡Mónstruo!

—Silencio, prosiguió el asesino. Escuchadme, hablaré poco, pero os repito que os importa mucho.

—Escusa tus palabras, replicó el infante. No puedo defenderme, quítame la vida y asesina á mi hija tambien.

—Escúchame, don Juan, repuso el Brujo Soy dueño de tu vida, y el quitártela me costará poco trabajo.

—¡Padre mio! esclamó Sol.

—¿Amas mucho á tu padre? dijo el asesino. Puedes salvarlo con una palabra; dime que serás mia, que me amarás ó fingirás amarme, y lo verás libre.

—¡Jamás!

—Pues bien, mataré á tu padre; y luego, como soy mas fuerte que tú...

—¡Oh!... ¡Calla!...

—¿Qué intentas, miserable? gritó don Juan.

—Amo á tu hija con locura, ya te lo he dicho; cien veces he arriesgado mi vida por ella, y no he de perder el fruto de tantos afanes. Si se obstina en no corresponder á mi pasion, sucumbirá al fin á mi poder; lo cual, bien meditado, no dá lugar á duda, pues si ha de ser mia de todas maneras, mas le vale salvarte la vida. El momento ha llegado y las circunstancias no dan ocasion á mas treguas; bien entendido, que si una sola vez dice que nó, me verá hundir en tu pecho mi cuchillo y arrancarte el corazon, que clavaré junto á esos otros.

—¡Cien veces la muerte! esclamó la doncella.

—¿La muerte de tu padre? dijo el asesino.

—Sí, la mia, replicó don Juan. La mia, porque tal prefiero á la deshonra de mi hija.

—Advierte que no la evitas así.

—¡Y no puedo ahogarte entre mis manos! ¡Dios mio!...

—Ese Dios á quien invocas, repuso el Brujo, ha querido que pagues lo que debes, colocándote en la misma situacion en que tú pusiste á don Alonso Perez de Guzman en Tarifa.

—¡Ah!...

—Le pediste su honra ó la vida de su hijo, y yo te pido tu vida ó la honra de tu hija.

—Pero ella es inocente....

—Tambien lo era el hijo de don Alonso, y lo sacrificaste á tu crueldad. Ya te he dicho que nos parecemos en muchas cosas, aunque yo soy mas que tú; y como rey del mundo, no me cambiaria por un infante. No intento vengar al de San Lúcar, pero no está demás que sepas lo que él debió sufrir. Ahora sois amigos, te ha perdonado, y yo tengo esperanza de que tambien me perdones algun dia, y aun de que seamos amigos, porque puedes necesitarme.

El infante bajó la cabeza sin contestar una palabra, y como avergonzado. Entonces comprendió toda la nobleza de don Alonso Perez de Guzman, y los remordimientos lo atormentaron horriblemente.

Sol, entretanto, permaneció inmóvil y sin descubrirse el rostro.

—Descubre el semblante, habla, que yo te vea sonreir una sola vez, prosiguió el Brujo acercándose á la jóven.

—¿No hay en tu alma ni un rayo de compasion? esclamó la doncella.

—No hay mas que amor, y tan ardiente, que me ciega hasta tal punto, que ni tus ruegos ni tus lágrimas podrán ablandarme para renunciar á tí. A todo estoy resuelto, ya te lo he dicho, y te lo juro, si es que un juramento mio tiene algun valor. ¿Crees que no puedo tra-

tarte con tanta dulzura como don Juan Alfonso? Soy un tigre, pero me verás arrastrarme á tus piés, débil, impotente, sumiso, y como esclavo sin voluntad. ¡Cuánto te amo!... ¡Oh!... ¿Qué te importa mi rudeza, mi aspecto horrible? ¿No te ofrezco mi corazon, que solo por ti late? ¡Qué hermosa eres! prosiguió el asesino, intentando dulcificar su voz. ¡Si supieras cuánto he sufrido por ti, qué grandes, qué atormentadores han sido los esfuerzos que he tenido que hacer para respetarte cuando te he tenido en mis brazos!... No puedes comprenderlo.... ¡Y me pides compasion!... ¿Quién la ha tenido de mí? Los hombres todos me han perseguido como á una fiera, escitando mi desesperacion, en vez de enseñarme el camino de esas virtudes que yo desconozco; me han hecho aborrecer á la humanidad, en vez de enseñarme á amarla. ¿Qué derecho tiene nadie para implorar mi compasion? Yo no pertenezco á la sociedad, porque no me ha querido en su seno: no estoy obligado á prestar ayuda á nadie, porque de nadie la espero tampoco. No conozco mas ley que la fuerza, y si con ella podeis vencerme, me resignaré; pero hasta el presente, es mia la victoria.

—¡Dios mio! esclamó la doncella levantando los brazos y mirando al cielo. ¡Salvad á mi padre, salvad mi pureza, y tomad mi vida!

—En vano clamas, dijo el Brujo. Cada momento me pareces mas hermosa.

Y los ojos del asesino brillaron mas que antes, y á los resplandores del hogar se vió su rostro desfigurado.

—Llegó el momento, prosiguió mientras sacaba su

ensangrentado cuchillo. Decide de tu suerte y de la de tu padre.

—Yo te maldigo, si eres débil, gritó el infante á su hija. Déjame morir y quítate la vida para probar á este miserable que tu corazon es mas grande que el suyo.

El asesino se acercó á don Juan, levantó el cuchillo y esclamó:

—¡Vas á morir!

—¡Detente! dijo Sol levantándose y corriendo hácia el Brujo.

Pero este la detuvo sin permitirle acercarse, y replicó:

—Apártate, si no quieres que mi crueldad sea mayor.

—¿Qué mas puedes hacer? Ya nada temo, dijo Sol. Hiere á mi padre, pero habrás de atravesarme antes el pecho.

—¡Qué mas puedo hacer!... ¡Oh!... esclamó el Brujo, cuyo pecho estaba tan agitado, que apenas podia hablar. Vas á verlo, niña orgullosa. Tu padre morirá despues que hayas sido mia, y así su tormento será mayor.

Y arrojando el cuchillo, estendió los brazos hácia la doncella.

Esta dió un grito de espanto, y mientras que sus ojos parecian querer salirse de sus órbitas y á su trastornada cabeza afluia toda su sangre, intentó correr hácia la puerta que daba salida á la montaña, con ánimo resuelto de quitarse la vida. Empero el asesino se lanzó tras ella con todo el ímpetu de la locura de su pasion, y estrechándola entre sus brazos de hierro, esclamó:—

—¡Te amo, y serás mia!

El infante dejó escapar un rugido de cólera, y en vano hizo esfuerzos inauditos para romper las ligaduras que lo sujetaban.

—¡Socorro! gritó Sol.

Y á este grito, otro de terrible amenaza resonó en la puerta de la caverna.

El Brujo clavó su mirada en aquella parte, y vió á don Alonso, al bastardo y al doncel, y dejando á Sol, dió un brinco y recogió su cuchillo.

La doncella volvió á arrojarse en los brazos de su padre, esclamando:

—¡Padre mio!... ¡Nos hemos salvado!...

Se preparaba una escena terrible, sangrienta, y cuyos resultados eran aun dudosos, porque el asesino, aunque solo para cuatro hombres, tenia en aquel sitio muchos medios de defensa y de ataque contra sus perseguidores, sin contar con que en último caso podia huir, y el seguirlo hubiera sido muy peligroso en medio de la noche y de los precipicios de la montaña.



—¡Te amo, y serás mía!

El infante dejó escapar un rugido de cólera, y en vano hizo esfuerzos inauditos para romper las ligaduras que lo sujetaban.

—¡Socorro! gritó Sol.

Y á este grito, otro de terrible amenaza resonó en la puerta de la caverna.

El Brujo clavó su mirada en aquella parte, y vió á don Alonso, al bastardo y al doncel, y dejando á Sol, dió un brinco y recogió su cuchillo.

La doncella volvió á arrojarse en los brazos de su padre, esclamando:

—¡Padre mio!... ¡Nos hemos salvado!...

Se preparaba una escena terrible, sangrienta, y cuyos resultados eran aun dudosos, porque el asesino, aunque solo para cuatro hombres, tenia en aquel sitio muchos medios de defensa y de ataque contra sus perseguidores, sin contar con que en último caso podia huir, y el seguirlo hubiera sido muy peligroso en medio de la noche y de los precipicios de la montaña.

CAPITULO LIX.

De cómo la llegada de los tres caballeros puso en mayor peligro á Sol.

Muy ligeramente habia pensado la doncella al decir que se habian salvado, pues segun indicamos en el capítulo anterior, el Brujo tenia muchos medios de burlar á sus perseguidores, y no habia de dejar de ponerlos en práctica en aquella situacion en que iba á perder, no solo la vida, sino el logro de sus amorosos deseos.

Como los tres caballeros vieran que el infante y su hija estaban vivos, solo pensaron en castigar al Brujo, y acercáronse á él con las espadas desnudas y los ojos chispeantes de rábia; pero el asesino, que solo queria ganar tiempo, los detuvo con solo pronunciar algunas palabras.

—¡Cobardes! gritó. ¡Tres para mí!

—¡Deteneos! esclamaron los tres caballeros á la vez y dirigiéndose los unos á los otros.

Paráronse á un mismo tiempo, y entonces dijo el infante:

—A mí me toca castigarlo.... Quitadme estas ligaduras, ¡vive Dios!... ¡Dejadlo!... se trata de mi hija.

—No lo consentiré, replicó el mancebo: vuestra vida es sagrada para mí, y si sucumbiéseis....

—Ni el uno ni el otro, dijo entonces Rodrigo. Yo prometí salvar á doña Sol y castigar á este miserable, y debeis respetar mi compromiso. Don Alonso no puede esponer la vida estando delante de su hijo, que debe morir antes por su padre; si sucumbe don Juan Alfonso, la felicidad de doña Sol no será completa, ó mejor dicho, se convertirá en desdicha; y si pereceis vos, infante, vuestra hija maldecirá el dia en que su amante le ha salvado la existencia y el honor. Dejadme, pues; yo he tomado á mi cargo esta empresa, y vosotros os conformásteis en seguirme para ayudarme; por consiguiente, me asisten el derecho y la razon, y respetareis mi deseo. Don Alonso, vos que habeis de ser el último que entreis en la lucha, quitar las ligaduras á don Juan y ocupaos en animar á doña Sol.

—Seré el último, contestó Guzman, y me avengo á ello, no porque el aliento me falte ni el deseo de castigar á ese asesino, sino porque á vos se os debe el haberlo encontrado, y es justo que sea de vos toda la gloria. El infante no querrá pagaros estorbando nuestro deseo, y mi hijo lo respetará tambien.

El mancebo cruzó los brazos con aire de forzada resignacion, y el infante dijo:

—Sea suya toda la gloria, porque digno es de ella.

Y libre de sus ligaduras, se puso de pié junto á su hija y don Alonso.

Durante la anterior disputa, el Brujo pareció no pensar en sus enemigos, porque con la cabeza inclinada sobre el pecho estuvo meditando. Luego miró cómo estaban colocados, reflexionó un instante y sonrió con satánica alegría.

—Os disputais el honor de matarme, dijo: veo que valgo mucho. Tú, bastardo, tienes mas fuerzas que yo y confias en ellas; pero te advierto que por segunda vez quedarás burlado y que Sol será mia.

—Pide á Dios que te perdone tus crímenes, replicó Rodrigo, porque vas á morir.

—¿Has de matarme tú?

—Sí.

—¿Traidoramente?

—Cara á cara.

—Entonces correrá otra sangre antes que la mia.

—¡Ruega á Dios por tí, miserable! esclamó Rodrigo fuera de sí.

—Espera, replicó el asesino, cuyos ojos giraron rápidamente.

—¡Que espere!... Ni un solo momento: prepárate á defenderte.

—Espera, repitió el Brujo.

Y con increible volocidad, dió un salto hácia don Juan Alfonso, mientras levantaba su cuchillo.

Los caballeros intentaron arrojarse sobre él; pero la

doncella, con mas ligereza que ninguno de ellos, exhaló un grito de espanto y se interpuso entre su amante y el asesino.

Este, que habia previsto el resultado de su falsa acometida, dejó escapar una de aquellas carcajadas estridentes que resonaban en el interior de su pecho; y antes de que nadie pudiese evitarlo, cogió entre sus brazos á Sol, y dando un segundo salto con la ligereza del tigre, desapareció por la puerta que conducia á la montaña, mientras que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡El que me siga perecerá!

Todo esto fué cosa de un segundo no mas.

Dos esclamaciones de dolor, un rugido y una blasfemia se oyeron á la vez, repitiéndose en las concavidades de la caverna.

Don Juan Alfonso, su padre y el infante corrieron para alcanzar al asesino; pero el bastardo, mientras se acercaba al hogar y cogia un trozo de tea encendida, les gritó:

—¡Deteneos, ó nos perdemos todos!

—Detenernos, ¡vive Dios!

—Sí, replicó Rodrigo. Dejadme paso.... Ahora, seguidme.

Y alumbrándose con la tea, se internaron en la inmediata galería, la atravesaron velozmente, subieron la escalerilla y salieron á la cumbre.

—¡Allí es á! dijo don Juan Alfonso.

Efectivamente, el Brujo estaba á poca distancia y al

borde del precipicio formado por la cortadura de la montaña, desde donde Sol habia visto á su padre y á sus amigos y les habia echado el pañuelo.

—Si dais un paso, dijo el asesino, muere Sol. Sin acercaros á mí, podeis asomaros y ver el abismo que tengo á mis piés. Un paso mas, os repito, y la arrojo.

La noche, como ya dijimos, estaba muy oscura; pero á la humeante y rojiza luz de la tea pudieron observar los tres caballeros que la nieve terminaba á los piés del Brujo, y comprendieron que mas allá debia haber un precipicio de mayor ó menor profundidad.

¿Qué habian de hacer? Se detuvieron espantados y sin aliento al ver que el asesino suspendió á Sol sobre el abismo.

La doncella habia perdido el conocimiento.

—¡No mates á mi hija! dijo el infante con acento ahogado y sin valor para amenazar.

—Soy tu rival, añadió el mancebo; toma mi vida y deja á Sol.

—No la matará, porque la ama, repuso el bastardo.

—¡Que no la mataré!... ¿De qué me serviria entregárosla y luego morir? Ya que no sea mia, tampoco de nadie. ¡Necio de mí que la he respetado!... Sé que voy á morir, y al menos quiero que no os goceis, ni tú, infante, con tu hija, ni tú, don Juan Alfonso, con la mujer á quien tanto amas, ni tú, bastardo, con haberme vencido. Y aunque á trueque de entregaros á Sol me perdonáseis la vida y cumpliéseis vuestra promesa, ya no volveria á verla en mis brazos. Nó, antes matarla

morir. Si quereis salvarle la vida, idos y dejádmela.

—¡Miserable! esclamó don Juan. ¿Piensas que he de comprar la vida de mi hija á costa de su honra?... ¡Oh!... Antes prefiero que muera.

Si agitados y ciegos de ira estaban los caballeros, no menos trastornado se encontraba el Brujo, cuya razon estaba dominada por un vértigo febril.

—Pues bien, morirá. Ven por ella, bastardo, ven con tu brazo de hierro; pero antes ruega á Dios por ella, porque cuando llegues, su cuerpo estará hecho mil pedazos.

El rostro del asesino estaba horriblemente desfigurado, y su aspecto era mas sombrío y aterrador con los resplandores de la vacilante luz de la tea.

Rodrigo miró á todos lados, meditó algunos instantes, y luego dijo:

—Te perdonamos la vida si entregas á doña Sol.

—No quiero la vida, contestó el Brujo.

—Piénsalo bien.

—Te digo que nó.

—Ya cambiarás de resolucion. Esperaremos á que reflexiones, y luego decidirás. Entretanto, tomad, don Alonso, y alumbrad: voy á sentarme para recobrar las fuerzas, por lo que pueda suceder.

Sentóse Rodrigo detrás de los caballeros, que no acertaron á esplicarse aquella determinacion, pero que tampoco pidieron esplicaciones.

—Eres muy astuto, bastardo, dijo el asesino. Alguna mala traza quieres poner en juego.

—Es que el asunto requiere calma.

—Esperas una ocasion....

—No me hables, porque no te contestaré.

—Ten presente que no me descuido.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, interrumpido solamente por la agitada respiracion de aquellos hombres, y por algun aullido de los lobos que solia resonar á lo lejos.

¡Cuánto sufrian los caballeros en aquellos instantes solemnes! Cuanto mas pensaban en su situacion, mas se convencian de la imposibilidad de salvar á la doncella. Cada segundo era un siglo de horribles tormentos para el infante. ¡Padre infeliz! ¿Era aquello un castigo providencial para hacerle espiar su inhumano crímen de Tarifa? Tal vez: y en verdad que si el señor de San Lúcar sintió desgarrársele el corazon cuando su inocente hijo fué sacrificado, no menor fué el tormento del infante al ver á su hija en los brazos del Brujo y suspendida sobre el abismo, mientras le decian como á Guzman: «ó su vida, ó la honra.»

El mancebo sufria tambien atrozmente, como quien ama con delirio; y no solamente le atormentaba el peligro de Sol, sino el ver que el casto y puro seno de esta se oprimiese contra el pecho de aquel mónstruo que tanto la amaba.

—¿Quieres oro? dijo al fin el infante.

—No mas que á tu hija.

—¡Oh!...

—En vano esperas, don Juan.

—¿Quieres verme humillado á tus piés, suplicándote?

—No tengo vanidad; y aun teniéndola, como vales menos que yo, no la halagarias humillándote á mí.

—¡Dios mio! esclamó el mancebo. ¡No nos abandones!... ¡Libradla de la deshonra, salvadle la vida, y aceptad el sacrificio de la mia!

—No llames á Dios, sino al infierno, que está abierto á mis piés.

—¡Y he de verla morir sin poder socorrerla!...

—Y muy pronto, porque no quiero esperar, replicó el Brujo.

—¡Piensa en Dios, teme su justicia! esclamó el infante.

—Como en Tarifa la temiste tú.

—¡Oh!...

—Decídete.

—No puedo.

—Un instante no mas te doy de tregua.

—¿He de pronunciar la sentencia de muerte de mi hija?

—Déjamela.

—¡Oh!... ¡Jamás!...

—Pues bien, mira cómo desaparece en el abismo, replicó el Brujo.

Y volvió á levantar en sus brazos á la doncella.

—¡Espera! gritó don Alonso despues de haber mirado disimuladamente atrás.

—¿Qué haceis? preguntó el infante.

—Vuestra hija no debe morir.

—Su pureza....

—Pensadlo bien, infante.

—¿Podeis dudar?

—Sí.

—¡Vos que todo lo habeis sacrificado al honor!...

—Pensadlo bien os digo.

—¡Don Alonso!

—¿Quereis que os dé un consejo?

—Decidme si estoy loco, replicó el infante, porque no acierto á comprender vuestra conducta.

—¡Ah!.... Mi razon debe estar tambien trastornada, dijo el mancebo. Padre mio, se trata del honor....

—Se trata de la vida de doña Sol, replicó Guzman. Hemos venido á salvarla, y no está bien dejarla morir sin pensar en lo que se hace.

—¡Don Alonso!...

—Esperad, repuso este.

Y dirigiéndose al Brujo, añadió:

—¿Quieres que estipulemos las condiciones con que doña Sol ha de quedar en tu poder?

—Sí; pero no os acerqueis.

—Escucha.

—Procura ser breve.

—Lo seré.

—Sospecho que me tiendes algun lazo.

—¿Qué podemos hacer desde aquí?

—Esplícate.

—Quiero saber si al quedarte con doña Sol la pierde su padre para siempre.

—No te comprendo.

—Digo que si no volverá á verla.

El asesino pareció meditar algunos instantes, y luego contestó:

—Sí, la verá, pero con ciertas precauciones.

—Sepamos cuáles han de ser.

—Primeramente, el infante irá á donde yo le diga.

—Bien.

—No se acercará á mí ni á su hija, que estará, como ahora, al borde de un precipicio.

—¿Podrá hablarle?

—Sí, pero desde lejos, á seis ú ocho pasos de distancia.

—Son exageradas esas condiciones.

—No tengo otra fianza.

—¿Y la madre de Sol?

—Podrá tambien ver á su hija, pero del mismo modo.

—¿Y estará condenada á no recibir un beso de ella?

—Es imposible.

—Estás ofuscado, y no comprendes que si ahora te dejamos á doña Sol, el quitártela luego no remediaria su desgracia.

—Pero os vengaríais.

—¿Y si te prometemos no hacerlo?

—No os creeré.

—¿Es decir, que no quieres conceder nada?

—Nó.

—Reflexionemos, y despues, una sola palabra y todo queda concluido.

—Me canso de esperar.

—Solamente algunos momentos, repuso don Alonso, mientras que disimuladamente dirigia la vista á todos lados.

—¿Cuál es la opinion del bastardo? Que hable, dijo el asesino.

—Te ha dicho que no te contestará: él no transije, quiere que dejes á Sol sin condiciones.

El infante y don Juan Alfonso, sorprendidos por la estraña conducta del señor de San Lúcar, no acertaban á mezclarse en la conversacion, y seguian con las miradas fijas en el Brujo, que pareció meditar, y á quien tambien llamó la atencion el proceder de don Alonso.

Volvió á reinar un silencio pavoroso. La tea iba consumiéndose, y dentro de pocos instantes la oscuridad aumentaria el peligro.

El Brujo tenia á su derecha el precipicio, y á su izquierda á los caballeros; y como la negra y espantable figura de Satanás, se destacaba sobre la blanca nieve, y era mas brillante el fuego de sus ojos que la moribunda luz de la tea.

Trascurrieron algunos instantes de horrible agonía para el infante y el doncel, y de leve esperanza para don Alonso, único que se habia apercibido de que el bastardo, á favor de las tinieblas, habia desaparecido.

No comprendia el caballero lo que intentaba el intrépido Rodrigo, pero se persuadió de que este tenia algun plan, aunque no lo adivinaba, y esperó con ánsia su resultado.

En una de las oscilaciones de la luz, cuyos resplandores llegaron hasta mas allá del Brujo, vió á los piés de este arrastrarse un bulto.

—¡Es él! pensó Guzman.

Y su corazon palpitó con violencia.

—¿Estais decididos? gritó el Brujo entonces.

—Espera, le contestó don Alonso.

—Basta; algun lazo me tendeis....

—Aguarda....

—No: el momento ha llegado, dijo el asesino.

Y volvió á levantar á la doncella sobre el abismo, mientras que llegó hasta él por detrás el bulto que se arrastraba.

Don Alonso comprendió que debia ganarse tiempo, y en conseguirlo así puso todo su cuidado.

—¡Un instante no mas! esclamó.

—No quiero, contestó el Brujo.

El bulto fué enderezándose lenta y silenciosamente, hasta quedar casi tocando á la espalda del asesino, y entonces se apercibieron de él don Juan y el mancebo. Ambos dejaron escapar un grito de sorpresa y de horror.

—A la una, gritó el Brujo; á las dos....

Empero en aquel instante, mas veloz que el pensamiento, Rodrigo abrió los brazos, estrechó en ellos al asesino y á Sol á la vez, y se dejó caer de espaldas, arrastrándolos sobre sí y separándolos, aunque poco, del precipicio.

—¡Maldicion! esclamó el Brujo.

Los tres caballeros dejaron escapar un grito.

—¡Quitadla de aquí! dijo el bastardo.

No era menester que tal advertencia hiciese, porque el infante y don Juan Alfonso habian cogido ya á la doncella y la habian separado del Brujo.

Rodrigo hizo un esfuerzo, revolvióse, y quitándose de encima á su enemigo, se puso de pié.

El asesino lo imitó.

—¡No os acerqueis, me pertenece! dijo el bastardo. Cuidad de doña Sol.

Efectivamente, el infante y el doncel permanecieron junto á la doncella, que en aquellos momentos empezó á dar señales de vida, y don Alonso continuó inmóvil, con la misma sangre fria que habia aparentado desde que salió de Valladolid.

Rodrigo y el Brujo se contemplaron por algunos momentos sin acercarse el uno al otro: sus ojos relucian como los del tigre.

—Moriremos los dos, ó ninguno, dijo el asesino.

Y dando un paso se colocó en el mismo borde de la cortadura.

—No te escaparás por ahí, replicó el bastardo.

—Dices que te pertenezco, y esto me prueba que no quereis asesinarme, sino vencerme luchando; pues bien, aquí ha de ser, y si tu agilidad y tus fuerzas logran arrojarme á ese abismo, te arrastraré en mi caida, como tú me arrastrarás en la tuya si yo soy vencedor. La muerte, no mas que la muerte nos queda; si tienes un corazon tan grande, si tu valor y tu arrojo son como la fama los pinta, acepta el reto.

—¡Cobarde, miserable! esclamó Rodrigo. No es el valor, sino la desesperacion, la que te aconseja. Sabes que no puedes salvar la vida, y al menos te regocijas con la idea de que al morir tú moriré contigo. No mereces tanto honor....

—¡Tienes miedo! replicó el Brujo con sarcástico acento. Bastardo eres al fin....

—Mira, interrumpió el invencible caballero.

Y sacó la espada y la arrojó al abismo, haciendo luego lo mismo con su puñal.

—Me basta mi brazo para aniquilarte, repuso.

—Valgo tanto como tú, replicó el asesino. Mira.

Y tambien arrojó su cuchillo.

El bastardo se colocó tambien al borde de la cortadura.

—¿Qué haceis? le dijo don Alonso. Eso no es valor, sino loca temeridad....

—Dejadme.

—¡Por Dios!... Esa es una muerte cierta, añadió el mancebo con espanto.

—Don Rodrigo, no consentiré tal locura, dijo á su vez el infante. Mi hija se ha salvado, y no hay para qué sacrifiqueis vuestra vida.

—Dejadme, os repito, dejadme, replicó secamente el bastardo. El que se acerque ó me ayude será mi enemigo.

—¡Cómo te ciega la vanidad! dijo el Brujo.

—Calla y prepárate á morir. Afirma los piés, porque si resbalas un poco eres perdido.

Ni el valor ni la fuerza podian servir de nada á Rodrigo. Sobre la nieve era muy fácil resbalar, y estaban tan al borde del precipicio, que el mas pequeño movimiento, una bocanada de aire podia precipitarlos. En una lucha cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, tenian, para derribar el uno al otro, que inclinarse á derecha ó izquierda, y cualquiera de estos dos movimientos seria suficiente para que cayesen, vencedor y vencido, arrastrado el uno por el otro.

Terrible escena se preparaba.

Si suspendidos los ánimos, el corazon oprimido y atormentada el alma, habian estado don Alonso, su hijo y el infante, no menos quedaron al ver á Rodrigo, que sin remedio debia perecer, levantar orgullosamente la cabeza, asegurar los piés al borde del espantable abismo, y despues de mirar hácia abajo, decir con tranquilo acento:

—No se vé el fondo.

Y luego, clavando en el asesino una mirada penetrante y dominadora, añadió:

—¿Estás preparado?

—Sí, contestó el Brujo. El infierno nos aguarda.... ven á él conmigo.

Abrazáronse fuertemente, se estrecharon y quedaron inmóviles como si fuesen de piedra.

El doncel no pudo contener un grito.

El infante dejó escapar un terrible juramento, y su hija, que ya habia vuelto en sí, sin acertar á comprender lo que sucedia, horrorizada se cubrió el rostro con las manos.

Don Alonso tembló hasta el punto de que faltase poco para que su diestra dejase escapar el humeante pedazo de tea; su corazon dejó de palpitar, y sus ojos abiertos, como si fuesen á salirse de sus órbitas, miraron con espanto el inmóvil grupo.

Corta debia ser la lucha, pero aquellos instantes eran de la mas angustiosa agonía para los espectadores.

El abismo se preparaba á recibir á aquellos dos hombres en su tenebroso seno.

—Acabemos, dijo el asesino con voz tan ahogada como si le faltase la respiracion.

—Sea, si así lo quieres, le contestó el bastardo con timbre de voz clara.

—Te resistes á que yo te arroje, y tampoco lo haces conmigo.... Me dejaré vencer.... al fin hemos de caer juntos.... ¿qué importa que yo vaya debajo?

—¿Te arrepientes de tus crímenes? preguntó Rodrigo, que parecia no hacer ninguna fuerza, segun lo claro y tranquilo de su acento.

—Me arrepiento, contestó el Brujo, que apenas podia articular una palabra, me arrepiento de haber respetado á Sol... y de... no haberla matado....

—¿No temes la justicia de Dios?

—A nuestros piés está el infierno.... pero bajarás á él en mis brazos.... No te mueves.... acabemos....

El asesino hizo un esfuerzo desesperado; pero como si el cuerpo de Rodrigo fuese una columna de piedra, ni se movió ni vaciló.

—¡Dios te perdone como yo te perdono! esclamó el bastardo.

El Brujo no contestó ni exhaló el mas leve gemido; pero se estremeció convulsivamente y arrojó por la boca una gran cantidad de negra sangre, y luego abrió los brazos y dejó caer la cabeza sobre un hombro.

Acababa de espirar.

Rodrigo lo dejó caer al suelo, y volvió á decir:

—¡Dios te perdone, desdichado!

Las cuatro personas que con tan atormentadora ansiedad habian presenciado la lucha, se arrojaron á la vez en brazos del bastardo, mientras que dejaban escapar un grito de júbilo.

Largo rato pasó sin que la emocion que sentian permitiese á ninguno de ellos hablar.

Al fin la doncella, dejándose caer de rodillas y cruzando las manos, esclamó:

—¡Bendito seas, Dios santo!

—¡Cuánto os debo! murmuró el infante.

—No provoqueis muchas veces la fortuna, dijo severamente don Alonso.

El mancebo, entretanto, apretaba las manos de su amigo y lo contemplaba con admiracion y con noble envidia.

—Entremos en la cueva, y esperemos á que llegue el dia, dijo Rodrigo. No es prudente que nos internemos otra vez de noche en la espesura. Además, doña Sol necesita reposo.

—Y nosotros tambien.

En aquel momento llegó hasta allí el eco de la campana de un convento cercano, y el jumento del Brujo hizo estremecer la caverna con un rebuzno sonoro y prolongado.

Eran las doce.

Nuestros amigos bajaron al aposento de los corazones. Sol apenas podia dar un paso; habia sufrido mucho para sus débiles fuerzas.

Sentáronse alrededor del hogar, que seguia esparciendo los resplandores rojizos de sus vacilantes llamas, y el calor reanimó sus miembros, que habian comenzado á estremecerse con el frio de la montaña.

—Estás pálida, dijo el infante á Sol con el cariño de un padre que abraza á su hijo despues de haberlo llorado perdido. Tiemblas.... procura reanimarte, porque ya no hay peligro alguno, estás á mi lado entre tus amigos, y pronto verás á tu madre.

—¡Pobre madre mia! esclamó la doncella, de cuyos ojos brotaron dos raudales de lágrimas. ¡Cuánto debe sufrir, cuánto debe llorar!... ¡Ah!... si me hubiese visto á merced de ese desdichado y en este lugar.... ¡Qué horror!... Padre mio, no esperemos aquí mas tiempo del que tarde en asomar la aurora.

—¿Qué temes?

—Mirad.... ¿No veis esos despojos de los infelices que perecieron á los golpes del asesino?

Y la jóven señaló los corazones de los que habian entonado bajo sus ventanas tiernos romances de amor.

—Tengo miedo, añadió, tengo miedo....

—Sosiégate, olvida esos tristes sucesos: á tu lado está don Juan Alfonso que te ama....

—Tambien pudó ser víctima de aquel desdichado.... ¡Dios perdone sus crímenes!

Rodrigo y don Alonso terciaron en la conversacion, pero alejándola de tan tristes recuerdos, consiguiendo al fin reanimar á la doncella.

Pasó aquella noche, que fué para ellos un siglo, y apenas los crepúsculos de la mañana comenzaron á esparcir su claridad, nuestros amigos salieron de la caverna y encontraron en sus puestos á los escuderos, que habian quedado guardando la entrada, y que no pudieron menos de esclamar alegremente al ver á sus amos sanos y salvos.

Mas de una hora les costó salir de la espesura, porque Sol no podia dar un paso entre las zarzas sin herirse los piés, las manos y el rostro; pero unas veces en brazos de su padre, otras apoyada en un hombro de este, se encontraron al fin en la llanura.

El infante colocó sobre el arzon á su hija, hasta que llegasen donde poder tomarle un caballo, y todos se despidieron de aquel lugar con lágrimas, como si en él se dejasen la felicidad.

—Esperad un momento, dijo Rodrigo.

Y volvió la rienda.

—¿A dónde vais?

—¡Por mi vida!... ¿No veis que estoy desarmado?

—¿Y quereis encontrar vuestra espada?

—Y mi daga tambien, y el cuchillo del Brujo, que es el trofeo de mi victoria.

Partió el bastardo como una centella, y pocos minutos despues volvió con sus armas y blandiendo el ensangrentado cuchillo del Brujo.

—¿No os causa horror?

—Hubiera dado por él cien doblas de oro.

—¡Raro capricho!

—En marcha.

—¡Dios nos acompañe!

Y picando á los corceles, se pusieron en camino y pronto se perdieron de vista.



CAPITULO LX.

Segunda justicia del rey.

Mientras que tenian lugar los sucesos que acabamos de referir, en la córte habia gran conmocion.

Don Enrique de Alvarado habia muerto á consecuencia de la herida que recibió en el torneo, y el rey habia mandado hacer muchas prisiones, con ánimo resuelto de castigar á los ambiciosos traidores que habian querido atentar contra su vida y tenian los reinos en contínua agitacion.

Las órdenes del monarca fueron ejecutadas con rapidez y acierto, sin dar lugar á los criminales para que huyesen; y aunque no á todos los conspiradores se les pudo probar su delito, siete, al menos, de los señores mas principales, fueron sentenciados á muerte. Contra la creencia general, esta sentencia se ejecutó sin que Fernando IV se detuviese ante la consideracion de las

nuevas rebeliones que pudiera suscitar la irritacion de la nobleza que no era de su bando. Y en efecto, el terror se apoderó de todos los ánimos; y cuando vieron al monarca presenciar el terrible castigo sin que se alterase su rostro infantil, y con la misma tranquilidad que si asistiese á una fiesta, se convencieron que bajo aquel esterior débil se abrigaba un corazon de piedra, un alma fria, y que una vez dado el primer paso en imponer sentencias de muerte, no retrocederia.

Las cabezas de los traidores, clavadas en picas, fueron puestas sobre un tablado frente á la morada real.

Habia llamado la atencion del pueblo, y era objeto de todas las conversaciones, la desaparicion de los cuatro caballeros, pues el rapto de Sol era un secreto para todo el mundo. Quién creia que habian ido á hacer nuevas prisiones, quién aseguraba que don Alonso, su hijo y el bastardo habian llevado al infante de órden del rey para encerrarlo en algun castillo, y hacian otros mil comentarios; de manera, que cuando nuestros amigos entraron en Valladolid, siguiéronles por todas partes miradas curiosas, tanto mas, cuanto nadie acertaba á comprender por qué Sol formaba parte de la cabalgata.

Eran las once de la mañana: el sol brillaba en un cielo puro y trasparente, y los cuatro caballeros con la doncella, seguidos de los cuatro escuderos, se dirigieron al palacio del monarca.

En los rostros de todos ellos se revelaba la mas viva alegría; pero al ver las siete cabezas estremeciéronse, y sus miradas aparecieron sombrías por un instante.

—¡Qué horror! esclamó la doncella.

—¿Qué significa esto? preguntó sorprendido el infante.

—No sé, contestó Rodrigo; pero probablemente el rey habrá hecho su segunda justicia, y esas cabezas deberán ser de nuestros primeros nobles.

—Mirad, dijo don Alonso, y vereis pintado el terror en todos los semblantes. No os equivocais, don Rodrigo; esas cabezas son de muy noble estirpe.

Apresuraron la marcha, deseosos de saber lo que habia sucedido, y llegaron al palacio.

El monarca los recibió con muestras de la mas viva alegría, les hizo referir todo lo ocurrido en la caverna del Brujo, y luego les dijo:

—Pues yo tambien tengo que comunicaros buenas noticias: mis reinos están en paz, y dentro de pocos dias iremos á reparar en nuestras fronteras los descalabros que hemos tenido. Preparaos, pues, Rodrigo, para dar á los moros abrazos como el que habeis dado al Brujo; y vosotros, mi amada prima doña Sol, y don Juan Alfonso, os casareis pasado mañana.

—¡Señor! esclamó el mancebo inclinando la cabeza.

—Ahora, mi querido tio don Juan, os diré una cosa. Sé que estábais á la cabeza de los traidores y conspirábais contra mí: tengo pruebas de ello, y por consiguiente, vuestra cabeza debe estar con las siete que ya habreis visto; pero seré padrino de vuestra hija, y cuando se case le daré por dote vuestro perdon. Este acto de clemencia es el primero de mi vida, y será el último, porque no me siento inclinado á ser clemente.

Iba el infante á contestar, pero el monarca le interrumpió diciendo:

—No hablemos mas de esto: voy á mandar que se quiten esas cabezas, para que no os recuerden nada desagradable. Os perdono de corazon, no como otras veces.

—Señor, contestó el infante, he visto la mano de Dios, he reconocido mis errores y mis faltas, y vuestro perdon y el del noble don Alonso Perez de Guzman me son necesarios si he de vivir tranquilo.

—El mio lo teneis, contestó Fernando IV.

Don Alonso tendió los brazos al infante.

—¡Vais á ser el segundo padre de mi hijo! esclamó el caballero.

Algunas frases mas de cariño y ternura se cruzaron, y luego, despidiéndose del rey, salieron los viajeros del palacio y se retiraron á sus casas.

La alegría que esperimentó la esposa del infante al volver á ver á su hija, es indecible: al verse, abrazáronse, y mientras que de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, se les oyó decir con acento ahogado por la emocion:

—¡Hija mia!

—¡Madre mia!

EPÍLOGO.

Al año siguiente, las armas de Castilla atravesaron las fronteras, tomando á los moros pueblos y fortalezas.

Las intestinas discordias habian terminado, y las ambiciones iban á buscar el logro de sus ardientes deseos á los campos de batalla.

Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, su hijo, Rodrigo y el infante, habian rivalizado en valor, y su gloriosa fama aumentó rápidamente.

Era un hermoso dia de primavera, sereno y puro, y el ejército cristiano llevaba ya dos horas de obstinada lucha con el moro.

Aun no se habia decidido la victoria.

—¡Por Dios y por la pátria! gritaba don Alonso Perez de Guzman en lo mas recio de la pelea y mientras alanceaba mahometanos.

—¡Castilla y don Fernando! esclamaba don Juan Alfonso, que seguia á su padre y blandia un hacha.

—¡Perros! gritaba Rodrigo. ¡Todos á mí!... ¡Cobardes!...

Y descargando terribles golpes con una maza, sembraba el campo de cadáveres, cuyas cabezas eran luego aplastadas por su negro potro.

No menos hacia el infante don Juan, que peleaba con todo el ardor de su iracundo carácter.

Al fin se oyó aclamar la victoria, entró la confusion y el espanto en las mahometanas huestes, y el estandarte de Castilla tremoló gloriosamente.

Empero cuando don Alonso levantaba los ojos al cielo para darle gracias por aquel triunfo, una flecha enemiga atravesó su pecho, y cayó espirante del caballo.

Su hijo, el infante y el bastardo acudieron á socorrerlo, pero el noble señor estaba espirando, y no tuvo tiempo mas que para decir:

—Hijo mio, antes que la vida, es Dios, la pátria y la honra. Te dejo un nombre glorioso.... consérvalo sin mancha.... Yo te bendigo....

—¡Padre mio!...

—Infante, añadió el moribundo caballero, os encomiendo á mi hijo.... Adios, hijo mio....

Así concluyó su gloriosa vida don Alonso Perez de Guzman el Bueno, cuyo heróico valor y patriotismo no tienen ejemplo en la historia.

En cuanto á los demás personajes de esta historia,

nada tenemos que añadir que no adivine el lector. Don Juan Alfonso se habia casado con doña Sol, y la felicidad de ambos era completa.

El infante no volvió á conspirar contra su rey, y aunque se creyó que no era todo virtud, sino temor, nosotros pensamos de distinto modo: el peligro en que se vió su hija debió hacerle reconocer sus pasadas faltas, y la noble conducta de don Alonso y el generoso perdon de Fernando IV, fueron sin duda para él un freno á sus malos instintos. Lo cierto es que prestó muchos y muy buenos servicios en la guerra que se siguió contra los moros, y que fué para el hijo de Guzman un verdadero padre.

De Rodrigo solo tenemos que decir, que su nombre llegó á ser el terror de los mahometanos y el sosten mas firme del monarca.

Por lo que respecta á la caverna del Brujo, la tradicion habla por nosotros. Muchos años despues, aseguraban los pastores y labriegos de aquellos contornos, que á las doce de la noche en punto, resonaba en la cumbre el rebuzno del negro jumento, como si llorase la muerte de su amo. Tambien aseguraban que algunas noches habian visto destacarse de la blancura de la nieve, y al borde de la cortadura, una forma negra que permanecia inmóvil largo rato, y luego se evaporaba como el humo, y creian que debia ser el asesino que saliese del infierno para llevar de comer á su inseparable compañero el asno. Aun hoy dia se encuentran supersticiosos campesinos que no se atreven á

entrar en una cueva que se vé, y que llaman la del Brujo.

Esta tradicion fué la que nos indujo á revolver empolvados pergaminos, hasta dar con la historia de los amores de don Juan Alfonso y doña Sol, que no hemos hecho mas que copiar, dándole las formas del lenguaje moderno.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO.—De cómo á don Alonso Perez de Guzman el Bueno, le tocaba siempre habérselas con el infante don Juan. 5
CAP. II.—El Brujo. 19
CAP. III.—Tras un suspiro un romance, y tras el romance el corazon. 25
CAP. IV.—De cómo hablaba don Alonso de sus enemigos. . . 31
CAP. V.—De cómo don Alonso Perez de Guzman, era digno de llamarse el Bueno. 43
CAP. VI.—Que dice algunas cosas, si no de mucha importancia, que sirven al menos para no dejar cortado el hilo de nuestra historia. 55
CAP. VII.—Primero el deber, luego el amor; antes el rey que la dama. 67
CAP. VIII.—Donde el lector volverá á ver á la reina doña María, y conocerá á don Fernando IV. 73

Páginas.

CAPÍTULO IX.—Sospechas de Rodrigo, y razones con que se convence á una dueña. 79
CAP. X.—De la conversacion que tuvieron don Juan y doña Sol. 89
CAP. XI.—De cómo fué muy acertado y muy prudente el consejo que dió á don Juan Alfonso su escudero. 99
CAP. XII.—La madre y la hija. 109
CAP. XIII.—Un nuevo personaje. 123
CAP. XIV.—Lógica de un escudero. 131
CAP. XV.—El palacio del Brujo. 139
CAP. XVI.—De cómo no siempre el que siembra coge. . . 147
CAP. XVII.—Un tercero en discordia. 155
CAP. XVIII.—Cómo se encontraba don Juan Alfonso. . . . 167
CAP. XIX.—Donde se verá que el Brujo tenia razon al temer á las fuerzas del bastardo. 177
CAP. XX.—Donde volveremos á ver á nuestra antigua conocida Violante. 185
CAP. XXI.—Justicia del rey niño. 193
CAP. XXII.—De cómo Rodrigo se despidió de doña María Diaz y de don Juan Alfonso y partió para Leon. 211
CAP. XXIII.—Donde el rey niño se presenta como viejo cortesano. 221
CAP. XXIV.—Siguen las conspiraciones. 231
CAP. XXV.—De lo que aconteció á Rodrigo en su viaje á Leon. 239
CAP. XXVI.—Buenas intenciones del infante don Juan y de sus amigos. 251
CAP. XXVII.—Sorpresa del infante don Juan. 257
CAP. XXVIII.—El pacto. 269
CAP. XXIX.—Preparativos de don García para cumplir lo pactado. 281
CAP. XXX.—De cómo Fernando IV dió á Nuño el papel de rey y á Rodrigo el encargo de médico. 295
CAP. XXXI.—Del resultado que dió la visita de Rodrigo. . 311
CAP. XXXII.—De cómo en el pecado llevó Nuño la penitencia. 321

Páginas.

CAPÍTULO XXXIII.—Sorpresa tras sorpresa: intriga tras intriga. 331
CAP. XXXIV.—Siguen las intrigas. 341
CAP. XXXV.—De lo que sucedió entre don Alonso y su hijo. 351
CAP. XXXVI.—La delacion. 363
CAP. XXXVII.—Donde podrá conocerse la dulzura paternal del infante. 373
CAP. XXXVIII.—De cómo don Alonso no habia pensado sacrificar á su segundo hijo. 379
CAP. XXXIX.—Cómo empezó á dar resultados la intriga de don Enrique. 387
CAP XL.—Donde volveremos á ver á Esther. 397
CAP. XLI.—La reina y Esther. 403
CAP. XLII.—Cómo el rey se mostró inflexible, y desesperada Esther. 411
CAP. XLIII.—De cómo doña María comenzó á cumplir su promesa. 419
CAP. XLIV.—De la entrevista de Esther con Rodrigo. . . 431
CAP. XLV.—De cómo don Alonso empezó á tomar parte activa en el asunto de Rodrigo. 439
CAP. XLVI.—De cómo las esplicaciones enredaron mas el asunto. 451
CAP. XLVII.—De cómo el rey favorecia sin querer á los conspiradores. 457
CAP. XLVIII.—Enredos contra enredos. 467
CAP. XLIX.—Lo que sucedió en el torneo. 473
CAP. L.—Lo que sucedió despues del torneo. 495
CAP. LI.—Cómo se encontraba Sol. 505
CAP. LII.—De abajo arriba. 513
CAP. LIII.—De cómo la doncella demostró ser bastante ingeniosa. 523
CAP. LIV.—Cómo llegó el escrito á manos de los caballeros. . 531
CAP. LV.—Donde no quedará satisfecha la curiosidad del lector, si alguna tiene. 539

Páginas.

CAPÍTULO LVI.—Donde se dirá lo que habia sucedido al infante. 347
CAP. LVII.—Nuevas tentativas de los tres caballeros para dar caza al Brujo. 355
CAP. LVIII.—De la horrible alternativa en que se vió la doncella. 363
CAP. LIX.—De cómo la llegada de los tres caballeros puso en mayor peligro á Sol. 371
CAP. LX.—Segunda justicia del rey. 391
EPÍLOGO. 59

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

		Páginas.
1.ª	Portada.	5
2.ª	Y cruzó los brazos sobre el pecho. . . .	47
3.ª	¿Habeis encomendado, etc.	165
4.ª	Miradla.	336
5.ª	Llegaba el rey, etc.	477
6.ª	Era el Brujo que montado, etc.	492

